



El
MAGO
de
PAPEL

CHARLIE N. HOLMBERG

OZ
EDITORIAL

EL MAGO DE PAPEL

Charlie N. Holmberg

Traducción de Olga Hernández



CONTENIDOS

Página de créditos

Sinopsis de El mago de papel

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Agradecimientos

Sobre la autora

EL MAGO DE PAPEL

V.1: marzo, 2016

Título original: *The Paper Magician*

© Charlie N. Holmberg, 2014

© de la traducción, Olga Hernández, 2016

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2016

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Cubierta inspirada en el diseño original de Will Staehle

Publicado originalmente en Estados Unidos por Amazon Publishing en 2014. Esta edición ha sido posible bajo acuerdo con Amazon Publishing, www.apub.com.

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-39-5

IBIC: YFH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

El mago de papel

¿Puede la magia salvar un corazón?

Ceony Twill llega a la casa del mago Emery Thane con el corazón roto. Tras haberse graduado como la mejor de su clase en la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos, la han asignado a Thane para que le enseñe la magia de papel, ¡a ella, que siempre había soñado con ser fusionadora y estudiar la magia de metal!

Sin embargo, los hechizos que Ceony aprende con el peculiar pero amable Thane son más maravillosos de lo que habría podido imaginar: insufla vida a criaturas de papel, hace realidad las imágenes de los cuentos e incluso lee el futuro.

Pero una extirpadora, una practicante de la magia oscura y de sangre, entra en la vivienda y le arranca el corazón del pecho a Thane. Para salvar la vida de su profesor, Ceony deberá enfrentarse a la cruel maga y embarcarse en una aventura increíble que la llevará al interior del corazón de Thane, que sigue latiendo, y le revelará sus mayores secretos.

«Charlie es una escritora vibrante con una voz personal y una magnífica capacidad para crear mundos.»

BRANDON SANDERSON

*A mi marido, Jordan, que es la fuente
de toda la magia de mi vida.*

Capítulo 1

Ceony llevaba cinco años deseando ser fusionadora.

Sin embargo, mientras que la mayoría de estudiantes de la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos había elegido a qué material iba a dedicar su arte, a Ceony se lo habían impuesto.

—No hay suficientes plegadores —le había explicado la maga Aviosky en su despacho.

Hacía menos de una semana que se lo habían dicho y aún sentía las lágrimas picándole en los ojos.

—El papel es un medio fantástico —había proseguido la maga Aviosky— pero su reputación se ha deteriorado en los últimos años. Como solo hay doce magos en activo en esta disciplina, no nos queda otro remedio que asignársela a una parte de nuestros aprendices. Lo lamento.

Ceony también lo lamentaba. Esas palabras le habían roto el corazón y, ahora, en la entrada que conducía a la guarida del mago Emery Thane, deseaba que le hubiera dejado de latir.

Su mano aferraba el asa de madera de la maleta y sus ojos examinaban aquella monstruosidad, que era incluso peor de lo que se había imaginado. Por si no fuera bastante malo que el mago Thane, el único plegador a aquel lado del Támesis, viviera en la periferia salvaje de Londres, su morada parecía sacada de un cuento de terror. Las paredes negras se alzaban en seis plantas. La pintura desgastada se desconchaba bajo el efecto de un viento repentino que se levantó en el momento en que Ceony puso un pie

en el camino sin pavimentar que surgía de la carretera principal. Tres torres irregulares emergían de la casa como si se tratase de la corona del diablo; una de ellas tenía un amplio agujero en el lado este. Había una chimenea rota, en la que se oía el graznido de un cuervo, o quizás de una urraca. Todas las ventanas de la casa — Ceony solo contó siete— quedaban ocultas detrás de postigos negros, bloqueados por completo con cadenas, sin que se pudiera apreciar el más mínimo brillo en su interior. Hojas muertas de una docena de inviernos obstruían las cornisas del tejado que, a su vez, estaban incrustadas bajo tejas dobladas y retorcidas, también negras; y algo que desprendía un olor a vinagre y sudor goteaba en las proximidades.

En la tierra que rodeaba el edificio no había flores, ni césped, ni siquiera una colección de piedras. El pequeño patio tan solo contenía rocas y parcelas de tierra sin cultivar, demasiado secas y agrietadas como para que la hierba echara raíces. Las baldosas que formaban el camino que llevaba a la puerta principal, que se sostenía únicamente con la bisagra superior, estaban rotas en pequeños trozos y Ceony dudaba que alguna de las corroídas tablas grises del porche pudiera soportar su peso el tiempo suficiente como para llamar al timbre.

—Me han enviado al infierno —murmuró Ceony.

La maga Aviosky, su escolta, frunció el ceño a su lado.

—No se fíe nunca de lo que ven sus ojos en el hogar de un mago, señorita Twill. Ya lo sabe. —Ceony tragó con la garganta seca y asintió.

Lo sabía bien, pero no le importaba, ya no. La sombría y solariega casa se le antojaba un reflejo de ella misma y de todo lo que le había ido mal en los últimos días. Tal vez se había maldecido a sí misma la noche anterior al amontonar todos los papeles que había encontrado en el hotel y quemarlos uno a uno en la chimenea mientras la maga Aviosky consultaba un mapa en el recibidor. O, quizás, el mago Thane era la prueba de que Ceony necesitaba potenciar su imaginación.

Reprimió un suspiro. Tenía diecinueve años y había llegado tan lejos... y lo que había logrado hasta ahora, contra todo pronóstico, se le escurría entre los dedos, dejándola fría y vacía. Todas sus aspiraciones estaban a punto de quedar reducidas a simple papel. Ceony se pasaría el resto de sus días escribiendo en cuadernos de notas y leyendo libros obsoletos. Su única alegría en la vida consistiría en escribir cartas que se abrirían solas al llegar a su destino. De todos los materiales que podían haber elegido para ella —cristal, metal, plástico, incluso goma— habían optado por el *papel*. Era evidente que la maga Aviosky no se daba cuenta de que la razón por la que el Plegado se había convertido en un arte moribundo era porque las habilidades que otorgaba eran completamente inútiles.

Después de rechazar la idea de que la llevaran a rastras como a una niña pequeña, Ceony enderezó la espalda y caminó hacia la entrada. La verja no era más que una serie de lanzas clavadas en el suelo con la pica hacia arriba, atadas con alambre de espino. La fuerza del viento aumentaba a cada paso y amenazaba con llevarse el sombrero de Ceony mientras estiraba el brazo hacia la manilla del portón.

La escena a su alrededor cambió de forma tan abrupta que Ceony dio un respingo y casi suelta la maleta. Tenía la mano apoyada sobre una verja normal, en lugar de aquella que parecía hecha con los restos de una batalla. El sol asomó entre las nubes y el viento se calmó hasta convertirse en una ligera brisa irregular. La casa que tenía frente a ella se encogió hasta transformarse en una de tres plantas, construida en ladrillo de color amarillo. Los postigos, todos abiertos, eran blancos, y el porche parecía lo bastante robusto como para que una manada entera de caballos saltase sobre él.

Ceony alzó la mano, sus ojos todavía estaban asimilando la transformación. Casi había esperado que, al dejar de tocar la portezuela, volviera a ver la tétrica ilusión, pero la casa permaneció exactamente igual cuando soltó la manilla. El camino hacia la puerta estaba sin pavimentar, pero un despliegue de tulipanes rojos,

violetas y amarillos lo limitaban ahora, en vez de las piedras dentadas que había visto al llegar.

Ceony abrió la puerta pestañeando y avanzó unos pasos. No eran tulipanes. Al menos, no se trataba de tulipanes reales. Todas las flores del patio parecían confeccionadas con papel, cada pétalo minuciosamente doblado. Los capullos parecían tan reales que cuando una nube tapó durante unos minutos el sol de la tarde, todos cerraron ligeramente sus pétalos. Como flores que se esforzaban demasiado por ser flores.

Con un vistazo rápido, Ceony descubrió las tiras de papel que colgaban de la verja, y más allá, unos folios de papel más altos que una persona y más anchos que el automóvil que la había llevado hasta allí. *Una ilusión*. Ceony recordó la clase sobre espionaje que había recibido en la escuela el invierno anterior, donde el profesor había mencionado la utilización de muñecos de papel para ocultar la verdadera apariencia, pero a ella nunca se le habría ocurrido que la táctica sirviera para ocultar toda una casa.

La maga Aviosky la siguió y empezó a deshacerse de los guantes de seda de forma despreocupada, dedo a dedo. La transformación no la había alterado ni un poquito.

Ceony había tenido la certeza de que el mago Thane se presentaría en la entrada en ese mismo instante, pero la puerta, que ahora era de madera sólida y estaba pintada de un marrón tan clarito que parecía naranja, seguía cerrada y todo estaba en silencio.

«Puede que no sea malvado», pensó Ceony frunciendo el entrecejo, «quizás solo está chiflado».

Ceony dejó atrás las flores de papel y subió unos peldaños hasta la puerta principal, la maga Aviosky la seguía apenas un paso por detrás; llamó a la puerta firmemente con los nudillos, intentando mantenerse todo lo erguida que le permitía su metro sesenta de altura. Se tocó el pelo de manera distraída, que era del color de las batatas sin cocinar, y se colocó la trenza en el hombro izquierdo. Aquella mañana había decidido no hacérsela bien a propósito, del mismo modo que no llevaba su mejor vestido ni su uniforme de

estudiante. No había ningún motivo por el que sentirse entusiasmada: ¿para qué arreglarse? Era evidente que el mago Thane no había hecho concesiones especiales por ella.

El pomo se giró sin que hubiera escuchado pasos al otro lado y, cuando la puerta se abrió, Ceony gritó y dio un paso atrás.

Un esqueleto salió a recibirlas.

Dio la impresión de que hasta la maga Aviosky se había sorprendido, aunque solo lo demostró arrugando los labios y ajustándose las gafas de montura redonda sostenidas por una nariz bastante prominente.

—Vaya —profirió ella.

La cabeza sin ojos del esqueleto miraba arriba y abajo de manera mecánica y Ceony, con una mano sobre el corazón, advirtió que su metro ochenta de altura estaba hecho de papel: la cabeza, la espina dorsal, las piernas... Cientos, quizás miles de trozos de papel de color blanco estaban enrollados, plegados y comprimidos unos contra otros para conectarse formando una variedad de articulaciones.

—Está loco —declaró Ceony, esta vez en voz alta.

La maga Aviosky resopló de manera sonora en un intento sutil de reñirla.

El esqueleto se apartó a un lado.

—¿Alguna otra sorpresa? —preguntó Ceony a nadie en particular mientras se adentraba en la casa, manteniéndose tan lejos del esqueleto como le permitía el estrecho marco de la puerta.

La casa tenía un largo recibidor que olía a madera vieja y se abría en tres direcciones, dos a la derecha y una a la izquierda. La primera a la derecha daba a una pequeña habitación que, a pesar de estar llena de trastos, se encontraba hábilmente ordenada: todo, desde los candelabros hasta los libros, estaba colocado en los estantes de una forma exquisitamente sistematizada, junto con ocarinas de arcilla, juegos de mármol y más libros apiñados en líneas rectas a lo largo de la repisa de la chimenea. Ceony se fijó en cada detalle de la habitación, era curiosa por naturaleza, y también en el desgastado cojín del sofá, lo que indicaba que el mago Thane

prefería sentarse en el lado izquierdo. Una pequeña campana de viento colgaba en un rincón. Era un lugar extraño para una campana como esa, ya que el viento no se podría colar en aquella habitación a no ser que abriera la ventana e, incluso así, soplaría con muy poca intensidad. Llegó a la conclusión de que al mago Thane le gustaba su aspecto estético, pero no su sonido.

Chiflado, sin duda.

Una pila perfecta de cartas sin leer se encontraba sobre una mesita auxiliar en un rincón junto a lo que parecía una caja de música y una especie de rompecabezas de alambre, que estaba perfectamente alineado con las cartas y la caja. Ceony nunca había conocido un coleccionista de trastos tan... ordenado. Le inquietaba.

La puerta cerrada a la izquierda del recibidor ocultaba otra habitación, pero en lugar de seguir caminando hacia el interior de la casa para descubrir lo que escondía la segunda puerta de la derecha, Ceony gritó:

—¡Mago Thane! ¡Sus invitadas están aquí y agradecerían a una persona real para recibirlas!

—¡Señorita Twill! —la regañó la maga Aviosky en susurros mientras el esqueleto de papel cerraba la puerta delantera—. ¡Esos modales!

—Bueno, su ausencia también denota malos modales, ¿no? —preguntó Ceony, que detestó lo infantiles que sonaron esas palabras en su boca. Carraspeó y respiró hondo—. Lo siento. Estoy un poco nerviosa.

—No necesita jurármelo —respondió en tono de broma la maga Aviosky al tiempo que una persona de verdad aparecía en la segunda puerta de la derecha con una especie de libro de notas en las manos.

El mago Thane era mucho más joven de lo que Ceony imaginaba; rondaba los treinta años, y tampoco se había tomado la molestia de arreglarse. No llevaba su uniforme de etiqueta de mago, ni nada particularmente elegante, tan solo unos sencillos pantalones con una camisa de cuello alto sin adornos, sobre la cual vestía un liviano abrigo azul oscuro que era demasiado grande y que le

llegaba hasta los tobillos, con unas mangas sueltas que casi le ocultaban las palmas. Tenía un aspecto bastante corriente: su piel no era ni clara ni oscura; no era alto ni bajo; y su constitución no era ni delgada ni ancha. El cabello oscuro le llegaba justo por debajo de las orejas, lo que ofrecía un aspecto arreglado pero despeinado. Tenía unas patillas negras hasta la mandíbula y su nariz tenía un pequeño bulto, justo en el punto superior del puente. Lo único extraordinario en él era el brillo de sus ojos: verdes como las hojas en verano y brillantes como si alguien hubiera puesto una vela en su interior.

El mago Thane miró a Ceony sin mostrar una sonrisa, o cualquier otro gesto, pero en esos ojos chispeantes ella advertía que el hombre se estaba divirtiendo. Que fuera a costa de ella o de él mismo era difícil de decir. Ceony apretó los dientes.

—Mago Thane —comenzó la maga Aviosky con un ligero saludo con la cabeza, y Ceony se preguntó cómo de bien se conocían—, le presento a Ceony Twill, la muchacha de la que le hablé en el telegrama.

—Sí, ya —respondió el mago Thane, que dejó el libro en la pila de cartas sin leer junto al sofá y alineó las esquinas del libro cuidadosamente. Se dio la vuelta para encontrarse con la mirada de Ceony—. Ceony Twill, la mayor de cuatro hermanos y primera de su promoción. ¿Cuántos estudiantes han conseguido librarse de esa prisión este año?

Ceony se ajustó el sombrero; lo hizo tan solo para proporcionarle a su mano libre algo que hacer.

—Veintidós.

—Aun así, es un logro —comentó de manera relajada—. Esperemos que aquí pueda hacer buen uso de esos hábitos de estudio que tiene.

Ceony asintió. Lo cierto era que poseía buenos hábitos de estudio, de lo que se enorgullecía, pero los deberes del colegio siempre le habían resultado fáciles. Gozaba de una memoria privilegiada y a menudo recordaba cosas que solo había leído una o dos veces. Era una bendición que la había ayudado a soportar

numerosas lecciones complicadas y aburridas. Con suerte, también la ayudaría allí.

La maga Aviosky carraspeó, rompiendo el silencio antes de que se alargara demasiado.

—Tengo el nuevo uniforme de la señorita Twill en mi maletín. Dígame que ha preparado la unión.

—En efecto —contestó, restándole importancia a la pregunta con una ligera sacudida de la mano. Posó sus ojos en los de Ceony—. Imagino que le gustaría realizar una visita por la casa.

Ella sintió que encogía. ¡Con qué facilidad podría aquel hombre destruir su futuro con una sacudida de la mano! Una vez se uniera a un material, no habría vuelta atrás: la unión era para toda la vida. Intentó encontrar alguna vía de escape en caso de que le hiciera falta y descubrió al esqueleto de papel justo detrás de ella. Gritó otra vez. ¿Quién necesitaba fantasmas para embrujar una casa cuando podías crear sus propios demonios a base de papel?

—Jonto, detente —ordenó el mago Thane y el esqueleto se desplomó en el suelo en una pila de huesos de papel; su calavera cuidadosamente plegada descansaba en la cima.

Ceony se apartó. ¿Qué clase de hombre chiflado construía un mayordomo de papel? ¿No había otra persona allí para abrir la puerta?

—¿Vive usted solo? —preguntó Ceony.

—Tal y como me gusta —replicó el mago Thane, guiándolas a través del recibidor—. Ese es el estudio —señaló con un gesto hacia la puerta cerrada de la izquierda—, y el comedor está por ahí —añadió, deteniéndose ante la segunda entrada a la derecha del recibidor.

Ceony lo siguió con paso lento y echó un vistazo hacia el rincón, esperando que otra atrocidad hecha de papel le asaltara.

En lugar de eso se encontró con una pequeña antesala con espejos que colgaban uno frente al otro en ambas paredes, un banco y una sencilla cómoda sobre la que descansaba un florero vacío. Triángulos de papel de color verde azulado y amarillo estrechamente plegados cubrían las paredes donde la antesala

daba paso a una pequeña pero bien provista cocina. Una encimera de mármol rodeaba un fregadero, había armarios oscuros a ambos lados, pero dejaban espacio suficiente para trabajar. Una rejilla de metal encima del fregadero contenía un pequeño juego de ollas y cacerolas, cuyas bases oscuras demostraban que se utilizaban con asiduidad. En las esquinas de la rejilla había una vid de papel enrollada que tenía un aspecto muy similar a los huesos de Jonto, el esqueleto. ¿Tenía alguna utilidad? ¿O el mago de papel simplemente se aburría tan apartado de la vida real? ¿En qué medida el papel decorativo de aquella casa se usaba para los encantamientos? Y ¿en qué medida era ornamentación inútil?

¿Se pasaría el resto de sus días siendo decoradora?

Ceony se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y examinó el resto de la cocina. El mago Thane tenía un fogón más estrecho de lo que ella estaba acostumbrada a ver; además estaba anticuado, pero no parecía de mala calidad. De algún modo, a Ceony le reconfortaba la idea de saber que, entre lección y lección de Plegado, podría escaparse hasta allí para cocinar. Al fin y al cabo, si no hubiera conseguido la beca, su alternativa habría sido la de asistir a una escuela de cocina. El precio de la matrícula era la décima parte de lo que exigía la Escuela Tagis Praff y Ceony poseía un don para la cocina. Había confiado en que la admitirían.

Ceony dejó atrás la cocina para llegar al comedor. Cientos de pájaros de papel que parecían vivos pendían del techo por hilos. Colgaban silenciosamente, sin estorbar, suspendidos encima de una sencilla mesa cuadrada situada sobre una alfombra tejida de color marrón. Cerca había una cómoda alta de color negro, abarrotada de platos, libros, servilletas, frascos y jarras, y todo estaba encajado de tal forma que, si se extrajera tan solo uno de los artículos, se provocaría una avalancha. En la superficie de la cómoda había unas extrañas bolas y conos de papel, hechos de bolas y conos más pequeños y, estos, hechos de bolas y conos aún más pequeños. A Ceony le hacían daño a la vista. La casa habría resultado acogedora si no hubiera estado tan llena de chismes.

Avanzó hasta una gruesa pila de pergaminos en el borde de la mesa y descansó la mano encima, pensando en las ilusiones de papel que se extendían por la valla de la casita de campo.

—La decoración del exterior de su casa es horrible —declaró con ligereza.

La maga Aviosky le lanzó a Ceony una mirada de advertencia al entrar en el comedor. El mago Thane simplemente contestó:

—Sí. Una delicia, ¿verdad?

El mago pasó a su lado y abrió una puerta. Unas escaleras empinadas conducían al piso de arriba.

—Sígueme, si son tan amables.

Ceony empezó a subir tras él con la maleta todavía en la mano. El noveno escalón crujió bajo su peso y las rodillas le dolían cuando alcanzó el segundo piso.

—Su dormitorio —señaló el mago Thane mientras abría la puerta de un empujón—, puede dejar el equipaje, si lo desea.

Ceony se adentró en el dormitorio, que contrastaba sobremanera con el resto de la casa, pues las estanterías se encontraban vacías. No había montañitas, ni pilas, ni trastos, pero a juzgar por las marcas de la moqueta, la habitación había contenido muebles que se habían trasladado o tirado recientemente. El mago Thane probablemente acabara de prepararla para su llegada, a pesar de haber contado con toda una semana.

Pero lo más raro era que no había adornos de papel en las paredes o en el techo, se habían dejado completamente desnudos. Una sencilla cama individual se apoyaba contra la única ventana junto a la que había tres estantes en la pared y un escritorio sencillo con un cajón a unos pasos del pie de la cama. También había un armario pequeño, pero lo bastante grande para las pocas prendas de Ceony y una mesilla con un candelero nuevo y un portavelas.

Era algo más espacioso que su dormitorio en Tagis Praff, aunque tenía menos estantes. Aun así, aquel dormitorio se le había hecho más acogedor y hospitalario que este, aunque tal vez se debiera a que se había ganado aquella plaza. Había *deseado* estar allí.

—Gracias —dijo, y dejó la maleta en el suelo.

Se acordó brevemente de la pistola Tatham de percusión de 1845 que había guardado ahí, había sido un regalo de graduación de su padre, pues tenía *planeado* ser fusionadora, y decidió que desharía la maleta más tarde, lejos de miradas inoportunas. El mago Thane probablemente ya se lo esperaba y prosiguió con la visita.

—Ahí delante —continuó el mago Thane mientras Ceony cerraba la puerta del dormitorio—, está el cuarto de baño, mi habitación y la biblioteca —señaló, deteniéndose al final del pasillo, ante otras escaleras. A la maga Aviosky le dijo—: He preparado la unión ahí dentro —y señaló hacia la biblioteca.

Ceony ralentizó el paso. Así que la visita finalizaba con la unión.

La joven ojeó la puerta al final del pasillo, idéntica a la que conducía a las escaleras.

—¿Qué hay en el tercer piso? —preguntó Ceony.

Quizás habría algo que pudiera motivarla, algo que la esperase. Quizás encontraría una ventana por la que saltar. A juzgar por la altura del techo en la primera y la segunda planta, la tercera era la más alta con diferencia, algo extraño en una casa de campo como aquella.

—Los grandes encantamientos —respondió el mago Thane con expresión neutra, a pesar de que en sus ojos bailaba una sonrisa. ¿Era consciente de lo mucho que lo delataba la mirada?

Ceony tomó nota mental de no revelárselo. Necesitaría todas las ventajas a su alcance para poder sobrevivir allí.

El mago Thane descartó subir las escaleras del tercer piso y Ceony arrastró los pies detrás de la maga Aviosky hacia la biblioteca, que era ligeramente más grande que su dormitorio y únicamente contenía estanterías de libros contra las paredes, si bien estas se alzaban hasta el techo. Como Ceony había imaginado, los libros abarrotaban todos y cada uno de los espacios disponibles, lomo contra lomo, algunos formando dobles filas, por lo que era imposible ver todos los títulos. Daba la impresión de que hacía poco tiempo que se había limpiado el polvo de las estanterías... hacía muy poco, ya que cuando Ceony estaba pensándolo, estornudó y eso le hizo reparar en el camino de polvo iluminado por una enorme

ventana situada en la pared más alejada. Sus ojos aterrizaron en un bucle de cadenas de papel que rodeaba la ventana y en la mesa de pino ubicada debajo, que contenía montañas de papel de distintos tamaños y colores, organizados desde el más claro al más oscuro y, luego, del más rugoso al más liso. Un pequeño telégrafo se situaba en la esquina derecha trasera.

La única silla de la mesa estaba girada y encima de ella había un pequeño caballete con un lienzo de papel corriente que era grueso, de color blanco y de grano fino. Sin decoración, sin ceremonias, solo un folio de papel normal.

Al examinarlo, Ceony se dio cuenta de lo que era.

Su tumba.

Sabía lo que entrañaba la unión material: era una de las docenas de asignaturas que había estudiado en el último año en la escuela. No era algo glamuroso, únicamente se trataba de un juramento que ataba el espíritu de la persona al objeto, permitiéndole canalizar la magia a través de este y de ningún otro material. Una persona no podía, por ejemplo, realizar encantamientos con cristal y fuego. Solo con uno de los dos. Ceony no podía unirse al papel y aun así seguir deseando convertirse en fusionadora para encantar joyas y balas tal y como había soñado durante sus clases.

No era justo, pero seguir quejándose no serviría de nada. Todos lo sabían. La maga Aviosky lo sabía y el mago Thane probablemente también. Ceony se había ganado el derecho de elegir su material, pero como los que habían pasado antes que ella habían descuidado el Plegado, la más débil de las artes mágicas, a ella la habían obligado a aceptarla.

El mago Thane le entregó una hoja blanca de papel de veinte por veintiocho, un poco más pequeña que la estándar. Ceony la apretó entre los dedos y le dio la vuelta, pero no llevaba instrucciones. No había ningún tipo de escritura que adornara la superficie, ni ningún pliegue, mágico o no.

—¿Para qué es? —preguntó.

—Pálpalo —indicó el mago Thane, que se agarraba las manos en la espalda.

Ceony siguió con el papel en la mano a la espera de que le diesen alguna instrucción, pero el mago Thane se limitó a mantener su postura. Tras varios segundos, Ceony apretujó el papel entre las palmas y lo frotó en las manos con esmero, adelante y atrás, «palpando» el papel.

Los ojos del mago sonrieron y asió el papel ligeramente arrugado sin más comentarios.

—¿Se sabe las palabras? —preguntó con más suavidad.

Quizás los ojos de ella eran tan fáciles de leer como los de él.

Ceony asintió, entumecida. La charla que había mantenido con la maga Aviosky en el coche le volvió a la mente.

—Es esto o nada. Ha de ser así porque tiene que haber un equilibrio —aseguró la maga Aviosky—. No deje que los rumores o las burlas la convenzan de lo contrario, señorita Twill. Plegar requiere buen ojo y manos diestras: usted posee ambas cualidades. Los demás han aceptado este destino, del mismo modo que debe hacerlo usted.

Aceptar este destino. ¿Era cierto? ¿O las palabras habían sido pensadas para persuadir dócilmente a Ceony de renunciar a sus sueños?

Los dos la observaban: la maga Aviosky, con su habitual semblante cual lienzo negro, y el mago Thane, con una chispa de humor en los ojos.

Ceony arrugó los labios. En cuanto a la magia, sabía que sería papel o nada; y prefería terminar siendo plegadora que nada.

Alzó una mano sudorosa y la presionó contra el folio de papel. Cerró los ojos y con los dientes apretados, pronunció:

—Material creado por el ser humano, tu creadora te invoca. Únete a mí como yo me uno a ti a través de los años, hasta el día en que muera y me convierta en tierra.

Qué palabras tan sencillas, pero hicieron su trabajo.

La mano de Ceony se volvió cálida, el calor se extendió a través del brazo y de su cuerpo y luego se esfumó con la misma rapidez.

Estaba hecho.

Capítulo 2

—**E**l proceso de la unión siempre me ha parecido increíblemente decepcionante —comentó el mago Thane mientras recogía el caballete de la silla—. ¿Quiere conservarlo?

Ceony pestañeó varias veces y se llevó la mano con la que había realizado la unión al pecho.

—¿Conservar el qué?

Él sacudió el papel en su mano.

—Para algunos tiene valor sentimental.

—No —replicó, quizás con demasiada brusquedad.

El mago Thane pareció no darse cuenta y colocó el papel contra la pared y el caballete encima de la mesa de forma perfectamente paralela a las montañas de papel.

Al no encontrar un espacio libre en la mesa, la maga Aviosky se arrodilló en el suelo y abrió su maletín de plástico duro que había sido confeccionado por un policreador, una clase de mago que había aparecido hacía tan solo treinta años, después de que un mago de goma descubriera el plástico. La maga Aviosky extrajo de su maletín un mandil rojo cuidadosamente doblado y un sombrero de copa baja negro: el uniforme de aprendiz.

A pesar de los retortijones y de que los pedacitos de sus sueños más importantes se amontonaban en una pila en la base de su cerebro, Ceony aceptó las prendas con una veneración silenciosa.

Al contrario que el mandil verde de estudiante, el mandil de aprendiz llevaba pliegues en la zona de los muslos y una decoración escarlata alrededor del cuello. La tela también cubría mejor la zona del busto. Se ataba detrás del cuello y en torno a las costillas y tenía dos pequeños bolsillos en forma de medio círculo a cada lado de las caderas.

El sombrero de copa, rígido y lustroso, denotaba experiencia. Los estudiantes no llevaban sombreros de copa. Aunque el camino al que Ceony había ido a parar era estrecho y estaba desprovisto de emoción, al menos el mandil y el sombrero eran señal de su valía. Demostraban que había logrado algo, pues graduarse en Tagis Praff, especialmente en solo un año y como la primera de su promoción, no había sido tarea fácil.

—Gracias —dijo mientras abrazaba el mandil contra su pecho.

La maga Aviosky sonrió con la clase de sonrisa que siempre le había regalado a Ceony en el colegio. La sonrisa que hacía que a Ceony le cayera tan bien. «Ojalá pudiera ser su aprendiz», pensó. Si le hubieran dado a elegir, habría preferido realizar encantamientos con cristal antes que con papel.

La maga Aviosky se puso recta, disipando aquella idea con bastante brusquedad.

—He de irme ya —declaró—, a no ser que tenga otro criado de papel que me acompañe a la salida.

Los ojos del mago Thane sonreían cuando aseguró:

—No me importa acompañarte, Patrice. ¿Ceony?

—Yo prefiero... quedarme, si no le importa —comentó.

Ceony tenía la impresión de que, si se acercaba demasiado al automóvil con la maga Aviosky, tendría la tentación de huir para no regresar jamás. Y, aunque lo detestaba, sabía que tenía que esperar hasta asumir su nueva responsabilidad antes de fiarse de sí misma lo bastante como para acercarse a cualquier salida. Se había unido al papel para siempre y no tenía sentido haber superado con esfuerzo los estudios en Tagis Praff para echarlo todo por la borda ahora.

El mago Thane asintió y luego le volvió a entregar el pedazo de papel arrugado que le había hecho «palpar». Desconcertada, Ceony lo aceptó. Le llevó unos segundos —el tiempo suficiente para que los magos Thane y Aviosky alcanzaran la puerta de la biblioteca— darse cuenta de que algo había cambiado en el pergamino.

Lo giró varias veces. Seguía sin contener ningún pliegue ni escritura, pero lo notaba diferente de un modo que le era difícil de describir. Al tacto era un simple trozo de papel, naturalmente, de tamaño mediano y liviano, como el que un dibujante podría necesitar, pero algo bajo su piel hormigueaba con su roce. ¿Acaso esa sensación era resultado de la unión? ¿Era aquel el motivo por el que el mago Thane había insistido en que tocara antes el papel, para que pudiera percibir la diferencia?

Algo confusa, depositó el papel en la silla y se apresuró hasta la puerta de la biblioteca para asomarse y ver a los magos Aviosky y Thane. Atravesaban el pasillo y hablaban tan bajo que Ceony no oyó nada. No pudo evitar seguirlos. Avanzó lentamente por el pasillo mientras los magos se alejaban escaleras abajo y luego descendió lentamente las escaleras mientras ellos entraban al comedor; se aseguró de evitar el noveno escalón que chirriaba. Seguía escabulléndose detrás de ellos y vio a la maga Aviosky salir finalmente; el mago la siguió y mantuvo la puerta principal abierta con el pie. Seguían hablando en voz baja por lo que, como no podía ser de otra manera, Ceony sospechó que se trataba de algo que ella no debía oír. La maga Aviosky nunca había confiado en que ella hiciera caso de lo que le pedían.

Cruzó el pasillo silenciosamente, arrastrando los pies y miró de reojo la pila inmóvil de huesos de papel que pertenecía a Jonto. Seguía sin poder descifrar la conversación de sus profesores, pero no se atrevió a acercarse más.

Entonces, giró el pomo del estudio del mago Thane y se adentró en él.

Aquella habitación contenía más caos sistematizado que el resto. Estaba iluminada por una ventana circular situada en la pared más alejada, que daba a la verja hechizada de la entrada. Unas cortinas

de papel amarillo se habían descorrido para revelar un cristal que no se había limpiado por fuera desde hacía bastante tiempo. Bajo la ventana se situaba una balda que contenía todavía más libros, archivadores y también cuadernos de notas semejantes al que el mago Thane había sostenido poco rato antes. En la esquina opuesta a esa balda había tres librerías de madera de cedro de cuatro estantes cada una, recargadas con pilas ordenadas de papel muy comprimidas para aprovechar bien el espacio. Había más papeles plegados: pliegues de base, quizás, para ahorrar tiempo. Muchos hechizos triviales probablemente se empezaran con esos pliegues en forma de «V». Ceony supuso que gran parte de su aprendizaje consistiría en fabricar pliegues de base sin importancia para que el mago Thane los usara a su antojo. Suspiró.

Una segunda ventana cuadrada, tapada por fuera por alguna clase de hiedra, tenía varias cadenas de papel que colgaban por delante de la planta, algunas unidas estrechamente con ángulos agudos y otras confeccionadas con grandes círculos rajados por el borde y encajados de una forma tan suelta que un simple tirón lo desmoronaría todo. Algunas de las cadenas eran azules, otras eran rosadas y, el resto, de diferentes colores. El color no importaba, claro. Ceony lo sabía por la asignatura de Historia de los Materiales que había cursado en Tagis Praff.

Advirtió las pequeñas tiras de papel en la moqueta de color verde pálido que el mago Thane no había recogido, o tal vez se tratara de un trabajo reciente, previo a la llegada de Ceony: un hechizo cuyo objetivo era el de asustarla aún más. Buscó el encantamiento pero la habitación contenía tantos trastos que apenas podía distinguir un tablero de un escritorio. Las paredes, en contraste, estaban casi desnudas, salvo por el Certificado de Mago enmarcado y más estantes de archivadores comprimidos contra las esquinas detrás del escritorio.

Oyó cerrarse la puerta principal, pero Ceony no se dio prisa. Se puso de cuclillas y recogió los pedazos de papel de la moqueta, desdoblándolos con los dedos. Volvió a sentir ese hormigueo sutil bajo la piel. Se quedó contemplando los pedacitos de papel.

Ninguno era más grande que la uña de su pulgar y todos parecían seguir unos extraños patrones simétricos.

La puerta del estudio se abrió.

—¿Te diviertes? —preguntó el mago Thane en tono ligero.

«Al menos no tiene mal carácter», pensó ella. En voz alta, dijo:

—Ha estado fabricando copos de nieve. —Examinó un papel cortado como un corazón alargado—. Es eso, ¿verdad?

El mago asintió; su rostro estaba en calma salvo por un destello en sus ojos verdes.

—Muy perspicaz.

Ceony se enderezó y se sacudió la falda marrón que llevaba y que le llegaba hasta las pantorrillas. Habría pensado que se burlaba de ella si sus ojos no hubiesen irradiado tanta sinceridad. Qué hombre tan desconcertante.

—Ceony —empezó el mago Thane, apoyado contra el marco de la puerta. Se cruzó de brazos y las enormes mangas quedaron colgando—, imagino que puedo llamarte por tu nombre de pila. —No esperó una respuesta—. El Plegado no es tan aburrido como crees. Puede que no sea tan emocionante como la Fusión o tan innovador como la Policreación, pero tiene su espacio para la creatividad. ¿Me permites que te lo demuestre?

Ceony evitó fruncir el ceño y puso todo su empeño en no parecer increíblemente aburrida ante la sugerencia. Al fin y al cabo, sería la aprendiz de aquel hombre durante, por lo menos, dos años, si no más. Debía conseguir caerle bien. Forzó una sonrisa educada en la cara y se movió hacia la puerta.

El mago Thane salió al recibidor pero, mientras Ceony lo seguía, sus ojos captaron algo en el escritorio que la detuvo. Algo que no le habría llamado la atención si el sobre no hubiera hecho juego con el kit de papelería que tenía bien guardado en uno de los bolsillos laterales de la maleta.

Volvió sobre sus pasos y alargó la mano hacia un portanotas de alambre que estaba repleto de cartas y postales, todas alineadas con la siguiente por el borde izquierdo. Ella eligió el sobre de color melocotón situado casi en el centro del portanotas y lo asió,

demasiado desconcertada como para sentir la sensación de hormigueo en los dedos. No estaba dirigido al mago Thane, sino al Gabinete de Magos... con su letra. Lo había enviado a aquel destinatario porque su donante había sido anónima y no sabía de qué otra forma ponerse en contacto con ella.

O, por lo visto, con él.

No necesitaba abrir la carta para saber lo que contenía. Lo recordaba palabra por palabra.

A mi donante anónimo:

No sabría cómo expresarle mi profundo agradecimiento por la beca que he recibido de su mano, aunque no disponga de un nombre al que dirigir mi gratitud. Desde pequeña, mi sueño siempre ha sido el de aprender los secretos de la magia, pero debido a la situación económica de mi familia y a algo de mala suerte, hace unos días creía sinceramente que mi sueño era inalcanzable. Sin embargo, me alegra informarle de que me he matriculado oficialmente en la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos, y mi intención es la de hacerle sentir orgulloso (u orgullosa) graduándome en solo un año.

No existen palabras para expresarle mi dicha y gratitud, pero le ruego paciencia mientras lo intento. Posiblemente usted haya cambiado mi vida y la de mi familia para mejor, para algo bueno. Gracias a su generosidad, me siento capaz de cualquier cosa, ya que ahora no hay nada en este mundo que me impida conseguir mis metas.

Por favor, sepa que ha marcado una gran diferencia en mi vida. Solo rezo por conocer su nombre algún día para encontrar el modo de recompensarle.

Atentamente y con mis mejores deseos,
Ceony Maya Twill

Ceony, algo tensa y mareada, profirió:

—¿Usted... fue mi donante?

El mago Thane, desde el marco de la puerta, alzó una ceja.

Ceony giró la carta en sus manos.

—Esta es mi carta de agradecimiento —señaló al tiempo que el corazón se le aceleraba en el pecho. Sintió un rubor subiéndole por el cuello—. Mi beca. Me... me la concedió usted.

El hombre simplemente ladeó la cabeza hacia la izquierda.

—Las clases en ese sitio son horrosas, ¿no es así?

—¿Por qué? —inquirió, tragando saliva para evitar que la voz le temblara. Las paredes de la garganta se le irritaron—. ¿Por qué quiso apoyarme?

Desde el principio, Ceony había sabido que solo podría asistir a una escuela de magia, requisito para todos los aprendices, si recibía alguna ayuda económica. Había estudiado mucho en el instituto y había sido nominada para los Premios Académicos Mueller después de ser aceptada en Tagis Praff, pero perdió la beca sin ninguna explicación. Afligida, había hecho las maletas y se había preparado para mudarse a Uxbridge, donde trabajaría como criada durante un año aproximadamente para pagarse la escuela de cocina. Cuatro días antes de partir, se pusieron en contacto con ella desde la Escuela Tagis Praff con un ofrecimiento de una beca anónima de quince mil libras, dinero suficiente para cubrir las clases durante un curso escolar, los libros y las pizarras. Un milagro: ningún banco permitiría que una don nadie de Whitechapel's Mill Squats pidiera un préstamo de tal importe. Lo sabía por experiencia.

Lloró al recibir aquel telegrama. Al día siguiente, escribió la carta.

Y el mago Thane, un hombre a quien no había conocido hasta aquella mañana y a quien había tomado por una especie de hechicero lunático, había sido quien le había dado el dinero, sin intereses, sin necesidad de reembolso; sin ni siquiera un nombre.

No respondió a su pregunta. En cambio, dijo con ligereza y con un movimiento de la mano:

—¿Vamos? —Un gesto que cerraba la conversación.

Si el mago Thane hubiese querido hablar de la beca, habría revelado su nombre cuando se la concedió a Ceony.

Nerviosa, la joven depositó la carta en la mesa. Se frotó la nuca y siguió al mago al recibidor, a la cocina y al comedor. Él podía haber dado por concluido el asunto, pero ella no iba a dejar que las cosas se quedaran como estaban. En la escalera preguntó:

—¿Usted me solicitó?

—Le aseguro que la designación fue pura coincidencia. O quizás alguna clase de broma por parte de la maga Aviosky. Si es que se le puede llamar broma. Siempre la he encontrado bastante... seca.

«¡Pues menuda coincidencia!». Demasiado aturdida como para pensar en una réplica, Ceony siguió los pasos del mago Thane de vuelta a la biblioteca, donde su uniforme de aprendiz reposaba en el suelo. Se vistió con su mandil rojo, pero dejó a un lado el sombrero de copa, que estaba más pensado para utilizarse sobre todo de cara al público. Retiró varios trozos de papel de la mesa, además de algo que parecía una tabla de cortar, y se sentó en la pequeña alfombra verde su larga capa se extendió a su alrededor casi como el faldón del vestido de una mujer.

—Puedo acercarle una silla —ofreció Ceony.

Una parte de ella aún conservaba la decepción de convertirse en plegadora, pero otra parte se sentía extraña al sentarse delante del mago Thane ahora que sabía lo que había hecho por ella, pero ignoraba sus motivos: la carta que había escrito y rescrito cuatro veces había terminado en sus manos. No existía ninguna clase de etiqueta ni libro de texto que la hubiese orientado sobre cómo manejar una situación como aquella.

—Bobadas —soltó el mago Thane mientras se inclinaba sobre la tabla; parecía indiferente al cabello que le caía en los ojos y a las largas mangas que le ocultaban las manos—. Mi lema es: nunca se debe plegar en el regazo de uno.

Los pensamientos torpes de Ceony se detuvieron ante aquello.

—¿En el regazo de *uno*, o en el suyo? —preguntó.

El mago Thane alzó la mirada y ella detectó diversión en sus ojos, aunque no se reflejara en su voz.

—Creo que la gente me encontraría un tanto peculiar si me dedicara a plegar en sus regazos, ¿no cree?

—Quizás crean que es usted peculiar de cualquier modo —replicó, procesando las palabras una vez habían salido de sus labios.

Se puso colorada. Su bien entrenado sarcasmo le había sabido mucho mejor antes de que se revelara la filantropía del hombre. Puede que la mejor manera de manejar la situación de su donante convertido en profesor fuera actuar como si nada extraordinario hubiera sucedido hacía tan solo unos minutos. Eso sería lo más fácil.

La alivió que el mago Thane sonriera antes de volver a dirigir la mirada hacia la tabla situada frente a él.

—Todo está hecho a partir de pliegues —explicó mientras trabajaba, plegando por la mitad un trozo de papel cuadrado de color naranja y luego otra vez por la mitad—. Pero eso ya lo sabes. El truco está en plegar correctamente. Todo debe estar perfectamente alineado porque, de lo contrario, los hechizos no funcionan. Del mismo modo que no se puede hechizar un espejo si no refleja una imagen perfecta.

—Ni hacer una tarta de fruta sin los ingredientes adecuados —añadió Ceony con suavidad.

El mago Thane asintió, pero ella sintió que ese mínimo gesto de aprobación era importante. Ceony observaba sus manos a medida que movían el papel de un modo u otro, rotándolo y dándole la vuelta. Se doblaba bajo su toque como si fuera agua y no tuvo ninguna dificultad a la hora de lograr que el papel obedeciera sus instrucciones. Ceony examinó los movimientos mientras almacenaba las imágenes en su memoria.

El mago Thane plegó el papel hasta convertirlo en una especie de cometa; luego lo abrió hasta que tuvo el aspecto de un diamante grande. Nada demasiado complejo. Aun así, Ceony no pudo ver el pájaro en la forma del papel hasta que casi había terminado. No era un pájaro como los que colgaban en la cocina, sino de cuello y cola larga, y alas triangulares dobladas de manera perfecta.

El mago lo sostuvo en su palma con el brazo estirado y pronunció:

—Respira.

Ceony inhaló, pero la orden no había sido para ella.

El pájaro de papel sacudió la cabeza y, aunque no tenía piernas, dio un brinco en la mano del mago Thane antes de desplegar sus alas naranjas y alzar el vuelo. Revoloteó alrededor de la biblioteca, subiendo y bajando en el aire como un pájaro real. Ceony lo contempló con los ojos como platos. El pájaro dio dos vueltas a la habitación antes de posarse sobre un estante alto que contenía una colección de libros de caligrafía.

Sabía que existía la animación, desde luego, y había visto a Jonto por sí misma, pero ver en persona cómo la magia se desplegaba era, bueno, *mágico*. Nunca había visto aquel tipo de encantamiento. Ningún mago de papel impartía clases en Tagis Praff. Y, tal y como la maga Aviosky había dicho, Inglaterra solo contaba con doce magos plegadores registrados. Trece, una vez ella completara su aprendizaje. Pero para eso quedaban de dos a seis años y a Ceony aún le costaba imaginarse como una auténtica plegadora.

Pero deseaba de corazón hacer magia, incluso una magia tan simple como aquella.

—¿Y puede hacer esto con cualquier cosa? —preguntó Ceony.

—Puedes usar la imaginación —contestó el mago Thane—, pero crear algo completamente nuevo consume mucho tiempo. Hay que descubrir qué pliegues funcionan y cuáles no.

—¿Cuántos conoce?

El mago Thane rio para sí mismo, como si la pregunta fuera absurda. Con sus manos ya había creado otra criatura, una ranita de papel verde. Le dio la orden de respirar y salió dando saltos, aunque se detenía de vez en cuando para mirar alrededor y decidirse por una nueva dirección. Ceony casi se esperaba que una lengua larga le saliera de la boca para atrapar moscas pero, evidentemente, a la sencilla criatura no se le había creado una.

—Jonto —dijo el mago Thane, al tiempo que plegaba un trozo de pergamino blanco— fue particularmente complicado. Me llevó meses conseguir que funcionara, sobre todo por la parte de la

columna vertebral y la mandíbula. La anatomía humana es bastante más difícil, especialmente cuando se trata de descubrir qué clase de pliegues son precisos para algo como las articulaciones de un hombro. Pero aunque esté compuesto de mil seiscientos nueve pedazos de papel, la animación se lleva a cabo como si fuera uno solo. Haz que sea un único ente solo y se alzarán como tal. Esta es tu primera lección del día.

Sus manos se quedaron quietas, revelando un pez entre ellas, hinchado en el medio para formar un cuerpo tridimensional. Pliegues similares a las alas del pájaro naranja formaban sus aletas pectorales. El mago Thane lo tomó, le susurró algo y lo liberó. El pez planeó hacia arriba en el aire como lo haría en el agua, con su aleta trasera remando de lado a lado, hasta que llegó al techo que Ceony advirtió que estaba cubierto por tiras largas de papel blanco atadas unas a otras con un simple cordel. El pez blanco usó la boca para morder el cordel y deshacer el nudo en forma de bucle.

Para su asombro, empezó a nevar. Copos de nieve de papel caían en cascada por el aire, algunos tan pequeños como la uña del pulgar de Ceony, otros tan grandes como su mano. Cientos de ellos se precipitaron al ceder el techo y todo se sincronizó de un modo que parecía nieve de verdad. Ceony se levantó de la silla, riendo, y extendió la mano para atrapar un copo. Era frío al tacto, pero no se derritió en su palma. Solo le hizo sentir un hormigueo.

—¿Cuándo lo hizo? —preguntó; su aliento se convertía en vaho en la atmósfera de la biblioteca a medida que más copos de nieve se precipitaban como confeti del techo—. En esto habría que emplear... siglos.

—Siglos no —repuso el mago Thane—. A medida que vayas aprendiendo, te volverás más rápida. —Seguía sentado en el suelo, sin inmutarse ante la magia a su alrededor. Era natural: se trataba de su propia creación—. La maga Aviosky mencionó que no te pusiste a dar saltos de alegría al conocer tu designación y no te culpo. Pero hechizar el papel tiene su encanto.

Ceony dejó caer el copo de nieve que había atrapado en la mano y se giró hacia el mago Thane preguntándose: «¿Ha hecho todo

esto por mí?».

Quizás el hombre no estuviera tan loco, al fin y al cabo. «Tal vez se trate de una locura que pueda aprender a apreciar».

Mientras los últimos copos de nieve terminaban de caer, el mago Thane se levantó y cogió un libro de tapa dura del estante que había tras él. Hizo un gesto a Ceony para que, una vez más, tomara asiento. La joven obedeció.

Él le entregó el volumen. La portada tenía un ratón plateado grabado y las palabras: *La valiente huida de Pip*. Su cabeza registró silenciosamente el cosquilleo sutil bajo la piel al aceptar el libro; se preguntó si alguna vez iba a acostumbrarse a aquello.

—¿Un libro de niños? —preguntó. Al menos, los copos de nieve habían entrañado un poco de majestuosidad.

—No me gusta perder el tiempo, Ceony —repuso. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, dirigió la mirada a los copos de nieve desperdigados frunciendo el ceño. Ceony supuso que habría preferido que hubieran caído en hileras ordenadas, perfectamente alineadas unas con otras, pero la nieve real nunca caía así.

—Voy a enseñarte algo. Considéralo tus deberes.

Ceony se desplomó en la silla.

—¿Deberes? Pero si ni siquiera me he instalado todavía...

—Lee la primera página —indicó dándose un golpecito en la barbilla.

Arrugando los labios, Ceony abrió el libro por la primera página, que mostraba una casita gris encima de una hoja. Su memoria se activó, susurrándole a Ceony que ya había visto aquel dibujo, y los recuerdos empezaron a darle vueltas hasta situarse en una tarde lluviosa hacía unos siete años, cuando había estado trabajando de canguro con el hijo de su vecino. Se había pasado media hora sollozando ante la puerta, lamentando que su madre se hubiera marchado. Tenían aquel libro, aunque se trataba de una edición muy desgastada. Ceony recordaba habérselo leído al niño, quien paró de llorar en la cuarta página.

No le mencionó el recuerdo al mago Thane.

—Una mañana, Pip el ratón salió al exterior para hacer un poco de ejercicio. Justo a la entrada de su tocón descubrió una cuña de queso dorado —leyó. Cuando hizo amago de pasar página, el mago Thane la detuvo.

—Bien —dijo—. Léelo de nuevo.

Ceony no se movió.

—¿Otra vez?

Él señaló el libro.

Reprimiendo otro suspiro, Ceony volvió a leer:

—Una mañana, Pip el ratón salió al exterior para...

—¡Pon algo de empeño, Ceony! —exclamó el mago Thane con una risotada—. ¿No te enseñaron nada acerca de la ilusión de historias en Tagis Praff?

—Yo... no.

La verdad era que Ceony no sabía a qué se refería el hombre y empezaba a frustrarse a pesar de sus esfuerzos para que esto no sucediera. No estaba acostumbrada a hacer algo mal dos veces, especialmente cuando no entendía qué era lo que había hecho mal la primera vez.

Con los brazos cruzados, el mago Thane se reclinó contra la mesa y preguntó:

—¿Sobre qué está escrita la historia?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—De las que hay que responder.

Ceony entrecerró los ojos. Su tono de voz desprendía un aire de reprimenda, pero su expresión parecía bastante tranquila.

—Obviamente está escrita sobre papel.

El mago Thane chasqueó los dedos.

—¡Eso es! Y el papel ahora forma parte de ti. Así que haz que signifique algo. Y cálmate —añadió, como si se hubiera acordado de repente.

Ceony se ruborizó y maldijo su piel clara porque hiciera que se notase tanto. Carraspeó y entonces releyó el párrafo lentamente para calmarse.

El mago Thane le instó con la mano a realizar una tercera repetición.

Ceony tragó saliva, cerró los ojos y trató de transportarse a la casa de su vecino, con el niño pequeño sentado en su rodilla y el adorado libro entre sus manos. «Como si estuvieras leyéndoselo a él», pensó. «Haz que “signifique” algo». Y así, quizás, el mago de papel la dejaría en paz. Ya había cambiado su opinión respecto a la salud mental del mago Thane tres veces.

—Una mañana, Pip el ratón salió al exterior para hacer un poco de ejercicio —pronunció con las mismas inflexiones que había usado siete años atrás para tranquilizar al niño que estaba a su cargo—. ¡Justo a la entrada de su tocón descubrió una cuña de queso dorado!

—Eso es. Echa un vistazo.

Ceony abrió los ojos y casi se le cayó el libro.

Allí, como un fantasma en el aire, había un ratoncito gris con un hocico que se movía nerviosamente. Su cola se arrastraba tras él como un gusano cansado. A su lado había un tocón y una cuña de queso dorada, justo como mostraba la ilustración del libro. Toda la imagen flotaba a la altura de su nariz, y ella veía las estanterías de libros al otro lado a través de la aparición.

A Ceony se le atragantaron las palabras.

—¿Q-qué? ¿He hecho yo eso?

—Ajá —musitó el mago Thane—. Es más fácil cuando puedes ver alguna imagen, como en los libros ilustrados, pero acabarás leyendo novelas con las que podrás conseguir que las escenas se reproduzcan para ti, si lo deseas. Admito que estoy impresionado: creí que tendría que mostrártelo primero. Es como si la historia te resultara familiar.

Una vez más se sonrojó, tanto por el cumplido como porque la hubiesen desenmascarado por haber leído lo que, en su cabeza, era un cuento de niños. Las imágenes fantasmales duraron solo un momento antes de desvanecerse, de la misma forma que todas las historias sin acabar.

Ceony cerró el libro y volvió a mirar al profesor:

—Es... increíble, pero también es algo superficial. Estético.

—Pero entretenido —replicó—. Nunca menosprecies el valor del entretenimiento, Ceony. Un entretenimiento de buena calidad nunca sale gratis y es algo que todo el mundo quiere. Otro truco, pues.

El mago Thane tomó de la mesa un trozo de papel cuadrado gris claro y empezó a plegarlo con las manos, sin una tabla contra la que presionarlo. Los pliegues parecían relativamente simples; cuando terminó sostenía una especie de cartón de huevos, pero con capacidad para albergar solo cuatro huevos y sin tapa.

Sacó un bolígrafo de algún lugar de su abrigo y empezó a escribir en él. Ceony se dio cuenta de que era zurdo.

—¿Qué es eso? —preguntó colocando *La valiente huida de Pip* sobre el cojín de la silla mientras se ponía recta.

La comisura de su boca se elevó.

—Una caja de la fortuna —respondió, girando el artilugio y levantando sus solapas triangulares.

Ceony se puso de puntillas y se asomó por encima del brazo para verlo garabatear símbolos, uno en cada triángulo plegado. Los reconoció como los símbolos de la suerte, los que estaban dibujados en las cartas que se encontraban en el interior de las casetas de los videntes en los carnavales.

—No soy vidente —señaló ella.

—Ahora sí —repuso él, poniendo la caja de la fortuna entre los dedos. La movía adelante y atrás para enseñarle cómo se usaba—. Recuerda que ahora eres muy diferente a la Ceony de hace una hora. Antes te limitabas a leer acerca de la magia; ahora, la posees. Negarlo no te hará volver a ser una persona corriente.

Ceony asintió, rumiando las palabras.

—De acuerdo —dijo él reclinándose contra la mesa—. Dime el apellido de soltera de tu madre.

Ceony entrelazó los dedos una y otra vez, porque decirle al mago Thane el apellido de soltera de su madre podía ser algo muy peligroso en caso de que realmente estuviera chiflado. Durante sus estudios, había aprendido acerca de múltiples maldiciones antiguas

que involucraban nombres y a menudo le habían advertido que fuera cautelosa con el poder que estos entrañaban.

El mago Thane levantó los ojos de la caja de la fortuna.

—*Puedes* confiar en mí, Ceony. Si esto te preocupa, te puedo asegurar que podría encontrar esta información y mucha más si pido tu expediente a Tagis Praff.

—Qué alivio —murmuró, pero aquello la empujó a sonreír—. Es Philinger.

El mago Thane abrió la caja de la fortuna como una boca y después la separó por el otro lado, cambiando la posición con cada letra que contenía la palabra Philinger. Era un apellido bastante común, así que lo deletreó correctamente.

—Ahora, tu fecha de nacimiento.

Ella se la dijo y, de nuevo, movió los paneles de la caja de un lado a otro.

—Elige un número.

—Trece.

—Inferior a ocho.

Ella suspiró.

—Ocho.

Liberando una mano, el mago Thane levantó un panel para revelar un símbolo que Ceony no podía ver. Él aguardó un momento con los ojos algo desenfocados antes de comentar:

—Interesante.

—¿Qué? —preguntó Ceony, intentando ver qué había salido, pero el mago Thane apartó la caja de la fortuna de su campo de visión.

—Da mala suerte ver tu propia fortuna. ¿Qué están enseñando a los nuevos aprendices hoy en día? —preguntó chasqueando la lengua, y Ceony no pudo adivinar si bromeaba porque sus ojos estaban fijos en la caja y no revelaban sus secretos—. Parece que te aguarda una pequeña aventura.

«Sí. Vivir con usted probablemente será una auténtica “aventura”», pensó. Suficiente aventura para cualquiera. Aun así,

parte de ella lamentó el pensamiento en cuanto se formó en su cerebro. La verdad era que aquel hombre no la había ofendido de ninguna manera... todavía.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó.

—Al menos, es todo lo que he visto —aclaró, y le entregó a ella la caja de la fortuna.

Esta hizo que sintiera un hormigueo en los dedos cuando su cuerpo asimilaba el nuevo lazo que había creado.

—¿Lo has pillado? —preguntó el mago Thane.

—¿Lo que ha hecho usted?

—Sí.

—Sí. —Le había parecido bastante fácil.

—Entonces, adelante.

Ceony se colocó la caja entre los dedos.

—¿Cuál es el apellido de soltera de su madre?

—Vladara —contestó—. Con una erre.

Ceony abrió y cerró la caja tal y como el mago Thane había hecho, después continuó con su fecha de nacimiento. Su suposición había resultado acertada: tenía treinta años y cumpliría treinta y uno al mes siguiente. Finalmente, el mago Thane eligió el número tres.

—El número tres da mala suerte —señaló Ceony mientras levantaba la solapa.

—Solo para los fusionadores —repuso.

Un recordatorio sutil, ya fuera a propósito o no, de que ella jamás se convertiría en una. Se mordió el interior de la mejilla en un intento de enmascarar su frustración ante aquel hecho.

Un símbolo en forma de rizo con una cabeza retorcida la recibió; no estaba familiarizada con él, ya que, si lo hubiera visto antes, lo habría reconocido. Antes de abrir la boca para pedir una traducción, su visión se desdobló y una imagen extraña se le coló en la mente: la silueta de una mujer desconocida. Lo más raro era que también se abrió paso entre sus pensamientos un nombre. ¿Era aquello normal?

Ceony bajó la caja de la fortuna y entrecerró los ojos hacia él.

—¿Quién es Lira?

La expresión del mago Thane no cambió, ni tampoco su postura, pero Ceony juraría que sus ojos se habían vuelto negros durante una milésima de segundo. Solo que... no, no estaban *tan* brillantes como antes. A lo mejor se debía a que el sol ya no estaba tan alto fuera de la biblioteca, pero no lo creía.

Él se dio un golpecito en la barbilla con dos dedos.

—Interesante.

—¿Quién es?

—Una conocida —respondió, y luego sonrió, pero el brillo no llegó a sus ojos—. Creo que puedes tener un talento natural para esto, Ceony, y eso nos beneficia a los dos. Practica con la caja y con el libro de cuentos: quiero ver su ilusión completa el sábado. Mientras tanto, ¿por qué no vas a deshacer la maleta?

El mago Thane no añadió nada más relacionado con la caja de la fortuna. Se dirigió a la puerta y asomó la cabeza hacia el pasillo gritando:

—¡Respira! —Esperó un instante y luego dijo—: Jonto, ¿puedes subir aquí y ayudar con este desastre?

Ceony dejó la caja de la fortuna sobre la mesa preguntándose si con «desastre» se había referido a los copos de nieve o a ella.

Capítulo 3

Ceony, con el libro de *La valiente huida de Pip* bajo el brazo, recogió unos pocos copos de nieve hasta que Jonto se presentó en la puerta. Ceony se excusó porque el esqueleto todavía la ponía nerviosa a pesar de su naturaleza dócil, y *papírica*. Se guardó uno de los copos más pequeños en el bolsillo de la falda para llevárselo y estudiarlo.

El mago Thane ya se había marchado a su dormitorio, así que Ceony hizo lo mismo. Depositó el libro y su sombrero en la mesa, luego alzó la maleta y la colocó sobre la cama junto al sombrero capelina *beige* que se había traído.

Los cerrojos de la maleta se abrieron con dos clics. Su mandil verde de estudiante estaba encima de todo por una decisión de última hora que tomó cuando guardaba todas sus cosas en la maleta. Lo dejó a un lado y sacó sus blusas y faldas, sacudiéndolas una por una con la intención de eliminar las arrugas en la tela. Afortunadamente, el mago de papel se había acordado de meter perchas en el armario; Ceony se tomó su tiempo para colgar cada prenda.

Se detuvo en la última falda, sus pensamientos pasaron de dónde demonios iba a guardar su ropa interior y su pistola a la revelación acerca de su beca. «Quince mil libras». ¿Dónde estaría en ese momento si no hubiera sido por aquel dinero? ¿Restregando

el suelo de algún aristócrata mientras esperaba ahorrar el dinero suficiente para matricularse en clases de cocina?

¿Y por qué motivo el mago Thane le había proporcionado el dinero? No lo había visto nunca hasta aquel día: se habría acordado. La beca no llevaba nombre, ni se había repetido. Ceony no creía que hubiera oído hablar de ella debido a sus buenas notas, y tampoco que hubiera sido seleccionada para recibir una donación que se produciría una única vez, tal y como él había solicitado.

¿O sí?

¿Qué clase de hombre era el mago Emery Thane como para donar una suma tan grande de dinero a una completa desconocida a la que ni siquiera había pedido como aprendiz?

Mientras volvía a concentrarse en la maleta, se preguntó cuánto ganaba un mago. Debía de tratarse de una cantidad muy grande, a no ser que el mago Thane guardara el dinero de la misma forma que guardaba otros trastos en la casa. Ceony quería pensar que tenía una fortuna. Si no, iba a sentirse terriblemente culpable. No iba a fisgonear, pero él no podría impedirle pensar en ello.

Por ahora, no obstante, dejaría aquello a un lado y se centraría en la tarea que estaba realizando. Alargó la mano hacia la maleta, que ahora contenía maquillaje, unas orquillas, su diario y un carnet de biblioteca que no le serviría de nada allí, tan alejada de todas las bibliotecas que conocía... Entonces los pensamientos la volvieron a asaltar. Su mano se dirigió hacia el collar de perro turquesa encajado en una esquina bajo la ropa interior. Lo levantó y recorrió con el pulgar los bordes raídos, desgastados por haberlos mordisqueado demasiado. Le había quitado la placa a Bizzy el día anterior y le había entregado la mascota a su madre, quien ahora cuidaba de la Jack Russell terrier en lugar de Ceony.

Suspiró. Aquella perrita había sido su mejor amiga a lo largo de los últimos años, especialmente en la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos. Una no podía hacer muchos amigos en ese colegio y al mismo tiempo querer graduarse en un año. Sencillamente había demasiado trabajo que hacer. Pero Bizzy no tenía deberes y siempre esperaba impaciente junto a la puerta del

dormitorio a que Ceony regresara de las clases. Eso la convertía en la mejor amiga que se podía tener allí.

—¿Tienes perro? ¿O un gato particularmente grande?

A Ceony le dio un vuelco el corazón y se giró, cerrando la maleta de golpe para ocultar la ropa interior y la pistola. El mago Thane estaba en la puerta, sin traspasar el umbral del dormitorio, y cargaba con una pila bastante grande de libros. «Tendría que haber cerrado la puerta» pensó Ceony.

Abrochó el collar.

—Tenía una. Vivía conmigo en el colegio, pero la maga Aviosky me dijo que no podía traerla aquí. Por su alergia.

El mago Thane asintió lentamente, sus ojos brillantes parecían pensativos.

—Nunca me he encontrado bien entre animales, ni siquiera cuando era niño —explicó, siguiendo con lo que había dicho ella—, prefería las abejas.

—¿Abejas? —preguntó Ceony.

Él la miró como si su preferencia fuera completamente normal y la rara fuera ella por sorprenderse. Tal y como parecía ser costumbre en él, no añadió nada.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Ceony asintió.

El mago Thane abrió la puerta con el pie, se adentró en la habitación y depositó la pila de libros sobre el escritorio. Ceony se encogió de hombros de hombros; había temido que fueran para ella.

—Un poco de lectura para cuando Pip te aburra —explicó el mago Thane, dando golpecitos en la cima de la pila.

Ceony ladeó la cabeza y leyó los títulos: *Astrología para jóvenes*, *Anatomía del cuerpo humano volumen I*, *Guía de Marcus Waters de pirotecnia*, *Teorías de la aviación* y *Calmar los espíritus: un ensayo sobre el Tao*. La boca de Ceony se fue abriendo más y más a cada título.

—Pero estos no tienen nada que ver con el papel —señaló.

—Mmm, ya veo por qué te aceptaron en Tagis Praff —repuso con una risita. Ceony lo fulminó con la mirada, pero él prosiguió, despreocupado—: El papel es algo más que unos árboles pasados por una trituradora, Ceony. Estos libros van a ayudarte en tus futuras lecciones.

Se dio un golpecito en la barbilla y miró hacia la ventana.

—¿Tienes hambre?

Ella soltó el collar de Bizzy.

—No mucha. He comido en el automóvil.

—Te dejaré algo en la cocina entonces —declaró, caminando de regreso al pasillo—. Descansa un poco —indicó, mientras su voz se alejaba—, mañana he planificado un día muy completo para ti. ¡No queremos que esa ética del trabajo de Tagis Praff se eche a perder!

Ceony dirigió la mirada hacia los libros del escritorio, preguntándose qué clase de tareas tendría preparadas para ella el mago de papel. Había oído que muchos magos obligaban a sus aprendices a realizar trabajos físicos durante su primer año para volverlos humildes o, quizás, para quebrarlos. Ceony rezaba porque aquel no fuera el caso. Aunque no le sorprendería que el mago Thane tuviera intención de romperla mentalmente, dado el grosor de aquellos volúmenes. Por lo menos, podría consolarse con la idea de que desmalezar el jardín no sería una de sus tareas: no había visto una sola flor real en los jardines de la entrada.

Ceony sacó de la maleta el resto de cosas y colocó el maquillaje, las orquillas, el diario y el collar de Bizzy en los estantes de la pared junto a la cama. Decidió dejar la ropa interior y la pistola en la maleta, que guardó bajo la cama. En el exterior, el sol descendía lentamente por el oeste. Ceony tendría que conseguir un reloj de pared para su dormitorio si el mago Thane le concedía alguna paga. Abordaría el asunto por la mañana.

Sentada en la cama, Ceony abrió *Astrología para jóvenes*, el cual tenía la encuadernación increíblemente desgastada, y miró por encima los cuatro primeros capítulos, para luego ojear las figuras de *Anatomía del cuerpo humano* y examinar lo que decían los recuadros de las imágenes de pulmones, riñones, corazones e

hígados. Ceony se echó en la cama con *Teorías de aviación* sobre el estómago y se puso a reflexionar sobre la nieve de papel hasta que cayó en un neblinoso sueño en el que soñó con cañones encantados y otros hechizos que podría haber aprendido si la maga Aviosky le hubiese permitido convertirse en fusionadora.

Ceony se despertó con un sobresalto, aunque no recordaba por qué. A lo mejor había soñado que se caía, una pesadilla que sufría al menos una vez cada dos semanas desde los once años, cuando se había caído de una yegua en el jardín del primo de su tío. El sol había desaparecido completamente. Si presionaba la cara contra el cristal, podía divisar el borde de la luna por encima de ella. Era muy tarde, posiblemente había pasado una hora de la medianoche.

El estómago no paraba de gruñirle, por lo que Ceony parpadeó para despertarse del todo, se levantó y se recolocó la falda, que se le había ladeado. Se trenzó el cabello sobre la oreja izquierda, ya que tenía un aspecto desgredado... como si alguien estuviera despierto para verla. Como si alguien más viviera en la casa de campo aparte del mago Thane y su mayordomo esqueleto.

Bajó a la cocina sirviéndose de la luz de una vela. Se le hacía extraño deambular por un lugar completamente oscuro; en Tagis Praff siempre había aquellas bombillas eléctricas que iluminaban los pasillos o, en su lugar, había algún mago de fuego que mantenía las lámparas encendidas. Ceony encontró una cacerola y un cuenco encima del fogón. La cacerola contenía arroz algo pasado y el cuenco lo que parecía alguna clase de atún en conserva. Sacudió la cabeza. ¿Aquello era lo que el mago Thane comía normalmente o era lo que servía a los invitados? Porque si arroz y atún era la comida de los invitados, Ceony no podía imaginarse de qué se alimentaba cuando cenaba solo. Tal vez la maga Aviosky la había enviado allí simplemente para asegurarse de que el mago de papel más extraño de Inglaterra comiera decentemente y no se marchitara y dejase al país con solo once magos de papel. Ceony tendría que

inspeccionar los armarios al día siguiente y ver qué provisiones guardaba el mago Thane.

Por el momento, tomó un cuenco y se sirvió arroz frío, pero dejó el atún para otra ocasión. Dio dos pasos hacia su dormitorio cuando oyó un sonido débil, quizá un cajón cerrándose. Llena de curiosidad, Ceony se introdujo una cucharada de arroz en la boca y recorrió de puntillas el comedor y la cocina antes de ver una línea de luz que provenía del recibidor. De la puerta de la izquierda para ser exactos. El estudio.

Ceony se llevó a la boca otra cucharada. ¿Qué clase de pasatiempos le mantenían despierto tan tarde? La idea de él jugueteando con las artes oscuras casi la hizo reír, pero se lo impidió el tener que tragar una buena cantidad de arroz. A Ceony le costaba imaginarse al mago Thane, independientemente de su grado de cordura, coqueteando con las artes oscuras o la Extirpación, la magia prohibida que usaba la carne humana.

Un escalofrío le subió por la espalda al recordar lo que el mago Phillips, su profesor de Historia de la Corrupción de la Magia, les había contado a propósito de la Extirpación:

—Es bien sabido que la magia de materiales solo puede realizarse usando materiales creados por el hombre, pero hubo alguien hace muchísimos años que llegó a la conclusión de que, como los humanos engendraban a humanos, las personas también habían sido creadas por el hombre... y fue entonces cuando nacieron las artes oscuras. Y ahora, vayan a la página ciento veintiséis del libro de texto...

Ceony se pasó el pulgar por el cuello. Ahora estas historias estaban limitadas a relatos contados en campamentos al caer la noche y a clases de Historia impartidas en Tagis Praff. Además, Ceony había visto al mago Thane trabajar con la magia de papel, lo que significaba que no podía ser un extirpador.

Se deslizó por el pasillo pegada a la pared, agradecida de que las tablas del suelo no crujieran y la delataran. Escuchó una melodía mientras se acercaba al estudio. El mago Thane tarareaba para sí

mismo, aunque Ceony no sabía ponerle nombre a la canción. Sonaba como si fuera... extranjera.

Había dejado la puerta entornada. Ceony la empujó ligeramente con el dedo índice, solo lo bastante para ver su interior.

El mago Thane trabajaba de espaldas a la puerta, en la estrecha mesita situada justo detrás del escritorio. Junto a su codo derecho, había una pila de papel blanco y su largo abrigo azul oscuro reposaba en el respaldo de la silla. Él siguió tarareando mientras cogía uno de los papeles de la pila y lo plegaba fuera del campo de visión de Ceony. ¿Qué estaba creando a la una de la madrugada?

Cuidándose de no hacer ruido, Ceony se alejó de la puerta y regresó al comedor. No le gustaban los secretos, por lo menos cuando ella no era partícipe. Puede que se lo dijera al mago Thane por la mañana. O puede que no.

En algún momento durante la madrugada, el mago Thane se había ido a la cama, ya que no se encontraba en el estudio cuando Ceony bajó las escaleras. Había pasado exactamente un minuto de las ocho y se disponía a asaltar los armarios de la cocina.

Vestía el mandil de aprendiz y llevaba el cabello en una trenza, pero nuevamente no se había molestado en maquillarse, algo que se había puesto muy de moda en la ciudad recientemente. Sencillamente no había motivos para hacerlo: ¿a quién iba a impresionar? Ceony arrastró una silla del comedor a la cocina y se subió a ella para mirar en todos los armarios, que para su sorpresa estaban bien surtidos. El mago Thane disponía de todos los ingredientes necesarios para elaborar una tarta de chocolate, por ejemplo, aunque Ceony advirtió que casi ninguno de los envases estaba abierto. Había una enorme bolsa de arroz tras el fregadero, una barra de pan a medio comer en la panera, huevos y una gran variedad de carnes en la fresquera, que Ceony encontró tras la encimera, cerca de la puerta trasera. La fresquera también contenía unos puñados de confeti de papel. Se preguntó cómo habían

llegado hasta allí o si formaban parte de algún encantamiento; no obstante, simplemente los sacudió de la panceta para luego coger el cartón de huevos, una cuña de queso *cheddar* y un manojo de hinojo.

Había puesto una sartén en el fogón cuando oyó unos ruidos extraños, como rugidos, provenientes de las escaleras, acompañados del sonido ahogado del papel golpeando la madera. Como imaginó que se trataría de Jonto, cogió una espátula y la colocó en posición de defensa, pero cuando la puerta que daba a las escaleras se abrió con un chirrido, algo mucho más pequeño emergió de allí.

Ceony, sorprendida, lo miró boquiabierta. Allí, agitando su pequeña cola, había un perro de papel.

Una docena de trozos de papel formaban su cuerpo, entrecruzándose casi sin fisuras de la cabeza a los pies, pasando por la cola. Al estar fabricado de papel no tenía ojos, pero sí fosas nasales y una boca perceptible que se abría y rugía hacia ella en una especie de ladrido extraño. Tenía aspecto de cruce entre labrador y terrier y su cabeza solo llegaba a las rodillas de Ceony.

El perro ladró una vez más y corrió hasta Ceony para olisquearle los zapatos.

Con la boca abierta y entre escalofríos, depositó la espátula junto al fogón, tirando al suelo el hinojo. Se puso de cuclillas y acarició la cabeza del perro. La sentía increíblemente sólida bajo los dedos y su cuerpo de papel hacía que le hormiguearan las yemas como si estuviera acariciando un pelaje de verdad.

—¡Vaya, hola! —exclamó, y el perro brincó para presionar las patas delanteras en sus rodillas, y luego se puso a lamerla con una lengua de papel seca. Ceony rio y le rascó detrás de las orejas. Él jadeó con entusiasmo—. ¿De dónde has salido?

La puerta volvió chirriar, anunciando la llegada del mago Thane. Parecía algo cansado, pero tampoco exhausto, y seguía vistiendo el largo abrigo azul oscuro.

—Este no me producirá alergia —declaró con una sonrisa que relucía en sus ojos—. No es lo mismo, pero se me ocurrió que

bastaría por ahora.

Con los ojos muy abiertos, Ceony se levantó lentamente. El perro aullaba con su ladrido susurrante y le daba empujoncitos en los tobillos con el hocico.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó, sintiendo las costillas fundirse con los pulmones—. ¿Esto... esto es lo que estuvo haciendo anoche?

Él se rascó la cabeza por la parte de atrás.

—¿Estabas despierta? Lo siento: aún no me he acostumbrado a que vuelva a haber otra persona en la casa.

«Vuelva a haber», pensó y se puso a darle vueltas a la frase. El mago Thane parecía lo bastante mayor como para haber tenido, si acaso, un aprendiz antes que ella, si era eso a lo que se refería. Nunca se había molestado en preguntar a la maga Aviosky acerca de los pupilos anteriores del mago Thane. Y no lo preguntó, no en ese instante, no con aquel cachorro maravilloso olisqueándole los tobillos.

Lo había creado para ella. Por lo que le había contado de Bizzy.

Miró al perro, para luego volver a él. Se pellizcó el brazo por la parte inferior para evitar llorar, pues sus ojos ya habían tomado la decisión sin su consentimiento.

—Gracias —profirió ella, quizás en voz demasiado baja—. Esto... esto significa mucho para mí. No tenía que hacerlo... gracias. —Aferró la espátula—. ¿Le apetece desayunar? Estaba a punto de preparar algo...

—He llegado justo a tiempo entonces —replicó el mago Thane, momentáneamente distraído con algo en el piso de arriba—. Si no te importa...

Ella respondió de manera negativa sacudiendo la cabeza. Los ojos del mago Thane sonrieron y desapareció escaleras arriba.

Ceony regresó a la fresquera para coger más huevos, el perro de papel la seguía, olisqueando el suelo mientras avanzaba. Ella observó sus articulaciones de papel al moverse juntas, como una sola. Así que a aquello se había referido el mago Thane.

Recogió el hinojo del suelo.

—Creo que voy a llamarte Hinojo —le dijo, metiéndose algunos huevos en los bolsillos del mandil—. Puede que sea un nombre más adecuado para un gato, pero como no eres un perro de verdad... te pega.

Hinojo simplemente ladeó la cabeza, sin comprender.

El mago Thane desayunó en su estudio, donde había dispuesto varios libros, tanto corrientes como de notas, a lo largo de su impecablemente abarrotado escritorio. Ceony estuvo practicando la ilusión leída hasta después de comer; ya podía lograr que tres páginas de las catorce se reprodujeran en el aire a su alrededor. Hinojo trataba de perseguir al ratón cada vez que aparecía; el perro era una distracción significativa, pero a Ceony no le importaba. Hasta le puso a Hinojo el viejo collar de Bizzy. Le iba a la perfección.

Por la tarde, el mago Thane hizo que se presentase en la biblioteca para mostrarle una variedad de papeles que tenía dispuestos sobre una mesa, de los cuales le explicó la importancia del grosor y la fibra. Parecía algo distraído y se repitió más de una vez, pero Ceony no se lo hizo notar. Simplemente se sentía aliviada de que el hombre no le hubiera mandado trabajos físicos. Y, aunque pensar en estas tareas no le molestaba tanto como el día anterior, se descubrió a sí misma casi agradecida por la lección. Lo que el mago Thane le estaba enseñando había empezado a filtrarse hasta la parte de ella que quería saber. Se descubrió prestando una atención embelesada a la clase del mago Thane y, cuando al final de la lección le recitó los detalles del papel que había aprendido ese día, ella sonrió con su cumplido, por simple que fuera.

—Has sido muy precisa —aseguró. Miró por la ventana, viendo algo más allá del cristal que Ceony no podía ver.

—¿Está usted preocupado por algo? —preguntó finalmente, mientras él depositaba hojas de papel en las pilas incorrectas sobre el escritorio. Ella se las quitó de las manos y las colocó en el lugar

que les correspondía, asegurándose de que todas las pilas estuvieran rectas.

—¿Hm?

—Que si le preocupa algo —insistió—. Hoy está usted con la cabeza en otro lugar.

A no ser que siempre actuara de la misma manera por la tarde. Ceony lo había conocido hacía menos de un día, así que no disponía de antecedentes con los que poder compararlo. Sin embargo, pensaba que no estaba relacionado con su cordura.

—Supongo que sí —admitió tras un momento, pestañeando y regresando al presente—. Tengo muchas cosas en la cabeza. Formar a una aprendiz no es nada fácil...

—¿Soy la primera?

—Segunda y media —respondió.

—¿Media? —preguntó Ceony—. ¿Cómo se puede tener medio aprendiz?

—El último no se quedó hasta el final del curso —dijo sin dar muchas explicaciones.

«¿Final del curso?» Ceony pensó en aquello mientras una gota de miedo le bajaba por la garganta. ¿Habría sufrido un accidente? ¿Habría renunciado? ¿El mago Thane habría prescindido de él? ¿Era normal que los magos prescindieran de sus aprendices?

Ceony se mordió el interior de la mejilla. Seguro que el mago Thane no la echaría. El país necesitaba magos de papel con demasiada urgencia como para perder aspirantes a plegadores, y ella ya se había unido al papel.

Hasta ese momento, no había considerado cómo de segura era su posición y esto hizo que se le retorciera el estómago. Había trabajado muy duro para llegar hasta donde estaba, incluso encaminada a convertirse en plegadora en vez de fusionadora, y, con todo, había necesitado suerte para conseguir una beca.

Por un momento, su cabeza se llenó de destellos al recordar el accidente de coche y olía a cebolla quemada mientras la señora Appleton le gritaba.

Apartó los recuerdos pestañeando varias veces. Aquel aprendizaje no era solo otro trabajo; no habría vuelta atrás si la despedían. Estaría unida al papel y solo al papel y, aun así, carecería de la autorización legal para hacer algo con él. Sería una maga inservible.

—Da la impresión de que hayas comido algo amargo —señaló el mago Thane, extrayendo una hoja de papel gruesa color pizarra de la pila posterior derecha del escritorio, junto al telégrafo.

—Estaba pensando en el desperdicio que sería unirse a algo y luego renunciar a ello, eso es todo.

—Totalmente de acuerdo. Y ahora deja que te enseñe algunos pliegues básicos, a no ser que ya los hayas estudiado en Tagis Praff.

Ceony negó con la cabeza.

El mago Thane se sentó en el suelo, colocando el cuadrado de papel encima de su tabla.

—Veamos cuán astuta puedes llegar a ser, Ceony —añadió. Un reto.

Ella se concentró. El mago plegó el papel de esquina a esquina para que formara un triángulo. El grueso pergamino aguantaba bien el pliegue.

—Este es un pliegue de media punta. Es cualquier pliegue que convierta un cuadrado en un triángulo. Y este es un pliegue de punta entera. —Plegó el papel a la mitad de nuevo—. Cualquier pliegue que convierta un triángulo en uno más pequeño, sin que puedan hacerse más, claro.

Ceony asintió. Había realizado aquellos pliegues al crear el pájaro de papel el día anterior, antes de convertirlos en un segundo cuadrado y luego en una cometa. Le indicó que repitiera los pliegues y dijera sus nombres, enfatizando todo el rato que los bordes tenían que estar completamente alineados para que la magia surtiera efecto. Entonces sus ojos volvieron a adquirir esa mirada distante que les quitaba el brillo que deberían haber reflejado.

—Te introduciré a la animación —declaró, mirando por la ventana una vez más—. Es una buena manera de aprender los

pliegues.

—Puedo trabajar en esto —afirmó Ceony— si usted necesita hacer otra cosa.

Aunque en el fondo, en ese sitio reservado a los deseos, confiaba en que se quedara y le enseñara cosas.

Qué pensamiento tan absurdo.

El mago Thane asintió y se levantó. Ella sintió una intensa decepción. Cuando desapareció por el pasillo, Hinojo estiró la cabeza y corrió hasta la cadera de Ceony, donde dio tres vueltas antes de echarse a dormir; ella creía que un perro de papel no podía cansarse. Debía de estar incluido en el encantamiento.

Sostuvo sus pliegues de media punta y de punta entera en la mano y se quedó mirando la entrada abierta, pensando en el mago Thane. Un hilo de vergüenza le tiró entre las costillas cuando lo recordó trabajando hasta tarde creando a Hinojo. Pero seguro que eso no podía ser la fuente de aquella ausencia mental. Y ella se había portado muy bien. Al menos ese día.

—He de compensárselo —murmuró hacia Hinojo—. Al fin y al cabo, todos los aprendices necesitan el beneplácito de su mago. De lo contrario, me quedaré aquí seis años en lugar de dos.

Aunque en su cabeza conocía los pliegues, estuvo practicándolos hasta que sus manos los aprendieron, y luego se dirigió a la cocina, donde extrajo especias y vinos de los armarios y recitó *La valiente huida de Pip* en voz baja, probando distintas inflexiones de voz que podrían ayudar a que las imágenes de la página cuatro cobraran vida. Depositó una olla de agua en el fogón para ponerla a hervir y hacer pasta y limpió la cacerola de la noche anterior para dejarla también en el fogón. Derritió mantequilla y añadió harina y leche para elaborar una salsa blanca, algo con limón o ajo para acompañar al pollo bridado que había en la fresquera. Como no encontró limón, se decidió por tomate y albahaca. A todo el mundo le gustaba el tomate y la albahaca, y si el mago Thane almacenaba los ingredientes en su casa, podía estar segura de que le gustaban. Ceony se había dado cuenta a lo largo de su vida de que las personas con alguna clase de alergia a menudo padecían

de otras. Ya había iniciado su formación con mal pie; una urticaria solo conseguiría empeorar las cosas.

Cuando ya casi había terminado en la cocina, con el pan cortado y la salsa mezclada con la pasta, el mago Thane salió de su estudio.

—He de asignarte más encargos si tienes tiempo de hacer esto —declaró, mientras Ceony echaba un vistazo al interior del horno para controlar cómo iba el pollo—. No creo que la casa haya olido tan bien desde que vivo en ella.

Ceony reprimió una sonrisa ante el halago y se colocó un mechón suelto tras la oreja.

—Quería darle las gracias por todo. Y disculparme por mi comportamiento de ayer. No era yo misma.

—Todo esto no era necesario —replicó con sus brillantes ojos llenos de curiosidad.

—Estará listo en un minuto —aseguró y se apresuró hacia los armarios para localizar el cuenco de cerámica verde que había visto antes en el estante más alto, así que Ceony se subió a la encimera para agarrarlo—. Puede sentarse si lo desea: ya he puesto la mesa.

El mago Thane esbozó algo entre una mueca y una sonrisa. Se le reflejaba tanto en los ojos como en los labios.

—De acuerdo. Gracias. Pero luego te asignaré material de lectura y doscientas hojas de papel para plegar.

Ceony primero volcó la pasta en el cuenco de cerámica y lo llevó a la mesa, luego puso cuidadosamente el pollo y las verduras asadas en un plato amplio, ya que el mago Thane no tenía bandejas, y lo situó delante del mago Thane. Él permaneció en silencio, pero el arco de sus cejas le demostró que estaba impresionado. Por lo menos, Ceony esperaba que significara eso. También podría haber significado que el mago había estado reservando el pollo para otra ocasión y había reparado en que Ceony lo había cocinado sin permiso. Si aquel era el caso, con suerte su sabor suavizaría cualquier resentimiento.

Ceony tomó asiento al otro lado de la mesa cuadrada y luego se levantó de nuevo y preguntó:

—¿Sabe cómo trinchar un ave?

—Creo que Jonto sabe.

Ceony palideció. Entonces detectó la diversión en sus ojos. ¿Se trataba de una broma?

A pesar de eso, ella cogió un tenedor y un cuchillo y empezó a cortar el pollo en lonchas. Reuniendo algo de valor, dijo:

—También me preguntaba si mi aprendizaje incluye alguna clase de paga o salario.

El mago Thane rio con una risa liviana que no provenía del pecho ni de la garganta, sino de algún lugar intermedio.

—Ah, comprendo. La trama se complica.

Ceony se ruborizó.

—No, lo de antes lo dije sinceramente, de verdad. Pero las personas charlan cuando se sientan a comer juntas, sobre todo si van a convivir en la misma casa, y he pensado que mi paga sería una buena manera de empezar, eso es todo.

—El consejo escolar establece tu salario —explicó el mago Thane, sirviéndose pasta con tomate y albahaca en el plato—. Por lo tanto, sí: te corresponde. Son diez libras al mes, además de lo que yo decida pagarte por mi cuenta.

«¿Diez libras?» Ella se centró en llenar su propio plato para ocultar sus ojos muy abiertos. Más de lo que se había imaginado. Podría enviar la mitad a casa todos los meses, si era ahorradora.

Ella volvió a mirar al mago de papel.

—¿Y cuánto me pagará usted aparte?

El mago Thane sostenía su tenedor de manera suelta en la mano.

—No te haré pasar hambre, si es eso lo que te preocupa.

Ceony se acordó del atún y del arroz, y pensó en elaborar una respuesta inteligente a propósito de pasar hambre, pero se mordió la lengua y se sentó. El mago de papel no hizo amago de bendecir la mesa y ella muy rara vez lo hacía, así que se puso a cortar un trozo de pollo, mirándolo por el rabillo del ojo.

Él pinchó en su tenedor la pasta y se lo llevó a la boca. La saboreó, masticándola, y los ojos se le iluminaron un poco más.

—He de decir, Ceony —empezó después de tragar—, que si no hubiera estado presente en las lecciones, pensaría que habrías hallado la manera de hechizar la pasta.

Ceony sonrió.

—¿Le gusta?

Él asintió, llevándose otra ración a la boca.

—Sabe tan bien como huele. Eso es signo de una persona versátil. Debería felicitarte.

—¿Como persona o por mi pasta?

La luz bailaba en sus ojos. No respondió.

Ceony saboreó el pollo, aliviada de que no estuviera demasiado seco. Cuando había dado tres bocados a la cena, el mago Thane comentó:

—La mayor de cuatro.

—Dos hermanas y un hermano —replicó Ceony—. ¿Tiene una familia grande? Parece que haya tenido que sufrir a muchas hermanas.

—He sufrido por muchas personas, pero ninguna de ellas eran hermanas mías. Soy hijo único.

«Eso explica algunas cosas», pensó Ceony.

Transcurrieron unos segundos de silencio entre bocados. Como no deseaba que el rato se les hiciera eterno, Ceony preguntó:

—¿Cuándo hace la compra?

Él la miró.

—Cuando se me acaba la comida, supongo. Salir a comprar es la tarea que menos me gusta.

—¿Por qué?

Él bajó el tenedor y apoyó la barbilla en su mano, con el codo en el borde de la mesa.

—Requiere ir a la ciudad —explicó—. Y encima hace calor fuera.

Ceony hizo una pausa mientras cortaba otro filete de pollo.

—¿Le salen pecas?

Él rio.

—Eso sí que es un giro de la conversación...

—Es decir —empezó Ceony—, podría entender que no fuera al exterior si le salieran pecas.

Ella se miró las manos, manchadas con sus propias pecas. Tenían la tendencia de cubrir cualquier trozo de piel expuesto al sol entre marzo y octubre.

—No me salen pecas —replicó. Probablemente estuviera frunciendo el ceño mientras se miraba las manos, porque añadió—. Y las pecas no tienen nada de malo, Ceony. Dios no quiera que te parezcas a todo el mundo en este lugar.

Ceony sonrió y se introdujo pasta en la boca para mantener su sonrisita a raya.

—Y como tienes tanto tiempo extra —añadió el mago Thane—, tu primer examen será mañana por la mañana.

Capítulo 4

El mago Thane mantuvo la promesa de examinar a Ceony por primera vez al día siguiente: a las seis de la mañana para ser exactos y con Jonto como mensajero. Ceony se despertó con el semblante del esqueleto sonriéndole a pocos centímetros de la cara y gritó lo bastante alto como para atraer a Hinojo, que había estado buscando ratones en la antesala. Ceony le dijo al esqueleto: «Detente», como el mago Thane había hecho el día anterior y, para su alivio, el mayordomo de papel se derrumbó en una montaña inofensiva de huesos de cartulina junto a su cama.

Un insignificante hechizo que había realizado sin pensar, pero que, por primera vez desde que se había unido al papel, le hizo sentir que podría poseer un poder auténtico.

El mago Thane la evaluó de las diferentes clases de papel que le había mostrado en el estudio el día anterior. Gracias a su aguda memoria, contestó correctamente a todo. El mago calificó su prueba asintiendo con satisfacción, y luego dejó a Ceony con sus deberes.

Sus «deberes» incluían leer los libros de texto que el mago Thane le había dado. Empezó con *La guía de pirotecnia de Marcus Waters*, que parecía el más interesante, pero la impresión era diminuta y el libro apenas estaba ilustrado, haciéndolo difícil de comprender. Solo leyó la mitad de un capítulo. Tras un viaje a la cocina para coger un par de tostadas, empezó con *Anatomía del*

cuerpo humano volumen I, que le resultó mucho más fascinante, aunque ligeramente grotesco.

En los siguientes días, Ceony usó libremente las pilas de papel en la biblioteca para practicar los pliegues básicos. El mago Thane tenía por costumbre ponerla a prueba sin aviso previo, así que se esforzó por aprender rápido. El jueves la puso a prueba dos veces. El viernes practicó tantos pliegues que le salió una ampolla en la punta del dedo índice derecho. Como resultado, el sábado le enseñó a crear copos de nieve, igual que aquellos que se habían precipitado del techo de la biblioteca en su primer día.

—Los cortes siguen las mismas normas que los pliegues, más o menos —explicó él, sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la biblioteca con la tabla en su regazo—. Has de crearlos con precisión para que funcionen, a no ser que sean decorativos. Entonces no importa.

—¿Estos son decorativos? —preguntó Ceony, pensando en el pequeño copo de nieve que había birlado y ocultado en el cajón de su escritorio. La última vez que lo había tocado, aún estaba frío.

El mago Thane plegó un cuadrado de papel blanco por las puntas, transformándolo en un triángulo estrecho.

—¿Qué crees?

Rememoró la nieve al caer y los intrincados copos de nieve de todos los tamaños y formas desperdigados en la moqueta. Cada uno de ellos había sido único, como la nieve de verdad.

—Decorativos —contestó.

—Muy astuta —concedió el mago Thane, alzando unas tijeras—. Hay un corte que deben tener los copos de nieve para que se enfríen. Observa.

Sostuvo el triángulo en alto y colocó las tijeras en el pliegue más grueso, cortando justo un centímetro por debajo del punto más alto. Recortó un pedacito de papel con forma de almendra y lo dejó caer sobre la tabla.

—Enfríate —ordenó. Ceony no vio que ocurriera nada, pero cuando él se lo dio, estaba helado. El frío le calmó la ampolla—. el resto es pura creatividad.

El lunes, la cocina ya se estaba quedando sin provisiones.

—Puedo ir a comprar yo misma —sugirió Ceony—. No me importa.

El mago Thane alzó la mirada del escritorio, donde había un libro de notas abierto y en cuya portada había una taza de té de limón en un lado y un cuchillo para mantequilla en el otro. Sostenía un bolígrafo con la mano izquierda.

—No es un requisito, Ceony —replicó.

—No me importa —repitió, alisándose las arrugas de la falda—. Si voy a vivir aquí, más vale que ayude un poco. —«Y no me vendría mal un descanso de esta casa»—. No puedo seguir elaborando comidas decentes con las sobras que quedan en los armarios, si me permite decirlo.

El mago Thane sonrió, de nuevo más con los ojos que con la boca.

—Tampoco es un requisito. ¿Cómo vas con la lectura?

—He terminado con el de anatomía humana y casi con el de Tao.

El mago Thane se dio la vuelta en la silla y ojeó los estantes detrás de él. Se agachó y extrajo un grueso volumen del estante inferior derecho y se lo ofreció. En la portada se podía leer: *Anatomía del cuerpo humano volumen II*.

Ceony frunció el entrecejo y aceptó el libro.

—Pero si insistes —prosiguió—, puedo llamar un automóvil para ti. No llegues demasiado tarde. —Se llevó el lado sin tinta del bolígrafo a los labios—. Supongo que debería enseñarte animación. Cuando vuelvas.

Le dio varios billetes, a Ceony le sorprendió que ya le confiara tanto dinero, y regresó su atención al libro una vez más.

Sus clases de animación no empezaron hasta la segunda semana de tutelaje. Ella comenzó preparando todos los pliegues de un papel amarillo de veinte centímetros, cuyos nombres tenía que ir diciendo

mientras los realizaba. El resultado fue un cuadrado arrugado que tenía un patrón de estrella impreso. Preparar el papel haría que los pliegues siguientes fueran más fáciles, aunque la creación final sería más lenta de hacer. Era lo que el mago Thane le había explicado.

—Y ahora —empezó el mago de papel, tomando de ejemplo su propio cuadrado de papel sin pliegues de preparación—, empecemos con algo sencillo. Una rana.

Ceony se acordó de la demostración de la rana de papel en su primer día. La recordaba lo bastante como para ver en su mente los dedos del mago Thane formando los pliegues, y sintió la confianza de que podría conseguir una criatura idéntica sin más instrucciones. Sin embargo, se guardó aquella información y observó trabajar al mago de papel, atenta a los pliegues que su mente hubiera podido obviar. No encontró ninguno y se dio una palmadita mental en la espalda.

—Respira —ordenó el mago Thane a la rana de papel y el animal se sacudió con brío y saltó desde su mano.

La rana de papel se alejó medio metro de la rodilla del mago Thane antes de que el mago le dijera:

—Detente —con lo que la devolvió a un estado inanimado.

A pesar de la apariencia sencilla del hechizo, las manos de Ceony picaban por querer llevarlo a cabo. Las mantuvo quietas, pues no quería parecer impulsiva ni saltarse la lección del mago Thane. Esperó a que le diera permiso para plegar.

La espalda se le tensó un poco y miró el cuadrado de papel amarillo, mientras recapitulaba los últimos días. ¿Cuándo había adquirido en su cabeza esa férrea disciplina? No recordaba haber tomado la decisión de sentarse con la misma obediencia que un perro de papel.

Echó un vistazo a Hinojo, que se rascaba detrás de una de sus orejas en un rincón junto a la puerta.

Humedeciéndose los labios, Ceony comenzó a plegar, siguiendo los pasos que el mago Thane le había enseñado. Sintió sus ojos en ella, una mirada extrañamente pesada, pero no hizo comentarios.

Cuidándose de alinear los bordes del papel a la perfección, Ceony formó una rana y la sostuvo en la mano, examinando su creación un tanto arrugada.

—Respira —le susurró y, para su alivio, el animal cobró vida. Meneó una pierna y después la otra para luego ponerse a dar torpes saltos en su palma. Una sonrisa se le dibujó en los labios.

Hinojo alzó la cabeza y miró en su dirección, olisqueando el aire.

—Muy bien —la felicitó el mago Thane—. Quiero que practiques con esto unas cuantas veces más antes de intentarlo sin los pliegues de preparación. Mañana empezaremos con los arrendajos y las grullas.

—¿Solo un día con las ranas? —preguntó Ceony al tiempo que el mago Thane se levantaba del suelo; su extraño abrigo azul oscuro le caía sobre las piernas.

El mago de papel alzó una ceja.

—No necesitas más de un día —apuntó, señalando con su barbilla a la rana de Ceony, que seguía brincando—. Lo estás haciendo muy bien para alguien que quería ser fusionadora.

Ceony dio un respingo y dejó caer la rana, que rodó sobre su espalda y se retorció en el suelo como un escarabajo. Hinojo atravesó la habitación apresuradamente y la golpeó con sus patas.

—¿Cómo lo sabe?

El mago Thane sencillamente sonrió y colocó su tabla de plegar en el escritorio, en el punto exacto donde había estado antes, entre la pata delantera izquierda de la mesa y las patas traseras.

—No olvides la lectura —añadió y abandonó la habitación.

Como le había prometido el mago Thane, Ceony recibió lecciones de pájaros plegados, además de peces, y más tarde la puso a prueba con ranas plegadas sin preparar el papel. Suspendió ese examen, pero solo porque el mago Thane insistió en que su rana tenía que vencer a la de él en una carrera y la suya perdió por dos

metros. Una manera insólita de evaluar su trabajo. Ceony habría protestado de no ser porque su profesor le había prometido que podría repetir el «examen» tantas veces como quisiera antes de que enviara los resultados a Tagis Praff.

Fue mientras plegaba otra rana para este reto cuando el telégrafo de la biblioteca empezó a sonar. Ceony estaba sentada en el escritorio de la biblioteca, del que había apartado varias montañas de papel para hacerse un espacio de trabajo adecuado, y dio un brinco por el repentino ruido del telégrafo. Hinojo, que cabeceaba a sus pies, se levantó de un salto y empezó a ladrarle al artilugio, aunque su silenciosa laringe de papel no podía competir con la máquina. Ceony depositó en la mesa una rana verde lima a medio terminar y movió la silla hacia atrás para ponerse en pie e inclinarse sobre el telégrafo, examinando la hoja de papel que salía de él.

Localizada en la parada de solihull

Las palabras desaparecieron cuando una mano atrapó el borde del mensaje y lo extrajo de la máquina. A Ceony no le hacía falta darse la vuelta para saber que el mago Thane se encontraba detrás de ella. Llegó a ver el nombre de Alfred mientras apartaba rápidamente el mensaje fuera del alcance de su vista.

Dio un paso atrás y observó al mago Thane leer la nota; sus ojos brillantes guardaban secretos por una vez. No advirtió nada en sus facciones salvo concentración, además de una zona de su barbilla que había pasado por alto al afeitarse aquella mañana. Leyó el telegrama en menos de lo que dura un suspiro y arrugó el papel en las manos.

—¿Qué hay en Solihull? —preguntó Ceony. La ciudad estaba a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, al noroeste.

El mago Thane le ofreció una pequeña sonrisa, una de sus sonrisas extrañas, de las que se reflejaba en los labios pero no en los ojos, y dijo:

—Tan solo una amiga. —Se dio la vuelta, salió a zancadas de la biblioteca y estuvo a punto de pisar a Hinojo.

Ceony se quedó mirándolo mientras cruzaba el vestíbulo y desaparecía en el interior de su habitación. ¿Qué clase de amiga había sido «localizada» en Solihull?

Ella permaneció allí un momento, cavilando acerca de la luz que se había apagado en los ojos de su mentor. Tenía la sensación de estar leyendo una historia con páginas arrancadas. ¿Qué decía el telegrama?

Mordiéndose el labio inferior, Ceony se hundió de nuevo en la silla y volvió a centrarse en la rana, pero solo la mitad de su mente se puso a trabajar en los pliegues. Había empezado a formar las ancas traseras cuando el mago Thane regresó con una pila enorme en los brazos: papel, libros corrientes y de notas, lápices... Los soltó al lado de Ceony y enderezó dos pilas de papeles sobre el escritorio antes de hablar.

—Una lección espontánea —anunció el mago de papel, cogiendo una hoja blanca de la mesa. Tomó su tabla y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Dudando unos segundos, Ceony se hizo con otra hoja del mismo tipo de papel y se unió a él.

—Observa con atención, esto va a ser rápido —indicó el mago Thane, colocando el papel delante, de manera longitudinal respecto a él. Plegó un centímetro, lo dobló con el pulgar y luego le dio la vuelta para volver a plegar otro centímetro—. Un abanico de papel —prosiguió, volviendo a girar la hoja—. Estoy seguro de que ya has hecho alguno.

—De niña —confirmó Ceony, dirigiendo la mirada a su rostro.

Le dio la vuelta al papel una y otra vez, plegándolo sin parar, y logrando de algún modo que todos los pliegues fueran perfectos sin necesidad de una regla.

—El truco está en hacerlos iguales —explicó—. Todos los paneles han de tener la misma longitud y grosor; si no es así el hechizo no se sostiene. Puedes irlos midiendo si quieres, pero funciona igual de bien si te centras en el primer pliegue y lo usas como guía. Si acaba sobrando algo, puedes recortarlo.

Finalizó el abanico sin que le sobrara nada y pellizcó la parte inferior.

—No hace falta unirlo —añadió.

Alejando el abanico de Ceony y dirigiéndolo hacia la puerta, lo agitó con suavidad. Una, dos y tres rachas de viento emergieron del papel, demasiado potentes para ser normales, pero demasiado débiles para causar daños.

Situó el abanico en el suelo.

—Es bastante sencillo. Quiero que practiques mientras estoy fuera.

Las palabras tropezaron unas con otras en la cabeza de Ceony.

—¿F-fuera? —repitió—. ¿Fuera dónde?

—Asuntos de mago, como de costumbre —explicó, poniéndose en pie. Dejó la tabla en el suelo y se acercó a la pila de cosas que había traído consigo—. *El arte del papel maché* —pronunció, leyendo el título del último libro de la pila comenzando desde abajo. Señaló el libro de notas que estaba justo encima de este—. Quiero que tomes apuntes cuando lo leas. Si tus apuntes son lo bastante detallados, no te obligaré a escribir un informe.

A Ceony se le desencajó la mandíbula.

—Pero...

—*Un jardín de papel vivo* —continuó, gesticulando hacia el siguiente libro de la pila—. Haz lo mismo. He marcado los capítulos cinco, seis y doce: tienen ejercicios que me gustaría que hicieras. Y *Un cuento de dos ciudades*; se trata simplemente de un buen libro. ¿Lo has leído?

Ceony se quedó mirando al mago de papel, las palabras se le amontonaban en la garganta. Se había vuelto loco otra vez. La había engañado para que pensara que no estaba chiflado y ahora demostraba que...

—Y quiero el abanico de papel perfeccionado —añadió, retirando la mano—. Bien elaborado puede provocar ráfagas que dejarían en ridículo a una tempestad. Además de las lecturas que ya te he asignado, claro.

Sacudiendo la cabeza, Ceony se puso en pie y preguntó:

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

El mago Thane se encogió de hombros.

—Con suerte, no mucho. Es un verdadero fastidio romper con la rutina demasiados días seguidos. ¿Sabes cómo ponerte en contacto con Patrice, por si acaso?

—¿Patrice? —repitió Ceony, con el tono de voz más elevado que de costumbre—. ¿La maga Aviosky? Yo... sí, pero...

—¡Excelente! —El mago Thane le dio una palmadita en el hombro y salió de la biblioteca a zancadas—. Me marcho ya. Intenta no quemar nada.

Ceony lo siguió.

—¿Se va ya?

—Así es —replicó, mientras desaparecía en el interior de su dormitorio. De algún modo, en los pocos minutos que habían transcurrido desde la recepción del telegrama hasta que cargó con la montaña de deberes hasta la biblioteca, se las había apañado para preparar la maleta. Regresó al pasillo, arrastrándola. Se pasó una mano por el cabello oscuro y, en ese instante, Ceony detectó un destello en sus ojos y la rigidez de sus labios. Estaba preocupado.

—¿Va todo bien? —preguntó, vacilando en la puerta de la biblioteca, insegura de sus límites.

—¿Eh? —profirió; su expresión se suavizaba con el tictac del reloj de la biblioteca—. Bastante bien. Cuídate, Ceony. —Recorrió el pasillo hasta la altura del baño, donde se giró y añadió—: Y asegúrate de que las puertas estén cerradas con llave.

Ceony lo vio desaparecer escaleras abajo y escuchó el suave golpeteo de sus pies en el piso inferior. Hinojo le lamió un calcetín.

Ceony corrió hasta la ventana de la biblioteca para mirar hacia afuera y ver al mago Thane dejar atrás las flores de papel del jardín y la portezuela de la entrada y, después, el camino de tierra. ¿Habría un coche esperándole?

Ceony no se dio cuenta de que su cara presionaba contra el cristal hasta que su respiración lo empañó. El mago de papel salió de su campo de visión y la dejó sola en la casita de campo, situada en medio de la nada y abarrotada de objetos con los que aún no estaba familiarizada.

«Asegúrate de que las puertas estén cerradas con llave».
A Ceony se le subió el corazón a la garganta.

Capítulo 5

«El papel maché se utiliza tradicionalmente de dos formas», escribía Ceony en su cuaderno de notas con la mano cansada, «tiras de papel y papel machacado, a lo que hay que añadir pegamento o almidón».

Ceony soltó el lápiz con un suspiro y miró hacia la única ventana de su habitación. El sol proyectaba sombras en forma de hojas sobre la almohada de su cama.

¿Regresaría el mago Thane ese día? No había completado ni una décima parte de su última montaña de deberes. Seguramente no la penalizaría por ello, pero Ceony había aprendido que el mago de papel pocas veces hacía lo que ella esperaba.

La casa, cuyas puertas y ventanas seguían cerradas desde la noche anterior, estaba lo bastante silenciosa como para que Ceony pudiera oír el tictac del reloj en la habitación contigua si aguantaba la respiración. Hinojo se había aventurado escaleras abajo y Ceony había metido los huesos inanimados de Jonto en un armario del despacho y los había dejado allí. Ahora el lugar parecía... muerto.

Bajó la mirada. Las palabras del libro acerca del papel maché estaban borrosas. Bostezando, cerró el libro de texto y el libro de notas y los dejó caer al suelo. Cogió *Anatomía del cuerpo humano volumen II* y lo abrió por el marcapáginas que estaba en la mitad del capítulo que detallaba el sistema cardiovascular. Se quedó

observando el dibujo de una arteria diseccionada, pasó la página y observó el diagrama de un corazón cortado en rebanadas para mostrar sus cuatro cámaras. Leyó un párrafo y volvió a cerrar el libro.

Oyó a Hinojo subir las escaleras y detenerse. Impaciente por alejarse del escritorio, Ceony abandonó la tarea y bajó las escaleras.

Encontró a Hinojo olisqueando la puerta que llevaba al despacho del mago Thane, tal vez oliendo a Jonto, ya que el mago Thane nunca dejaba los restos de comida sin recoger. Ceony abrió la puerta y el perro de papel se apresuró a adentrarse en la habitación, olisqueándolo todo. Se alzó sobre las patas traseras en dirección a las cadenas de papel que colgaban de la ventana y, como ella había sospechado, echó a correr hasta el armario donde estaba el mayordomo de papel.

Ceony dirigió la mirada a la ventana cubierta de hiedras. La casa estaba demasiado silenciosa. Era irresponsable dejar a una aprendiz sola, quizá debería notificárselo a la maga Aviosky.

Bajó la mirada hasta el escritorio. «O podría aprovechar su ausencia antes de avisarla», pensó.

Una sonrisita le jugueteaba en los labios mientras se sentaba en la silla del escritorio del mago Thane y empezaba a abrir todos los cajones, ya que ninguno estaba cerrado con llave. Pero no encontró nada de interés: algunos libros de apuntes de conferencias, bolígrafos y lápices sueltos, una insólita estrella de papel con muchas puntas que parecía provenir del extremo de un bastón. Un cepillo para quitar pelusas, un pequeño juego de costura... Ceony se aseguró de dejarlo todo recto y ordenado antes de cerrar cada cajón. Estaba segura de que el mago Thane se daría cuenta si un bolígrafo estuviera unos centímetros desplazado de su sitio.

Extendió el brazo hacia el portanotas de alambre, recorriendo con los dedos el borde de la carta de agradecimiento que había enviado hacía más de un año. Quince mil libras.

Se mordió el labio; no quería obsesionarse con aquel misterio. Fue pasando el pulgar por las otras cartas, leyendo apellidos,

algunos precedidos de «mago» o «doctor». Se fijó en una en la que ponía «Alfred Hughes». Pensando en el telegrama, la separó del resto, solo para descubrir que era una vieja carta de Navidad sin foto. Algo se le removió en la memoria: había oído aquel nombre antes. Había un Alfred Hughes en el Gabinete de Magos, ¿no? Sí... efectivamente. Era moldeador: un mago de goma. Había ofrecido una conferencia en Tagis Praff. El mago Thane contaba con amistades en posiciones elevadas.

Lo raro era que en ninguna de las cartas se podía leer «Thane»: ninguna parecía provenir de su familia. El mago Thane había mencionado ser hijo único, pero ¿y sus padres? ¿Sus primos? Seguramente tendría primos.

A continuación, exploró las estanterías donde había más libros de texto, novelas antiguas y cuadernos de notas escritos de principio a fin. Lo único que destacaba era un anuario de la Academia Granger con fecha de 1888-1889. Por lo visto, tanto ella como el mago Thane habían asistido al mismo instituto de educación secundaria, aunque con doce años de diferencia. Qué raro que la maga Aviosky le asignara un mago tan joven, aunque era cierto que había pocas opciones entre los plegadores. Tal vez aquel era el motivo por el que había estado tan tensa en el automóvil.

Hinojo le dio golpecitos en los zapatos con sus patas.

—Ya lo sé, tengo trabajo —concedió Ceony, reprimiendo un suspiro. Tomó en brazos al perro de papel riendo mientras este meneaba la cola y empujó cuidadosamente la silla del mago Thane de vuelta a su sitio bajo el escritorio.

Durante el resto del día se mantuvo ocupada plegando ranas y abanicos, leyendo sobre anatomía más de lo que nunca se hubiera imaginado y garabateando en los márgenes de sus apuntes acerca del papel maché.

El mago Thane tampoco regresó al día siguiente y Ceony empezó a preocuparse.

Nunca se había considerado una persona propensa a la preocupación y parecía absurdo angustiarse por alguien a quien había conocido hacía muy poco y más en aquel caso, en el que, en un principio, no lo quería como maestro.

Evocó aquel destello en sus ojos antes de marcharse y pensó en cómo había ocultado el telegrama. Y se preocupó.

Pensó una vez más en ponerse en contacto con la maga Aviosky, pero no lo hizo. ¿Qué le diría? No deseaba meter en problemas a Emery Thane, así que se mantuvo ocupada con tareas que la distrajeran.

Frio pescado y patatas para la comida. Limpió con un trapo la encimera, barrió la cocina y apiló la ropa sucia para lavarla.

Fuera de su dormitorio, Ceony miró en el pasillo a la puerta de la habitación del mago Thane, que había dejado cerrada. Sería un detalle por su parte limpiarla también, ¿no?

Dejó su ropa sucia en una montaña al lado de las escaleras, se adentró en el dormitorio del mago y echó un vistazo a su alrededor.

Su cama era más grande que la de ella, normal, y la ventana al otro lado también era más grande. Había tres candeleros distintos sobre la cómoda junto a la puerta. Una colección de abalorios, una especie de joyero y una variedad de artefactos de papel que parecían partes de máquinas se situaban alrededor de los candeleros. Una botella de coñac y un vaso de cristal descansaban sobre la mesita de noche, junto a una novela sin cubierta, una botella con un barco en su interior y una caja alta de papel pintada de gris, violeta y de color melocotón.

Había un estante abarrotado de hojas grandes de papel, utensilios de escritura y libros; también un armario lleno de abrigos largos y pantalones de vestir, y un cesto rebosante de ropa sucia.

Se puso las manos a cada lado de la cara y fue directa al cesto. Nada de fisgonear ese día. Tenía diecinueve años: podía respetar la privacidad de un hombre.

Lavó la ropa hasta que sus nudillos se volvieron rojos y luego la tendió en una cuerda del jardín para que se secara.

Ceony volvió a despertarse sola al día siguiente. Tras terminar el libro de anatomía, recogió la ropa tendida y la dobló. Al no saber dónde guardaba el mago Thane la ropa, la dejó toda en la cama para que él la colocara adecuadamente al regresar.

Se detuvo ante una estantería cuando estaba a punto de salir. Dios Santo, el hombre poseía un montón de libros. Leyó detenidamente los títulos, preguntándose por qué aquellos libros los guardaba en su dormitorio en lugar de en la biblioteca. No estaba fisgoneando. Únicamente sentía curiosidad.

Encontró unos pocos libros de texto, pero la mayoría parecían ser libros de entretenimiento, tanto de autores conocidos como desconocidos. Halló una segunda copia de *Un cuento de dos ciudades* y un libro de poesía de Matthew Arnorld. Al final de aquel estante en particular, descubrió un libro de himnos.

—Qué raro —exclamó, cogiendo el libro encuadernado en cuero de la estantería. Sus dedos dejaron huellas en el polvo que cubría la cubierta. El mago Thane no daba la impresión de ser muy religioso; no bendecía la cena. El lomo crujió cuando lo abrió. Ceony fue pasando las páginas, admirando las excelentes condiciones del lomo del libro.

Entonces descubrió la inscripción grabada en oro de la cubierta. Ponía: *Los Thane*.

—¿Los Thane? —se preguntó en voz alta.

¿Quiénes eran los otros Thane? Era evidente que el mago Thane no estaba casado y el libro parecía demasiado nuevo como para haber pertenecido a sus padres. Quizás el mago de papel tenía un hijo bastardo en Norwich y alguien lo había chantajeado con eso.

Se rio ante la idea y volvió a pasar las páginas, mirando himnos que conocía y otros que no.

Algo cayó de las últimas páginas: flores silvestres aplastadas.

Ceony se agachó para recoger con delicadeza las flores violetas y naranjas y examinar su frágil belleza. No estaba segura de qué tipo de flores eran. ¿Qué miembro de los Thane las habría guardado allí?

Hinojo ladró desde el pasillo. Ceony devolvió el himnario a su sitio en el estante y se limpió los dedos manchados de polvo en la falda. Salió de la habitación de su mentor y cerró la puerta tras ella.

No volvió a entrar.

Pocos días después, aproximadamente a las seis de la mañana, Ceony se despertó a causa de unos ruidosos golpes en la puerta de su dormitorio. Pegó un grito y se levantó de la cama de un salto, recordando la advertencia del mago Thane de cerrar las puertas con llave.

—¡Hoy vamos a aprender a hacer barcos de papel! —pronunció la voz alegre del mago Thane al otro lado de la puerta—. ¡Desde muy temprano! ¡Arriba!

El pulso de Ceony le palpitaba en el cuello. Quitó la manta de la cama y ocultó su camisón con ella para ir a abrir la puerta. El aspecto del mago Thane era el mismo que cuando se había marchado: vestido del todo, con aquel abrigo azul oscuro.

—Yo... ¿cuándo ha llegado? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Ahora mismo. ¿Dónde has dejado a Jonto?

—En el... —empezó, pero en cambio dijo—: ¿Cómo ha ido todo? ¿Ha visto a su amiga?

—No hay mucho que decir —respondió—. Y gracias por lavarme la ropa, pero no hacía falta. En la biblioteca en diez minutos.

Dio una palmada y se alejó a zancadas por el pasillo.

Seis días. Había estado fuera seis días, ¿y era eso lo único que tenía que decirle?

Ceony cerró la puerta y se frotó la nuca. «En realidad, ¿qué derecho tengo a saber adónde va?».

Sacudió la cabeza y se afanó en vestirse y peinarse. Por lo menos, no había mencionado más exámenes.

Para cuando Ceony llegó a la biblioteca, el mago Thane ya había adoptado su habitual posición en la moqueta con la tabla en el regazo. Había algunas hojas de papel rectangulares a su lado. Ceony lo estudió al aproximarse. Llevaba la ropa inmaculada y estaba bien afeitado, pero sus hombros se encontraban ligeramente encorvados. Estaba cansado, pero ¿de qué? ¿Por qué hacer el esfuerzo de impartir otra lección cuando debería estar descansando?

Ceony se sentó frente a él y no hizo preguntas. Que se guardara sus secretos si era lo que quería.

—Los barcos se han de empezar con un medio pliegue, después dos pliegues de oreja de perro dobles —indicó el mago Thane, plegando mientras hablaba.

—¿Para qué sirve un barco de papel? —preguntó Ceony—. Nadie cabría dentro de él y, además, se hundiría.

—Ah, pero un barco de papel encantado no se hunde con facilidad.

—¿Con facilidad?

—Se hunde —admitió, asintiendo con la cabeza, más en dirección a sus rodillas que a Ceony—, pero lentamente. Tras muchas generaciones de plegadores, aún no hemos logrado impermeabilizar el papel, pero al menos podemos hacerlo muy resistente. Los barcos son útiles para transmitir mensajes cuando enviarlos por aire es un inconveniente importante. O es demasiado arriesgado. Puede que estén algo obsoletos con los telégrafos y el mítico teléfono, pero igualmente deberías aprender cómo hacerlos.

Volteó el papel en el aire frente a ella y plegó los bordes del papel para formar la base del barco.

—Pliégalo como una animación. Estoy seguro de que recuerdas las normas.

Ceony asintió, pero cuando el mago Thane estaba terminando los últimos pliegues, advirtió que por dentro de la manga suelta de su abrigo había un vendaje firmemente enrollado en su antebrazo derecho.

Algo dentro de ella se tensó, como si hubieran tirado de una cuerda de violín que tuviera en el torso, atada entre la garganta y el ombligo. Con voz quebrada, preguntó:

—¿Qué le ha pasado en el brazo?

Los dedos del mago Thane se detuvieron. Levantó la vista hacia ella y luego hacia su brazo. Tiró de la manga de la camisa hasta la palma de la mano.

—No es más que un golpe —aseguró—. A menudo me olvido de la concentración que requiere caminar.

Ella frunció el ceño. La cuerda se le retorció y tuvo la sensación inequívoca de que su tutor le ocultaba algo.

Se preguntó si le dolería.

El mago le entregó una hoja de papel y le ordenó copiar sus pliegues, que consiguió llevar a cabo a la primera. Aquel hecho apenas la reconfortó.

El mago Thane se levantó, sostenía la tabla bajo el brazo ileso.

—¿Vamos al río a probarlos?

La cuerda se tensó tanto que podría haberse roto. Todos los músculos del cuerpo de Ceony se pusieron rígidos.

—¿R-río? ¿El que está afuera?

El mago Thane sonrió.

—No hay ninguno aquí dentro, ¿verdad?

Ceony se sintió echar raíces en el suelo. El mago Thane le ofreció una mano para ayudarla a levantarse, pero no pudo alzar el brazo para aceptarla. El pulso se le aceleró y las mejillas se le sonrojaron.

—Yo... —Carraspeó—. ¿Podemos probarlos en el baño? ¿En la bañera? Por favor...

Él bajó la mano.

—No eres hidrófoba, ¿verdad? —El calor aumentó en la cara de Ceony—. ¡Oh! —exclamó, recobrando la seriedad—. Admito que me sorprende. No das esa impresión.

Ceony logró destensar los hombros lo bastante como para encogerlos.

—A todo el mundo le da miedo algo, ¿no?

El mago de papel asintió, aunque lentamente.

—Cierto. Muy... cierto. A la bañera, pues.

Volvió a ofrecerle la mano. Ceony la cogió y permitió que la pusiera en pie de un tirón, notando un extraño hormigueo en las yemas de los dedos antes de que la soltara.

Ella presionó la mano contra su mejilla para enfriarse la cara. Siguió al mago Thane al cuarto de baño, se colocaron en torno a la bañera y pronunciaron los hechizos «Flota» y «Resiste» sobre los barcos. Antes de que el suyo llegara a hundirse, Ceony se excusó para ir al dormitorio, donde se puso a leer *Astrología para jóvenes*; pero, por alguna extraña razón, le costó mucho concentrarse.

Hinojo lanzó un ligero aullido a los pies de Ceony cuando dejaba caer los últimos pasteles de pescado en la sartén. No cesaba de menear la cola, esperanzado.

—No puedes comer, bobito —reprendió Ceony a su perro de papel, desplazándolo a un lado con el pie para abrir el horno. De allí extrajo un plato de espárragos. Ceony siempre había detestado los espárragos hasta que empezó a servir comida durante su último año en el instituto de secundaria. Por lo visto, toda la gente importante comía espárragos, así que se había obligado a tolerarlos.

La puerta de las escaleras se abrió y el mago Thane surgió a través de ella; parecía más descansado que por la mañana. Quizás se había echado una siesta mientras Ceony preparaba la cena.

—Mmm —profirió—. Espero que estés cocinando para dos.

—Estoy cocinando para dos siempre y cuando usted me permita quemar ese libro de notas sobre el papel maché sin revisarlo —replicó Ceony. Levantó un pastel de pescado con el tenedor y lo sacudió adelante y atrás, captando la atención tanto del mago como del perro—. Es un trabajo largo. Preferiría no terminarlo, pero si tengo que hacerlo, lo acabaré con un plato lleno de pasteles de pescado en mi regazo.

El mago Thane rio.

—Estoy seguro de que este tipo de soborno no está aprobado por el consejo escolar. Realmente tendría que leerme esas cartas que envían...

Ceony sostuvo el pastel de pescado en el aire y el mago Thane sacudió una mano.

—Sí, sí. Quémalo. Estoy hambriento.

Sonriendo por su victoria, Ceony volvió a dejar el pastel y sacó el resto de la sartén antes de llevar los platos a la mesa. El mago Thane le separó la silla antes de tomar asiento en la suya.

—Volvemos a necesitar provisiones —comentó Ceony, sirviéndose un pastel de pescado en el plato antes de entregárselo al mago Thane—. Y me gustaría saber en qué día del mes recibiré mi salario.

—Jamás disfrutaré de la comida de mi aprendiz sin hablar de dinero, o eso parece —repuso, sirviéndose dos pasteles de pescado. Alzó el tenedor, una vez más, sin bendecir la mesa—. No obstante, te...

Al menos una palabra más surgió de los labios del mago, pero una estruendosa explosión en el pasillo amortiguó el sonido.

A Ceony se le cayeron los espárragos encima de la mesa, entonces se dio la vuelta para mirar con los ojos como platos los trocitos de madera y de papel que volaban en una brisa que provenía del recibidor y se filtraba en el comedor. El olor a polvo y pintura se mezclaba con el de la merluza y la cebolleta. El mago Thane se puso de pie de un salto.

Sonaron unas ruidosas pisadas como un aplauso sarcástico desde el pasillo. Zapatos de tacón. Ceony dio un paso adelante,

pero el mago Thane extendió el brazo, deteniéndola. Toda la alegría se había esfumado de su rostro. No parecía alterado, ni alegre ni distraído: mostraba una expresión pétrea. Parecía más alto, y su abrigo dio la impresión de erizarse a su alrededor como el pelaje de un gato.

Una mujer se adentró en el comedor. Era espectacular: alta y con el pelo largo y ondulado de un color marrón tan oscuro que parecía casi negro, ojos color café y una piel pálida sin el menor rastro de pecas. Vestía una camisa negra bien ajustada a su figura con curvas y unos pantalones ceñidos. Llevaba unos tacones grises de cinco centímetros abrochados con dos tiras en torno a los tobillos.

Había algo en ella que le resultaba familiar. A Ceony solo le llevó unos segundos ubicar el rostro de aquella mujer.

La caja de la fortuna.

El mago Thane palideció.

—¿Lira?

A Ceony se le encogió el estómago. Fue la única respuesta que su cuerpo logró antes de que la mujer avanzara hacia ellos llevando en la mano una probeta llena de un líquido rojo oscuro.

Fue un visto y no visto. El mago Thane agarró el brazo de Ceony e intentó situarla detrás de él, pero la mujer, Lira, vertió unas gotas del líquido rojo en su mano y se las arrojó a Ceony, gritando:

—¡Explota!

Ceony sintió un impacto como si la hubiera golpeado un puño gigante. Le succionó todo el aire de los pulmones y la envió volando hacia la esquina de la mesa, el golpe fue tan violento que la mesa volcó con el impacto, tirando su contenido aún caliente al suelo y provocando un estrépito de platos de cerámica, que se resquebrajaron en cientos de piezas sobre el piso de madera. La espalda de Ceony acabó estrellándose contra la pared del comedor y la chica se desplomó sobre el suelo.

Todo se volvió negro por un momento, para luego transformarse en sombras y luz. Ceony pestañeó mientras algo colisionaba contra la pared cerca de ella, lo sintió por la vibración a través de la

madera. Con la vista despejada y la espalda palpitándole, alzó la cabeza para ver al mago Thane presionado contra la pared, sostenido por manos invisibles. Se esforzaba en hablar, pero algo que no se veía mantenía su mandíbula cerrada. La arteria a un lado de su cuello estaba hinchada.

Ceony se miró las manos, advirtiendo sangre en ellas. Se asustó por una milésima de segundo, hasta que se dio cuenta de que la sangre estaba fría y no era suya. Era el líquido que Lira le había lanzado: sangre.

Se quedó congelada.

Sangre.

Magia de la carne.

Lira era extirpadora. Era practicante del arte prohibido.

Ceony volvió a elevar la mirada para ver a Lira aferrar al mago Thane por el cuello de su camiseta, que rasgó hasta el esternón para exponer su pecho.

—Por fin me marchó, querido —susurró ella— y te voy a llevar conmigo.

Su mano se abrió paso en el interior del pecho de él. Ceony ahogó un sollozo. Un aro dorado de polvo brillaba en torno a la muñeca de Lira mientras el mago Thane gritaba con los dientes apretados. Lira extrajo su mano manchada de sangre, aferrando un corazón que seguía latiendo entre sus dedos ensangrentados.

Gotas de sudor le cubrían la frente y las sienes a Ceony. Su propio corazón se le aceleró en el pecho, por lo que se sintió mareada.

«¡Agacha la cabeza!», pensó para sí misma; sentía la piel helada. Trató de fingir estar inconsciente, pero el cuerpo le temblaba y las lágrimas le manaban de los ojos a mares. Si aquella mujer podía vencer al mago Thane con tanta facilidad, entonces mataría a Ceony en un instante. Probablemente aquella había sido su intención.

Los zapatos resonaron contra el suelo. Ceony abrió los ojos y miró entre las sillas derribadas. Lira vertió varias gotitas de la sangre

de Thane en su palma, sonrió, y luego arrojó la sangre al suelo. Se desvaneció en un torbellino de humo rojo.

Ceony lanzó un chillido cuando la mujer se esfumó. Se levantó con esfuerzo, sus caderas se quejaban por los profundos moratones, y corrió hacia el mago Thane. Antes de alcanzarlo, el hechizo que lo sostenía perdió su fuerza y él se desplomó sobre el suelo.

Capítulo 6

—¡No, no! —gritó Ceony, las lágrimas le recorrían las mejillas.

Con un brazo rodeó la nuca del mago Thane y lo tumbó en el suelo, mirando boquiabierto el profundo agujero rojo de su pecho, que seguía bordeado por una reluciente magia dorada. El agujero se volvía más y más pequeño con cada latido de su propio corazón.

Hinojo gimoteó junto a ella. Ceony, temblando, miró al perro y de nuevo al mago Thane, cuya piel se volvía cada vez más pálida con cada segundo que pasaba.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia el estudio, derribando una silla de la cocina a su paso.

La cabeza le daba vueltas, sentía las piernas entumecidas y las manos le sudaban mientras pisaba los escombros de lo que había sido la puerta principal, hasta abalanzarse al interior del estudio. Se apresuró para llegar a los estantes donde el mago Thane guardaba el papel y los escudriñó frenéticamente hasta encontrar una hoja gruesa. No era la más gruesa, pero no tenía tiempo para ser quisquillosa.

Regresó al comedor a toda prisa y resbaló sobre la sangre derramada. Se desplomó sobre las rodillas e hizo una mueca de dolor, pero empezó a plegar allí mismo, contra el suelo de madera. No conocía los pliegues, ¿cómo iba a hacerlo? Pero tenía que intentarlo.

Imágenes de las creaciones del mago Thane le pasaron zumbando por la cabeza. Su plegado del pájaro, del pez y de la caja de la fortuna. Los abalorios de papel, las esculturas y cadenas por todas las habitaciones de la casa. Las pocas lecciones de magia de papel cuyos apuntes había tomado en el colegio. El pliegue de media punta, el pliegue de punta entera. Pliegues cuyos nombres no conocía. Cualquier cosa. «Simplemente alinea los bordes».

Ella plegó el papel por la mitad y, después, lo hizo de nuevo, trabajándolo hasta que logró el cuadrado que era la base del pájaro de cuello largo del mago Thane. A partir de ahí, elaboró el resto, su cerebro evocaba las imágenes de *Anatomía del cuerpo humano*. Sus manos se detuvieron. Guardaba cierta semejanza con un corazón. Cierta aire...

Gateó hacia el mago Thane, hasta el agujero en proceso de cerrarse de su pecho, y ordenó al corazón:

—¡Respira!

Palpitó débilmente en sus manos. Lo empujó al interior de la cavidad sangrienta y extrajo las manos justo antes de que la piel del mago Thane se cerrara a su alrededor.

El mago de papel no se movió.

—Por favor —sollozó con los dedos cubiertos de sangre. Dio palmaditas a sus mejillas, las abofeteó y presionó la oreja contra su pecho. Oía el corazón de papel latiendo débilmente, como el corazón de un anciano en su lecho de muerte.

No se movió.

—¡Tiene que vivir! —gritó.

Las lágrimas le caían desde la barbilla hasta su pecho. Si la magia no podía salvarlo... ¡pero era lo único que tenía!

Respirando en cortos jadeos, Ceony se levantó, corrió escaleras arriba y entró como una flecha en la biblioteca. Aferró el telégrafo y conectó los cables hacia la única persona cuya ruta conocía: la maga Aviosky.

Sus dedos temblorosos teclearon el código enseguida. Tragó con la garganta seca.

«Thane herido *stop* venga inmediatamente *stop* emergencia *stop* extirpadora se llevó su corazón *stop*»

Se alejó del telégrafo como si se tratara de un cadáver y se apretó la palma de la mano contra la boca para reprimir un sollozo.

Hinojo ladraba a sus pies, brincando salvajemente con sus piernas de papel.

En cuanto Ceony miró al perro, este se precipitó hacia el pasillo. Ceony lo siguió a toda velocidad, bajando tras él por las escaleras hasta llegar al comedor. Oyó la débil respiración de Thane justo antes de verlo.

—¡Thane! —exclamó, cayendo de rodillas junto a él.

Su aspecto era el de un muerto, sus ojos no eran más que hendiduras y sus venas eran visibles a través de la piel blanca. Intentó alzar un dedo para señalar algo, pero lo dejó caer.

—Ventana —susurraba; las palabras salían con esfuerzo de su garganta—. Segunda... cadena. Ve a... buscar...

Ceony saltó hasta enderezarse y regresó al estudio en un santiamén, recordando perfectamente las cadenas sobre la ventana. Buscó la segunda desde la izquierda y tiró de ella, una cadena estrechamente ensamblada, confeccionada a base de rectángulos plegados. También se hizo con la segunda de la derecha, una cadena en bucle de eslabones ovalados.

Se apresuró para regresar al comedor y se las enseñó a Thane.

—¿Cuál? —preguntó.

Débilmente, sacudió la barbilla hacia la cadena estrechamente ensamblada elaborada con rectángulos.

—Alrededor... del pecho —susurró.

Pellizcando el extremo de la cadena, Ceony se inclinó sobre Thane y se la colocó por debajo de la espalda para después llevarla por el pecho y superponer los extremos.

—Reposa —murmuró con debilidad el mago Thane, y la cadena se tensó a su alrededor ante la orden.

Thane tomó una profunda bocanada de aire y empezó a toser.

Ceony le levantó la cabeza para ayudarlo. Cuando terminó, abrió los ojos y la miró.

Ella jadeó. Sus ojos...

Su luz se había desvanecido.

Sin brillo, sin emociones. Únicamente ojos vidriosos: muertos.

Las lágrimas se reavivaron.

—He enviado un telegrama a la maga Aviosky —explicó; las palabras le temblaban en la garganta—. Vendrá. Alguien vendrá para ayudarlo.

—Qué astuta —pronunció con voz debilitada y monótona—. El médico más cercano está... lejos.

—Oh, Dios —susurró Ceony, apartando los mechones de pelo de la frente del mago Thane—. ¿Qué le ha hecho?

—Lira... se ha llevado mi corazón —replicó como si tal cosa. Como un libro de texto parlante.

—Ya lo sé —musitó Ceony—. ¿Para qué?

—Para detenerme.

—¿Por qué?

Pero el mago Thane no respondió. Sus ojos vidriosos se movían con lentitud en las cuencas, observando la habitación sin expresión.

Ceony siguió acariciándole la frente, incluso cuando ya había apartado todos los mechones negros.

—¿Qué es esa cadena? —preguntó, limpiándose la mejilla en los hombros.

Tenía que conseguir que continuara hablando.

—Una cadena de vitalidad —contestó; sus ojos apagados estaban fijos en el techo—. Mantendrá este nuevo corazón latiendo durante un tiempo.

—¿Durante un tiempo?

—Un corazón de papel no aguanta mucho, especialmente si no está confeccionado del todo bien —explicó—. La cadena conseguirá que siga latiendo un día, dos como mucho.

—¡Pero no puede morir! —vociferó Ceony, y el mago Thane apenas se encogió por el volumen o por la lágrima que le aterrizó en

el puente de la nariz. No parecía percibirla—. ¡Tiene demasiado que enseñarme! ¡Es usted demasiado bueno para morir!

No hubo respuesta.

Ceony le soltó la cabeza con cuidado para ponerse en pie y dirigirse al recibidor, pisando sobre los escombros y secándose las lágrimas que se negaban a dejar de salir de sus ojos. Tomó un cojín del sofá y una manta guardada en un baúl e intentó que el mago Thane se sintiera lo más cómodo posible, ya que no se atrevía a moverlo. Hinojo se sentó a su lado; seguía aullando y batiendo la cola ansiosamente tras él.

Dos horas después de la puesta de sol, tres personas avanzaron torpemente por el recibidor lleno de escombros hasta llegar al comedor. Ceony conocía a los tres, aunque a dos solo de vista. El mago John Katter, fusionador, y el mago Alfred Hughes, moldeador, pertenecían al Gabinete de Magos. Katter trabajaba en Agricultura y Hughes, en Asuntos Criminales. La maga Aviosky se encontraba entre ellos.

Ceony, que había llorado hasta dejarse la garganta en carne viva, volvió a relatar la historia con todos los detalles que era capaz de recordar, incluida la lectura del mago Thane a través de la caja de la fortuna. Se preguntaba si, tal vez, había invocado a Lira por error y si todo aquello era culpa suya.

—No sea ridícula —le soltó la maga Aviosky mientras los magos Katter y Hughes examinaban al mago Thane, tumbado en el suelo e iluminado por cuatro velas—. El único que puede manipular el futuro de Emery Thane es el propio Emery Thane.

El mago Hughes permaneció un buen rato inclinado sobre Thane, dándole toquecitos en el cuello y en el pecho con guantes de goma. Ceony sabía que era moldeador y se preguntó brevemente si los guantes estaban encantados, sobre todo al meterlos en el bolsillo de su abrigo en lugar de tirarlos a la basura.

—Está claro que es obra de una extirpación —aseveró con tono quedo—, y una muy poderosa, por cierto. Creía que los encantamientos de protección impedirían que los extirpadores entraran, sobre todo Lira.

—¿Encantamientos de protección? —preguntó Ceony con su corazón palpitando violentamente—. ¿Qué encantamientos de protección? ¿Por qué ha herido al mago Thane? ¿Quién es ella?

El mago Hughes frunció el ceño y se acarició su corta barba blanca. La maga Aviosky colocó una mano en el hombro de Ceony y dijo:

—Tal vez debería ir a la cama, señorita Twill. Ha tenido un día muy duro.

—¡No! —gritó Ceony—. Ha de permitir que me quede aquí con él. ¡Tiene que dejarme ayudar!

La maga Aviosky frunció el ceño y la tenue luz la hizo parecer mucho mayor.

—Puede que ya no sea alumna de Tagis Praff, señorita Twill, pero sigue bajo la jurisdicción del consejo. Suba y descanse un poco. No es una petición. Hablaré con usted de este asunto por la mañana.

El esqueleto de Ceony se desplomó en el interior de su piel. Se apartó del mago Hughes para poder ver al mago Thane en el suelo. Tenía los ojos cerrados y su respiración parecía estable, aunque fatigada. El mago Katter garabateaba algo en su libreta junto a él.

Aferrándose las manos sobre el pecho, Ceony pasó junto al mago Thane, observándolo, y se dirigió a las escaleras. El mago Hughes cerró la puerta tras ella, pero sabía que no había sido con llave, ya que no disponía de esta.

Tras vacilar un momento, Ceony subió las escaleras con paso pesado y llegó a la puerta de su dormitorio donde se deshizo de los zapatos y, con cuidado, con mucho cuidado, se escabulló escaleras abajo de nuevo, evitando el escalón chirriante.

Se puso de cuclillas al principio de las escaleras, evitando la tenue luz que se filtraba a través del ojo de la cerradura de la puerta, y escuchó con atención:

—... Y cada vez más cerca —pronunciaba la voz del mago Hughes—. Emery fue quien nos dio el aviso para capturar a Lillith, si os acordáis. Eso fue hace menos de dos meses.

—¿Pero ha habido intentos por parte de los demás miembros?
—preguntó la maga Aviosky, que sonaba preocupada. Más preocupada de lo que Ceony la había oído nunca.

—El mago Karl Tode fue asesinado ayer de manera similar —repuso el mago Hughes—. Era cazador, como Emery. Pero no fue obra de Lira. Ella es mucho más... limpia que sus cómplices.

El mago Katter intervino:

—Pero eso es todo. No ha habido nada más desde que se llevaron a Piper el año pasado. ¿No os acordáis de lo que dijo Gabon Suter cuando lo arrestamos? Se puso a girar en la silla como un demente... «Avisaremos a los demás. Cazadnos como a animales, pero acabaremos volviéndonos contra vosotros...».

—En este caso, podría tratarse simplemente de una venganza personal —señaló la maga Aviosky—. A no ser que mi información sobre su relación sea incorrecta.

—«Me marchó» —recitó el mago Hughes, repitiendo las palabras que Ceony le había contado—, «y te voy a llevar conmigo». Es lo único que dijo. Sin cartas, ni ceremonias. Conozco a esa mujer, Patrice. No llevaría a cabo una venganza sin montar un verdadero espectáculo, a no ser que lo hiciera fuera del campo de visión de la señorita Twill.

—Tal vez —intervino el mago Katter— haya terminado siendo más lista. Dentro y fuera, trabajo concluido.

El mago Hughes replicó:

—No. Ella no. —Hizo una pausa—. Sabe que Emery es crítico con respecto al sindicato, todos lo saben. Está personalmente implicado. Eso, y que ella siempre ha mostrado un... agudo interés en él.

«¿Sindicato?», pensó Ceony. Empezó a sentir calambres en las piernas, pero no se atrevió a moverse, aún no. Extirpadores, ¿y un sindicato?

¿Estaba el mago Thane vigilando personalmente al grupo que formaba parte de la magia oscura? ¿Y a qué «agudo interés» se refería el mago Hughes?

Las tablas del suelo volvieron a vibrar y alguien bloqueó la luz que se filtraba por el ojo de la cerradura. Ceony contuvo la respiración, pero la puerta no se abrió. En cambio, alguien se apoyó en ella, lo que hizo que la conversación en el comedor se oyera más débilmente.

—Por cómo suena eso, me parece que pretende marcharse de Inglaterra —comentó el mago Katter, con un sonido tan amortiguado que Ceony apenas distinguía una palabra de la siguiente—. Quizás, incluso, de Europa.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó la maga Aviosky, la persona apoyada contra la puerta.

—Documentarlo —replicó el mago Hughes lentamente—. Reunamos las pruebas que podamos, con descripciones y demás. Busquemos en el suelo la sangre que Lira haya podido utilizar.

—¿Vamos tras ella? —preguntó el mago Katter.

—Tiene que comunicarse al Gabinete —replicó el mago Hughes, exasperado—. Necesitamos su aprobación, la autorización para esta casa, y también asignar una fuerza.

Ceony aferró la tela de la falda entre sus puños. ¿Aprobación? ¡Lira ya se encontraría muy lejos cuando eso ocurriera!

—¡Estará fuera de nuestro alcance para entonces! —exclamó la maga Aviosky, como si hubiera oído los pensamientos de Ceony y estuviera de acuerdo con ella.

—Debes entender, Patrice, que los extirpadores son un asunto delicado —explicó el mago Hughes—. Son extremadamente peligrosos, y si te tocan, pueden invocar la magia a través de tu cuerpo. Es una magia asesina. Uno no puede simplemente echar a correr y capturarlos. Y si desapareció en una nube sangrienta, como la señorita Twill declaró, en este instante podría estar en cualquier parte en un radio de cincuenta kilómetros.

Un momento de silencio permitió que Ceony fuera consciente de su pulso retumbándole en las orejas. Se notaba la cara caliente y los ojos le picaban. ¿Realmente dejarían escapar a aquella mujer?

—¿Y qué pasará con Emery Thane? —preguntó la maga Aviosky, con voz demasiado baja para oírla con claridad.

Se produjo otra larga pausa antes de la respuesta del mago Hughes.

—Procuraremos que esté lo más cómodo posible.

«¡No!», gritó la mente de Ceony, quien se cubrió la boca con ambas manos para evitar soltar un grito. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que lo dejaran morir?

Ceony tembló. Al ponerse en pie, las rodillas le crujieron; entonces empezó a subir las escaleras sigilosamente, pues no era capaz de soportar otra palabra del Gabinete. En el último escalón, las lágrimas regresaron de nuevo, con la diferencia de que aquellas las sentía heladas.

Iba a morir. El mago Emery Thane iba a morir, con el corazón arrancado de su pecho. Era muy injusto.

Unos sonidos amortiguados anunciaron la presencia de Hinojo, que cruzaba el pasillo. Hizo una pausa y se estiró como lo haría un perro de verdad; luego se rascó el collar turquesa del cuello.

Ceony lo tomó en brazos y lo sostuvo contra el pecho con delicadeza, con cuidado de no llorar sobre él.

Qué injusto.

Se detuvo en su habitación, pero en lugar de entrar, siguió andando hasta llegar a la del mago Thane. Envolviendo a Hinojo con una mano, abrió la puerta de un empujón, encendió una vela de la cómoda y echó un vistazo.

Todo estaba como ella lo había dejado, salvo por la colada limpia sobre la cama, que ya la había recogido. Al sentir un escalofrío, Ceony se abrazó a Hinojo con más fuerza y avanzó, dejando atrás la cómoda, los estantes, la ventana cuya luz iba apagándose. Se detuvo junto al armario y, de manera ausente, se abrió paso en su interior, examinando cuidadosamente las prendas del mago Thane, algunas de las cuales Ceony había lavado hacía tan solo unos días. En la parte de atrás del armario halló el uniforme del mago Thane: un traje blanco. Era blanco porque se trataba del color que representaba al papel. Consistía en una chaqueta cruzada con unos botones de oro pulido y unos puños gruesos, todo con un aspecto limpio y nuevo, como si el uniforme estuviera para estrenar. No pudo

evitar pensar que el mago Thane estaría muy elegante con él. Menos mal que no lo había llevado el día que se habían conocido o Ceony se habría quedado sin palabras.

Frunció el ceño. Aquel pensamiento era absurdo.

Se alejó del armario. Hinojo se retorció en su brazo. Lo dejó en el suelo y hundió las manos heladas en los bolsillos de la falda. Algo le rozó los nudillos de la mano derecha.

Del bolsillo extrajo un copo de nieve diminuto, el que se había guardado en su primer día como plegadora. Pasó el pulgar sobre los minúsculos y delicados cortes, agradecida de no haber lavado aún aquella falda. El copo de nieve se mantenía frío, exactamente como la nieve de verdad. Nieve que había creado para ella. de un modo u otro todo lo había hecho por ella, ¿no?

Iluminada por el resplandor de la vela, declaró:

—Tengo que hacerlo. Tengo que salvarlo.

Porque sabía que nadie más lo haría.

Mordiéndose el labio, Ceony salió de la habitación precipitadamente, protegiendo la luz de la vela con la mano, llamando a Hinojo para que la siguiera. Cruzó el pasillo hasta la biblioteca y colocó la vela en la mesa bajo la ventana. Tomó asiento y agarró un cuadrado de papel verde de grosor medio y comenzó a plegar, valiéndose de su memoria, hasta que confeccionó un pájaro. Los pliegues le hormigueaban bajo los dedos.

Tomando un trozo rosado de papel liviano plegó otro y, acto seguido, otro más con papel blanco. Imaginó las manos del mago Thane sobre las suyas, guiando sus pliegues, y entornó los ojos a la luz de la vela para asegurarse de que todos los bordes estuvieran alineados y que todo lo que había doblado estuviera recto.

Cuando ya tenía seis pájaros listos y con una confianza que excedía a su situación, les ordenó:

—Respirad.

Cinco cobraron vida. El rosado, el segundo que había creado, permaneció inmóvil, tal y como debería estar un trozo de papel doblado. De entre los pliegues de su cuerpo, Ceony debía de haber hecho algo mal, pero aquel no era el momento de averiguar el qué.

Dos de los cinco pájaros vivos alzaron el vuelo, otro empezó a cepillarse, el cuarto la miraba sin ojos y el último brincaba por la mesa, lo que provocó los gruñidos de Hinojo. Ceony mandó callar al perro y, bolígrafo en mano, se hizo con un trozo de papel blanco.

Empezó a escribir y la tinta del bolígrafo fluyó con caricias rápidas sobre el pergamino. Escribió apresuradamente, pero con cuidado de no cometer faltas de ortografía. No sabía si aquel truco funcionaría, pero no podía permitirse que lo fastidiara algo tan simple como la ortografía.

Cuando hubo terminado, llamó a los pájaros:

—¡Venid aquí! ¡Venid aquí, por favor! —También les silbó, imitando su mejor canto de ave.

Los dos que se habían escapado descendieron volando. Los demás se acercaron. Estaban en dos filas ante ella sobre la mesa.

Después de tomar una profunda bocanada de aire para mantener la voz firme y calmada, Ceony leyó:

—Una mujer entró como un vendaval en el comedor, su cabello oscuro como el chocolate parecía casi negro y sus ojos eran igual de oscuros. —Se imaginó la escena en la cabeza: la estatura considerable de Lira, las curvas de sus labios pintados de rojo, lo largas y afiladas que llevaba las uñas cuando las introdujo en su vial de sangre—. Era una mujer malvada y lo llevaba escrito en la cara y en la ropa. Sus comentarios desdeñosos podrían espabilar a un borracho y sus artes oscuras le manchaban de sangre las yemas de los dedos.

La historia, o por lo menos el principio de una, se reprodujo con tonalidades etéreas delante de los pájaros, formando la silueta de Lira tal y como la recordaba y ella se felicitó a sí misma por poseer una memoria tan impecable. El comedor apareció alrededor de la imagen de Lira, pero Ceony se concentró en ella, lo que hizo que el fondo se desdibujara en borrones moteados, mientras que su rostro se volvía más nítido.

—Necesito que la localicéis —explicó Ceony, permitiendo que la ilusión se disipara lentamente—. Encontradla y volved a mí. ¿Podréis hacerlo?

Los pájaros saltaron. Aquella era una respuesta más afirmativa de lo que había esperado recibir.

Ceony asintió y se adelantó hasta la ventana y, con un tirón tan grande que pareció sacudir la mitad de la habitación, la abrió lo bastante como para que los cinco pájaros salieran volando. El viento era frío, pero el cielo no amenazaba con lluvias. Al menos la madre naturaleza estaba de su parte aquella noche.

Luego, con Hinojo en sus talones, Ceony reunió lo que necesitaba.

Tomó un puñado de papel de cada pila que había en la biblioteca y lo separó del resto, después se adentró en el dormitorio del mago Thane para hacerse con hojas más grandes, que enrolló y ató con una goma de pelo. En su habitación, con la puerta cerrada, Ceony sacó su pistola Tatham y la ocultó en el fondo de su bolso. Apenas había tenido tiempo de verla a lo largo de las semanas anteriores, pero se había asegurado de mantenerla limpia. El peso que añadía a la bolsa le infundía tranquilidad. De vuelta a la biblioteca, halló un atlas y arrancó dos mapas, uno de Inglaterra y otro de todo el continente europeo, por si acaso. Mientras metía los mapas en su bolso de punto, Ceony tuvo una sensación de desasosiego: si efectivamente llegaba el momento en que debiera usar el mapa de Europa, jamás localizaría a Lira. Europa era demasiado grande y al mago Thane le quedaban dos días de vida como mucho.

Sacudió la cabeza una vez.

—La encontraré —declaró, en parte para sí misma y en parte para Hinojo—. Tengo que hacerlo.

Cuando Ceony terminó de guardarlo todo fue a acostarse de mala gana. El sueño solo le llegó de vez en cuando en lapsos incómodos. Al amanecer, se levantó y bajó fatigosamente las escaleras.

Solo se había quedado la maga Aviosky, que estaba durmiendo en el sofá del recibidor. Ceony la dejó atrás y fue a coger queso, pan y un pedazo de salami y lo metió todo en su bolso. Era suficiente para sobrevivir dos días. Después se arrodilló junto al cuerpo inmóvil del mago Thane. Respiraba de manera pesada y rasposa.

Presionó un oído contra su pecho, que uno de los magos había tenido la decencia de limpiar. El único signo visible del accidente era la sangre alrededor del cuello desgarrado de la camisa.

Pft... pft..., tamborileaba el corazón. El segundo latido era tan débil que Ceony casi no podía oírlo.

Al contemplar su rostro pálido, una cuchillada de miedo le atravesó el corazón. La extirpadora, Lira, había derrotado al mago Thane con demasiada facilidad. ¿Qué posibilidades tenía Ceony contra ella, entonces?

«Sencillamente, no la toques», pensó al recordar la discusión del Gabinete la noche anterior. A decir verdad, Ceony sabía que su única oportunidad residía en el factor sorpresa.

—Por favor, viva —le susurró al mago Thane—. No me importa ser una maga de papel si es usted quien me enseña, así que le ruego que viva. De otro modo, seré intratable durante el resto de mi vida, seré nefasta para todo el mundo.

Entonces le tocó el pelo, tomó una bocanada de aire y volvió a subir las escaleras para esperar. Recorrió con el pulgar los libros de la biblioteca y extrajo algunos que trataban sobre el plegado para hojear las páginas, deteniéndose donde encontraba algo importante o interesante, luego miraba los dibujos, o el texto, hasta que sentía que la información se le quedaba grabada en la memoria. Estuvo atenta por si oía movimientos de la maga Aviosky abajo, confiando que la mujer permanecería mucho tiempo durmiendo.

En cambio, sus oídos captaron un golpeteo muy débil en la ventana de la biblioteca.

Se giró y vio un pájaro de papel entre la luz matutina, con la cola doblada en un ángulo antinatural y las puntas de su ala derecha rasgadas, como si hubiera experimentado algún tipo de alboroto. Ceony abrió la ventana y el pájaro verde entró batiendo las alas. Era el primero de los seis que había elaborado.

Ceony rodeó a la criatura de papel con las manos.

—Dime que la has encontrado. Dime que has visto algo, por favor.

El pájaro dio un saltito.

—¿Es eso un sí?

El pájaro dio otro saltito.

—¿Podrías llevarme hasta allí si te curo?

El pájaro volvió a dar un saltito.

Cada vez más nerviosa, le enderezó la cola, después rebuscó entre las cosas del mago Thane hasta encontrar pegamento, que usó para enmendar las diminutas rasgaduras en las alas del pájaro. Este se dedicó a picarlo, por lo que se manchó el pico de papel con el pegamento.

—Déjalo ya —ordenó Ceony, colgándose el pesado bolso al hombro.

Rodeó el pájaro con las manos y lo levantó, caminó hasta el pasillo y entonces se detuvo.

¿Qué iba a hacer? ¿Alquilar un coche? ¿Cómo lo explicaría? ¿Podía siquiera permitírsele? ¿Cómo de lejos se encontraría Lira? El pájaro de papel no podía comunicarle esa información.

¿Y si la maga Aviosky se había despertado y estaba esperando a que ella bajara? ¡No tenía tiempo de discutir antes de marcharse! Debía moverse rápidamente, antes de que Lira también lo hiciera...

Ceony se detuvo para darse la vuelta y llevar la mirada hacia las escaleras que conducían a la misteriosa tercera planta. Los «grandes» encantamientos, como había dicho el mago Thane. Ni siquiera durante su ausencia se había atrevido a subir. ¿Podría haber algo de utilidad allí arriba?

Ceony tragó con dificultad y subió las escaleras de dos en dos. Las últimas siete crujieron. Se preguntó si la puerta estaría cerrada, pero al alargar la mano y sujetarlo, el pomo giró sin apenas resistencia.

Le llegó el olor a polvo acumulado y a moho, y la temperatura era notablemente más baja que en el piso inferior. El tercer piso resultó ser una única habitación con un techo extraordinariamente alto del que colgaba una cuerda que abría una puerta orientada al cielo.

Ceony miró boquiabierto los dos artilugios que le reveló la luz matutina que se colaba por las ventanas sucias. Hinojo subió

saltando las escaleras detrás de ella.

El primero era un planeador gigante, del tipo que los niños hacían en sus pupitres y les lanzaban a las niñas que les gustaban cuando el profesor se daba la vuelta. El segundo tenía un aspecto muy similar al pájaro que Ceony sostenía entre las manos, aunque sin estar acabado.

Ambos artilugios eran tres veces más grandes que el automóvil que había llevado a Ceony a la casa pocas semanas atrás.

—Sí que está chiflado —susurró, andando hacia el planeador. Mostraba una fina capa de polvo en la cima y en los asideros cerca del morro. No había asientos en los que sentarse, ni cinturón que abrochase.

Seguramente el mago Thane no había volado en eso. ¡Nadie podía volar! Debía de ser un prototipo. No creía que a una persona le pudiera parecer tediosa la tarea de ir a comprar provisiones si podía cargarlas en algo así.

Lo estudió maravillada, incluyendo los asideros cerca del morro. Pues sí que debía volar o esa era su función lógica. Solo algo así le permitiría alcanzar a Lira. El mago Thane dependía de ella.

Por primera vez desde que se había decidido, Ceony se descubrió deseando una solución más aburrida.

Enderezando los hombros y apretando las manos en forma de puños, dijo:

—Vamos, Hinojo.

Rodeó la enorme ala del planeador. Con una mano ocupada con el pájaro verde y la otra sosteniendo el bolso, se subió al morro del planeador y se sentó a horcajadas. El grueso papel había sido firmemente reforzado y no se dobló bajo su peso.

«Gracias al cielo».

Ceony tiró de la cuerda que colgaba del techo. Le cayeron encima algunas hojas muertas con olor a rocío, que reprodujeron el reclamo de un pájaro.

Tomando aliento, Ceony se echó sobre su estómago y agarró los asideros del planeador. Solo podía rezar porque funcionara como

una animación; de otro modo, no sería capaz de dar con el hechizo adecuado a tiempo.

Al pájaro le ordenó:

—Llévame hasta Lira.

El pajarito batió las alas y salió volando por la entrada.

—Respira —pronunció hacia el planeador.

Este dio corcovos bajo ella como un toro salvaje. Ella chilló. Hinojo saltó sobre el planeador y gruñó.

Ceony se aferró a los asideros y los empujó hacia sí.

El planeador arqueó su morro puntiagudo hacia arriba y despegó, atravesando el agujero del tejado.

Capítulo 7

Ceony volaba verticalmente, directa al cielo, desde la casa de campo amarilla. Tenía los ojos fijos en el pajarito verde, que torció su camino bruscamente hacia el oeste.

Ceony, con los nudillos blancos de aferrar los asideros del planeador y con el brazo derecho cerrado firmemente en torno al cuello de Hinojo, trató de seguirlo. Se inclinó en el planeador y tiró del asidero derecho con más fuerza que del izquierdo, pero lo hizo con demasiada violencia, por lo que el aparato viró hacia el sur abruptamente, y luego hacia el norte, y después hacia el sudoeste. Obligándose a permanecer tranquila, incluso a medida que el planeador se elevaba más y más, Ceony guio el enorme artilugio adelante y atrás hasta que el morro apuntó a la distante mota verde que le servía de guía. El viento le hacía volar cada mechón de cabello naranja de la trenza.

Con la ayuda de corrientes y ráfagas de aire, el planeador volaba a mayor velocidad que el pájaro, así que Ceony tenía que hacerlo subir y bajar cuidadosamente cada pocos minutos. Tirar con ímpetu de los asideros provocaba que el planeador ascendiera, y empujarlo lo hacía descender, pero ir alternando entre los dos y alejar su cuerpo del papel parecía ralentizarlo bastante bien.

Cuando finalmente se tomó un momento para mirar alrededor, emitió un sonido entre la sorpresa y la perplejidad. Cualquier persona pensaría que una muchacha que había asistido al colegio

de magia número uno del país tendría que conocer obligatoriamente un encantamiento para elevarse lo bastante alto como para disfrutar de la vista de la que ahora gozaba; pero no era su caso. Nunca había visto Londres desde las alturas.

La ciudad se extendía ante ella en un diverso surtido de colores que eran menos vívidos cuanto más se elevaba. Adoptó la forma de un triángulo y Ceony habría jurado que podía ver la Torre de los Maestros de la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos más allá de una hilera de árboles que debía de formar parte del Parque Dulwich. Las calles, muchas abandonadas, se enroscaban por la ciudad como hábiles halcones. Vio Mill Squats, donde se había criado, que se componía sobre todo de edificios marrones demasiado comprimidos como para discernir su casa, y también divisó Steelworks Avenue, que conducía a la casa de *catering* que la había contratado como empleada antes del incidente que tuvo con uno de sus clientes más prestigiosos; algo que Ceony no lamentaba, pero sobre lo que no le gustaba pensar.

Los hogares, las tiendas, los árboles e incluso las chimeneas se volvían más y más pequeñas cada vez que miraba por encima del hombro. Qué necia había sido al pensar que el plegado era inútil. ¡Seguro que ningún fusionador podría volar como ella! El mago Thane debía patentar el planeador. Eso, por supuesto, si llegaba a tener la ocasión.

El pensamiento le despejó la mente. Ceony miró hacia adelante, avistando el pájaro verde. El mago Thane tendría la ocasión, estaba convencida. No obstante, debía admitir que una vez el pájaro la llevara a su destino, no estaba completamente segura de cómo procedería. Por suerte, las imágenes a sus pies, carreteras desviándose hacia densos bosques, cabañas de campo, ríos reptando por dentro y por fuera de las zonas de árboles y el viento cantándole sonoramente en los oídos le dificultaban la reflexión sobre las consecuencias de sus impulsivas acciones.

El pajarito seguía volando sin pausa; sus alitas jamás se cansaban, aunque en ocasiones una racha de viento desviaba la trayectoria del pobre animalito, que se veía obligado a batir las alas

sin descanso para retomar el rumbo. El sol matutino volvía el cielo de un color azul pálido y, después, de un azul cerúleo al alcanzar la cima. Hinojo resollaba suavemente bajo su brazo, afortunadamente sin retorcerse. Ceony sentía los dedos a punto de resquebrajarse en su mano y su estómago gruñía, pero no se atrevió a soltar los asideros ni un momento para descansar los dedos ni hacerse con la comida en el interior del pesado bolso.

Volaron hasta que Ceony percibió el olor del agua salada, y vio delante de ella una extensión azul enorme que pertenecía al Canal de la Mancha. A juzgar por la costa, el pájaro la había llevado hacia la orilla de la isla Foulness. Su nombre era apropiado dadas las circunstancias.

Se le revolvió el estómago y el color blanco de sus nudillos se intensificó al apretar los asideros con más fuerza. «Por favor, el océano no», pensó. No sabía si podría perseguir a Lira más allá de la costa. El océano era tan infinito, tan vasto... y no sabía nadar. Desde niña, Ceony no había entrado en aguas más profundas de lo que una bañera podía abarcar, y si dependía de ella nunca lo haría. Todavía recordaba el sabor de las algas en el interior del estanque de los Henderson y el silencio del agua.

Tragó con la garganta reseca y rezó.

Afortunadamente, el pajarito empezó a perder altura, la espuma del mar le manchaba las alas y lo ralentizaba. Ceony se encargó de que el planeador avanzara más rápido hasta situarse a su lado. Atreviéndose a soltar un asidero, atrapó al pájaro en el aire y trató de determinar cómo aterrizar sin romperse todos los huesos.

—Es aquí, ¿verdad? —gritó por encima del silbido del viento, la voz solo se le quebró una vez. El pájaro vibraba bajo ella.

Ceony trazó círculos con el planeador como una docena de veces, a cada bucle descendía más y más, buscando una zona alejada del agua.

—Supongo que no puedo ordenarte aterrizar, ¿no? —preguntó al planeador—. ¿Me llevas hasta el suelo con delicadeza?

El planeador pareció hacerle caso tal y como habían hecho los pájaros la noche anterior. Arqueó las alas hacia arriba y redujo la

altitud, haciendo que se le revolviere el estómago, pero la velocidad fue ralentizándose y planeó *casi* con suavidad hasta una porción de tierra cubierta de zarzas.

Los dedos de Ceony conservaron tozudamente sus dolorosas y encorvadas posturas, incluso cuando los despegó de los asideros. El planeador continuó deslizándose por el suelo y ella miró hacia los lados en busca de charcos para asegurarse de que su medio de transporte no se mojara.

—Detente —le ordenó, y el planeador se inclinó y se tambaleó hacia el lado izquierdo—. Detente —le pidió al pajarito, que también se quedó inmóvil.

Introdujo al ave en el enorme pliegue situado en el centro del cuerpo del planeador, confiando en procurarle tiempo para secarse del todo sin que el viento se lo llevara.

Sosteniendo a Hinojo en brazos, miró la costa rocosa y el paisaje bañado de tonos anaranjados debido al sol de poniente, que iluminaba una carretera dorada a través del mar como si lo considerara su terreno. Ceony echó una ojeada al lugar desconocido, lleno de rocas negras de todas las formas y tamaños, y totalmente libre de árboles. No había playas de arena en la costa, solo escarpados riscos formados por volcanes inactivos desde hacía tiempo. Un paso en falso y se ahogaría.

Tomó una profunda bocanada de aire y sacó de su bolso un pedazo de queso.

—Quédate en silencio, Hinojo —indicó mientras dejaba al perro en el suelo—. No te acerques a los charcos y avísame si algo huele a podrido.

Ceony mordisqueaba el queso a medida que caminaba hacia las rocas, en busca de un camino seguro para cruzarlas. Pensó que Lira era muy lista. Si Ceony fuera una delincuente también intentaría huir de Inglaterra lo antes posible tras haber perpetrado un acto tan atroz. Seguro que habría ido directa a la costa, donde sus cómplices la recogerían en barco. La manera más rápida de salir del país parecía ser por medio de un planeador de papel, pero dudaba seriamente que Lira poseyera uno.

Ceony extrajo del bolso la pistola Tatham y sostuvo su cañón de madera y metal contra su pecho con la boca apuntándole por encima del hombro. Vio un descenso entre dos peñascos grandes que no parecía demasiado escarpado y, con cuidado, fue bajando el camino. Hinojo lo olisqueó todo a su alrededor antes de empezar a seguirla. Cuando llegó abajo, pisando la roca sólida que se situaba mucho más cerca del agua, Ceony se alisó la falda y continuó avanzando. No necesitaba amortiguar las pisadas; las olas que rompían contra las rocas desde abajo enmascaraban su presencia, aunque hacían que las manos le temblaran. Se mantuvo cerca de los acantilados. El corazón se le aceleró y, mientras el aire del océano le enfriaba la piel, la sangre le latía caliente y sus entrañas se le tensaron como las cuerdas de una guitarra.

Una ráfaga de viento salado le sacudió los últimos mechones de pelo de la trenza y enseguida se los ató en la nuca antes de seguir bajando mientras las gotitas de agua de las olas le acariciaban la mejilla. Se esforzaba por interponerse entre ellas e Hinojo, que empezó a jadear con entusiasmo: a lo mejor había olido algo.

Un ruidoso lamento irregular dirigió su atención hacia el océano. Se dio la vuelta y apuntó con la pistola, pero no a una persona, sino a una gaviota apoyada en una roca que la miraba con ojos inyectados en sangre. En el cuello tenía el plumaje a medio mudar y también puntos de sutura. Trozos de piel seca y pálida le colgaban en tiras de la cara y de las patas, y la parte posterior del pico se le había partido por la mitad.

Ceony se quedó paralizada, aferrando la pistola entre las manos. Un pájaro muerto. Un pájaro muerto *viviente*. Obra de un extirpador.

La gaviota volvió a graznar y salió volando hacia el océano. El corazón de Ceony comenzó a latir de nuevo cuando la perdió de vista.

Los dientes le castañeteaban. Se dijo que era por el frío del océano.

¿De verdad podían los extirpadores revivir a los muertos? El pensamiento hizo que temblara por dentro y por fuera. ¿Pero por qué un pájaro? ¿Era un mensajero? No había visto ninguna nota

atada en sus patas destrozadas. Puede que ya hubiera entregado su mensaje, o que fuera alguna clase de espía. Ceony no sabía lo suficiente acerca de la extirpación como para estar segura. A lo mejor alguien intentaba ponerse en contacto con Lira. Alguien que pretendía ayudarla a escapar.

Empezó a sentir el queso que había comido pesado en el estómago. Ceony rodeó a Hinojo con los brazos y lo alejó del océano, más para sentirse mejor que otra cosa.

Reanudó la marcha a lo largo de la costa rocosa y continuó durante unos cuatrocientos metros antes de divisar la mitad de una oscura figura ovalada: alguna clase de caverna. Un sitio espléndido donde esconderse, sin duda. Aferrando a Hinojo y preparando la pistola, se cercó con lentitud.

Cuando alcanzó la caverna, el sol ya había ocultado un tercio de su majestuosidad en el horizonte. No había linternas ni antorchas que la iluminaran, pero no daba la impresión de ser demasiado profunda. Miró a su alrededor y no vio a nadie, por lo que se adentró en la cueva, manteniendo la espalda de cara a una de sus rugosas paredes.

Hinojo se retorció. Ella lo mandó callar. No necesitaba que un perro de papel le recordara el cerebro de necia que tenía.

El corazón le latía con violencia a medida que se acercaba al final de la cueva. Divisó un par de zapatos situados cerca de la pared de enfrente. Alguien más había estado allí recientemente, ya que los zapatos parecían bastante nuevos y limpios, aunque no eran los que Lira llevaba en la casa del mago Thane.

Pum pum... pum pum... Un corazón. Pero no era el de ella. No, aquel latía con mucha más lentitud que el suyo.

Ceony se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos en la tenue luz que se filtraba por la boca de la caverna. La base de la pared trasera sobresalía, creando una repisa irregular de alrededor de un metro de altura. Algo resplandecía en la cima de su rugosidad.

Jadeó. Allí, en una depresión poco profunda en mitad de la roca negra, brillaba un charco de sangre color vino que emitía un

resplandor dorado en torno a sus bordes. Latiendo pausadamente en el centro yacía el corazón del mago Thane, tal y como lo había visto en las manos de Lira.

Se le puso la piel de gallina a medida que se aproximaba. El corazón del mago Thane.

Lo había encontrado. Lo había encontrado con demasiada facilidad.

Hinojo resolló y saltó de los brazos de Ceony justo cuando ella se giraba, aferrando la pistola con ambas manos. Allí, a pocos pasos de la boca de la cueva, se encontraba Lira.

Tenía el mismo aspecto que en el comedor del mago Thane, aunque sus pantalones se habían rasgado por encima de la rodilla izquierda y la humedad provocaba que su cabello cayese lacio. Sus ojos oscuros se estrecharon debajo de hileras de largas pestañas, muy distintas de las rubias que poseía Ceony. Le otorgaban un aspecto amenazador y hermoso. No podía ser mayor que el mago Thane; no mucho mayor que la propia Ceony.

—Pensé que te había golpeado lo bastante fuerte —comentó. Sus ojos bajaron a la pistola durante un breve instante. Lira no llevaba pistola, por lo menos que Ceony pudiera ver, tan solo varios viales de sangre sujetos con una correa a un lado de su cinturón de cuero, y una daga grande atada al otro—. Pero parece que mi generosidad al dejarte vivir se ha vuelto contra mí.

Sonrió como si hubiera contado un chiste.

—Lira, ¿no es así? —preguntó Ceony, apuntando con la pistola en su dirección. Confiaba en que la mujer no se percatara de cómo le temblaban las manos—. Me llevo eso de vuelta. Si no interfieres, no te dispararé.

Dispararle. Ceony jamás había disparado contra una persona real en su vida, únicamente sobre blancos.

Lira dio un paso adelante. A Ceony le sudaban las manos. Lira, sonriendo con suficiencia, preguntó:

—¿Sabes acaso cómo usar eso?

Apretando los dientes, la apuntó bien con la pistola y echó hacia atrás el percutor. Nunca había podido permitirse las balas

encantadas que siempre alcanzaban su objetivo, pero de todos modos, se enorgullecía de su puntería.

La extirpadora dio otro paso adelante y se detuvo. Deslizó un vial de sangre de su cinturón. Ceony se esforzó por mantener la pistola firme. El corazón del mago Thane latía con fuerza detrás de ella, ¿o se trataba de su propio pulso?

—Suéltalo —ordenó. Carraspeando, insistió—: Si no lo sueltas, dispararé contra ti, te juro que lo haré. Me voy a llevar ese corazón conmigo.

Las facciones de Lira se fueron transformando hasta fruncir el ceño de manera tan gradual que Ceony apenas notó el cambio.

—No voy a dejar que una zanahoria como tú se lleve lo que me pertenece por derecho.

Con la uña del pulgar, destapó el vial y derramó la sangre en su palma. Volvió a dar otro paso adelante.

Ceony dio un paso atrás.

—¡Te mataré! —vociferó.

Lira empezó a recitar algo en una lengua extraña con tono monótono. Ceony no comprendía nada: los encantamientos eran demasiado distintos de los materiales que había estudiado. La mano de Lira empezó a resplandecer, dorada. Dio otro paso adelante.

Ceony abrió fuego.

La pistola dio un brusco retroceso en las manos de Ceony y el ruido del disparo llenó la caverna y le dolió en los oídos. El hedor a pólvora le explotó en la nariz y se le deslizó hasta la boca. Hinojo gimoteaba en sus tobillos.

Los ojos de Lira se agrandaron mientras un líquido, oscuro como los pétalos secos de una rosa, le empezaba a emanar del pecho. Gruñó y cayó sobre una rodilla mientras la mano le seguía resplandeciendo. Sus labios murmuraron algo con voz tan baja que Ceony no pudo oírlo.

Ella bajó la pistola. Sus ojos parecían listos para salirse de las cuencas. La boca se le secó y las manos se le volvieron frías. Los pensamientos la abandonaron y se pusieron a girar por encima de

su cabeza, para regresar justo cuando Lira se apretaba la palma brillante contra la herida del pecho.

La extraña luz giró en espiral bajo su mano durante menos de dos segundos antes de lanzar un destello y desvanecerse. Lira tomó una profunda bocanada de aire y se enderezó, después crujió el cuello una vez hacia la izquierda y otra hacia la derecha. Dejó caer algo pequeño y metálico de su mano, que tintineó contra el suelo de la caverna.

Una bala.

A Ceony casi se le cae la pistola. ¿Se había... Lira se había curado a sí misma?

La cabeza le daba vueltas. La extirpación consistía en el poder sobre la carne. Lira dio un paso adelante, parecía ilesa excepto por la mancha en su camisa oscura. Ceony solo tenía una bala. Solo una, y yacía sobre la piedra oscura detrás de Lira.

Ella había comenzado el hechizo de curación antes de que Ceony disparase. Lira había *deseado* que malgastara su disparo. El miedo la había conducido directamente a la trampa de la extirpadora.

Y ahora lo único que le quedaba a Ceony era un bolso lleno de papel, el material más inofensivo que un mago podía blandir. Hasta la goma le habría resultado de más utilidad en ese momento.

—Se acabaron los juegos —rugió Lira, dando otro paso, y después otro.

Ceony retrocedió, la pistola se le resbalaba de entre los dedos sudados.

Golpeó con la espalda la repisa de piedra y con el codo tocó el corazón del mago Thane.

La caverna empezó a dar vueltas ante ella y Ceony se sintió caer; un silbido repentino la rodeó. Dejó de ver los rayos de luz que entraban en la caverna y colisionó contra algo cálido y firme. Un ensordecedor *PUM pum pum* se reprodujo en torno a ella.

—Oh, la pesadilla de los novatos —canturreó la voz grave de Lira, haciendo eco entre las paredes invisibles.

Ella rompió el eco con una risotada atroz que agitó todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Ceony.

—Ahora tengo a Emery y a su mocosa.

Capítulo 8

Un tamborileo constante de tres golpes rodeaba a Ceony, vibrando en el propio suelo. Cuando consiguió enfocar la vista, vio una habitación de color rojo carmesí con las paredes más inclinadas que rectas. La que se encontraba a su derecha era cóncava y la que se situaba a su izquierda, convexa. Ni siquiera el suelo era llano. Veía gracias a una tenue iluminación, pero no llegó a divisar velas, ni linternas, ni siquiera un cable de electricidad. El calor de la habitación era abrumador y al tratar de ponerse en pie tropezó, el constante *pum pum pum* sacudía sus temblorosas piernas.

Hinojo ladró junto a ella: por lo visto, la trampa de Lira, fuera lo que fuese, lo había atrapado también.

Ceony distinguió un río estrecho de lo que parecía ser sangre, que fluía entre la pared y el suelo a su derecha, y jadeó. Ya había visto algo similar a esa habitación, la diferencia residía en que aquello había sido muy pequeño y yacía sobre una mesa de metal encantada para permanecer frío. Lo había visto tras extraerlo de una rana muerta.

Aquel era el corazón del mago Thane, y Ceony se encontraba en su interior.

Pum pum pum. Pum pum pum. La joven no podía discernir si estaba oyendo las paredes pulsantes o su propio pecho. Respiró

pesada y profundamente, y se dio la vuelta, examinando la extraña cámara, con la sensación de que su cuerpo no podía obtener aire suficiente.

Percibió algo oscuro por el rabillo del ojo y se giró para ver a Lira, quien sostenía la pistola Tatham en las manos como un juguete de niños. Deslizó el agujero del gatillo por el dedo índice y se puso a girar el arma alrededor del el nudillo.

Hinojo gruñó con un bufido suave de papel y Ceony lo cogió en brazos, intentando no mostrar lo aterrorizada que se sentía. Los músculos de las piernas se le habían convertido en carámbanos.

Lira sonrió.

—Emery se rodea de idiotas. La trampa del corazón solo era un plan de apoyo. Un sitio en el que podría meterte para que no pudieras huir.

Detuvo la pistola y la sujetó en la mano derecha, dando la impresión de que podría aplastarla.

—¿De verdad creías que me podrías vencer con *esto*?

Ceony la miraba boquiabierta. Temblaba. Debía huir. No podía enfrentarse a Lira, no así. No estaba preparada. No sabía nada de las artes oscuras, ni qué esperar ni cómo combatir las. ¡No lo había sopesado bien en absoluto!

Dio un paso atrás y Lira dos al frente. El sudor cubría la espalda de Ceony, adhiriéndole la camisa a la piel. Ella retrocedió otro paso...

... y toda la cámara cambió a su alrededor.

Casi dejó caer a Hinojo cuando las paredes rojas y carnosas se transformaron en un cielo azul moteado con unas pocas nubes, los riachuelos sangrientos se convirtieron en explanadas de exuberante hierba verde. El distante latido del corazón del mago Thane disminuyó hasta convertirse en un eco suave. Ceony captaba un aroma a trébol y hojas calentadas por el sol, sintió una cálida brisa veraniega en la cara. Unos cuantos árboles frondosos de ramas gruesas se alzaban a poca distancia de ella, de uno colgaba una pajarera de color ocre oscuro en la segunda rama más baja. Numerosas cajas grises ocupaban el espacio entre los árboles y

ella. Todas eran de un metro o metro y medio de altura, y parecían elaboradas con cajas más pequeñas y desgastadas.

La mirada de Ceony iba de un lado para otro, el miedo y la confusión se apoderaban de sus pensamientos. Se secó las manos en la falda.

Una risa le acarició los oídos.

Giró sobre sus talones y vio a cuatro niños ante ella, portando en sus cabezas sombreros de lona de ala ancha con redes estrechamente tejidas que les cubrían los rostros y el cuello, y unos guantes largos que les pasaban de los codos. Parecían tener entre tres y doce años, o eso supuso Ceony.

Hinojo se retorció en su brazo y saltó a la hierba, apresurándose para unirse a los niños. Corría muy rápido para tener patas de cartulina.

Una abeja redonda zumbaba cerca de ella e instintivamente batió la mano para alejarla. No fue hasta ese momento que advirtió las motitas que zumbaban alrededor de todas las cajas grises, arremolinándose y agitándose como nubes silbantes.

Los labios de Ceony se abrieron de sorpresa. ¿Era una granja de abejas?

¿En mitad del corazón del mago Thane?

Un hombre alto de constitución ancha se aproximó a una de las cajas que zumbaban detrás de los niños. Llevaba una lona que le cubría todo el cuerpo metida en sus zapatos y cerrada mediante un cordel bajo su barbilla. A Ceony le costaba verle la cara a través de la redecilla a modo de velo que le colgaba del sombrero, sobre todo cuando las abejas comenzaron trepar por él.

Ceony se frotó los ojos para asegurarse de que lo que veía era real y entonces dio un paso adelante y se dirigió al hombre ataviado con la lona.

—¡Disculpe! —gritó, pero el hombre no se dio la vuelta, ni siquiera cuando volvió a repetir la llamada.

El niño mayor trazó un círculo corriendo alrededor de ella, pero sus ojos no la veían, solo miraban *a través* de ella. No advertía su presencia. Ninguno de ellos lo hacía.

Y Lira... ¿Dónde estaba Lira? Ceony caminó rodeando las cajas de abejas, buscándola mientras los insectos la ignoraban con la misma facilidad que los humanos. Oteó la zona que iba más allá de los árboles, en donde había unas ondulantes colinas, pero no halló rastro de la extirpadora.

Extrajo una hoja de papel blanca de su bolso y la sostuvo entre ambas manos. Le hacía sentir más segura.

—¡Te toca! —gritó una niña de unos ocho años, dos coletas color caoba se asomaban bajo la redecilla de su cara.

La niña se alejó corriendo del niño mayor, riendo incluso mientras las abejas de media docena de cajas se arremolinaban.

—¡No toquéis las colmenas! —exclamó el adulto al tiempo que rozaba con el pie su caja de abejas.

Poseía una voz grave y fuerte, profunda y dura. Extrajo una bandeja de la parte posterior de la caja y Ceony quedó maravillada ante el grueso panal ámbar adherido a ella. El hombre la llevó hasta una carretilla, mientras las abejas reptaban por sus brazos protegidos, y raspó miel encima de un cubo alto. A Ceony se le hizo la boca agua, pero aun así seguía preguntándose: «¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Y, más importante: «¿Dónde está este sitio?».

Seguramente, el hechizo de Lira no la había hecho desaparecer. ¿Por qué una practicante de las artes prohibidas iba a transportar a Ceony a una remota —y bastante alegre— granja de abejas?

Hinojo se alzó sobre sus patas traseras para intentar ver mejor a una abeja particularmente grande que volaba por encima de su cabeza. Otra abeja zumbaba cerca de Ceony, pero no llegó a posarse en ella, ni intentó picarla. O si lo hizo, ella no se enteró.

—Emery, ¿me traes esa cuchara? —gritó el hombre, señalando hacia una larga cuchara de metal en la hierba.

El nombre hizo que los ojos de Ceony se desviaran al segundo niño más pequeño, de tal vez unos seis años, corriendo entre las colmenas en dirección a la cuchara. Todavía aferrando el papel, Ceony se dirigió hacia él y se fijó bien en la pálida red que le cubría la cara. El niño no reparó en ella, ni siquiera cuando se agachó

delante de él. Vio porciones irregulares de cabello negro asomándose por debajo de su sombrero, y también sus brillantes ojos verdes.

—Mago Thane —susurró ella. Los ojos lo delataban.

El niño la traspasó como a un fantasma y entregó la cuchara al hombre que Ceony supuso que debía de ser su padre. El hombre dio palmaditas en la cabeza al mago Thane, a Emery, y el niño sonrió ampliamente antes de volver a jugar con sus hermanos, esquivando las cajas con tal precisión que daba la impresión de que podría hacerlo con los ojos vendados.

«La familia del mago Thane», pensó Ceony. ¿Pero por qué veía aquellos recuerdos?

¿No había dicho que era hijo único?

—¡Mago Thane! —lo llamó, pero al hacerlo divisó una sombra más allá de las colmenas, en donde el suelo cubierto de hierba se hundía para formar una colina y había un columpio con una rueda que colgaba de un árbol. Unos mechones de cabello oscuro se sacudían con la brisa.

Lira.

La respiración se le cortó en la garganta. Los dedos se le volvieron fríos, pero logró chascarlos para llamar a Hinojo. El perro la siguió mientras corría en la otra dirección, alejándose de la extirpadora y de las abejas, y también del pequeño Emery Thane. Lo único que podía hacer en ese momento era correr... y hallar un modo de derrotar a una extirpadora a la que no se podía matar.

El paisaje se torció, se oscureció, y Ceony se vio atacada por un estruendoso aplauso que casi la hace saltar de su propia piel.

Hinojo ladraba a sus pies mientras hileras e hileras de hombres y mujeres que Ceony no conocía aplaudían a su alrededor en el auditorio de lo que parecía ser el Royal Albert Hall, al oeste de Londres. Alfombras de color escarlata cubrían los pasillos, y lámparas de araña llenas de velas, en vez de bombillas eléctricas, pendían apagadas por encima de ellos. Se dio la vuelta y sus ojos se posaron en una mujer fornida ataviada con un abrigo de piel que

aplaudía en una silla cercana. Al aproximarse a la mujer, Ceony preguntó por encima del ruido:

—¿Qué sucede? —La mujer no respondió. No la miró. Había vuelto a convertirse en un fantasma, aunque la visión que se desarrollaba en torno a ella se le antojaba mucho más fantasmal que ella misma.

Ceony miró detrás de ella, pero no divisó a Lira por ningún sitio. Tomó una profunda bocanada de aire, aliviada. El aplauso se fue apagando y Ceony se acuclilló en el pasillo que había entre los asientos para plegar un pájaro de papel.

—Y el mago Emery Thane, plegador, Distrito Catorce —resonó una voz por detrás de ella.

Ceony pestañeó de cara al escenario enmarcado por cortinas de seda. Un hombre que parecía una versión más joven de Tagis Praff con bigote se situaba al lado izquierdo del escenario, detrás de un amplio podio con el sello de los magos pintado en la parte frontal. Daba sonoras palmadas, y el público seguía su ejemplo.

Una fila de once sillas estaba dispuesta en el escenario, junto al podio. Todas estaban vacías salvo por una en la que había un hombre joven con el uniforme de vestir blanco de los magos, cuyo cuello alto y botones de oro le procuraban el toque final. A Ceony se le paralizaron las manos en mitad de un plegado mientras el mago Emery Thane, poco mayor de lo que era ella, cruzaba el escenario para aceptar su placa de mago: la misma que colgaba en su estudio.

Ceony se ruborizó. Era verdad que ese uniforme le quedaba de maravilla, le iba mucho más ceñido por los hombros que aquel horrible abrigo azul oscuro. Se le estrechaba en las caderas y las rayas de los pantalones lo hacían parecer más alto. Más alto que Tagis Praff, al menos. Ceony apenas reconocía al mago Thane, especialmente con el cabello lo bastante corto como para ocultar sus ondulaciones. Era suficiente para hacerle olvidar a Lira. Por un instante, al menos.

Hinojo olisqueó el pájaro a medio formar entre los dedos de Ceony, que se sentó en el pasillo, observando al recién nombrado

mago Thane darle un apretón de manos enguantadas a Tagis Praff.

—Estoy en su corazón —le dijo a Hinojo—. No llegué a salir de él, así que esto debe de ser parte de él. Estoy *viendo* su corazón, pero... ¿cómo voy a salir? ¡No puedo ayudarlo desde aquí!

Sin embargo, el cómo iba a salvar la vida del mago no era su único problema. Volvió a mirar por encima de su hombro, pero Lira no la había seguido hasta allí. Aquello no la hacía sentir más segura. «Si no consigo salir, también moriré».

Tagis Praff empezó a ofrecer un discurso en voz muy alta sobre el podio, pero Ceony se obligó a centrarse en el pájaro y en terminar de plegar su cabeza, cola y alas. ¿Para qué iba a usarlo? Aún no lo sabía, pero los pájaros eran de las pocas cosas que sabía confeccionar. Lo que habría dado por ser una fusionadora en ese momento, por poseer una pistola con balas encantadas que nunca fallaban su objetivo. Tendría alguna oportunidad contra Lira si dispusiera de algo así.

Ceony introdujo el pájaro blanco en su bolso y recorrió deprisa el resto del pasillo en dirección al escenario. El mago Thane empezó a descender las escaleras junto al podio. Ceony corría tratando de llegar a él ante unos espectadores que no la veían. Tenía que intentarlo.

—¡Mago Thane! —lo llamó, pero no se giró hacia ella.

Ceony se apresuró a llegar hasta él e intentó agarrarlo del brazo, pero solo lo atravesó como un fantasma. Él tomó asiento en la segunda fila, al lado de otros magos de materiales ataviados con sus uniformes correspondientes.

Ceony intentó agarrarlo una vez más, por el hombro, pero no sirvió de nada.

—Mago Thane, ¿puede oírme? —preguntó, agitando una mano delante de su rostro—. ¿Cómo salgo de aquí?

El joven mago de papel apoyó la mejilla en su puño, repentinamente aburrido con la procesión en su honor.

Ceony apretó los labios como la maga Aviosky. Entonces cruzó a toda prisa el pasillo escarlata hacia las puertas que conducían al exterior del auditorio, con Hinojo a sus pies.

El grito de una mujer la envolvió en cuanto las atravesó.

El ruido sobresaltó tanto a Ceony que cayó hacia atrás, pero no aterrizó junto a las puertas o en el auditorio. En cambio, se golpeó el trasero contra un suelo de tablas de madera vieja, no contra las baldosas de mármol del Royal Albert Hall. Un dolor de huesos apagado le subió por la espalda.

—Respira, Letta: inspira, espira —indicaba una comadrona de uniforme a una joven mujer que se encontraba tumbada en el suelo en una habitación escasamente amueblada: era quien gritaba.

La mujer, cuya barriga estaba abultada por el embarazo, resoplaba con los dientes apretados. Se apoyaba sobre los codos. Estaba rodeada de toallas. Un cuenco de hojalata lleno de agua con sangre se situaba cerca de sus tobillos. El cabello rubio se le adhería a la frente con el sudor. Fuera, la lluvia golpeaba contra las ventanas, y el destello de un rayo dejó en vergüenza a unas velas casi extinguidas. Unos truenos sacudieron la casa tres segundos después, y el *staccato* que producían las gotas de lluvia golpeando el techo ahogaba el sonido distante del corazón del mago.

—¡Thane! —clamó Ceony, avistando a su profesor arrodillado junto a las piernas de la mujer embarazada con las mangas remangadas casi hasta los hombros. Parecía mayor, más como lo había conocido. Tenía la frente arrugada en un gesto de determinación. Sus ojos verdes brillaban con esperanza.

—Ya está —dijo él—. Presiona. ¡Vuelve a empujar!

La mujer soltó un grito, sus uñas arañaban el suelo.

Ceony permaneció quieta, con los ojos clavados en la mujer que daba a luz. ¿Estaba emparentada con el mago Thane?

Ceony gateó hasta llegar al lado del mago Thane y agitó una mano ante su rostro, pero, una vez más, no la veía. Aunque esa visión hubiera sido real, no la habría visto. Su atención estaba únicamente centrada en el parto que tenía delante.

Pero el tiempo apremiaba.

—¡Tiene que ayudarme! —gritó Ceony por encima de la lluvia—. ¡Estoy atrapada en su corazón! ¿Cómo consigo salir?

Igual que en las dos visiones previas, no la oía, ni la mujer, ni tampoco la comadrona.

La mujer descansó tumbada sobre los omóplatos un instante, tomando aire mientras la comadrona le daba toquecitos en la frente con un paño húmedo. Ahí es cuando Ceony advirtió la cadena que rodeaba el estómago de la mujer, idéntica a la que el Emery Thane real, el del presente, llevaba alrededor del pecho: un hechizo de salud. ¿Cómo lo había llamado? Una cadena de vitalidad.

Hinojo se sentó sobre sus patas traseras y gimoteó.

Ceony se agachó y acarició la nuca del perro. ¿Dónde estaba el médico? ¿Por qué se encontraba allí el mago Thane, asistiendo en el parto de ese bebé? ¡Los plegadores no eran expertos en alumbramientos! Ceony advirtió finalmente la humedad en la camisa del mago Thane: no era sudor, sino lluvia. Le goteaba del cabello. La tormenta... él debía de haber sido el único que había estado cerca, a excepción de la comadrona. Un médico no podría viajar con aquel tiempo, no con la lluvia encharcando las carreteras. El mago Thane debía de ser la ayuda más cercana y la comadrona parecía confiar en él.

La parturienta soltó un jadeo, y Ceony contempló boquiabierta la escena en la que el mago Thane sacaba un bebé diminuto de entre las piernas de ella, con la piel morada y cubierto de sangre. Un niño calvo que no paraba de retorcerse, de profundos ojos azules. El bebé empezó a llorar de forma saludable y dio pataditas débiles al cordón umbilical que aún lo conectaba a la madre.

El mago Thane rio, acunando al bebé entre sus brazos mientras la comadrona se daba prisa en hacerse con unas tijeras y una esponja húmeda.

—Es un niño, señora Tork. Es un niño. Felicidades.

La mujer, cuya cara estaba surcada en lágrimas y sudor, rio y extendió los brazos. La comadrona cortó y ató el cordón umbilical del bebé, y luego lo colocó cuidadosamente sobre el pecho de la madre.

El mago Thane relajó los hombros y apoyó las manos manchadas en el suelo para mantenerse erguido. Parecía agotado

y débil, pero rio, con los ojos resplandecientes de felicidad. Ceony lo contempló maravillada.

—¿Son estos sus logros? —preguntó Ceony al mago sordo, que no era más que un recuerdo—. ¿Sus momentos felices? ¿Sus buenas acciones?

Ceony se alejó de él y se obligó a regresar al presente —al de ella, al menos— y apretó la palma contra su propio corazón, sintiendo su ritmo acelerado. Quería saber más, quería encajar las pequeñas piezas que formaban el mosaico del hombre que conocía, pero tenía que centrarse en salir. ¿Dónde terminarían las visiones?

Un rayo resplandeció y Ceony advirtió la silueta de Lira al otro lado de la ventana. El miedo, como una lanza helada, la atravesó. ¿Al final Lira sí que había logrado seguirla desde la ceremonia de graduación?

Obligando a sus músculos rígidos a moverse, ella e Hinojo se apresuraron hasta la puerta más cercana. Ceony agarró el pomo de latón desgastado y lo giró con fuerza.

Se precipitó al otro lado, un tornado de carbón y azul marino se arremolinó ante sus ojos. Hinojo ladró. Ceony se tambaleó con el efecto de los colores giratorios, que se oscurecieron y asentaron en una nueva visión de Thane dentro de un despacho que no se parecía al estudio de su casa de campo. Estaba sentado ante un escritorio con una montaña de papeles en la mano. Su aspecto era similar al del Emery Thane que había ayudado a dar a luz a un bebé hacía un instante. El sol de la tarde y la luz de una única lámpara de queroseno iluminaban sus facciones.

—Terminado —comentó con un suspiro. No para Ceony, claro, sino para sí mismo.

Ya había oído al mago de papel murmurar para sí mismo antes, generalmente al otro lado de la puerta cerrada de su despacho.

Se asomó por encima del hombro de él para leer la frase: *Una percepción opuesta de la animación de papel*. Estaba garabateada en la hoja de papel que tenía delante. Un libro. ¡El mago Thane había escrito un libro! Y uno que encima era ridículamente grueso... Se preguntó por qué todavía no la habría instado a leerlo.

—Todo es lo mismo —le dijo ella, aunque sabía que la visión de su profesor no cambiaría ante el sonido de su voz—. Todo son cosas buenas, momentos felices. Estoy en la parte más cálida de su corazón, ¿verdad?

La mente de Ceony voló a la clase de biología de su instituto de secundaria, impartida por el señor Cooper, la misma clase en la que había diseccionado aquella pobre rana. Los deberes que le habían encargado y que había entregado el once de febrero se le dibujaron en la mente con tanta claridad como si los hubiera finalizado el día anterior.

—Cuatro cámaras —susurró. ¿En su libro de anatomía no ponía algo similar?—. El corazón posee cuatro cámaras. ¿Podría encontrarme en la primera?

El mago Thane se estiró en la silla con los brazos por encima de la cabeza, la espalda le crujió dos veces y el cuello, tres. Se puso en pie, cogió el manuscrito y atravesó a Ceony de camino a la puerta.

—¿Es eso? —gritó Ceony detrás de él, y extrajo otra pieza de papel para plegar un pez amarillo. Un pez requería menos pliegues que un pájaro, y lo terminó en la mitad de tiempo. Hinojo presionó las patas contra un lado del escritorio y lo olisqueó—. ¿Es esa la respuesta? ¿Si llego al final de su corazón, hallaré la salida?

Añadió el pez a su arsenal y siguió los pasos de Thane al cruzar la puerta.

Se descubrió en una colina cubierta de hierba dorada y flores silvestres: las mismas flores que Ceony había encontrado prensadas en la habitación de Thane. Un viento cálido susurraba entre ellas, portando el aroma a madreSelva y guisantes. El aroma del verano. Un enorme sol se hundía lentamente en su cama al oeste, sobre un horizonte moteado de árboles oscuros. Una luz magenta y violeta inundaba el cielo y por encima de un follaje de árboles en la base de las colinas que había frente a ella se encontraba North Downs, a casi un día de camino al sur de Londres. Había hecho senderismo por la zona con su padre unos años atrás, pero nunca había visto aquella colina. Habría recordado un sitio tan... reverente. Tan hermoso.

Se dio la vuelta, asimilando el paisaje, y descubrió a Thane por encima de ella. Descansaba bajo un viejo ciruelo de gruesas ramas y hojas de un granate intenso. Estaba tumbado de costado, sobre una colcha de parches azul y amarilla, hablando en voz baja con una mujer a su lado.

Ceony chilló ante la imagen de Lira, pero había algo distinto en ella. Era más joven, ambos lo eran, y su cabello era más claro, no tan largo. Llevaba parte del pelo recogido con una horquilla de plata y el resto le caía en bucles sobre los hombros. En lugar de pantalones negros, llevaba un modesto vestido veraniego blanco que le llegaba a los tobillos y no tenía mangas. Un medallón grande de oro le colgaba del cuello. La cadena parecía tan delicada que Ceony temía que la brisa partiera sus eslabones.

Al igual que Thane anteriormente, aquella Lira no parecía verla.

Ceony los observó atentamente, y algo frío y doloroso le perforó el corazón. Se recordó que aquel era otro recuerdo, otra pieza de bondad guardada en la primera cámara del corazón de Thane.

—Lira —susurró ella.

Subió la colina dando zancadas hasta obtener una imagen clara del rostro de Thane, de sus brillantes ojos que casi parecían color avellana bajo la sombra del ciruelo. Esos ojos... Ceony vio amor en sus ojos. Adoración. Felicidad. Serenidad.

Él la amaba.

Hinojo tocó con las patas la pierna de Ceony, pero ella no se movió.

El mago Thane... ¿enamorado de *Lira*?

Sintió ácido en su estómago y se lo frotó con la palma de la mano. Fueran visiones o no, era muy agobiante estar entre las paredes de aquel corazón. Estaba empezando a sentirse enferma.

Ceony estudió al mago, tratando de adivinar su edad. Quizás veinticuatro o veinticinco años. Al menos, hacía unos cuantos años de eso. Aquello la hizo sentir mejor de algún modo, pero cuanto más observaba a la feliz pareja, más enferma se ponía. Como si el cuerpo se le marchitara alrededor de los huesos.

Sacudiendo la cabeza, Ceony apartó los ojos y se masajeó las sienes para que su cerebro recuperara el sentido. Necesitaba concentrarse. Ser objetiva.

Dejó escapar una gran bocanada de aire.

—Vale. ¿Por qué la mujer a la que Thane ama lo deja morir? — se preguntó en voz alta—. Si ya posee el corazón de Thane, ¿por qué necesita robarlo?

Cuando se alejaba de la alegre pareja, sus pasos pasaron de estar amortiguados por la hierba, a sonar huecos. Al echar unos pasos atrás, distinguió bisagras entre las flores silvestres, además de un viejo pomo de latón deslustrado en el medio. Ceony estiró la mano para asir el pomo y abrió la puertecita de un tirón.

Los colores de la puesta de sol, las flores silvestres y el ciruelo giraban en torno a ella del mismo modo que el viejo despacho, aturdiéndola. La sensación desapareció rápidamente y Ceony se descubrió mirando directamente a los ojos de Thane. Desprendían esa misma expresión de adoración, y vestía su uniforme blanco de mago recién planchado, con una rosa color rosa prendida en la parte izquierda del pecho.

Ceony se sonrojó tanto que las mejillas le ardieron. Pestañeó y se encontró de pie en otro sitio de la misma visión, al lado de las sillas dispuestas cerca de un riachuelo y un puente, en un parque lleno de cerezos, sus flores rojizas eran atrapadas por el viento y llenaban la atmósfera de nieve rojiza. Los grillos cantaban suavemente en las zonas de hierba alta que las personas de mantenimiento se habían olvidado de cortar. Tiras de gasas blancas y amarillas alineaban los pasillos entre las sillas y un amplio arco de madera ocultaba al mago Thane, a un hombre con una túnica de color amarillo oscuro y a Lira.

Lira se encontraba ahora donde Ceony había estado antes, ataviada con un vestido blanco salpicado de cuentas con una larga cola y un velo corto enganchado en su hermoso cabello con una peineta dorada adornada con perlas. El traje de boda tenía mangas cortas y transparentes, y un escote que revelaba un abundante

pecho, mucho mayor que el de la propia Ceony, algo que advirtió con un poco de desazón.

El corazón de Ceony golpeaba de manera dolorosa contra sus costillas mientras el pastor leía algo de un libro encuadernado en cuero para llevar a cabo la ceremonia. Así que Lira había sido su mujer.

Lo había sido. Aquel libro de himnos en su cuarto ahora cobraba sentido.

Ceony se frotó la nuca en un intento de sofocar el calor que le estaba subiendo por la espalda. Ese modo en que Thane la había mirado hacía unos instantes...

El pulso le tamborileaba contra los oídos.

Pero no había sido ella. Miraba a Lira. Una Lira más joven. Una Lira distinta.

Ceony giró sobre sus talones, casi esperando que la extirpadora, la mujer de Thane, apareciera detrás de ella en cualquier momento, pero lo único que vio fueron los felices invitados de la boda, entre los que se encontraban aquel apicultor y su mujer. Hombres y mujeres que Ceony no conocía. Los recuerdos cambiaban tan rápido que quizás Lira no fuera capaz de mantener el ritmo. O puede que no quisiera estar allí. Ella tampoco quería.

Ceony se pellizcó. Necesitaba mantenerse alerta. El mago Hughes había dicho que un extirpador podía invocar la magia a través del cuerpo de otra persona con tocarla una vez, lo que significaba que a Lira no le costaría mucho destruirla si llegaba a alcanzarla. Que la tocara era una ventaja que Ceony no quería proporcionar a la perturbada mujer que la perseguía en el interior de un corazón robado.

Tenía que dar con la siguiente cámara.

Huyó de la boda con Hinojo a su lado, sin molestarse en echar otro vistazo a la ceremonia. Había algo allí que... le molestaba. Pétalos de cerezo rosáceos resplandecían en su camino, impregnando el aire de su aroma sutil y embriagador. El canto de los grillos le llegó amortiguado a los oídos.

Los cerezos se espesaron y Ceony se vio en medio de un bosquecillo, demasiado tupido como para cruzarlo salvo por una valla de hierro forjado apretada entre dos de los más pequeños. Abrió la estrecha portezuela de un empujón y corrió hasta que el suelo se volvió firme y una pared cubierta de libros la disuadió de seguir corriendo. Un callejón sin salida.

Ceony se hallaba en mitad de una biblioteca.

Era semejante a la que el mago Thane tenía en la actualidad, aunque más pequeña y con más ventanas, además de otra mesa sobre la que se encorbaba un Emery Thane más joven que el que se había casado hacía unos instantes. Llevaba el cabello oscuro corto y se había arremangado la camisa hasta los codos.

Pilas perfectas de papel blanco y ahuesado de distinto grosor cubrían la superficie de la mesa. Un montón de papeles a medio plegar y un poco arrugados constituían una montaña de tamaño considerable en el suelo, y junto a esta había un maniquí de costura de segunda mano rodeado de docenas de papeles doblados y plegados para formar una caja torácica en el torso, un cuello entre los hombros y una columna vertebral en la espalda. Ceony reconoció la estructura como la de Jonto, debía de estar presenciando su proceso de elaboración, o parte de este.

—Ya ha llegado el cartón —pronunció una voz desconocida desde el pasillo—. Era el mensajero, que acaba de dejarlo aquí.

Ceony desvió la atención de Thane y de su proyecto esquelético al hombre que se adentraba en la biblioteca. Cargaba con dos cajas enormes de papel que daban la impresión de ser tan pesadas que Ceony dudaba que ella misma pudiera levantar una sola sin desgarrarse algún músculo.

Y, no obstante, las cajas parecían casi pequeñas en brazos de aquel hombre, cuyo rostro aniñado solo aparentaba algún año más que Ceony. Debía de medir casi dos metros de altura y era lo bastante ancho como para que estuviera segura de que tres como ella habrían cabido dentro de él. Todo en aquel hombre era grande. Grandes hombros, gran estómago, grandes manos. Cada una de

sus pantorrillas parecía un jamón de los que se comían en las fiestas.

—Excelente, Langston —dijo Thane, alzando la mirada de su trabajo tan solo medio segundo. Ceony no podía adivinar en qué estaba trabajando. Parecía un rollo doblado en forma de media luna, aproximadamente del tamaño de su mano. Por suerte, las siguientes palabras de Thane respondieron a la pregunta no formulada—. Me gustaría tratar de unir papel grueso y fino para esto: grueso para las articulaciones de la mandíbula y la barbilla, fino entre medias. Puede que eso funcione.

—Es posible —replicó Langston, con una pronunciación lenta que llevó a Ceony a sospechar que no se había criado en Inglaterra—. Estoy seguro de que pronto lo solucionará, mago Thane. Mi mamá siempre decía que la palabra «maldición» provenía de los castores, que abandonaban sus casas a un palito de su altura apropiada.

—Tu madre dice un montón de cosas —repuso Thane con ligereza—. Mira a ver si puedes duplicar esa cadera, ¿eh?

Ceony contempló a Langston mientras apartaba una silla casi demasiado pequeña para él y tomaba asiento frente a Thane, al otro lado de la mesa. Apenas tenía espacio para apoyar sus gigantes codos.

—¿Es este su aprendiz? —preguntó Ceony, sin esperar respuesta.

A juzgar por la edad de Thane, Langston debía de ser el primero... aunque podría tratarse del «y medio». Ceony comprendería que se despidiera a un aprendiz como Langston. Aquellas manos monstruosas nunca podrían formar los precisos e intrincados pliegues necesarios para que el plegado intermedio y avanzado funcionase.

Y, no obstante, Ceony se descubrió abriendo la boca desmesuradamente cuando vio a Langston asir la cadera derecha de Jonto con unos dedos ligeros como plumas y girarla entre las manos para examinar sus componentes. Volvió a depositarlo en la mesa y tomó un pergamino cuadrado de medio grosor y, con la

lengua atrapada en la esquina de su boca, empezó a plegarlo cuidadosamente de modo que reflejara la parte más pequeña de la cadera.

—Increíble —comentó Ceony mientras ambos trabajaban—. Ahora mismo no me importaría tener a alguien de su tamaño conmigo.

Frotándose los brazos para ahuyentar el frío, murmuró:

—No me importaría que cualquiera de los dos estuviera conmigo ahora mismo.

Hinojo le tocó la pierna con las patas. Ceony se agachó para acariciarle la cabeza con aire ausente.

Seguro que Langston ya era plegador certificado. Se preguntó cuánto tiempo habría durado su formación, si había estado contento cuando llegó a la casa del mago Thane; si había sido educado al conocer a su profesor; si se había sentido agradecido, tal y como ella debió de haberse sentido.

—Tenemos que irnos —anunció a Hinojo, saliendo de sus pensamientos.

Volvió a echar una última mirada rápida a Jonto y a Thane y se apresuró hasta la puerta sin pintar de la biblioteca. Tuvo que hacer fuerza con el hombro para abrir de un empujón el cierre medio oxidado.

Ceony se descubrió trastabillando sobre una majestuosa moqueta beige. El sol se había desvanecido, reemplazado por la luz de cientos de bombillas colocadas entre nichos pintados de violeta, adornados con baldosas gruesas de oro, encantadas por iluminadores, magos de cristal, para expandir la iluminación en rayos de luz casi refractivos. Una música suave de múltiples instrumentos le acarició los oídos, junto con el tintineo de los vasos de vino y los inteligibles murmullos de demasiadas personas conversando despreocupadamente.

Ceony se detuvo asimilando su nuevo entorno. Hinojo corrió unos metros más antes de derrapar hasta detenerse.

Conocía el lugar, había servido múltiples cenas allí en su antiguo trabajo. Se trataba del Drapers' Hall en Throgmorton Avenue, el

salón más sofisticado de Londres y probablemente de toda Inglaterra. Al menos, el más sofisticado que Ceony había visitado nunca.

Se encontraba en el balcón, entre amplias columnas doradas con sus capiteles tallados en capas. Más allá de estos, un enorme mural de ángeles sin alas rodeados por vegetación cubría el techo. Acarició con una mano la barandilla dorada del balcón. Aunque aquello era solo una visión, poco más que un sueño, lo *sentía* como si fuera real.

Se asomó al piso de abajo. Había mesas redondas con manteles blancos en hileras perfectas, y hombres y mujeres de negro portaban bandejas de plata y jarras de cristal adentro y afuera de la cocina, oculta en el rincón noreste. Un cuarteto de cuerda tocaba suaves melodías en el rincón sudoeste. Ceony lo reconoció todo, aunque su memoria disponía de una visión más cercana. Había vestido antes aquel traje negro y el delantal con volantes.

No... *ella* había servido en aquel evento.

Se apartó de la barandilla y miró los alrededores del balcón. Pequeñas mesas, ninguna de ellas lo bastante grande para albergar a más de cuatro personas, ocupaban el borde del entresuelo siguiendo la curva de la pared. Cerca de una cuarta parte de las mesas estaban sin ocupar, pero ella caminó deprisa y las examinó, pues si el corazón la había enviado allí, eso significaba que Thane no debía de andar lejos.

Y estaba en lo cierto. Encontró a Thane con un aspecto no muy distinto del que ella conocía en el presente, salvo por la ausencia de aquel abrigo azul oscuro, sentado en una pequeña mesa cuadrada con un hombre parcialmente calvo que Ceony nunca había visto.

Thane apoyó la barbilla en la mano con aspecto de aburrirse demasiado, prácticamente del mismo modo en que lo había hecho en su ceremonia de titulación al convertirse en mago. Su acompañante no debió de percatarse, pues el hombre de pelo ralo parloteaba sin parar, gesticulando de vez en cuando sacudiendo el cuchillo para untar o inclinando la cabeza.

—... y ella insistió en que todas las damas que se precien necesitan pañuelos de satén, y añadió que Mary Belle poseía tres pañuelos de satén, todos con distintos tonos de azul, así que, naturalmente, tuve que darle el dinero —parloteaba el desconocido, deteniéndose solo para dar un sorbo a su bebida: vino de morera, y de una cosecha muy cara, si Ceony no recordaba mal. Sí, recordaba *muy* bien el vino servido en aquel evento—. Su fiesta de graduación es en mayo y naturalmente no podría permitir que se presentara sin un pañuelo de satén. Me esfuerzo mucho en estar al día en lo que respecta a la moda femenina, dado que su madre está lejos, en Crafton.

El mago Thane empezó a golpetear el borde de su plato con la uña del dedo corazón, su comida estaba a medio terminar. Ya se había acabado la copa de vino y, con la mayoría de camareros en el piso principal, nadie se había acercado a rellenarla. Sus ojos estaban vidriosos, no por el alcohol, sino por el aburrimiento. ¿Es que el hombre medio calvo no se daba cuenta?

—¿Qué opina, Emery?

Thane pestañeó y Ceony advirtió el breve destello de sus ojos.

—Ah, sí. El cuello, ciertamente, es crucial para una graduación adecuada. La ironía de cubrirlo, por supuesto, desentona con el evento, pero no puede dejar que su pequeña tenga más frío que las demás en la fiesta.

Ceony sonrió ante eso, aunque el hombre únicamente asintió y replicó:

—Exacto. Destacará de un modo completamente indeseable.

Ceony rio. ¿Acaso podría decirse que Thane y aquel hombre mantenían la misma conversación?

La mirada de Thane se desvió al salón de baile, abajo. Ceony caminó hasta situarse junto a él y trató de seguir su mirada, consciente de que no iba a servirle de nada intentar captar su atención. Supuso que estaba observando el reloj de pie contra la pared norte, probablemente buscando algún tipo de escapatoria.

Escapatoria...

Ceony rodeó a su profesor y se inclinó sobre el balcón en busca de Lira; si era capaz de encontrar a la extirpadora primero, quizás tendría algo de ventaja, pero en su lugar divisó una familiar trenza de cabello pelirrojo cuya dueña servía las mesas de abajo. ¡Era *ella!*

Se acordaba del evento, pero no recordaba al mago Thane allí. No habría olvidado su cara. Claro que, en dicho evento, una recaudación de fondos para algún consejo escolar, solo había servido en la primera planta y no en los balcones. Eso fue el 29 de julio de 1901. Justo una semana antes de que empezara el curso en Tagis Praff.

También daba la casualidad de que había sido su último día de trabajo.

Entornó los ojos para verse llenar las copas de vino. Lucía un aspecto atroz con ese traje. Marcaba todas las partes de su cuerpo equivocadas. Gracias a Dios que aún no había conocido a Thane. Las orejas le ardieron ante aquella idea.

Ceony reconoció a un hombre en particular en la mesa en la que estaba sirviendo. Aunque apenas llegaba a la mediana edad, tenía el cabello canoso y una calvicie incipiente, además de un largo bigote gris que le enmarcaba las comisuras de la boca. Presumía de hombros anchos y de un traje a medida, tal vez el mejor de todo el salón de baile, con tres botones de oro puro y una faja con pliegues rojos. Oh, sí, lo recordaba bien. A él y a su lenguaje grosero acerca de Mill Squats, donde ella se había criado. No dejaba de soltar tonterías sobre la educación de allí y de un inexistente programa de prostitución solo porque el distrito era pobre. Ceony se acordaba de aquella noche a la perfección. Había detestado a aquel hombre, y había hecho un buen trabajo al mantener su temperamento bajo control, hasta...

Contuvo la respiración y observó atentamente, aguardando aquel momento. Esperando.

Ahí estaba. Ceony, la joven, se inclinó para llenarle la copa de vino al hombre, y su mano desnuda se coló debajo de la falda de ella. Aún recordaba esos dedos sudados contra su muslo.

La joven Ceony dio un salto hacia atrás, frunció el ceño y derramó el resto de aquel caro vino de morera en el regazo del hombre. Este aulló y saltó a tanta velocidad que su silla cayó hacia atrás sobre el suelo de mármol. El sonido de las palabrotas del hombre unido al de la silla hizo eco por todo el salón de baile.

A su lado, Thane rompió a carcajadas.

Aquello sobresaltó a Ceony. Miró hacia Thane, muy atenta, y entonces se dio cuenta de que también había estado observando. Había visto a Ceony derramar la mitad de una jarra de vino añejo sobre el hombre mejor vestido del recinto, dejando en evidencia a ambos frente a las personas más sofisticadas de Inglaterra.

Y Thane *se reía*.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó el hombre medio calvo enfrente de Thane, ajeno.

—Una de las camareras acaba de derramar una jarra de vino en el regazo de Sinad Mueller —profirió entre risas, asiendo una servilleta verde salvia para darse toquécitos en los ojos.

Ceony palideció. ¿Había dicho... Sinad Mueller?

El tiempo pareció congelarse a medida que su cabeza procesaba el nombre. Sinad Mueller. *La beca de la académica Mueller*. La beca para la que Ceony debió de haber sido elegida la primera, pero que había perdido en el último momento, acabando con su sueño de estudiar magia. La beca que, una vez perdida, la llevó a resignarse a una vida de tareas domésticas, solo para ganar lo suficiente para convertirse en una cocinera medio decente. Todo tenía sentido ahora.

Ceony observó a su versión más joven dirigirse hacia la cocina y entrar como un vendaval en ella, donde enseguida la despedirían, mientras Sinad Mueller proseguía soltando improperios. Dos de sus colegas dejaron sus sillas a toda velocidad con las servilletas listas para intentar limpiar al hombre, sin éxito.

Ella soltó la barandilla y dio un paso atrás. Todos los músculos perdieron fuerza.

Por eso Ceony había perdido la beca. Había tirado una jarra de vino encima del hombre que se la habría otorgado.

—Se lo merecía.

Ceony se volvió para ver a un segundo mago Thane de pie junto al que estaba sentado. Este llevaba un largo abrigo azul oscuro y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Los ojos de Ceony viajaron entre los dos Thane, casi idénticos, y jadeó.

—¿Thane?

Pero el segundo Thane no le dirigía la mirada, sino que contemplaba la escena que se desarrollaba abajo. Parecía casi tan ajeno como su equivalente. Y, no obstante, al hablar, parecía que le hablara *a ella*.

—Sinad Mueller es un hombre vil de puertas para adentro — declaró—. Se le nota en la voz, en su modo de hablar, en como mira a las mujeres, incluso a hombres más jóvenes. Amasa el dinero y luego lo distribuye públicamente solo entre los mejores especímenes, y se asegura de que la mitad del país conozca su «generosidad». Juega con el consejo escolar como si fuera su juguete, y la verdad es que creo que hizo trampas en sus exámenes finales. Sabe encantar la goma con la misma destreza que un vendedor de neumáticos.

Ceony aferró la tira de su bolso y sintió a Hinojo caminando en círculos alrededor de sus piernas.

—Él sabía quién era yo.

—Averigüé quién eras —dijo Thane, y Ceony no sabía si era una respuesta a la afirmación de ella, o simplemente la siguiente frase de su monólogo—. Revocó tu beca, y ahí entré yo. —Se rio para sí mismo y se frotó la barbilla con el pulgar—. Quería ver la expresión de su cara cuando esa «niña petulante y agresiva», tal y como él dijo, entrara tan campante en Tagis Praff y le metiera sus modales y su dinero podrido en el bolsillo de su abrigo.

Ceony echó un vistazo al salón de baile, pero Sinad Mueller ya había abandonado la sala.

—¿Me la concedió para fastidiarle? —preguntó—. Quince mil libras solo para fastidiar a alguien que no le cae en gracia... no es

que no se lo agradezca. No tiene idea de lo mucho que significa para mí.

Se volvió solo para ver al segundo Thane desvanecerse. Se separó de la barandilla para buscarlo, pero se había esfumado igual que la luna en una noche nublada. Ojalá supiera expresar con palabras lo mucho que significaba para ella aquella beca, sin importar el motivo por el que la había recibido. La carta de agradecimiento en el despacho del mago Thane ni siquiera se acercaba a lo que sentía. Otra razón por la que no podía dejarlo morir.

La mirada de Ceony descendió hasta el salón de baile y se clavó en Lira, que daba la impresión de estar buscándola también, cerca del cuarteto de cuerda. Mantenía un pequeño charco de sangre en la palma y lo sacudía ligeramente. ¿Un hechizo de localización?

Ceony se apartó del campo de visión de Lira para deslizar la mano dentro de su bolso y comprobar su escaso arsenal. Al menos tenía algo, ¿pero en qué ayudarían realmente unos animales de papel contra una extirpadora experimentada? ¡El Plegado no fue concebido para el combate!

—He de salir de aquí—susurró, agarrando a Hinojo por debajo de sus patas delanteras—. He de salir. Thane, ¿dónde está?

Pero él no respondió. Cualquiera que fuera el método del que se había valido para comunicarse con ella, se había perdido.

Ceony tragó saliva, apretó a Hinojo contra el pecho y se apresuró a cruzar el balcón. ¿Dónde podría esconderse? ¿Qué daño podría ocasionar con un simple montón de papel? ¡Había una razón por la cual nunca había querido ser plegadora!

«¡Tengo que salir!», le gritaba su mente.

Ralentizó la marcha al final del balcón y entonces se detuvo del todo. Ante ella se alzaba una puerta que sabía que no formaba parte del salón de baile, una puerta blanca con bordes escarlata, sin pomo ni asa. Miró detrás de ella y vio la cabeza de Lira llegar a la cima de las escaleras que conducían al balcón.

Ceony empujó la puerta y dio un traspie sobre un charco de sangre.

Jadeó y se mordió el labio para sofocar un grito al tiempo que la puerta tras ella se desvanecía. Había regresado a la cámara carnosa del corazón de Thane y había pisado justo en un río de sangre que fluía de manera constante por encima de sus tobillos. El ruidoso latido del corazón de Thane reverberaba en las paredes de la cámara: *pum pum pum*.

Tratando de normalizar su respiración, Ceony siguió la corriente del río, con los nudillos tensos cerrados en puños a sus costados. La sangre fluía cada vez a más altura hasta que acabó por vadearla, ya que le llegaba por encima de las rodillas. Era demasiado profundo. Apretó los dientes y se esforzó por no pensar en ser arrastrada bajo su superficie.

Descubrió otra puerta, pero aquella estaba formada de carne y venas, palpitando en sintonía con el resto de la habitación. No tenía ventanas, pomos, pestillos o bisagras. Tan solo era carne apretada contra más carne, como un corte inflamado que no debía curarse.

De algún modo, Ceony supo que debía cruzarla.

La voz de Lira sonaba de manera apagada, sin duda conducida por las partículas de un hechizo, ya que la mujer no se hallaba en ningún sitio a la vista. «Atrapada en una visión, en algún sitio», esperaba Ceony.

—No es que me disguste dejarte aquí atrapada, querida —decía la voz—, pero no quiero que dejes el lugar apestando. Terminemos con esto, ¿de acuerdo? Rápido y fácil. Incluso dejaré tu cuerpo de una pieza. Puede que en dos.

A pesar del calor húmedo de la cámara, a Ceony se le pusieron los pelos de punta. Aferró la tira de su bolso y se obligó a respirar profundamente, aunque algún ataque de nervios interrumpía sus bocanadas de aire de vez en cuando. No podía enfrentarse a Lira, todavía no. Su mejor opción consistía en seguir adelante, encontrar el final del corazón de Thane y, con suerte, la salida.

—Necesito que te repliegues, Hinojo —comunicó al perro, su voz era casi inaudible—. Replégate y métete en mi bolso, ahí estarás a salvo. Solo un rato. —El perro giró la cabeza hacia un lado—. Venga —urgió ella, y el perro bajó la cabeza y dobló las patas.

Ceony presionó los costados de Hinojo delicadamente con las manos hasta formar un grueso pentágono asimétrico. Con cuidado, introdujo a la criatura en su bolso, entre hojas de papel.

Tomando una profunda bocanada de aire y manteniéndola en la garganta, Ceony se introdujo en las paredes carnosas del corazón de Emery Thane para llegar a la segunda cámara.

Capítulo 9

Las paredes del corazón de Thane la presionaban por todas partes, palpitando con su ruidoso *pum pum pum* y ahogando la luz artificial. La estrujaban cada vez con más fuerza, como si estuviera debajo de un coche que se fuera llenando progresivamente de más y más pasajeros. Era como ahogarse.

Sus músculos se tensaron mientras la adrenalina le recorría todo el cuerpo. No podía respirar. El calor de las paredes se filtraba a través de su ropa, aumentando su temperatura corporal. Estaba sofocada. Uno esperaría que un corazón desconectado de su dueño durante tanto tiempo estuviera frío, pero no era el caso del corazón de Emery Thane. El suyo desafiaba las leyes de la física y todo lo que había aprendido en sus casi dos décadas de vida. Pero si no encontraba una salida, no llegaría a ver su vigésimo cumpleaños.

Una lágrima se abrió paso a través de sus párpados apretados. Arañó las paredes, intentando atravesarlas a base de empujones, resollando en busca de aire sin éxito. Percibió el sabor de la sangre en los labios: sangre que no le pertenecía. Se inclinó hacia adelante unos centímetros, empujando la carne que la oprimía y le tiraba del bolso. La cabeza empezó a palparle, la visión se le volvió borrosa...

Una ola de sangre del río que había a sus pies chocó contra su trasero, empujándola al otro lado de la válvula. Su mano encontró aire libre. Hundiendo los talones en la carne, Ceony se empujó

hasta la segunda cámara del corazón de Thane respirando con dificultad.

Apretó los dientes con fuerza, tomó bocanadas de aire e intentó calmar sus temblores. «Se ha terminado, se ha terminado», se dijo a sí misma. «He elegido hacer esto. Puedo hacerlo».

«*Tengo* que hacerlo».

Apenas había recuperado el aliento cuando oyó un sonido de succión en la válvula tras ella.

Ceony miró por encima del hombro. El río que la había impulsado a salir de la válvula y la había introducido en una cámara casi idéntica a la primera seguía fluyendo, llenando los huecos en los bordes del corazón y más allá. Inundándolos.

—No, no —expresó Ceony, irguiéndose con renovado vigor. Su ropa, pegajosa de sangre, se le adhería a la piel sudorosa—. Para, para. Por favor, para.

Pero la sangre líquida seguía manando a chorros de la válvula desbordando los ríos que se acercaban cada vez más a los pies de Ceony.

La joven caminó de espaldas hasta el centro de la cámara, donde el suelo estaba más alto. Las primeras olas de sangre le rozaron los zapatos.

La piel se le congeló. Los labios se le entumecieron.

—¡Thane! —gritó, abrazándose al bolso con fuerza—. ¡Sácame de aquí!

Dio otro paso, la sangre le cubría los tobillos. A ese ritmo, se llenaría toda la cámara en cuestión de minutos. Ceony no sabía nadar. No tenía adónde ir.

Se ahogaría.

—¡Thane! —exclamó, temblando. Hasta su grito había temblado. «Todo menos esto. Todo menos ahogarme».

La sangre continuaba aumentando; los latidos del corazón eran ensordecedores. Cerró los ojos con fuerza, soltó el bolso y se apretó las palmas contra las orejas. Era demasiado.

—Por favor, por favor, por favor...

La sangre que chapoteaba alrededor de sus pies desapareció, dejándole las medias secas, aunque rígidas. Ceony se mordió el labio, abrió los ojos y vio una estantería de libros que le resultaban familiares y un rayo de luz polvoriento. Le dio las gracias a Dios y al mago de papel.

Algunas imágenes parpadearon a su alrededor: Thane vestía un abrigo gris en lugar del azul oscuro y plegaba sobre el suelo; un hombre rubio que ella no conocía estudiaba en el escritorio; otro Thane vestido de escarlata hojeaba libros... Todos aparecían medio segundo, a veces un segundo entero, en un fogonazo, y después se disolvían. Alguien había sacado a Ceony de la cámara que se inundaba y la había dejado allí atrapada; el propio corazón no estaba seguro de qué mostrarle.

Ella miró por encima del hombro, pero la estrecha válvula por la que acababa de pasar ya no palpitaba. Había sido remplazada por una estantería alta de libros, todos dispuestos como en la verdadera biblioteca de Thane, aunque reparó en que se habían ordenado por colores a lo largo de los diferentes estantes. Los contempló boquiabierta. Libros de color rojo oscuro y rojo claro completaban el estante más cercano a la puerta, seguidos por unos cuantos libros naranjas, después unos marrón claro y amarillo, y luego, blancos. En el estante de la derecha, los colores seguían la sucesión cromática: verdes, azules, violetas, grises y negros. Increíblemente estético, pero completamente absurdo. La biblioteca de Thane no se asemejaba a aquello en absoluto. ¿Se trataba de una disposición pasada o futura?

Incorporándose velozmente, aunque temblaba por su desagradable viaje entre cámaras, Ceony se tomó un momento para desplegar y reanimar a Hinojo antes de hojear los títulos en busca de algo que pudiera servirle si Lira la alcanzara. Algo con lo que poder luchar, con lo que poder defenderse. Incluso un libro de jugadas de *rugby* era mejor que nada.

Recorrió con el dedo índice *Hábitos de apareamiento de los cocodrilos*, *Un jardín de papel vivo* y *Frankenstein*.

—Ah —profirió cuando detuvo la mano en un volumen corto de color *beige* cuya cubierta naranja se iba inclinando hacia el espectro amarillo: *Hechizos básicos de cadenas*.

Para su alivio, el libro era sólido bajo sus dedos. Tal vez, el conocimiento era más estable en el corazón que en la memoria o el pensamiento. A juzgar por la ventana de su despacho, estaba claro que Thane conocía bien las cadenas de papel.

Abrió *Hechizos básicos de cadenas* por el índice; el constante *pum pum pum* en la distancia le recordaba la necesidad de ir rápido. Por lo que Ceony sabía, Lira podía haber salido del corazón de Thane y estar a punto de lanzarlo al océano. Además, el tiempo de Thane se estaba agotando.

Ceony se saltó el índice para hojear las páginas ilustradas con diagramas en blanco y negro de distintas cadenas, desde básicas a complejas. Encontró la cadena de vitalidad que Thane había usado tanto con la mujer parturienta como consigo mismo, pero continuó pasando las páginas.

La palabra «escudo» le saltó a la vista, por lo que se detuvo ya pasada la mitad del libro. Leyó rápidamente.

La cadena escudo de tres pliegues es la cadena de defensa más básica. La anchura de sus eslabones no es importante, siempre y cuando su longitud permita rodear el objeto que se desee proteger.

Un eslabón se crea utilizando un folio estándar de 20 x 28cm cortándolo por la mitad de manera longitudinal, como se muestra en la Figura 1.

Los ojos de Ceony ojearon las figuras y sus leyendas; luego pasó la página y volvió a ojearlas; las grabó en su memoria. Soltó el libro y extrajo folios de papel de su bolso hasta que encontró trozos cortados como los que mostraba el diagrama.

Empezó a plegar con manos inseguras, pero sin temblar tanto como cuando había elaborado el patético corazón de Thane. Rezaba porque siguiera latiendo. Si moría...

Ceony no quería pensar en ello.

Igualeó los bordes y los dobló. Otro fogonazo de Thane apareció tras ella, con su tabla de plegar, esta vez con el abrigo azul oscuro. Aparecía y desaparecía plegando distintas cosas; su voz repiqueteaba y se interrumpía. Ceony apenas comprendía una palabra de las que pronunciaba, pero le pareció oír su nombre.

Vio un destello de sí misma con su uniforme de aprendiz justo antes de que ambas apariciones se desvanecieran.

Ceony volvió a concentrarse en la cadena.

—¿Quiere seguir enseñándome? —preguntó al empezar su segundo eslabón, trabajando algo más rápido ahora que sus dedos conocían los pliegues. La débil sensación de hormigueo que sentía al plegar casi se había vuelto natural para ella—. No me importaría que lo hiciera.

Ceony se puso a escuchar los latidos constantes y distantes del corazón de Thane mientras sus dedos presionaban el papel y sus uñas reparaban las arrugas de los pliegues. Cuando la cadena alcanzó una longitud adecuada, se enganchó las puntas en diagonal en el pecho; entonces extrajo otra hoja de papel cuadrado y se puso a plegar algo para lo que Thane le había asignado varios días de práctica: un abanico de papel.

«*Bien elaborado, puede provocar ráfagas que dejarían en ridículo a una tempestad*» había asegurado Thane. Ceony todavía tenía que probar la verdadera potencia del hechizo, pero confiaba en que el mago de papel no hubiera exagerado.

La biblioteca empezó a sacudirse a su alrededor mientras ella terminaba: su pequeño santuario había comenzado a derrumbarse. Cambiaría de escenario en cualquier momento.

Introdujo su abanico sin probarlo en el bolso y corrió hacia la puerta de la biblioteca. Hinojo iba dando saltos tras ella.

Ceony cruzó la puerta de la biblioteca y, por segunda vez desde que había entrado en el corazón del mago Thane, accedió a una habitación en la que resonaban aplausos.

El Royal Albert Hall. Reconoció el auditorio y las lámparas de araña, salvo que esta vez contenían bombillas. Un foco la cegó,

forzándola a cubrirse los ojos con una mano. Al contrario que la última vez, no se encontraba en el pasillo, sino en el escenario.

Hinojo jadeaba al ver a tanta gente. Ceony se sintió desfallecer.

La intensidad del foco disminuyó lo bastante como para que pudiera asimilar lo que la rodeaba. La mancha pálida en el escenario de madera, un Tagis Praff mayor de pie en el podio de la izquierda... Bajó la mirada para verse a sí misma vestida con su uniforme de maga, con todas las costuras perfectamente prensadas. La prenda blanca le quedaba mejor que ninguna otra que hubiera llevado nunca y advirtió que llevaba pantalones, no falda. ¿No llevaban faldas en sus uniformes todas las magas?

—Ceony Twill —la llamó Tagis Praff y el público prosiguió con los aplausos.

Ceony vio a Thane en la fila delantera, ataviado con su propio uniforme. La miraba con ojos sonrientes, orgullosos. Ella se empapó de esa expresión, guardándola en los profundos pozos de su memoria.

Tagis Praff le hizo señas con la mano. Hinojo corrió hacia el podio y Ceony, vacilante, lo siguió. Extendió la mano para aceptar la del mago.

El aplauso se apagó y el foco se desvaneció. Su traje pegajoso reemplazó el ajustado uniforme blanco de sus sueños. La temperatura descendió y la mano de Tagis Praff desapareció, sustituida por un pasillo largo de piedra.

Ceony pestañeó dos veces y comprendió que se encontraba en una prisión.

Jadeó, no había esperado encontrar un lugar tan inhóspito en el corazón de Thane. Se hallaba al final del pasillo, a cuyos lados había puertas grandes de metal que mostraban el brillo de un encantamiento. Ceony nunca había estado en el interior de una prisión, pero había leído sobre ellas. Y, como habían reflejado aquellos libros, todas las puertas tenían cerrojos y el pasillo era de una tonalidad gris, como de tormenta, a causa de los finos hilos de luz solar que se filtraban por ventanas estrechas situadas entre las celdas. Ventanas en las que un bebé apenas podría meter la mano.

Ceony chascó los dedos para indicar a Hinojo que la siguiera, ya que su voz había desaparecido de su garganta del susto y flotaba en algún punto entre sus pulmones y su estómago. Dio un paso adelante; la falda se le enredaba entre las pantorrillas; la tela estaba fría, se había mojado en el estrecho y agobiante pasaje que la había conducido a aquella cámara. Confiaba en no tener que volver a cruzar otro. No supo si era aquel pensamiento o la cárcel lo que le ponía los pelos de punta.

Un guarda giró la esquina; era un hombre fornido con bigote y un cuello tan musculoso que parecía que tuviera cables de acero bajo la piel. Llevaba una pistola en una cadera y una porra en la otra, y la expresión de su cara se transformó para garantizar que ningún delincuente se atreviera a estornudar en su turno y mucho menos huir. Ceony se quedó paralizada ante aquella mirada, hasta comprobar que, al igual que en las visiones previas, el hombre no podía verla. Agitó una mano delante de la cara del guarda para asegurarse. Por lo visto, no participaba en aquella visión.

—¡Sentaos para el desayuno! —rugió el hombre, sacando la porra del cinturón y golpeándola contra todas las puertas de la cárcel, alzando una pequeña solapa que revelaba barras de hierro forjado con el tamaño justo para que pudiera deslizarse un plato de comida—. ¡Sentaos o no se os dará la comida. Vosotros decidís!

Ceony hizo una mueca ante el estridente ruido de la porra sobre el hierro e hizo un esfuerzo para asomarse a una de las celdas.

Dio un traspiés al alejarse de las barras hasta que sus hombros colisionaron con la pared de piedra opuesta.

Lira.

Lira yacía tumbada en aquella celda; tenía el pelo largo y estropeado en las puntas; envolvía su cuerpo un uniforme de presidiaria marrón. Mantenía la mirada baja. Se levantó antes de que la porra del guarda llegara hasta su celda, pero eso no evitó que golpeará la puerta.

Lira en la cárcel. Ojalá.

Ceony se alejó de ella sigilosamente y echó un vistazo en la siguiente celda, donde encontró a un hombre desgarrado de piel

oscura con una larga cicatriz que le cruzaba la nariz. No lo reconoció, pero la cara de la siguiente celda le removió la memoria: la barbilla gruesa, los ojos pequeños y la frente arrugada tenían el mismo aspecto que en el cartel de SE BUSCA que había visto en la oficina de correos dos años atrás.

SE BUSCA
GRATH COBALT
POR CRÍMENES CONTRA EL ESTADO

Ceony se apartó de las barras. Recordaba lo que decía el cartel. Recordaba el modo en que le había provocado picores. Extirpación. Grath Cobalt era un extirpador: el más peligroso de toda Europa, según los rumores.

La espalda de Ceony topó, una vez más, contra la piedra fría mientras observaba al poderoso hombre, encadenado tras las barras, sacudirse ligeramente cuando la porra del guarda alcanzó su puerta. Ahora que lo examinaba, reparó en que había perdido peso con respecto al cartel que ella había visto. Había perdido músculo. Parecía... dócil.

—Estas son sus esperanzas —susurró, mientras otro guarda robusto que empujaba un carrito de comida recorría el solitario pasillo—. Estas son sus esperanzas, ¿verdad, Thane? Confía en que yo siga aprendiendo la magia de papel, que la estudie como ha hecho usted. Confía en que estos extirpadores —el grupo que ha estado persiguiendo— sean finalmente arrestados y apartados de la sociedad.

—Pero no va a suceder —pronunció una voz empalagosamente dulce al otro lado del pasillo.

Ceony giró sobre sus talones. Lira, la verdadera, se encontraba al final del pasillo, vestida de negro con su larga daga en la mano derecha. Un pesado zurrón le colgaba del hombro izquierdo. La visión de la cárcel empezó a cambiar y a desdibujarse en torno a ella, como si la presencia de Lira hiciera que el sueño fuera más

difícil de conservar para el corazón de Thane. Como alguien dormido a quien hubieran despertado de un sueño.

La espina dorsal de Ceony se puso rígida y dio un paso atrás, lista para llamar al corpulento guarda, pero se había esfumado. Ambos guardas habían desaparecido y las celdas a su alrededor estaban vacías, dejando a Ceony sola en mitad de una prisión que se derrumbaba y se deformaba, únicamente con Lira e Hinojo como compañía.

Hinojo gruñó, sus labios de papel casi ondeaban con el sonido.

—¿Qué quieres? —preguntó Ceony, la voz le temblaba casi tanto como el resto del cuerpo.

Palpó su cadena escudo y luego introdujo sus dedos temblorosos en el bolso.

—¿Yo? —repuso Lira, con los labios pintados de rojo, dando un gran paso hacia delante y después otro. El bolso que llevaba colgado en el hombro se balanceaba con cada movimiento—. Quiero muerta a la putita de Emery. No me gusta compartir.

—No soy su *putita* —replicó Ceony, dando un paso atrás, dos, tres.

Apretando los dientes, se obligó a permanecer donde estaba. Había ido hasta allí sabiendo que tendría que enfrentarse a Lira. Y además prefería perder peleando antes que ser aplastada como una cucaracha acorralada.

Lira alzó una ceja ante la posición de Ceony, a lo mejor estaba impresionada. O entretenida. La mujer de Thane, con suerte su ex mujer, no era tan fácil de leer como el propio Thane.

—Me da igual lo que seas —dijo Lira. Las palabras eran tan delicadas que repicaban como una carcajada—. Pero el corazón de Emery Thane es mío: siempre lo ha sido, querida. A pesar de que el resto de él me desafíe. —Alzó una mano con uñas largas y la apretó en un puño—. Su corazón aún tiene valor para mí. Un corazón que ha conocido el amor es más fuerte que uno que no lo haya hecho, ¿lo sabías?

Lira dio otro paso y sus ojos oscuros descendieron hasta el pecho de Ceony.

—Serías una mascota interesante. ¿Has conocido el amor? ¿El odio? Me pregunto cómo de fuerte es tu corazón. ¿Por qué no lo averiguamos?

—¡No! —gritó Ceony. Sus dedos aferraron los primeros pliegues que encontraron en el bolso. En ese momento, Lira dejó caer el bolso de piel de su hombro y, con una rápida orden, media docena de manos amputadas se alzaron desde su interior, sanguinolentas y en carne viva, con los dedos pálidos y violetas, con las uñas dentadas y azules. Flotaban como si tuviesen alas invisibles, mientras los dedos rígidos y nauseabundos se retorcían y se estiraban.

Lira señaló hacia adelante y su ejército de extremidades se deslizó por el pasillo hacia Ceony como una ola de avispones.

Ceony lanzó sus propios encantamientos y vociferó:

—¡Respirad!

El pez amarillo y el pájaro blanco que había plegado previamente cobraron vida; el pez nadaba en el aire como si se tratara de agua y el pájaro agitaba sus rígidas alas y cargó contra la palma de la mano más oscura que se dirigía hacia ella.

Pero Lira tenía seis manos y Ceony solo contaba con dos animales de papel. Dos de las manos aplastaron las delicadas creaciones de papel de Ceony con sus palmas y cayeron al suelo. Las otras cuatro avanzaban a toda velocidad hacia ella.

—¡Thane! —gritó Ceony, al tiempo que se daba la vuelta y corría por el pasillo.

Alcanzó la puerta del final, pero el pomo estaba bloqueado. Cerrado.

Aguantó la respiración y rebuscó en su bolso alguna cosa, lo que fuera. Sintió hoja tras hoja de papel hasta que palpó algo plegado: el abanico de papel. Se giró y lo levantó.

La mano amputada que iba directa a la cabeza la agarró por la garganta justo cuando batía el abanico delante de ella.

Una ráfaga de viento surgió del abanico y llenó el pasillo, golpeando las tres manos que quedaban antes de que alcanzaran a

Ceony. El viento las levantó, llevándoselas en el aire y haciéndolas girar.

El vendaval no alcanzó la mano que rodeaba el cuello de Ceony, que empezó a apretar con violencia; la estaba ahogando, pero agitó el abanico una y otra vez.

Nuevas rachas empujaron las manos todavía más lejos y levantaron las que habían caído al suelo; los cuerpos arrugados del pájaro y el pez se levantaron con ellas. Las manos, el papel y las ráfagas colisionaron contra Lira, que perdió el control de la daga por un golpe de una de las manos. La segunda ráfaga le hizo perder el equilibrio y la tercera la hizo derrapar sobre el suelo de piedra hasta la pared opuesta.

Las paredes de la prisión comenzaron a derretirse a medida que la visión proyectada por el corazón de Thane se derrumbaba. Ceony cayó de rodillas con la cara roja, arañando los dedos que le apretaban el cuello. Abrió la boca en un intento de tomar aire, sin éxito. Sintió mucho calor en la cara; los ojos le sobresalían. Apartó un dedo, dos...

Hinojo se abalanzó sobre el pulgar de la mano y mordió todo lo fuerte que podía morder una mandíbula de papel y, con un fuerte tirón, arrancó la mano del cuello de Ceony. Aire caliente con hedor a hierro y a putrefacción le bajó por la garganta. Tosió con tanta violencia que pensó que vomitaría, especialmente con la extremidad dando coletazos en el suelo de piedra que se desvanecía ante ella.

Ceony se tambaleó hasta lograr ponerse en pie y luego pisó enérgicamente dos veces la mano con el zapato antes de que cesara el movimiento. La pisó dos veces más para asegurarse.

Derrumbándose sobre las rodillas, Ceony dijo con voz rasposa a Hinojo:

—Buen chico. Buen... buen chico.

Aferró con la mano la cadena de papel que rodeaba su pecho y su hombro. Había plegado mal el escudo. Se había confiado demasiado.

Pero Lira había desaparecido, por ahora. El dolor en el cuello de Ceony disminuyó cuando se dio cuenta de la ausencia de la

extirpadora. Lira había superado la pistola de Ceony, pero ella había ganado esa ronda. A duras penas, pero la había ganado. Thane se sentiría orgulloso de ella.

Ceony se apoyó contra la pesada puerta que había detrás de ella, y esta se abrió con un crujido. La cola de papel de Hinojo se agitó salvajemente cuando vio crecer bajo sus patas flores silvestres fucsias, anaranjadas y de color amatista. Las tonalidades grises de la cárcel se transformaron en naranja chillón mezclado con salmón y una cálida brisa veraniega le sacudió el cabello.

Tras guardar su abanico, su fantástico y maravilloso abanico, en el bolso, Ceony se frotó el cuello y se puso en pie una vez más.

El mismo escenario de la loma cubierta de flores que había en la primera cámara la rodeaba; la colina se elevaba por encima de una línea de árboles en la puesta de sol y el grueso ciruelo se alzaba hacia el cielo justo delante de ella. Thane yacía tumbado bajo él, pero su aspecto era el que ella conocía, y la mujer que había junto a él no era Lira.

Cerró los ojos por un instante, inhalando el dulce aroma de la madre selva y la tierra, expandiendo los pulmones y ofreciéndole calma a su corazón. Se intentó quitar la sensación de frío que tenía todavía en el cuello antes de abrir los ojos a tal belleza y acercarse al ciruelo una vez más.

Al dar otro paso, el corazón se le retorció en el pecho, y aunque quería creer que se le retorció por su cara a cara contra Lira, sabía que ese no era el motivo. Pero cuanto más intentaba concentrarse en la nueva mujer junto a Thane, más se desdibujaba su imagen.

Ceony se detuvo en el borde de la manta. La mujer no era una mujer como tal. Carecía de rostro, solo mostraba el principio de una cara, y su cabello no parecía poseer una longitud o color determinados. La silueta estaba lo suficientemente definida como para adivinar que se trataba de una mujer, pero no lo bastante como para determinar un peso, altura o forma. Junto a Thane, quien contemplaba la puesta de sol de forma muy pacífica y con mucha luz en los ojos, la mujer parecía imaginaria.

«Porque lo es», comprendió Ceony cuando una segunda brisa hizo que la falda le ondeara; también se llevó flotando pétalos sueltos de flores. «Estas son las cosas que Thane, Emery, desea».

Ella lo examinó: la paz y dicha que transmitía, los ojos que parecían irradiar vida. Estudió a la mujer desdibujada junto a él de la cabeza a los pies. «Quiere enamorarse otra vez».

Aunque sabía que no la vería, Ceony agitó la mano ante el semblante de Emery Thane con la esperanza de que pestañeara y alzara la mirada hacia ella, deseando que aquellos ojos la contemplaran como habían contemplado a Lira entre cerezos y gasas. Porque necesitaba su ayuda. Necesitaba la ayuda de Thane para escapar de ahí, porque, si no escapaba, no podría salvarlo y Ceony tenía la sensación de que estaría haciendo un flaco favor al mundo si permitía morir una mirada tan llena de vida.

Y, si Emery Thane moría, le adjudicarían el papel a otro pobre chico con sueños de encantar el metal y Ceony no podía permitir que aquel destino cayera en los hombros de otra persona.

Se enrolló la trenza despeinada alrededor del dedo índice. Esperanza. Se preguntó qué aspecto tendrían sus esperanzas en aquel momento.

Puso un pie en la manta y se arrodilló masajeándose la garganta. Tendría moratones, sin duda, pero eso era todo. Nada que no pudiera aguantar. «He lidiado con cosas peores».

La cálida brisa se le arremolinó sobre los hombros antes de elevar las semillas de un diente de león maduro y arrojarlas contra las hojas oscuras del ciruelo. El viento le recordó lo pegajoso que llevaba el pelo y la rigidez de sus ropas, resultado de haber traspasado la válvula entre las cámaras.

Tomó aliento en un intento de infundirse valor, deslizó la cadena de papel por encima de su cabeza y la estudió. Aunque sabía que la versión del Emery Thane junto a ella no era real, se sintió segura en su presencia. Tan segura como podía sentirse compartiendo su corazón con una extirpadora que podría estar en cualquier sitio...

Un rápido vistazo de la escena demostró que Lira no se encontraba por allí, así que centró su atención de nuevo en el papel

plegado que sostenía. Ceony usó las manos para recorrer con parsimonia los eslabones de la cadena, examinándolos uno por uno hasta localizar el que era ligeramente más ancho que los demás: aquel debía ser el error. Extrajo la mitad de una hoja de papel del bolso y empezó a elaborar uno nuevo para sustituirlo.

Sus oídos captaron una risa, pero no se trataba de una risa fría. No era la de Lira. Era la risa de un niño, ligera y feliz. Hinojo ladró a modo de respuesta.

Ceony giró la cabeza y vio a un crío sin forma que se asemejaba a la mujer a su lado: no tendría más de tres años, pero carecía de un rostro definido o de un tono de piel preciso. «Un niño», pensó Ceony. Corría entre las flores silvestres con sus manitas estiradas por encima de la cabeza. Un instante después, otro niño algo mayor se le unió. Era una niña. Ambos reían y corrían alrededor del otro, deslizándose arriba y abajo en la colina mientras jugaban. Despertaron a una mariposa naranja en la hierba a sus pies. Sus alas parecían de fuego en la luz del sol poniente.

Ceony no pudo evitar sonreír mientras terminaba de plegar el eslabón.

—Así que quiere una familia —susurró—. Yo también, algún día.

Reemplazó el eslabón inservible de su cadena y lo escondió bajo la manta, donde Lira, en caso de que estuviera siguiéndola, no lo encontraría. Esta vez, cuando Ceony se rodeó con la cadena, esta se puso rígida y se tensó como un cinturón. Con suerte, eso significaría que la había confeccionado correctamente.

Cuando se incorporó, cayó en la cuenta de que no deseaba abandonar aquella visión. La esperanza enterrada en el fondo del corazón de Emery era tan pura y real que podía oler el azúcar que brotaba desde dentro de los tallos de las flores y sentir el calor del sol que parecía congelado en su descenso. Era una esperanza llena de paz. Ceony se preguntó si su propio corazón podría crear algo que fuera la mitad de espectacular que aquello.

Rozó la mano de Emery, que yacía sobre la manta, y descubrió que, por una vez, no la traspasó al instante. En su lugar, la sintió como si fuera cristal.

—Yo cuidaré de ti —murmuró—. Este día llegará. Te lo prometo.

Ella e Hinojo abandonaron la manta y regresaron a la puerta cubierta de hierba donde Ceony había tropezado en la anterior loma floreada. Tiró del picaporte de latón y el atardecer se derritió sobre la piedra y la madera.

Ceony se descubrió en mitad de Parliament Square.

Capítulo 10

La colina de flores silvestres se transformó en adoquines de todas las tonalidades de gris: carbón, ceniza, pizarra y acero. El Big Ben, con su campana en lo alto de la puntiaguda torre del reloj, tocó las nueve. La gran estatua de Sir Ryan Walters agarrando las riendas de su frenético caballo de guerra se alzaba orgullosamente en el centro de la plaza. Sus detalles eran tan precisos que la estatua parecía lista para cobrar vida, pero naturalmente no lo hizo. Sir Ryan Walters y su corcel habían sido tallados en piedra y, como el hombre no había creado la piedra, ningún mago podría encantarla.

Las personas deambulaban alrededor de Ceony en toda la extensión de Parliament Square, y parecía que le dejaban un montón de espacio sin llegar a advertir su presencia. Muchos pasaban junto a numerosas tiendas cuyas puertas daban a la estatua, y algunos entraban y salían de un edificio de viviendas de seis plantas entre una panadería y una oficina de correos con estrechos callejones a ambos lados. Ceony nunca había entrado en el edificio, pero imaginaba que la factura del alquiler de una de sus habitaciones le dolería a la vista por todas las cifras que tendría.

Muchas de las tiendas de la plaza tenían carteles de CERRADO en la parte de arriba de las puertas: Wickers, la tienda de golosinas; Her Ladyship's Arms, una armería donde la podrían haber contratado si su camino en la magia hubiera tomado otra dirección; también St. Alban's Salmon Bistro. Ale for You, la tienda de licores, y

Fine Seams, la costurera que Ceony había frecuentado varias veces, aún lucían sendos carteles de ABIERTO en las tiendas. Debía de ser domingo. La mayoría de negocios cerraba los domingos.

A Ceony le encantaban los domingos. Era su día preferido de la semana, el único descanso que permitía la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos a sus estudiantes, fuera de los días de fiesta y del Día del Parlamento. El domingo era el único día en que, si Ceony no tenía deberes pendientes, podía ir a la ciudad y disfrutar. Se permitía un agradable paseo, se empapaba de los sonidos de la vida, saboreaba un simple sándwich o leía junto a la fuente de tres niveles al otro lado del Big Ben. Aquella fuente tenía un encantamiento, ya que cuando se construyó, un policreador, un mago de plástico, diseñó una alineación especial para cada nivel que hacía que la cascada de agua cayera en diferentes patrones cada cinco minutos. Hubo algunos meses en la vida de Ceony en los que llegó a considerar convertirse en policreadora, aunque solo fuera para crear algo similar a aquella fuente.

Se preguntó distraídamente si a Emery, es decir, al mago Thane, también le gustaban los domingos.

Echando un vistazo a su entorno, Ceony halló un extraño arco de madera pintado de rojo a diez pasos a su derecha. Se acercó y rozó uno de sus lados...

Ceony pestañeó y se encontró en otro punto de Parliament Square, en el extremo oriental, con la nariz a unos centímetros de una vieja puerta de madera enmarcada con forjas oxidadas en los bordes. Una astilla particularmente grande sobresalía a su derecha, apuntando a sus ojos.

Retrocedió un paso mientras una campana repiqueteaba en el aire; no era el Big Ben, sino una campana de latón que pendía en algún lugar dentro del edificio que ahora tenía delante. Aquel sitio era una iglesia, había una señal desgastada sobre la puerta: «Iglesia colegiata de San Pedro de Westminster». Recordaba vagamente la edificación por las veces que había paseado por Parliament Square. Hinojo arañó la parte inferior de la puerta con la pata.

Aunque un análisis exhaustivo de la muchedumbre no mostró señales de Lira, Ceony plegó un arrendajo de papel y le ordenó:

—Respira. —Agarrándole un ala para evitar que la criatura se alejara volando, agregó—: Mantén los ojos abiertos por si ves a una mujer de negro, de cabello largo y uñas sanguinolentas. Picotea las ventanas si la encuentras.

El pájaro dio un brinco en la palma de Ceony y ella lo soltó, permitiéndole volar a mucha altura sobre la plaza.

Ceony agarró el grueso tirador de hierro y abrió la puerta. Fue a parar a un sombrío recibidor. Al dar su tercer paso volvió a sentir que desaparecía de repente y, al cuarto, apareció en el estrecho palco en la parte de atrás de un amplio centro de convenciones, emparedado entre dos ventanas que contenían vidrieras y cuya cima era de medio círculo. Dos filas de columnas en forma de «Y», entre las que estaban dispuestas dos hileras de bancos lacados de color marrón, se extendían ante ella. Más ventanas de medio punto dejaban pasar la luz del sol y unas lámparas de araña de tres niveles proporcionaban todavía más luz. Delante de la capilla, la ventana más grande ocupaba casi toda la pared y tenía un estarcido tan diminuto en su vidriera que, desde donde se situaba ella, no podía descifrar las imágenes. Sin embargo, poseía una buena vista de los asistentes a la iglesia.

Estos llenaban cerca de la mitad de los bancos. Un hombre ataviado con una túnica blanca y una larga estola oscura sobre los hombros se alzaba al frente de la congregación, sosteniendo una Biblia desgastada que parecía pesada en la mano; pero Ceony no podía oír lo que leía.

—Les tengo envidia —pronunció una conocida voz de barítono junto a ella.

Ceony dio un respingo. Emery Thane se hallaba junto a ella, sin llegar a tocar la barandilla del palco, con las manos cruzadas en el pecho. Su aspecto era el mismo que cuando había aparecido en el banquete donde Ceony había perdido la beca y el trabajo. Sus cejas oscuras se juntaron, aunque no lo suficiente para reflejar verdadera consternación, enfado, o lo que fuera que sintiera. El resto de su

cara y su postura permaneció en calma. Ceony no podía verle los ojos lo bastante bien como para leerlos, ya que miraba hacia abajo para ver al pastor.

Sintió cosquillas que le bajaban por el cuello como el rastro de plumas suaves. Si su aspecto era el mismo, ¿podría hablar con él?

—¡Thane! —exclamó—. ¡Necesito su ayuda!

Pero el mago de papel no respondió, solo mantuvo la mirada en el mismo sitio. Ceony se mordisqueó los labios antes de intentar algo distinto.

—¿A quién envidia? —inquirió mientras se le acercaba.

—A ellos —replicó con una pequeña sacudida de su barbilla, dirigida al público fiel que abarrotaba los bancos. Ceony se sintió aliviada cuando le contestó. Parecía que aquel Emery Thane, aunque se encontrara fuera de la visión, era solo una parte de su verdadero ser: una parte que existía en la segunda cámara de su corazón—. A todos ellos en realidad. Envidio su fe.

Ceony miró hacia los hombres y mujeres en la iglesia.

—¿Le gustaría ser anglicano?

Su amiga Anise Hatter había pertenecido a la Iglesia de Inglaterra, una de las pocas que abrazaban el uso de la magia de materiales. Ceony solo había asistido a misa en la iglesia una vez.

—Creo que la vida sería mucho más... sencilla si un hombre pudiera creer en algo ciegamente —repuso, sin mirarla todavía—. Un poco de aquí y otro de allí no ayuda mucho a nuestra alma. Pensar que todo está bien o que todo está mal tampoco ayuda. Del mismo modo en que un mago no puede trabajar con todos los materiales. Debe elegir uno. ¿Pero cómo lo sabe? ¿Por qué cree esta gente en su fe y no en las demás? Y, no obstante, son felices.

Ceony le tocó el codo y descubrió que era sólido, otra prueba de que aquel Emery Thane no estaba dentro de la visión.

—Simplemente se ha de aprender, supongo —replicó ella—. Explorar hasta hallar la que le vaya mejor a una persona.

Él la miró; sus ojos verdes reflejaban que estaba sumergido en sus pensamientos y reflexionando.

—¿Crees en alguna cosa, Ceony?

Su corazón se aceleró al oírlo pronunciar su nombre.

Ella sopesó la pregunta.

—Nunca he pensado mucho en ello. Supongo que no. Cuando pienso en ello... supongo que he asimilado los pedazos que me han parecido buenos de cada religión y he creado mi propia fe con ellos. La fe es algo muy personal, en realidad. Solo porque uno no se reúna una vez a la semana con un grupo de personas que crean exactamente lo mismo que tú, eso no significa que no crea en *algo*.

Él asintió, pero su expresión no cambió.

Ceony examinó la colocación de su mandíbula y los trazos de su perfil. Nunca habría imaginado que un mago de papel como Emery Thane desearía tener fe. Ella lo había metido en un molde unidimensional cuando se habían conocido, y lo había hecho con facilidad. Con Langston había hecho lo mismo. ¿A cuántos otros habría juzgado y desestimado de aquella forma, pensando en ellos como si tan solo constituyeran un trozo de papel de una cara?

En el arrullo de su conversación, Ceony oía el distante *pum pum pum* del corazón de Emery, pero sonaba... cansado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Colocó a Hinojo entre sus brazos y se alejó del palco. Debía seguir moviéndose, progresando. Debía llegar al auténtico mago Thane antes de que cualquiera de sus dos corazones dejara de latir.

Se topó con las escaleras que la conducirían fuera del palco y las bajó inmediatamente. Serpenteaban en círculos, y eran mucho más largas de lo que deberían haber sido para llegar al piso principal, a solo una planta. Ceony encontró una puerta centelleante al final de las escaleras: una puerta blanca enmarcada con escarlata, sin pomo, ni picaporte.

Apretando a Hinojo con fuerza contra el pecho, Ceony extendió la mano y la abrió de un empujón.

La iglesia se desvaneció y con ella Parliament Square. Ceony volvía a estar en una cámara alta y carnosa enmarcada con venas azules y arterias pulsantes. El constante *pum pum pum* que

retumbaba en las visiones de Emery le tamborileaba en los oídos y vibraba a través del suelo más lentamente de lo que recordaba.

A menos de diez pasos de ella reparó en otro río de sangre y en una válvula, una válvula distinta a la que había cruzado antes. Conducía a la tercera cámara del corazón de Thane. Tenía que ser así.

A Ceony se le pusieron los pelos de punta y giró sobre sus talones, en busca de la melena oscura de Lira, intentando anticipar más manos amputadas que se alzarían del suelo y la atraparían. Su corazón palpitaba a tanto volumen como el de Emery al pensar en la extirpadora. ¿De cuánto tiempo disponía hasta que Lira la alcanzara? A menos que la mujer estuviera esperándola en la siguiente cámara...

Tragó con dificultad. Hinojo le lamió la barbilla con una lengua de papel seca.

—Dóblate, chico —susurró, poniendo todo su empeño para no temblar.

¡Nunca había temblado tanto como lo había hecho en las últimas veinticuatro horas! Maldijo a Emery Thane por ser un hombre tan difícil de rescatar.

Hinojo hizo caso de lo que le pedían y se dobló hasta formar un pentágono asimétrico; entonces Ceony lo depositó con delicadeza en su bolso entre montones de papel. Echó un vistazo a la válvula y soltó una maldición. Aún recordaba lo que se sentía al atravesar aquellas paredes agobiantes: incapacidad para respirar y una dificultad tremenda para moverse; demasiado calor, demasiada oscuridad. Un miedo fijado en la parte de atrás de su lengua le sabía a rábanos verdes. ¿Y si no lograba sobrevivir? ¿Y si aquella válvula la atrapaba entre sus estrechas paredes y...?

Se tragó el miedo, que le formó un nudo en la garganta. Aun así, tenía mejor sabor que el fracaso. Si Ceony perdía a Emery nunca se lo perdonaría. Se había involucrado demasiado como para volver atrás.

Ceony se aproximó a la estrecha válvula apretando los dientes y empujando con un brazo entre sus gruesas paredes, aferrándose el

bolso a la cadera con la mano libre. Se dispuso a contar hasta tres.

Cuando iba por el dos, vociferó:

—*¡Merezco una paga después de esto!* —Las palabras retumbaron débilmente contra las paredes palpitantes.

Cuando llegó al tres, tomó una profunda bocanada de aire y se adentró en las paredes.

La cadena escudo alrededor de su torso la abrazó y las paredes calientes de la válvula se apartaron unos centímetros de ella, dándole espacio para respirar. Ceony suspiró con alivio, hasta caer en la cuenta de lo que una válvula abierta le haría al resto del corazón.

La sangre discurrió en torno a sus pies hasta alcanzarle los muslos. El primer *pum* de cada *pum pum pum* la sacudía. El cabello se le adhería alrededor del cuello como un lazo. Su propia sangre le manchaba la lengua por donde se la había mordido.

No podía respirar. *No podía respirar.*

Obligó a sus pies a seguir adelante; tenía la mano extendida en busca de algo a lo que agarrarse. Cerró los ojos con fuerza para evitar que el sudor de la frente se le colara dentro.

Ceony sintió un espacio vacío al otro lado de la válvula justo cuando sus pulmones amenazaban con estallar. Ella aferró el borde de la válvula y se empujó hacia una cámara oscura, escupiendo y recobrando el aliento. Se secó la cara con una manga sucia, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Se encontraba en el interior de una especie de despacho a oscuras. La única iluminación provenía de una ventana cuadrada de dos cristales a un metro de donde estaba ella, sin persianas ni cortinas. Por fuera, unas pocas estrellas brillaban en la noche de color azul oscuro. ¿Era el mismo despacho donde Emery había terminado su libro? Ceony se lo preguntó mientras extraía de su bolso a un Hinojo todavía doblado.

Unos pies que se arrastraban consiguieron que desviara su atención de la ventana. Registró la habitación en busca de la fuente, pero las sombras ocultaban al causante.

Se aferró al pecho a Hinojo, todavía doblado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Las sombras se movieron y alguien se abalanzó sobre ella, embistiéndola como un tren. Ceony voló de espaldas hasta chocar contra una pared, golpeándose la cabeza contra las tablas; el aliento que acababa de recobrar se le escapó de los pulmones. Su atacante la sujetó con un antebrazo por el cuello. Por un segundo, la oscura habitación dio vueltas. «¡Lira!».

Pero cuando los ojos de Ceony se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que no era Lira quien la había derribado. No era Lira quien la miraba con unos brillantes ojos verde esmeralda y el ceño fruncido.

Era Emery Thane.

Capítulo 11

Incluso en la oscuridad veía la ira irradiando de sus ojos y sentía cómo se clavaban en ella como dos trozos de cristal. El antebrazo de Emery apretó más fuerte alrededor de su cuello. El cabello negro como las sombras le caía sobre la frente. La cadena escudo no debió de reconocer la presión, ya que no hizo nada para ayudarla.

Y, de repente, Ceony se encontró al otro lado del despacho; el brazo de Emery había desaparecido de su pecho. Se aferró al borde del escritorio para apoyarse. Ella se había desplazado, pero Emery permanecía en el mismo sitio, salvo que en lugar de sujetar a Ceony contra la pared, sostenía una versión más joven de Lira; su melena oscura le caía en bucles sobre los hombros, pero su rostro seguía reflejando un toque de la rigidez que le resultaba tan familiar.

—¡Cómo te atreves! —espetó Emery, casi gritando. El veneno en sus palabras golpeó los oídos de Ceony como martillos y sacudió sus huesos. Oír aquel grado de hostilidad saliendo de los labios del mago de papel la hacía temblar—. ¿Entiendes siquiera lo que significa todo esto?

—¡Suéltame! —gritó Lira.

Emery solo le concedió unos pocos centímetros de espacio. Con Hinojo todavía doblado entre sus manos, Ceony se acercó a ellos.

—Tres días sin saber de ti. ¡Absolutamente nada! —siseó Emery, sus manos volaban en el aire como cobras atacando. Los hombros se le tensaron, lo que hizo que su cuello pareciera más corto—. ¡Y ahora eres sospechosa de la desaparición de Fräulein!

Los ojos de Lira se agrandaron.

Emery se agarró el cabello y apartó la mirada por un momento, aquellos ojos chispeantes pasaron delante de Ceony, pero no la vieron. Al contrario que el Emery Thane de la iglesia anglicana, este estaba completamente integrado en la visión y no advertía su presencia. Emery volvió a dirigirse a Lira:

—Y ni siquiera lo sabías. ¿Cómo no te has enterado, Lira? ¿Dónde has estado?

—¿Qué importa eso? —preguntó con una voz tan cortante como la de él, pero sus palabras rozaban el aire con hielo, no fuego—. ¡No soy tu mascota, Emery!

—¿Crees que no me concierne que mi mujer desaparezca sin dejar rastro? —preguntó, atónito.

Un ruidoso golpe hizo saltar a Ceony y hasta que no entrecerró los ojos no reparó en el puñetazo de Emery contra la pared, la pintura resquebrajada entre sus nudillos.

—Emery —susurró Ceony.

Él retiró la mano, con una mueca de dolor y se dirigió a Lira:

—Se trata de Grath Cobalt, ¿no? —preguntó, enfadado y dolido a partes iguales. Las emociones lo atravesaban como truenos, los rayos destellaban tras aquellos ojos fieros. Se frotó los nudillos en carne viva como si representaran su propio corazón.

—No lo metas en esto —espetó Lira.

Emery agarró los hombros de Lira y la sacudió.

—¡Lira, estás jugando con la extirpación! ¡Maldita sea, la extirpación! ¿Como puedes justificarlo? ¿Le has dado ya la espalda a todo lo bueno y puro que hay en el mundo?

La habitación se balanceó cuando la mano de Lira acarició el rostro de Emery. Los hombros de Ceony chocaron contra la puerta del despacho; se había apartado de ellos y ya no había más espacio y resollaba mientras la luz que entraba por la única ventana iluminaba a sus ocupantes. Aquel no era el Emery Thane que Ceony conocía, sus movimientos eran demasiado bruscos; su voz demasiado imponente y ruda. Le daba miedo.

Buscó con torpeza el pomo de la puerta con una mano sudorosa, lo giró y cayó de espaldas.

Aterrizó sobre hierba fría y húmeda; un cielo oscuro y nublado se extendía encima de ella. Suaves gotitas de lluvia le caían en la cara y rápidamente rodó sobre sí misma para proteger a Hinojo de la humedad. El aire frío le causó picor en la piel y envió escalofríos a través de sus brazos. Ceony se metió a Hinojo bajo la blusa y luego se incorporó sobre sus rodillas, se apartó de la frente el cabello mojado por la lluvia y el sudor, y observó a su alrededor.

Una pradera llana sin árboles ni jardines le daba la bienvenida. Una construcción de ladrillo rojo que parecía una escuela se alzaba amenazadora en la distancia. No había un camino que condujera hasta ella, pero Ceony divisó una carretera adoquinada que serpenteaba por el paisaje a bastante distancia. A su izquierda se levantaban varias construcciones de pizarra gris con tejados a dos aguas, sin ventanas ni chimeneas, demasiado pequeñas para albergar viviendas. Parecían sepulcros.

Ceony se puso en pie; el bolso le tiraba del hombro. Se lo cambió de lado.

Ponerse en pie le proporcionó la altura necesaria para que sus ojos descubrieran hileras y más hileras de hendiduras eficientemente separadas, cada una con su propia placa de cemento en la que estaban grabados nombres y fechas. En algunas reposaban ramos de flores empapados o marchitos. En una, un pequeño cordero de peluche no más grande que la mano de Ceony, mojado por la lluvia.

Ceony no solía ir a los cementerios. Eran lugares demasiado tristes. Incluso el cielo estaba de acuerdo, lloraba sin cesar por encima de ella.

Habían pasado casi cinco años desde que había caminado entre tumbas.

Estiró el brazo en busca de la puerta que daba al despacho, a pesar de saber que no se encontraría allí. Un escalofrío en los brazos se le extendió hasta el pecho y el estómago.

—Aquí no —susurró entre temblores. Se abrazó—. No quiero saber lo que hay aquí, Emery. Por favor.

Pero la escena no cambió. El cementerio la esperaba, silencioso como la nieve al caer, la llovizna que la acompañaba se le filtraba a través de la blusa.

Mordiéndose el labio inferior, Ceony anduvo un buen rato hasta dar con la carretera adoquinada y entonces la siguió para subir una colina baja. El cansancio finalmente le afectó a las piernas. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba en el interior del corazón de Emery? ¿De cuánto tiempo disponía? No tenía reloj de bolsillo, nada con lo que poder dar respuesta a sus preguntas. Se imaginó, debido al agotamiento, que debía de ser tarde, aunque su enfrentamiento con Lira y sus dificultades al atravesar las cámaras sería suficiente para agotar a cualquiera.

Extrajo un poco de queso de su bolso y se lo comió lentamente. En un rincón de su mente oía la voz de Emery repitiéndose como un disco rayado en un gramófono; sus palabras venían acompañadas de traición e ira. Si aquella cámara resultaba ser lo que ella pensaba, Ceony deseaba marcharse lo antes posible.

La carretera pasaba por encima de una pequeña colina y a la izquierda Ceony descubrió un pequeño grupo de personas vestidas de luto: dos hombres con trajes negros, un predicador con un collar blanco y negro, y cuatro mujeres ataviadas con largos vestidos negros, tres de las cuales llevaban anchos sombreros y velos cubriéndoles los rostros. Ella se aproximó lentamente, sus piernas doloridas recorrían con mucho esfuerzo la cuesta mojada. Uno de los hombres se giró hacia una mujer y le susurró algo al oído. Ceony conocía al hombre, el apicultor, aunque su aspecto era distinto. Quizás el cambio se debiera simplemente a la pena que le marcaba las facciones, pero tenía un aspecto demacrado. Exhausto. El apicultor. El padre de Emery. Una sacudida de pánico perforó a Ceony.

Con un ímpetu energético, Ceony corrió el resto del camino hasta ellos. ¡Aquella no podía ser la tumba de Emery! El corazón de una persona no podía conocer el futuro, ¿verdad?

Se quedó paralizada a medio camino, a unos pocos pasos de la tumba. «A menos que esto no sea el futuro», pensó. ¿Y si era demasiado tarde? ¿Y si Emery ya...?

Ceony se mordió el labio, pasó entre las mujeres y se colocó delante de dos tumbas limpias sobre unos montículos recientes de tierra.

Entre ellas se hallaba un niño pequeño, no mayor de tres años, que sostenía un pequeñísimo bombín contra el estómago. La lluvia le empapaba los oscuros rizos y adhería mechadas a su frente, sienes y orejas. Miraba adelante sin apenas ninguna expresión o emoción en el rostro, excepto por el mohín de su diminuta boca.

Ceony se arrodilló junto a él y trató de apartarle los cabellos húmedos de los ojos pero, naturalmente, su mano lo traspasó. Entonces leyó las lápidas: «HENRY THANE, 1839-1874» y «MELODY VLADARA THANE, 1841-1874». Ambas tenían palomas en pleno vuelo talladas bajo los nombres, junto con la imagen de dos anillos de boda que se superponían.

Ceony se apretó el pecho con las manos.

—Estos son tus padres —susurró, mirando al niño pequeño y luego al apicultor tras él. Debía de ser un tío, a juzgar por el parecido físico.

Ira. Traición. Muerte. Tiempos oscuros. Eso eran aquellos recuerdos. Ceony había pasado por la bondad de Emery y sus esperanzas; tenía sentido ver su oscuridad también. Ver su sufrimiento y sus vicios. Ver las sombras proyectadas tras aquellos ojos brillantes.

Las gotas de lluvia en la hierba se le filtraron a través de la falda. El niño miró a un punto indefinido entre las lápidas; cerró los párpados de sus grandes ojos. Había gotas de lluvia en sus pestañas.

—Por favor, permítemelo —musitó Ceony—. Sé que está en algún lugar por aquí, Emery. Deje que lo ayude.

Ceony intentó apartar el pelo mojado de la cara del niño una vez más y, en aquella ocasión, sus dedos notaron algo vidrioso. No era piel, ni pelo, pero al menos podía tocarlo.

Rodeó los hombros del niño con sus brazos y lo atrajo en un abrazo.

—Todo irá bien, te lo prometo —murmuró ella—. He visto tu futuro, y vas a lograr muchas cosas. Tus padres estarían muy orgullosos de ti. Todo mejorará. Volverás a ser feliz.

«Me aseguraré de ello».

Dio un beso en la frente a Emery y le quitó el bombín de entre los dedos para poder colocárselo en la cabeza. La tormenta ya lo había dejado empapado, pero al menos el bombín le protegería los ojos del agua. Se puso en pie y buscó algo seco para limpiarse la cara, pero sus opciones eran limitadas. Tenía que alejarse de la lluvia: si se mojaba del todo, Hinojo también se mojaría, y no creía que pudiera llegar mucho más lejos sin él. No en aquel lugar oscuro.

Ceony pisó por encima de las tumbas con reverencia y se deslizó entre el apicultor y el sacerdote para alejarse del funeral y del camino. El cementerio parecía extenderse hasta el infinito, más allá del horizonte, hasta que el mismo cielo pareció lleno de tumbas.

Siguió su marcha.

Alcanzó un muro de piedra que le llegaba a la altura de las rodillas y caminó sobre una porción que estaba erosionada y desmoronada. La hierba fue volviéndose más corta y rígida bajo sus pies, hasta que los zapatos le repiquetearon en amplias baldosas negras y blancas. Un techo en forma de arco a casi tres plantas por encima de su cabeza reemplazó las nubes y la lluvia. El cabello y la ropa de Ceony se secaron al instante; el calor en el aire aumentó hasta adquirir una temperatura normal.

Ella se tomó unos segundos para asimilar el gigantesco atrio. No, era un vestíbulo. Columnas de color cobre se alzaban a lo largo de las paredes de los dos lados y, entre ellas, había nichos en forma de pera en los que se mostraban distintos tesoros: jarrones pintados, viejos documentos amarillentos enmarcados con cristal grueso, retratos de la reina o bustos de antiguos reyes. Uno de los bustos parecía especialmente erosionado en la nariz.

Largas filas de ventanas cuadradas dejaban pasar la luz solar por el techo. Algo del lugar le resultaba familiar a Ceony, pero no

podía discernir el qué. Nunca se había encontrado en aquel sitio en particular. O, tal vez, simplemente no lo había visto desde aquel ángulo.

Extrajo a Hinojo del interior de su blusa. Si la lluvia del cementerio lo había mojado, entonces el cambio de escenario también lo habría secado.

Ella desplegó al perro, que inmediatamente cobró vida y empezó a rascarse detrás de las orejas de papel con su pata trasera. Ceony rio y le frotó la barbilla.

—No te alejes, chico.

Empezó a caminar, sus pasos sonaban particularmente ruidosos; los de Hinojo, extremadamente silenciosos. El perro corrió hasta un helecho junto a una de las columnas y olisqueó el borde de su maceta de cerámica.

Unos débiles susurros acariciaron los oídos de Ceony. Se detuvo para escuchar. Se aproximó con cautela dada su reciente interacción con los personajes del corazón de Emery.

Reconoció las dos voces: la primera era de Emery. La segunda, que se oía menos clara, pertenecía al mago Hughes.

Giró la esquina para verlos apoyados contra la pared por fuera de una habitación con puertas dobles. Aquellas puertas le dieron una pista sobre el lugar: era el Parlamento. Lo había visitado una vez hacía muchos años, cuando su padre aún trabajaba de chófer.

—... no creo que vaya a funcionar —musitó Emery. Se erguía con las manos agarradas a los codos y los ojos fijos en la pared opuesta. Llevaba un abrigo verde salvia semejante al azul oscuro, pero con más botones—. Lo he desatendido. Solo ha sacado el tema una vez, pero, llegados a este punto, me estoy retrasando con su certificado. Edward es un joven brillante. Se merece algo mejor, y no voy a obligarlo a posponerlo.

—No, posponerlo no —acordó el mago Hughes, frotándose la corta barba blanca con el dedo índice y el pulgar—. Pero van a evitar la transferencia. Modifica el método. Cambiar los planes de las clases y volver a adaptarse lleva un tiempo. Ambos necesitaríais presentar buenos argumentos.

—Mi matrimonio se desmorona, Alfred —confesó Emery. Soltó un largo suspiro y deslizó las manos en los bolsillos. Su voz cargaba con un peso tan grande que Ceony se removió contra la pared.

El mago Hughes puso una mano en el hombro de Emery.

—Lo lamento. Yo voy por el tercero. Es difícil, pero seguro que con un poco de tiempo...

—Creo que es extirpadora —interrumpió.

Las palabras apenas fueron audibles, pero sonaron como un estruendo en el pasillo vacío.

El mago Hughes murmuró algo en una lengua seca antes de balbucir:

—No... no puedes hablar en serio.

—Preferiría no creerlo —replicó—, pero he visto indicios. —Vaciló un momento—. Aunque, claro, llevo cuatro meses sin verla.

Ambos permanecieron en silencio durante un largo minuto. Cuando Ceony se daba la vuelta para marcharse, el mago Hughes prosiguió:

—Lo que sabes, Emery, podría resultar de utilidad. Conozco algunas personas, no la policía en sí, que trabajan incansablemente para extinguir la magia oscura. Pero si lo deseas, podría presentarte...

Los labios del mago Hughes continuaban moviéndose, pero ya no podía oír lo que decía, parecía que estuviera haciendo mímica. Los ojos de Ceony se desplazaron entre él y Thane, esperando el intercambio de información, pero se habían convertido en dos marionetas y a Ceony se le daba muy mal leer los labios. Con un gruñido, resistió el impulso de dar un pisotón.

Hinojo jadeaba detrás de ella y Ceony pestañeó, los ojos le escocían al haberse quedado tanto rato mirando fijamente. Mientras se alejaba de Thane y Hughes bajo un arco de granito, el Parlamento desapareció y lo sustituyeron unos pasillos abarrotados y unas escaleras bajo un techo de guijarros. Una campana estridente repicó encima de su cabeza.

Se encontraba al final del pasillo principal de la Academia Granger, su instituto de secundaria.

Los pasillos estaban transitados por jóvenes que charlaban, caminaban y comían. Una pareja especialmente cariñosa se besaba junto a la vitrina de trofeos de tenis, que albergaba muchos menos de los que Ceony recordaba, hasta que un hombre con chaleco arreó el trasero del muchacho con una regla y le dijo a la pareja que continuara su camino. Detrás de ellos, un trío de chicas con peinados altos y labios pintados se susurraban cosas mientras ocultaban sus bocas con las manos. La más bajita del grupo se reía tanto que resoplaba, lo que provocaba risitas en sus acompañantes. El trío se desplazó cuando una mujer de cuerpo estilizado que sostenía una carpeta bajó las escaleras con unas gafas sobre el borde de la nariz. La mujer no alzó la cabeza para mirar a nadie mientras pasaba.

Ceony apartó la atención de la gente y se centró en el edificio. Reconocía la Academia Granger, aunque el instituto tenía un aspecto distinto del que recordaba: el suelo estaba compuesto por baldosas de linóleo, en lugar de la rígida moqueta color rojo oscuro que había pisado entre clase y clase durante cuatro años. Y las barandillas de las escaleras eran de pino en lugar de roble. Aparte de eso, el edificio estaba igual. La Academia Granger también había sido el instituto de secundaria de Emery, y ese debía de haber sido su aspecto cuando él asistía a las clases.

Recordó a Anise Hatter, una amiga suya de aquella época. Pero apartó rápidamente este pensamiento. Ese día estaba paseando por el corazón de Emery, no por el suyo.

Un destello de cabello negro hizo saltar a Ceony, pero solo era otra chica no mucho más joven que ella, una jovencita que se parecía a Lira, pero con un rostro más ancho y una nariz más contundente. Aun así, Ceony apretó los dientes y dijo:

—¿Quién sabe lo que nos encontraremos aquí, Hinojo?

Debía admitir que la nostalgia del instituto no se ajustaba a la atmósfera de las visiones previas en aquella cámara. No obstante, permanecería alerta y, con suerte, Hinojo advertiría todo lo que a ella le pasara por alto.

Ceony se palpó la cadena escudo alrededor del pecho. Si el agua y la sangre la habían estropeado, el cambio al Parlamento, y ahora al instituto, la habría reparado. Bien. Pensó en plegar más pájaros contra el duro suelo del centro, pero al final lo descartó. El débil corazón de papel que había procurado a Thane le proporcionaba un tiempo limitado. Tendría que confiar en su escudo encantado y en el abanico para protegerla.

Empezó a andar por el corredor lleno de ganchos para colgar los abrigos y también de taquillas repletas de libros, deberes arrugados y cajas para el desayuno. Las clases debían de haber terminado hacía poco, ya que los pasillos estaban completamente abarrotados de estudiantes. Ceony intentó evitarlos, pero había demasiados. Se paró y se dio cuenta de que todos la atravesaban, recordándole que era ella la anomalía en aquel lugar. Ella e Hinojo.

El grupo de estudiantes pasó de largo, seguido por la señora Goodweather, la profesora de Álgebra de Ceony, más regordeta y un poco más joven de lo que la recordaba. Adelantó a la señora Goodweather, que llevaba una falda violeta muy ceñida, avanzó rápidamente y divisó un grupo de chicos, tres de pie y uno en el suelo con un libro en el regazo. En las manos sostenía un papel doblado. Ceony corrió hacia él.

—Em... —empezó ella, pero el niño del suelo no era Emery Thane. Tenía el cabello negro y enmarañado, sí, pero su piel cubierta de acné era demasiado pálida, su nariz demasiado puntiaguda y llevaba unas gafas de montura fina. Un montón de pecas, como las de Ceony, le moteaban las manos y sus ojos eran de un marrón claro, no verde.

Aun así, reconoció el artilugio a medio plegar en sus manos: una caja de la fortuna. O el principio de una.

—Supongo que el papel es la única cosa que te deja ponerle las manos encima, ¿eh? —preguntó uno de los chicos que estaban de pie tratando de hacer reír a los otros—. ¿No tienes nada mejor que hacer que ocupar el espacio, Prit?

Ceony se volvió hacia los chicos, no soportaba a los abusones, estaba lista para soltarles una buena regañina con las esperanza de

que la visión le permitiera interactuar con ellos. Cuando abrió la boca para recriminarles su comportamiento las palabras se le quedaron atascadas en algún lugar entre el paladar y la lengua, y se le escurrieron de entre los labios.

El muchacho que se había mofado tenía el pelo corto de ébano y unos brillantes ojos verdes.

Emery.

Su aspecto era distinto: era mucho más joven y también más desgarbado. Debía de haber pegado el estirón a una edad temprana, ya que sacaba una cabeza a sus compañeros, y no podía tener más de diecisiete años. Su rostro era más delgado, su quijada menos pronunciada y Ceony distinguió una evidente falta de madurez en sus ojos. Ojos que no albergaban compasión. Ojos que solo «se divertían», como solían hacer los chicos adolescentes.

—¿Estás sordo? —preguntó uno de ellos, de cara cuadrada y constitución robusta. Dio un empujoncito a Prit con el pie—. ¿No tienes nada mejor que hacer? Necesitamos este espacio para caminar.

Prit frunció el ceño con la mirada gacha. Intentó alisar la caja de la fortuna contra su libro de astronomía para realizar el siguiente pliegue, pero Emery metió el pie entre sus piernas y la cubierta del libro para girarlo. Rodó sobre la pierna de Prit hasta el suelo y se cerró encima de la caja de la fortuna, destrozándola. No habría funcionado sin la unión, naturalmente, pero eso daba igual.

Emery y sus acompañantes estallaron en risas mientras Prit, en silencio, recogía el libro y se levantaba. Le dio la espalda a Emery, tal y como se le había enseñado siempre al acosado.

—*Ignóralos y ya está* —le había aconsejado su madre, pero Ceony sabía por experiencia que ignorarlos no hacía que huyeran.

A su mente llegó la imagen de Mickel Philsdon, un chico corpulento de hombros anchos que la había llamado morsa en séptimo, antes de que le salieran los dientes. Lo había ignorado durante dos años, pero la incansable tortura solo empeoró. No paró hasta el primer día de secundaria en el que Ceony se enfrentó a Mickel y le soltó lo que pensaba de él de manera implacable. Por lo

que Ceony sabía, lo único que los acosadores entendían era el acoso, simple y llanamente. Mickel la evitó después de eso.

—Hazte valer —se encontró aconsejándole a Prit que, obviamente, no respondió.

Emery le dio un empujón a Prit, haciéndolo tambalear.

—Más rapidito, chico de papel.

Él aceleró el paso y desapareció entre la multitud.

Con el ceño fruncido, Ceony se dirigió a Emery y le espetó:

—Era un auténtico capullo, ¿lo sabía?

Emery bajó el brazo hacia donde Prit había estado sentado y recogió una bolsa de papel: había dejado allí su desayuno. Rebuscó en el interior, mientras el amigo de su derecha se asomó por encima del brazo para ver el contenido.

—Me pido la galleta —declaró el lacayo de Emery.

Emery cogió una manzana roja y le lanzó la bolsa a su acompañante; luego se deslizó hasta el suelo, estirando sus delgadas piernas. Frotó la manzana en su manga y le dio un mordisco.

Entonces se dobló y rebuscó debajo de su trasero para sacar una rana plegada: otra manualidad de Prit. Soltó una risita con el bocado de manzana aún en la boca y arrugó la rana en su mano.

—Menudo idiota —soltó, y luego le arrojó el montón de papel a una chica de piel oscura que cruzaba delante de él en ese momento. La chica le lanzó una mirada cortante, pero prosiguió su camino sin abrir la boca.

—Vamos, Hinojo —ordenó Ceony. Cuando perdió de vista al mago de papel, respiró profundamente. Aquello era el pasado, al fin y al cabo. No servía de nada molestarse por ello.

—Aun así —pronunció en voz alta—, tendré que preguntarle qué le hizo cambiar de opinión con respecto al Plegado. Y espero que se haya disculpado.

Los estudiantes fueron vaciando el pasillo para entrar en sus respectivas aulas; eso ayudó a Ceony a vislumbrar unas puertas dobles que parecían conducir al exterior. Ella asumió que esas

puertas revelarían otro fragmento del corazón de Emery Thane, o que la enviarían a la tercera cámara, que aún tenía que ver físicamente. Confiaba en que fuera esto último, necesitaba escapar de la trampa de Lira lo antes posible y la única salida plausible parecía estar al final del corazón. Se veía obligada a llegar hasta allí, del mismo modo que se había visto obligada a vivir todas aquellas historias, una por una, para llegar hasta donde estaba.

Abrió la puerta y se encontró en un despacho que conocía; el primero al que había entrado en aquella cámara. La iluminación se componía de la tenue luz del sol poniente filtrándose por la ventana cuadrada y de las velas dispuestas en el escritorio y en los estantes de alrededor. Ceony vaciló en la entrada del despacho, pues el recuerdo demasiado reciente le agujoneaba el cerebro con alfileres.

Emery estaba sentado en el escritorio, leyendo encima de una pila pequeña de papeles, aunque no de los que se plegaban. Sostenía un bolígrafo en una mano y se enredaba la otra en el pelo, más corto que en el presente de Ceony.

Hinojo olisqueó la alfombra malva extendida sobre las tablas del suelo con manchas antiguas. Ceony cerró la puerta detrás de ella.

Todo en el despacho, más pequeño que el estudio en la casa de ladrillos amarillentos en las afueras de Londres, hablaba de Emery. Estantes, baúles y muebles se situaban contra las cuatro paredes de la habitación, todos colocados en un orden casi simétrico; no había ni un ápice de espacio sin utilizar. Un atractivo estante de madera de cerezo contenía pilas y pilas de papel de color cascarón, verde amarillento y rosa, todos de formas rectangulares y cuadradas de diferentes tamaños. Otro estante sujeto con abrazaderas de metal contenía volúmenes interminables de libros muy viejos, algunos de los cuales coincidían con los del estante del dormitorio del presente de Emery. Encima de aquel estante había una colección de botellas de cristal llenas de capas de arena en colores chillones, una encima de la otra, reposaba un marco vacío. Ceony se preguntó si alguna vez habría contenido alguna foto.

Un vaso medio lleno con alguna clase de té descansaba al final del escritorio. Ceony lo tocó: estaba frío. Lo olisqueó un poco y notó

un toque de menta. Ahora que lo pensaba, no había visto café en la cocina de Emery; quizás no le gustaba el sabor. O quizás le ponía nervioso; Ceony pensó que «nervioso» no era una de las características de su personalidad.

Un montón de trastos cuidadosamente colocados inundaban el escritorio por todas partes, excepto por un rectángulo perfecto en donde Emery leía aquellos papeles: un bote lleno de utensilios para escribir y una brújula, un pequeño calendario que representaba distintas especies de árboles, una botella de arena manchada con tinta. Más papeles, carpetas y pequeños estantes con todavía más papeles y carpetas. Su inspección se detuvo un momento en una maqueta del Teatro de Surrey elaborada únicamente con papel, desde las columnas a modo de guardas en la entrada hasta la bandera inglesa que colgaba del el capitel que sobresalía en la cima de la cúpula. Ceony lo contempló maravillada un rato, preguntándose cuánto tiempo tendría que haber invertido en una pieza tan detallada. Aunque probablemente la traspasaría, no se atrevió a tocarla, a pesar de que las puertas delanteras daban la impresión de haberse hecho para poder abrirse usando las bisagras en la pared delantera de la construcción.

Miró hacia Emery; creaba unas cosas tan bonitas...

Emery pasó una de las páginas y empezó a escribir en el margen inferior. Ceony centró su atención en los documentos, gruesos montones de incoherencias legales con letra pequeña apretujada en todas partes entre márgenes de dos centímetros. Cada párrafo tenía su propio número y algunas de las frases se habían escrito enteramente en mayúsculas y se habían separado con rayas negras. En la parte inferior, Emery garabateó su firma: tenía una caligrafía espectacular, sus letras en minúscula eran de la misma anchura, y la «e» y «t» mayúsculas de su nombre se habían dibujado con una pequeña floritura. Parte de Ceony quería trazar esas letras solo para aprender a garabatearlas la mitad de bien.

Pasó la página y comenzó a examinar la siguiente; sus labios estaban fruncidos, sus ojos mostraban concentración y los tenía arrugados. Ceony leyó el encabezado en la parte posterior de la

página: «SECRETARIO DEL CONDADO DE CLERK | DECLARACIÓN DE DIVORCIO».

La iluminación del despacho disminuyó cuando el sol finalmente se ocultó del mundo. Ceony atisbó la fecha que había escrito junto a su segunda firma. Habían pasado exactamente dos años y cinco meses desde aquel recuerdo. ¿Llevaba todo ese tiempo viviendo solo?

Algo produjo un repiqueteo en otro lugar de la casa. Se puso tensa y se metió la mano en el bolso para coger el abanico. Pero Emery también se había puesto rígido. También lo había oído, lo que significaba que no podía ser la Lira del presente. Las imágenes del corazón de Emery reaccionaban ante la presencia de Lira de la misma forma que a la de Ceony, es decir, de ninguna manera. Lo que fuera que hubiera producido el sonido formaba parte de la visión, aunque una sensación de escozor seguía agitándose bajo su piel.

Emery se levantó de la silla; las tablas de madera chirriaron a su paso mientras se alejaba del escritorio. Tenía la mandíbula tensa. Rodeó la mesa y traspasó a Ceony cuando iba hacia la puerta.

Transcurrió un instante antes de que se cruzara de brazos y dijera:

—No esperaba verte otra vez.

Como respuesta obtuvo un silencio.

Un largo suspiro surgió de los labios de Emery. Ceony estiró el brazo para tomarle de la mano, pero se contuvo. Él volvió a hablar:

—He dispuesto encantamientos de protección.

Transcurrió otro instante antes de que la puerta se abriera con un crujido. Ceony apretó el abanico cuando Lira apareció para recordarse a sí misma que no se trataba de la auténtica Lira, la actual. Su pelo era demasiado corto y la malicia en sus facciones era menos evidente. De hecho, miró a Emery con los ojos de un cachorro perdido desde hacía mucho tiempo y se mordía el labio como una niña a la que hubieran regañado. Llevaba un vestido ceñido que le acentuaba la cintura. El escote del vestido estaba

desabotonado por la mitad, revelando las suaves curvas de sus pechos.

Hinojo ladró y Ceony hirvió por dentro con lo que sabía que había hecho. Se obligó a relajarse. Su apariencia atormentada era fingida, eso estaba claro. Ceony no se lo tragó ni por un segundo.

Y Emery tampoco. Su expresión permaneció perfectamente educada, como la de un padre frustrado.

—Necesito ayuda —musitó Lira.

—Dame una razón para no dirigirme al telégrafo ahora mismo e informar de tu paradero —espetó con voz fría.

Ceony supuso que Lira habría tenido más de una escaramuza con la ley desde la última visión en aquel despacho. Se preguntó si para ese momento ya se habría unido a la carne; no tenía ni idea de cómo una se podía convertir en extirpadora y tampoco tenía ningún interés en saberlo.

Lágrimas, lágrimas de verdad, cubrieron las oscuras pestañas de Lira. La mujer tenía talento.

—Solo una noche, Emery, por favor —suplicó ella—. Por la mañana ya no estaré. Solo necesito un sitio donde pasar la noche.

—Sé de algunas celdas que te servirían perfectamente.

—¡Soy inocente! —exclamó, pero Emery simplemente respondió alzando una ceja, escéptico. Las mejillas de Lira se sonrojaron y unas arrugas pronunciadas le cubrieron la frente—. ¡Piensa en todo lo que te he dado, Emery! ¿No sabes lo que harán conmigo? ¡Soy inocente!

Emery se rio y estiró las manos a ambos costados. Ceony hizo una mueca de dolor al ver el modo en que el gesto exponía su corazón. Apartó el vívido recuerdo de las afiladas uñas de Lira escarbando en su pecho mientras él pendía de la pared del comedor, con Ceony a su lado demasiado indefensa como para ayudarlo.

—¡Sé lo que eres, Lira! —vociferó—. ¡Todo el mundo lo sabe! ¿Crees que puedes hacerte la inocente ahora?

—¡No estabas ahí! —gritó ella.

Ceony se le acercó más para examinarle las facciones e intentó averiguar sus secretos. Deseaba apartar a Lira de Emery de un empujón, pero su mano traspasó el torso de la mujer como si se tratara de una ilusión leída en un libro de cuentos. No, a Ceony no se le permitiría interrumpir aquel recuerdo.

—¡No lo entiendes! —lloriqueó Lira.

—Lo he intentado —replicó Emery mientras se sentaba en el borde del escritorio y lo agarraba con dedos rígidos—. Dios sabe que lo he intentado, Lira. Solo... solo márchate.

—No puedo —susurró—. Me han localizado.

—¿Y los demás? —preguntó Emery—. ¿Grath? ¿Menion? ¿Saraj?

Lira sacudió la cabeza, parecía desesperada.

—He venido sola. Quiero alejarme de todo eso, Emery, ¡tienes que creerme! ¿Pero cómo voy a limpiar mi nombre si Grath y sus recaderos han lanzado calumnias contra mí? ¿Cómo puedo empezar una nueva vida cuando todos y cada uno de los policías de gorro azul intentan ponerme una soga alrededor del cuello?

Emery sacudió la cabeza y se masajeó las sienes.

—Hay delincuentes a quienes han castigado por mucho menos, Lira. ¿O lo has olvidado...?

—¡Soy inocente! —rugió, dio un paso adelante y aferró la manga de Emery—. ¡Solo he sido una mascota para ellos, un chivo expiatorio! Sé que soy una tonta, ¡pero todo el mundo se merece una oportunidad para rectificar sus errores! Y, ay... mis errores...

Ceony frunció el entrecejo.

—Está jugando usted —señaló—. Mírela a los ojos, está actuando. Recibí clases de teatro en secundaria: lo sé.

Pero aquello era el pasado, Ceony no podía cambiarlo. No podía evitar la pena que aquella mujer apilaba sobre Emery. No podía impedir que le arrancara el corazón.

Pero lo deseaba.

Miró a Emery, cuyos ojos habían empezado a suavizarse.

—¡No la crea! —gritó Ceony e Hinojo ladró a modo de acuerdo con su dueño. ¡Un perro de papel era más sensato que aquel hombre!—. ¡Sabe la clase de persona que es, la clase de persona en la que se convertirá!

—Lo peor de todo eres tú —susurró Lira, agitando sus gruesas pestañas. Se hundió contra Emery como un saco medio vacío—. Lo eres todo para mí, Emery, y lo he arruinado todo. Les dejé entrar en mi cabeza. Pensé que tú...

Se detuvo de forma dramática y se apartó de él.

—Pero eso ya no importa. No me crees.

—Lira...

—¿No podemos volver a donde estábamos? —preguntó con los ojos húmedos—. ¿No podemos huir y mudar toda esta piel?

Una mala metáfora. Emery empezó a endurecerse de nuevo.

—Sabes que soy uno de ellos —señaló—. Ya les he ayudado a localizarte antes.

—Lo sé —replicó. Ceony le examinó el rostro atentamente, pero esta vez no pudo leer la expresión de Lira. Maldita mujer con sus facciones perfectas de porcelana—. Lo sé y merezco tu desprecio. Sé que te he perdido... —Lira miró intensamente a Emery y Ceony vio que, efectivamente, se habían suavizado y comenzaban a dudar de su propia opinión sobre la extirpadora—. ¿O no es así?

«Debería marcharme. Tengo que marcharme», pensó Ceony; su amargura no cesaba de removerse. Tenía la impresión de que no quería ver adónde conducía aquella visión. Buscó la puerta detrás de Lira pero, cuando la abrió, solo vio el vestíbulo al otro lado, además del resto de la casa. No había nuevas imágenes, ni las paredes carnosas de la cámara. El distante pum pum pum seguía repiqueteando en algún lugar fuera de su alcance. Confiaba en que la debilidad de los latidos constituyera tan solo un efecto colateral por encontrarse en mitad de un recuerdo.

Volvió a girarse hacia Lira y Emery. Un instante después, llamaron a la puerta con firmeza: dos toques lentos, dos rápidos. La arruga en el entrecejo de Emery le indicó que conocía a la persona que había llamado a la puerta.

Los labios de Emery se apretaron en una fina línea. Lira se aferró a su camisa.

—Por favor —musitó ella—. Por favor, créeme. Me conoces mejor que nadie, Emery. Debes escucharme.

Emery vaciló un momento antes de agarrar a Lira por las muñecas y separarle los dedos de la ropa. Se desplazó hasta el vestíbulo traspasando a Ceony para llegar a la puerta principal. La casa se iba construyendo silenciosamente en torno a él según caminaba, como si su presencia permitiera a Ceony ver lo que descansaba en la oscuridad más allá de la visión.

Ella lo siguió por el vestíbulo. Aunque la puerta principal tenía una estrecha ventana de cristal, la penumbra era demasiado densa como para ver algo, salvo la luz amarilla al otro lado.

Emery abrió la puerta a dos policías, ambos sostenían un farol.

—¿Qué sucede? —preguntó Emery.

—Disculpe que le molestemos tan tarde, maestro Thane —pronunció el policía más alto—, pero creemos que Lira Hoppson se encuentra en la ciudad.

—¿Lira?

—No —murmuró Ceony tras él—. No, Emery, no les mienta. No la proteja.

El policía asintió.

—Pensamos que podría intentar ponerse en contacto con usted o con su propia madre. ¿Usted ha...?

Transcurrieron unos cuantos segundos tensos. Ceony contuvo el aliento.

—Lo siento —replicó Emery—. Pero gracias por la advertencia. Vigilaré la casa.

—Tal vez debería alojarse en otro sitio hasta que la localicemos —sugirió el segundo policía—. Si se entera de algo...

—Se lo comunicaré —afirmó Emery que asintió con la cabeza—. Naturalmente. Gracias.

Los policías inclinaron la cabeza y se alejaron del porche. Ceony sintió que su propio corazón bombeaba gotas frías que iban a parar

a su estómago y le provocaban náuseas.

Se apoyó contra una pared que la sostuviera solo para oír el chirrido de las bisagras cerca de su oreja. Los colores de la casa daban vueltas a su alrededor, pero no se transportó a otra visión. Reapareció en el despacho con Hinojo y Lira mientras Emery cerraba la puerta tras él.

—Gracias —musitó Lira.

—Es más de lo que te mereces —repuso Emery con los ojos fijos en el suelo.

Lira avanzó hasta él, dudosa, y le envolvió la cintura con los brazos. Enterró la cara en su cuello y repitió:

—Gracias.

Ceony se mordió los labios hasta percibir el sabor de la sangre. Se sentía paralizada. ¿En qué medida sería diferente el futuro si el mago Thane hubiera entregado a Lira cuando había tenido la oportunidad? Ceony estaba atrapada dentro de su corazón en un intento de salvarle la vida, ¡todo porque él se había negado a enviar a una celda a aquella horrible mujer!

Tenía mucho calor y sentía como las lágrimas le escocían detrás de los ojos. Caminó hasta la pared más apartada.

—Déjeme ir —suplicó ella—. Déjeme ir a otro sitio. A cualquiera.

Emery dijo algo con voz demasiado queda, por lo que Ceony no lo oyó.

Lira se apretó contra él de tal modo que Ceony se ruborizó todavía más. Lira murmuró:

—Te quiero, Emery. Sabes que te quiero. Seguro que lo sabes.

—Lira...

—No habrías hecho que se marcharan si no lo supieras —susurró—, si ya no me quisieras.

Sus largos dedos reptaron por su nuca como si fueran patas de araña; a cada paso le inyectaban veneno. Lira empujó la boca contra la suya. Él se resistió al principio, pero, igual que un insecto infectado, dejó de forcejear y ella lo arrastró hasta su telaraña.

Una lágrima escapó de los ojos de Ceony. Tenía que marcharse, pero ellos le bloqueaban la puerta, ellos...

Reculó hasta la pared y la golpeó con un lado de su puño. Nada cambió. Antes de que pudiera caer otra lágrima, recogió a Hinojo del suelo y gritó:

—¡Déjeme ir! —El tono de su voz era tan elevado que sus propios tímpanos se estremecieron—. ¡Emery Thane, déjeme ir!

El despacho sucumbió en sombras, luego en la nada. El aletargado tamborileo del pum pum pum palpitaba por todas partes; una pálida imitación del ritmo frenético de su propio corazón. «Una cámara más», pensó, aferrándose a los retazos de calma que desprendían las palabras. «Solo queda una».

Pero la tenebrosidad de la tercera cámara aún no había acabado para Ceony. En lugar de paredes rojas, un río de sangre y una estrecha válvula que la conducía a la cuarta cámara, Ceony se vio en una ciudad desconocida con el cielo crepuscular nublado y unos estridentes silbatos de policías que no cesaban de sonar a su alrededor.

Capítulo 12

Ceony jamás había estado en aquella ciudad.

Una calle estrecha de adoquines mojados se extendía ante ella; sus canalones se hallaban repletos de nieve moteada de barro. El cielo nublado hacía que todo fuera azul y gris, parecía el final de la tarde, las horas previas al crepúsculo, pero el manto de nubes ocultaba el sol de manera tan efectiva que Ceony no podía estar segura de la hora que era. Su respiración se convertía en vaho. Hinojo retrocedió y se situó entre sus piernas, la sangre no dejaba de palpar en el cuello de Ceony. Paredes de ladrillo oscuro se cernían a sus lados hasta alcanzar la altura de dos plantas. Una terminaba en forma de arco, algo distinto a todas las formas arquitectónicas que Ceony había visto en Londres. La estrecha calle terminaba justo detrás de ella, en unas escaleras de cemento que giraban hacia un edificio de oficinas. El otro extremo finalizaba con otra pared de ladrillo donde se situaba otro edificio adosado al de sus vecinos.

Los silbatos de la policía resonaban como *banshees* a su alrededor, estridentes y agudos. Ceony se tapó los oídos y cerró los ojos. No quería estar allí. «Déjeme ir, déjeme ir, déjeme ir».

Pero no podía hacer desaparecer la escena solo por deseárselo. El frío se le metió bajo la ropa y le quemó el interior de la nariz. Los silbatos aumentaron de volumen, seguidos por una fuerte estampida de botas militares.

Ceony echó a correr.

Trotaba con Hinojo ladrando a su lado y se detuvo el tiempo justo para recoger al perro y protegerle las patas de papel del suelo mojado. Se agachó, esquivando el arco de ladrillo que daba paso a otra calle cuyos adoquines estaban resquebrajados y dispersos. Pisó un charco de lodo, que le salpicó las medias. Los silbidos se multiplicaron entre los edificios, un banco con ventanas oscuras, un restaurante con las persianas bajadas, y la asaltaron por todas partes. Ahogaban el suave *pum pum pum* que debería haber llenado el silencio entre respiración y respiración..

Ceony dobló una curva cerrada en la siguiente intersección y se topó con dos policías, a los que traspasó. Trastabilló sobre el empedrado resbaladizo y perdió el equilibrio, girándose en el aire para evitar que Hinojo cayera sobre el suelo mojado; un movimiento que le costó una violenta caída contra el suelo, que le provocó un dolor agudo en el coxis y la pierna. Ceony aulló.

Hinojo se retorció en sus brazos y aulló, después le mascó el cabello enmarañado y tiró de él como si se tratara de una cuerda de juguete.

Ceony hizo una mueca de dolor, pero se levantó, sacudiéndose con las manos el lodo que tenía pegado en el costado. Apretó los dientes y pestañeó, esforzándose por no llorar. Más policías, y ahora también dos soldados del ejército, corrían por la calle hacia ella. Cerró los ojos y apretujó a Hinojo entre sus brazos mientras la traspasaban.

Nada de aquello era real. No era real para *ella*. Pero esa no era la sensación que tenía. No importaba cuántas veces pensara que todo aquello eran recuerdos de Thane, no era capaz de sentir que todo eso era irreal.

Sopló para apartarse el cabello de la cara y observó a los policías que trotaban calle arriba, gritándose los unos a los otros palabras incoherentes, soplando los silbatos con los labios fruncidos y los mofletes hinchados. Sabuesos a la caza de un zorro. ¿Pero quién era el zorro?

—Emery —musitó ella.

Echó a correr, a pesar de que la cadera derecha le molestaba a cada paso. Prometía ser un buen moratón por la mañana, si no antes.

Giraba los hombros de manera torpe mientras se apresuraba, todavía sostenía a Hinojo entre sus brazos. Las piernas se le movían a mayor velocidad que en el mundo real. Dejó atrás edificios oscuros, mendigos que dormían y montones de nieve a medio derretir.

Llegó hasta los policías mientras el jefe, un hombre con un poblado bigote, les daba instrucciones con gestos vehementes. El grupo se dividió en tres y cada uno tomó un camino distinto, adentrándose aún más en la ciudad.

Un pequeño planeador de papel, parecido al que Ceony había usado para ir hasta la costa, planeaba por encima de ella; le pasó por delante de la nariz y golpeó en el brazo al jefe de policía una vez, antes de desplomarse sobre el suelo.

Ceony lo observó con los ojos muy abiertos y estiró la mano para cogerlo, pero uno de los agentes lo atrapó primero. De puntillas, leyó por encima del hombro del jefe y al instante reconoció las letras perfectamente separadas de la caligrafía de Emery, aunque su nombre no firmaba la hoja.

Se esconden en la planta de envasado. Envíe a sus hombres a la parte norte. Me reuniré con ustedes allí.

—Esto es lo que hizo. Lo que hace —manifestó Ceony, mirando la cara demacrada del jefe de policía, aunque no se había dirigido a él. Parecía asustado y eso le confirmó lo que ya había supuesto—. les está dando caza. A los extirpadores. A Lira. ¿Pero cuándo? ¿Cuándo es esto? ¿Dónde estoy? ¿Está a salvo?.

El jefe de policía hizo sonar su silbato. Él echó a correr hacia el noreste; dos agentes más se le unieron en la siguiente intersección.

Ceony dio un paso adelante. Se detuvo y se dispuso a seguir el camino que el planeador había tomado para alcanzarlos. Emery se encontraría en aquella dirección.

Con el cuerpo dolorido y los pulmones resacos, Ceony corrió a toda velocidad.

No sabía dónde estaba la fábrica, pero no le hacía falta: la ciudad se fue desplegando ante ella tal y como había sucedido con las otras visiones y la dirigía hacia Emery Thane, pues corría por los secretos de *su* corazón. Cruzó el puente de un río lento de aguas verdosas que rodeaba una panadería con un letrero desdibujado y tablas clavadas en las ventanas. Subió por otro banco de nieve donde la calle se estrechaba, mientras colocaba a Hinojo cuidadosamente en la curva de su codo. Por encima de ella, sobre un edificio de viviendas y una taberna, vio la extensión de una enorme nave cuadrada de techo plano y una única chimenea cilíndrica. Se trataba de un almacén de ladrillo con ventanas oscuras y rotas. Un nido de pájaro abandonado colgaba del saliente sur.

Lo vio delante de una pesada puerta corredera que estaba oxidada por la parte del tirador y por los bordes; vestía enteramente de gris, por lo que conjuntaba con la ciudad y el cielo. Tenía el rostro sucio con aspecto demacrado. Su cabello era más largo y desgreñado que en las visiones anteriores. Ceony lo vio, pero solo un momento antes de que él, armado con una esfera de papel extrañamente compleja y un cinturón repleto de estrellas de papel plegadas, abriera completamente la pesada puerta y desapareciera en las sombras de su interior.

Ella advirtió que las sirenas de la policía habían dejado de sonar. Pero no solo las sirenas: todo a su alrededor se había sumido en el silencio. Ni rastro de pasos, pájaros, charlas, automóviles, ni viento. Hinojo se le antojaba pesado en los brazos; el bolso también le pesaba en el hombro.

Ceony no gritó el nombre de Emery ni corrió tras él. De alguna forma, romper el silencio que la envolvía parecía un error. Echó a andar, cada paso que daba era deliberadamente silencioso sobre los adoquines mojados. La puerta oxidada parecía demasiado lejana y, al mismo tiempo, imposiblemente cercana. Cuando la alcanzó, la puerta se abrió sola.

El olor a carne mojada, tanto fresca como podrida, planeaba por encima de ella como una canción fría. Tiritó, pues la temperatura del almacén era más baja que la del exterior, y sus pies hacían crujir la

sal derramada por el suelo de cemento. Ceony depositó a Hinojo en el piso y, entre dientes que no cesaban de castañetear, susurró:

—Quédate cerca.

Una escasa luz se filtraba por unos ventanales altos, muchos de ellos rotos y cubiertos con cartones o tableros. Iluminaba pasarelas metálicas que sobresalían de las paredes del piso superior. Ceony aferró el abanico de papel con la mano derecha y la tira del bolso con la izquierda. Aquel sitio parecía un escenario perfecto para que Lira, la auténtica, ejecutara su venganza. Ceony no quería acabar en el montón de carne putrefacta que hedía cada vez con más intensidad.

Entró en una segunda habitación más grande. Allí la claridad era más tenue e iluminaba docenas de anaqueles de acero llenos de ganchos para carne. Uno de cada tres ganchos contenía medio canal de cerdo o el costado de una vaca. Los cuerpos apenas parecían animales, salvo por el ocasional hocico o patas con dos pezuñas. Los trozos de músculo veteados de blanco y escarlata colgaban por encima de rejillas y desagües de olor nauseabundo.

Hinojo olisqueó los cuerpos moviendo la cola. Una rata correteó apresuradamente. Ceony silbó en su dirección y sacudió la mano para llamar la atención del perro. Desgraciadamente, lo hizo con la mano derecha, que aún sostenía el abanico de papel. Una ráfaga de viento apestoso y podrido surgió de las puntas del abanico, silbando al pasar, y llenó la habitación. Ceony cerró el abanico de golpe con la mano izquierda y contuvo un chillido cuando un pedazo de carne bovina le dio un empujoncito en la espalda, chirriando al oscilar en el gancho.

Ahora toda la carne se balanceaba, hacia adelante y hacia atrás, chirriando en las barras de las que colgaban. El movimiento hacía que parecieran animales vivos. Desesperados.

Ceony soltó aire en forma de vaho y avanzó entrecerrando los ojos en la penumbra hasta dar con una puerta abierta al otro lado de la habitación, pasados los círculos de vísceras y salchichas colgados. Corrió hacia allí, sus zapatos hacían demasiado ruido con cada paso. Una luz marrón oscuro iluminaba la pequeña habitación

que la puerta había custodiado, era un almacén y Ceony encontró a Emery de espaldas a ella. Sus hombros caídos se alzaban con dificultad al respirar. El jefe de policía se situaba junto a él, frotándose el bigote y haciendo una mueca. El almacén que quedaba detrás de Ceony se inundó de policías que portaban faroles, como si el corazón de Emery hubiera esperado a ese momento específico para incluirlos en la visión. Ninguno hacía sonar los silbatos, ni siquiera hablaban. Caminaban por allí, investigando; algunos no parecían seguros de saber qué hacer.

Hinojo gruñó con la cabeza entre las piernas de Emery. Ceony rodeó al jefe de policía y al mago de papel para mirar la escena.

Su cuerpo se volvió rígido de manera abrupta y la bilis se le agolpó en la garganta y no pudo contenerla. Apenas logró girar la cabeza antes de vomitar sobre el suelo de cemento. Le escocía la garganta y las fosas nasales; el estómago se le contraía y se le expandía una y otra vez hasta que ni una sola gota más podría haberse exprimido de él.

Incluso aunque los demás la vieran, sus arcadas no habrían conseguido desviar la atención de lo que yacía ante ella.

Cadáveres.

Partes de cuerpos, de cuerpos *humanos*, como los trozos de los animales en la habitación contigua. Ceony no pudo volver a mirar, pero para su memoria —¡maldita memoria!— había sido suficiente. Esa imagen, la imagen de hombres decapitados, mujeres cortadas por la mitad, y niños sin corazón y con el pecho atestado de larvas... esa imagen nunca, *nunca* desaparecería de su mente. Ceony habría llorado si no se hubiera sentido tan seca, dolorida y escocida por dentro.

Su olor no era distinto al de los animales pero se sintió aliviada por el sabor de su propio vómito para no percibir el olor nauseabundo de los cuerpos en descomposición.

—Hace poco —murmuró el jefe de policía—. Hace poco. Ya se han esfumado. Este es reciente, y este.

Ceony dirigió la mirada hacia la cara de Emery, de ojos grandes y hundidos, de piel pálida, con los labios agrietados abiertos.

Aunque no habló, ella podía oír sus pensamientos. «Por mi culpa», decían, «porque la dejé marchar. Han muerto porque mi corazón fue demasiado débil».

Ella veía que lo destrozaba por dentro: las arrugas de la frente, la tensión en el cuello, el brillo húmedo de los ojos. Tomó aliento, escupió y se limpió la boca. La culpa de Emery la presionaba como las paredes calientes y palpitantes de las válvulas que la ahogaban, volvían el aire denso y agrio y supo que aquella cámara contenía el peso que él aún cargaba. Incluso sin una memoria perfecta nadie lo podría olvidar. Nadie podría olvidar las sensaciones que provocaba.

Un humo empezó a flotar y el olor húmedo del hierro se le instaló en las fosas nasales. A pesar del horror y del evidente sufrimiento de Thane, aquello captó su atención.

Arroyos carmesí se agitaban delante de ella, burbujeantes y ardientes. Se deslizaban hacia ella como serpientes antes de tomar curvas cerradas en su camino para no colisionar contra la carnicería del almacén. Desaparecieron los cuerpos, los estantes y las cajas; todo excepto las paredes, el jefe de policía y el propio Emery, quien seguía mirando con la boca abierta y con los labios separados por la incredulidad. No veía a Ceony ni a Lira, la verdadera, la del presente, que se acercaba a Ceony con ojos salvajes desde la única puerta de la habitación, con sangre goteándole de los dedos. La viva reencarnación del diablo, los villanos de todos los cuentos de hadas recortados en varios trozos y cosidos en una colcha de retazos que una vez había sido hermosa.

Ceony palideció ante aquella imagen de Lira pero también ante la simple idea de *cómo* funcionaba la magia de Lira y ante la clase de horror, como arrancarle el corazón a un niño, que un extirpador tenía que llevar a cabo para lograr que la sangre hirviera. Una sangre que no había ni rozado a Ceony a pesar estar dirigida a ella.

Ceony palpó la cadena escudo de papel que la rodeaba y se tambaleó hasta ponerse en pie. Se alejó de la mujer de pelo negro azabache que parecía seriamente disgustada porque su hechizo no había surtido efecto..

Pero Lira aún no la había tocado. Gracias a Dios, no la había tocado. Todavía no. Eso es en lo que Ceony quería pensar.

Lira extrajo la daga del cinturón y se la pasó por la palma de la mano, derramando su propia sangre oscura. Murmuró algo violento y repugnante y arrojó las gotitas frente a ella. Todas las gotas hervían y se deformaban como fuego invisible, pero antes de que alcanzasen a Ceony, la cadena de papel que le cruzaba el pecho palpitó, desviándolas hacia las paredes que las rodeaban. La sangre desdibujó los detalles de la visión y succionó la argamasa que unía los ladrillos. Emery empezó a desvanecerse.

Una puerta apareció a la derecha de Ceony, junto al mago de papel, que se desvanecía. No era una puerta blanca de bordes carmesí, sino roja y con bordes sombreados.

—¡No! —vociferó Lira, rodeada de sangre, que se precipitaba al suelo en forma de lluvia. Corrió hacia Ceony con las manos extendidas.

Ceony huyó por la puerta, con Hinojo pegado a los talones, antes de que Lira pudiera agarrarla. Pero en lugar de las paredes rojas del corazón de Emery, se encontró una vez más en un despacho en penumbra, cuya escasa iluminación provenía de una única ventana desde la que se veía la noche estrellada. Se encontraba de nuevo donde había empezado todo. Las sombras se movían ante ella, depredadoras. El propio corazón de Ceony le dio un vuelco en el pecho.

Estaba atrapada.

Capítulo 13

Emerly cargó contra ella, le colocó el antebrazo frente al cuello y la empujó hacia la pared donde hacía un instante había estado la puerta roja. Cerró los ojos con fuerza, esperando a que la escena volviera a reproducirse ante ella, pero no fue así. El antebrazo de Emery la apretaba y, cuando se atrevió a mirar, los ojos del mago arrojaban fuego verde.

Un sudor frío le besó la piel. Hinojo emitió un ladrido como un susurro detrás de Ceony y se puso a morder la pierna de Emery con sus dientes de papel. Ella forcejeó, pero el mago de papel no se movía.

—Aquí no hay nada que te concierna —siseó con una voz demasiado grave, demasiado rasposa.

Nada que ver con Emery Thane. Ni siquiera el Emery de aquella misma escena, envuelto en ira y animadversión, había sonado tan frío. Ceony habría temblado si no hubiera estado sujeta con tanta firmeza contra la pared.

—Lo siento —gritó ella—. No pretendía...

El Emery oscuro le agarró el hombro. Sin apenas esfuerzo arrojó a Ceony contra un montón de cajas y libros apilados meticulosamente en un rincón. Las esquinas de los cartones se le clavaron en las costillas, novelas de bolsillo le cayeron en la cabeza.

—¡Intento salvarle! —clamó ella.

El Emery oscuro se rio con un sonido que recordaba a los tubos rotos de un órgano y que hizo que Ceony sintiera escalofríos en los brazos.

—Nadie puede salvarme. Te has metido en aguas peligrosas, señorita Twill.

Hinojo se encorvaba sobre las patas y ladraba implacable, pero el Emery oscuro no lo veía, ni lo oía. Sus ojos estaban fijos en Ceony, como una lechuza observando la huida de un ratón antes de precipitarse sobre él y levantarlo en sus afiladas garras.

Ceony trató de serenar la voz, pero le temblaba en la garganta.

—Por favor, deje que me vaya. Puedo ayudarle si me deja ir.

—¿Ayudarme? —repitió el Emery oscuro con desprecio, como si las palabras estuvieran cubiertas de vinagre—. ¿Y quién los ayudará a *ellos*?

La visión se desvaneció por la mitad, dejando las oscuras paredes de madera del despacho en su sitio pero los muebles, los estantes y el suelo desaparecieron, reemplazados por el suelo del almacén y los cuerpos desgarrados y despedazados sobre este.

Ceony desvió la mirada y presionó una mano contra su boca, con la esperanza de que el estómago permaneciera en calma.

—¡No me hace falta verlo otra vez! —exclamó con los dedos cubriéndose los ojos.

—Ah, ¿no? —preguntó el Emery de sombras en voz muy alta—. ¿Cómo de buena es tu memoria, Ceony Twill? Parece que ya te hayas olvidado de ellos. Yo los maté.

—¡No! —rugió Ceony. Las lágrimas le humedecieron las pestañas. Aun así, no miró hacia la escena—. ¡Los mataron los extirpadores, no usted!

—Pero no los detuve.

—Lo intentó, ¿no es así? —preguntó Ceony, casi más para sí misma que para él—. Le vi. Intentó salvarlos.

—No salvarlos a *ellos* —repuso el Emery oscuro mientras la visión de los muertos era reemplazada por el despacho una vez más—. Salvarme a mí. Solo iba tras los extirpadores.

Ceony alzó la mirada.

—No los conocía, ¿verdad? No personalmente. Eran víctimas, pero no tuyas. ¿Sabía sus nombres siquiera?

El Emery oscuro desvió la mirada.

—Es por eso, ¿no se da cuenta? —suplicó ella—. Va a la caza de los extirpadores porque hacen daño a las personas, incluso a aquellas que no conoce. ¿Cómo puede ser eso algo malvado?

El Emery oscuro rio.

—Soy como ella. Igual que Lira.

Ceony se incorporó de un salto.

—Ella le manipuló, Emery Thane. La amó en una ocasión. Vi que la amaba. —Cruzó los brazos y se los frotó, luchando contra el frío que se colaba en la visión—. Nunca he amado de la forma en que usted lo ha hecho, así que no lo entiendo del todo, pero si estuviera enamorada y hubiera una posibilidad de salvar ese amor, la aprovecharía.

«Del mismo modo en que estoy intentando salvarle ahora...».

El Emery oscuro se desvaneció y reapareció detrás de ella, entonces la agarró por el pelo.

—Aquí no hay amor —bramó.

—Puede que aquí no —musitó Ceony—, no en esta habitación, pero esta es solo una parte de usted, ¿verdad? Solo un pedazo de un todo...

El Emery oscuro la soltó, desapareciendo y reapareciendo una vez más a varios pasos de distancia. Hinojo ladraba ruidosamente mientras daba saltitos nervioso. El Emery oscuro agarró a Hinojo frunciendo el ceño, aplastó la cabeza de papel del perro con las manos y desgarró a la criatura por la mitad.

Ceony chilló y se abalanzó sobre Hinojo, pero el hechizo en el cuerpo del perro ya se había destruido. Los trozos de papel que habían compuesto a su compañero golpearon las tablas de madera del suelo con suavidad cuando Emery los soltó.

Ceony los contempló, conmovida. Se desplomó sobre sus rodillas. Las lágrimas le brotaban desconsoladas.

Emery había *creado* a Hinojo para ella porque echaba de menos a Bizzy, porque se preocupaba por ella. Hinojo, su único lazo real con el mundo que había fuera del corazón de Emery. Su única compañía en aquel lugar sombrío, su única constante en un mundo que no paraba de cambiar.

Palpó los trozos de papel desgarrados y se sintió destruida igual que la cabeza deforme de Hinojo.

—Este no es usted —susurró Ceony—. ¡Usted no es así!

—¡Ja! —ladró el Emery de sombras—. ¿Sabes siquiera quién soy?

Sus manos le aferraron el cabello una vez más y tiraron de ella hasta ponerla de pie.

—Aguas peligrosas y oscuras... —repitió.

Una nueva risotada, la de Lira, inundó la habitación, y Ceony sintió que se resquebrajaba como una bandeja de cristal caliente sobre la nieve. Sin embargo, no vio a la mujer y el Emery oscuro no pareció oírla. O, al menos, no reaccionó.

—¿No lo sabías, niña? —resonó la voz distante de Lira en el sombrío despacho, como si su laringe estuviera incrustada en las mismas paredes—. Las reglas de la extirpación están detalladas con mucha claridad, sobre todo en lo que concierne al corazón.

—No lo entiendo —repuso Ceony con la lengua reseca y los ojos clavados en los del Emery oscuro, mientras sus dedos aferraban los de él para evitar que le arrancara el pelo.

Lira volvió a reír, el sonido era algo más suave.

—Ningún hombre puede herir a su amor verdadero dentro de su propio corazón. ¿No ves lo que eso significa? No te ama, niña estúpida.

Lira rio de nuevo, como si considerase la situación de lo más natural y divertida, y entonces el sonido de su voz se apagó. Ceony no sabía adónde se había ido, la risa había muerto como un fuego sorprendido por la lluvia. Con Ceony atrapada, Lira debía de haber abandonado el corazón para terminar lo que hubiera planeado. Seguramente otro hechizo horripilante. Una huida a través del océano llevándose el corazón del mago.

Emery iba a morir si era eso lo que sucedía.

Más lágrimas surcaron el rostro de Ceony y ella apretujó la muñeca del Emery de sombras.

—Ya lo sé —susurró.

«Ya sé que no me quieres».

«Todavía».

Y fue este último pensamiento el que la impulsó.

—¿Crees que eres el único que ha hecho algo malo? —preguntó—. ¿De verdad piensas que eres el único que ha cometido errores? ¿Estás tan ciego como para no ver más allá de esta habitación?

El Emery oscuro gruñó, pero Ceony no se encogió. Ella hundió las uñas en su muñeca hasta que le soltó el pelo; entonces, le dio un empujón. No sería el ratón. *No lo sería.*

—¿Y qué pasa con Lira? —preguntó ella, señalando la puerta como si la extirpadora se hallara detrás—. ¿Y qué hay de lo que ha hecho ella?

La mirada amenazadora del Emery oscuro se ensombreció.

—¿Y qué pasa conmigo? —insistió Ceony más débilmente, apretándose el corazón con ambas manos—. ¿Qué hay de mis errores? También pienso en ellos, pero ¿dónde estaría si solo pensara en eso? ¿Qué tipo de persona sería si me ahogara en ellos?

»¿Y qué hay de cuando se suponía que debía ir a recoger a mi hermana pequeña al colegio porque a mi madre la estaban operando el pie? —preguntó ella—. Estábamos en mitad de enero y no fui porque tenía que presentar un diorama para la clase de inglés al día siguiente y quería terminarlo. ¡Me llevó tres horas, Emery! Mi hermana pequeña estuvo tres horas pasando frío, esperándome. ¡Enfermó de neumonía y casi *muere*, porque mis deberes eran más importantes que ella!

»Y he robado, —prosiguió, dando un pequeño paso adelante—. Vi que a un anciano se le cayeron seis libras a un lado de la calle y yo me las guardé en el bolsillo. Tomé el camino más largo a casa para que no se diera cuenta.

El Emery oscuro volvió a soltar una carcajada.

—¿Crees que todo eso es comparable a estos pasillos mancillados? ¿Crees que tu hermana congelada o tus pegajosos dedos equilibran la balanza?

—¿Quién le da derecho a juzgar mis errores basándose en los suyos? —espetó como réplica Ceony. Su corazón estaba empapado en culpabilidad, retorciéndose mientras sus propios recuerdos salían a la superficie—. ¿Quiere saber por qué viví tanto tiempo en Mill Squats? Mi padre tenía un buen trabajo como chófer de la familia del primer ministro, pero a los doce años robé el automóvil y lo estrellé contra el muro de la reina. Mi padre perdió el trabajo y destinamos todos nuestros ahorros a pagar un coche nuevo. No nos quedó dinero, así que tuvimos que mudarnos a la parte deprimente de la ciudad, por mi culpa. Todo porque quería conducir un coche y no hice caso a la negativa de mis padres.

»¿Y qué hay de Anise? ¿Eh? —insistió; más lágrimas le surcaron la cara—. ¿Sabe lo de Anise Hatter? ¿Lo sabe?

El Emery oscuro no respondió.

—¡Era mi mejor amiga! —exclamó Ceony—. Era mi mejor amiga y nuestro primer curso de secundaria le resultó muy duro. No sé por qué, ya que nunca llegué a preguntárselo. Se fue demacrando, encerrándose en sí misma y se volvió enfermiza. Un día antes de las vacaciones de invierno me pidió que fuera a su casa a verla. Dijo que quería hablar. Me retrasé. No importa el motivo, pero me retrasé. Y cuando llegué la encontré en la bañera con los brazos rajados hasta los codos.

Ceony se cubrió la boca con la mano y reprimió un sollozo. Ese recuerdo era increíblemente nítido, a pesar de los años que habían pasado. ¿Cuántas noches se había pasado Ceony despierta tras el incidente, preguntándose lo que habría sucedido si hubiera llegado tan solo media hora antes? Para otra persona, habrían terminado por volverse borrosas y por convertirse en una masa de días rebosantes de pena y lágrimas.

Pero la memoria de Ceony era *perfecta*, y había contado cada una de aquellas noches. Diecisiete. Recordaba cada hora que había

llorado, cada pesadilla con la cara pálida de Anise y sus brazos sangrientos, sus ojos vidriosos mirando hacia la nada. Recordaba cada sesión de terapia y cada mala nota.

Lo peor era saberlo todo, recordarlo todo. Todo, salvo el porqué. Anise ni siquiera había dejado una nota. Hasta sus propios padres habían permanecido mudos en el funeral.

—¿Fue culpa mía? —preguntó Ceony casi en un susurro—. ¿Fue culpa mía que se quitara la vida? —No aguardó a su respuesta—. ¿Fue culpa suya que Lira y los demás asesinaran a esa familia?

Ceony tomó una gran bocanada de aire, tragó y musitó:

—Le perdono.

El Emery oscuro dio una sacudida.

—Le perdono, Emery —repitió Ceony—. Lo he visto todo, y lo lamento. No era mi intención. No era mi intención que esto sucediera. —Pestañeó para evitar más lágrimas y sofocó un sollozo que estaba al acecho—. Pero te perdono. Ahora todo va bien.

Egol ma se movió. Una esperanza cálida brilló en el pecho de Ceony. Algo que había dicho le había llegado. Dio un paso hacia él.

Él gruñó y la aferró por la parte posterior del brazo para arrojarla contra la puerta de nuevo.

—Tú no tienes el poder del perdón —dijo en voz baja y artificial.

—¡Pues perdónese a usted mismo! —vociferó ella, volviendo a ponerse en pie. Colocó la palma contra la pared para apoyarse—. ¡Todos tenemos un lado oscuro! Pero nosotros elegimos si fomentarlo o no. ¿No lo entiende? Lira explotó el suyo, pero usted no. Usted no, Emery Thane.

»¡Es una buena persona! —exclamó. Su propia voz rebotaba contra las paredes como lo había hecho la de Lira unos instantes antes—. ¡Le conozco desde hace menos de un mes y hasta yo veo lo buena persona que es!

El Emery oscuro se retiró a las sombras.

—Así que déjelo ir —suplicó ella—. Deje ir el odio, la ira y la tristeza. Y déjeme ir a mí. ¡No podré ayudarle si no me deja

marchar!

El despacho a su alrededor se iluminó de rojo y de color melocotón. Un nítido *pum pum pum* llenó la atmósfera, que se volvió más cálida y húmeda. Ceony pestañeó y se encontró de nuevo en la cámara del corazón de Emery, silenciosa excepto por sus latidos menguantes. Vacía salvo por ella misma y los trozos rotos de Hinojo a sus pies.

Ceony se dejó caer sobre las rodillas y recogió los trozos de su compañero de papel con reverencia, alisando los bordes arrugados y doblándolos con cuidado por sus pliegues originales.

—Eres un buen chico —susurró mientras depositaba un trozo encima del otro, aspirando todo el aire que sus pulmones le permitían para evitar soltar más lágrimas. Estaba cansada de llorar y, como siempre había dicho su madre, llorar no remediaba nada.

Tras guardar a Hinojo en su bolso, extrajo un pedazo de pan y se lo tragó a medio masticar, lo que le bastó para aliviar el hambre que le acalabraba el vientre.

Miró la válvula al otro lado de la alfombra formada con piel y venas.

—Una más —se prometió—. Una más para el final. Y, aunque no haya salida hacia la libertad, al menos lo habré intentado. Una más, Ceony.

Capítulo 14

Avanzó a ciegas, empujando sus cansados miembros a través del túnel que se cerraba en torno a ella como las enormes serpientes del zoo de Londres. Pero, tal y como Ceony había decidido con el Emery oscuro, no sería el ratón. Con un gruñido y otro empujón de la pierna izquierda, alcanzó el otro extremo de la válvula.

Igual que con la tercera cámara, la cuarta apareció ante ella reproduciendo una visión, aunque esta parecía diferente. Ceony no se encontraba en una habitación, ni en un jardín, ni en una ciudad. Tenía la sensación de que aquel sitio tampoco era un recuerdo. Nunca había visto ese paisaje, y tuvo la impresión de que no existía fuera del corazón de Emery.

Ante ella se extendían kilómetros y kilómetros de suelo seco; no era exactamente un desierto, pero tampoco algo definido. Solamente tierra bronce deslucida que se expandía en todas direcciones, sin ser interrumpida por montañas, ríos ni bosques. Ni un solo hierbajo ni montículo arruinaban su superficie. Se dilataba hasta el infinito, hasta encontrarse con el cielo gris azulado bordeado de un color cereza pálido, un cielo perpetuamente atrapado en los instantes previos al amanecer. Nada manchaba el cielo, ni una sola nube, ni una franja de color, ni pájaros, ni semillas atrapadas por el viento. No había viento.

No se olía nada, ni siquiera el olor del polvo y de la tierra, y tampoco oía nada en el entorno: ni movimiento, ni silbidos, ni

truenos, ni aullidos, ni amenazas... Ni llantos, ni lluvia. Ni el *latir* de un corazón. El silencio la envolvía. Un silencio infinito.

Solo había una cosa que alteraba la inmensidad del lugar. Una cosa. Algo enorme que ningún visitante en un corazón podría pasar inadvertido en su aventura.

Un desfiladero. Una grieta gigante zigzagueaba por el suelo seco a gran distancia a su izquierda. El norte, supuso. Era una dirección tan buena como cualquier otra. No había puentes que lo cruzaran; no había ríos que lo inundaran.

Ceony se aproximó al desfiladero con cautela, comprobó la solidez del suelo que lo rodeaba a medida que se acercaba. Arena bronce, del mismo color que el suelo, llenaba su fondo. La profundidad, dedujo Ceony, había sido mucho mayor en el pasado. Según pensaba en ello, vio un puñado de tierra caer del aire y precipitarse hasta el suelo del desfiladero.

Ceony se agachó y tocó el borde de la gigantesca grieta. No logró arrancar nada con los dedos, ni siquiera cuando se dedicó a arañarlo con las uñas. La roca permanecía dura y firme. Otro puñado de arena cayó al abismo, pero daba la impresión de que la profundidad no se alteraba lo más mínimo. Pero Ceony sabía que suficientes puñados acabarían por llenarlo. Al fin y al cabo, llevaba tiempo aliviar un corazón y con el tiempo necesario, se podría sanar uno tan roto como aquel. Y ya estaba en proceso.

—Me estoy muriendo, ¿verdad?

Ceony se dio la vuelta para descubrir a Emery Thane de pie junto a ella con su abrigo azul oscuro; su aspecto era el mismo que en el banquete y en la iglesia, aunque más cansado. Sus hombros estaban encorvados y unos círculos oscuros le enmarcaban los ojos. Estaba algo translúcido, pero Ceony no se lo hizo notar.

Un trozo del verdadero Emery Thane con el que podría interactuar.

Ella respondió:

—Sí.

Él asintió una vez, solemne.

—Pero si me ayuda a salir, creo que puedo salvarle —añadió, enderezándose—. He llegado hasta aquí con la esperanza de poder salir al final.

Emery observó aquel espacio infinito.

—Ella es demasiado fuerte. Nunca seré capaz de detenerla. Ni a los demás.

—Podremos detenerla si trabajamos juntos —aseguró Ceony y según lo hacía, la comprensión la sacudió. «Dudas», pensó. Esa cámara debía de albergar sus dudas y sus arrepentimientos, del mismo modo que en la segunda cámara residían sus esperanzas. El corazón tenía la oscuridad para equilibrar la luz, la incertidumbre para equilibrar los sueños. Todo cuidadosamente equilibrado, pero con ella atrapada en medio—. Pero necesito su ayuda, Emery. Solo soy una aprendiz, y no llevo mucho tiempo.

—Hmm —profirió él, ni de acuerdo, ni en desacuerdo. Su mirada descendió hasta el bolso de ella—. ¿Puedo verlo?

Ceony necesitó un momento para comprender la petición. Sacó a Hinojo de su bolso con delicadeza y entregó su cuerpo roto a Emery.

El mago examinó los trozos con los labios ligeramente fruncidos. Extendió una mano. Ceony necesitó un instante para adivinar que es lo que el mago quería. Ceony rebuscó en el bolso y le entregó papel, disfrutando del hormigueo que le recorrió los dedos.

Emery trabajó con destreza, desabrochó el collar turquesa de los pliegues aplastados y volvió a plegarlos, reconectando los pedazos de papel. Ceony le procuró un segundo y un tercer trozo de papel y lo contempló con las manos aferradas al pecho mientras Emery volvía a crear la cabeza de Hinojo. Una réplica perfecta de lo que había sido antes.

Él le devolvió el perro de papel a Ceony, quien musitó:

—Respira.

Hinojo sacudió la cabeza y se retorció entre las manos de Ceony, deseando que lo dejara en el suelo. Ella rio y abrazó al perro contra su pecho. Hinojo le lamió la mejilla dos veces antes de volver a

retorcerse insistentemente. Ceony lo depositó en el suelo y él se puso a correr en círculos junto a ella.

—Gracias —dijo sonriente, secándose los ojos—. Gracias.

Él asintió, como un pequeño reconocimiento de su gratitud, y miró hacia el paisaje una vez más, hacia el horizonte rosado. No parecía darse cuenta del desfiladero que había junto a ellos.

—Puede que no sobrevivas a esto —señaló él—. Será culpa mía si eso pasa.

—La última vez que lo comprobé —replicó Ceony—, yo misma me presenté voluntaria para rescatarle.

—Y, sin embargo, estás atrapada en tu propia maldición —repuso él, señalando hacia la nada que se extendía frente a ellos.

Ceony reflexionó sobre ello un momento antes de pronunciar:

—Emery.

Él la miró.

—Creo que puede romper el hechizo que me tiene aquí atrapada —señaló ella, aunque con cierta vacilación—. Al fin y al cabo, es *su* corazón, ¿no? Tiene más poder sobre él que cualquier otro, especialmente que Lira. ¿De qué otro modo podría estar hablando conmigo si no fuera así?

Ella advirtió un movimiento repentino en sus labios, casi una sonrisa, pero la duda que empañaba la atmósfera impidió que se terminara de formar.

Él no respondió, así que Ceony preguntó:

—¿Puede verlo? ¿El hechizo? ¿Cómo funciona?

—No —replicó—. Pero lo siento. Supongo que podría romperlo, aunque eso me dejaría exhausto.

—¿Exhausto? —preguntó Ceony, la palabra le recordó su propio agotamiento—. ¿Le... perjudicaría?

De nuevo esbozó casi una sonrisa. Esta versión de Emery Thane se asemejaba más a la verdadera que las otras que había visto en el corazón, a pesar de su pesimismo. Volvió a intervenir:

—Creo que podré soportarlo.

Ceony hizo señas a Hinojo para que se acercara. Se sentía ligera, estimulada, como si nunca hubiera estado en la última cámara, como si su propia cámara de la esperanza hubiera añadido ese momento a sus cimientos. Podría lograrlo.

—Necesito que me enseñe algunos hechizos nuevos —pidió—. Cualquier cosa que pueda ayudarme, pero que no nos lleve demasiado tiempo. Me ha enseñado un montón de cosas pero...

—Pero no sirven de mucho contra una extirpadora. —El mago asintió—. Lo sé.

Emery reflexionó un momento, con el dedo curvado bajo la barbilla.

—¿Cuánto papel te queda?

Ella extrajo el reducido montón de papel de su bolso y se lo enseñó.

Emery examinó el papel, sus ojos oscilaban de arriba abajo a medida que contaba los trozos; entonces suspiró dejando caer los hombros.

—Voy a enseñarte algo que en realidad no debería enseñarte.

—Pero dadas las circunstancias... —presionó ella.

Él asintió. Se le curvó el labio hacia arriba.

—Dadas las circunstancias... Pero cuando todo esto acabe trataremos de olvidarlo. Si alguno de los dos sobrevive.

—Sobreviviremos —aseguró Ceony con una sonrisa—. Lo sé. Yo también tengo algunas ideas, pero no sé si funcionarán.

La joven se agachó y se puso la falda embarrada debajo de las rodillas y colocó el montón de papel en el suelo junto a ella. El papel sucio debería funcionar de la misma forma que el limpio, y no disponía de una mesa que pudiera utilizar.

Emery la contempló un momento, pero sus ojos carecían de su habitual brillo. Su expresión aún resultaba fácil de leer, curiosa. Dubitativa, pero curiosa. Finalmente, preguntó:

—¿Por qué estás haciendo todo esto?

Ceony se detuvo con una mano sobre la pila de papel. Hinojo le acarició el codo con el hocico.

—¿El qué?

Emery gesticuló hacia la extensión vacía que los rodeaba.

—Esto. Todo eso. ¿Por qué te has molestado tanto en ayudarme?

Ceony sintió las mejillas arder y apartó la mirada mientras acariciaba a Hinojo para mantener las manos ocupadas. Supuso que no había nada de malo en confesárselo a aquel retazo de Emery Thane. Nunca podría pronunciar las palabras ante el auténtico mago, pero el saber que el hombre con el que hablaba era tan solo producto de un corazón en pena impulsó su coraje.

—Porque creo que me estoy enamorando de usted —admitió, sintiendo que las mejillas se le sonrojaban como el amanecer color cereza—. Sé que le conozco desde hace poco tiempo, pero después de todo esto... —Ella alzó los ojos hacia el horizonte, donde la tierra se encontraba con el cielo—. Siento que le conozco desde siempre. No sé cuántas mujeres pueden declarar haber dado un paseo por el corazón de un hombre, pero yo he paseado por el suyo, Emery Thane. Y me gusta el perro.

Su expresión no cambió, salvo por el tirón de sus labios, que casi formaron una sonrisa antes de que se desdibujara para volver a ser una línea plana y dubitativa.

—Muy bien —manifestó Emery. Se arrodilló frente a ella y se remangó las mangas largas y sueltas. No era exactamente la respuesta que habría deseado, pero era un comienzo. Él prosiguió—. Empezaré por el más complicado, el que no debería enseñarte.

Ceony asintió al tiempo que estiraba el brazo para tomar una hoja de papel color verde mar.

Sus ojos se posaron en los de ella.

—¿Sabes lo que sucede cuando el papel vibra muy, muy rápido?

—Algo que supuestamente no debería saber —adivinó ella.

—Correcto —repuso—. Pero permíteme que te lo explique.

Capítulo 15

Ceony introdujo el último encantamiento de papel en el bolso, con cuidado de no alterar el organizado caos de su interior, compuesto por cosas necesarias que precisaban de una colocación esmerada. Ahora comprendía un poco mejor la decoración de la casa del mago Thane. Emery y ella no habían usado todos los trozos de papel, aunque sí la mayoría, y sus intrincados pliegues formaban un bulto junto a la cadera de Ceony.

Palpó con los dedos la cadena escudo que le rodeaba el torso, y apretó todos los eslabones para probar su seguridad. Tras revisar la cadena entera dos veces, llamó a Hinojo con un chasquido de dedos.

Emery se hizo a un lado para permitir que el perro de papel pasara. Las patas confeccionadas de manera experta de Hinojo dejaron cuatro huellas de dedos en la fina capa de polvo que cubría la tierra seca, pero las huellas se desvanecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido.

—Necesito que te dobles, Hinojo —indicó Ceony. Hinojo gimoteó y ella añadió—: No quiero que acabes herido otra vez, y afuera está mojado. Solo un ratito.

—¿Así será? —preguntó Emery, una vez más ojeando el espacio—. ¿Solo un ratito?

Ceony le enseñó una débil sonrisa antes de ordenarle a Hinojo:

—Detente.

Hinojo se quedó inmóvil en sus brazos y ella lo dobló con delicadeza con sus manos pecosas.

—Su lado dudoso no es muy fuerte —señaló—. Debe estar seguro de muchísimas cosas.

Emery no contestó.

Introdujo a Hinojo en el fondo de su bolso y prosiguió:

—Creo que el mío tendría un aspecto totalmente distinto. Más acantilados y ríos caudalosos, o un montón de carreteras con curvas inesperadas. Puede que hasta algunos leones. He dudado de muchas cosas en la vida. —«Incluido de usted».

—Pero no habría grietas —comentó Emery.

Ceony miró por encima de su hombro hacia el abismo que rasgaba la tierra, preguntándose por un momento cuánta arena había caído durante su apresurada clase de plegado.

—Muchas grietas, pero no desfiladeros. Aún no —afirmó.

«Supongo que dependerá de cómo vaya esto».

Ceony se incorporó y se sacudió la falda, aunque sabía que serviría de poco, e inspeccionó la cadena escudo por tercera vez; también revisó las costuras de la tira de su bolso. Ya había memorizado la ubicación y el número de encantamientos que guardaba en el bolso, en caso de que los necesitara con urgencia.

—Buena suerte —le deseó Emery.

—Gracias —replicó ella—. ¿Pero cómo va a...?

Ceony se giró hacia él, pero solo encontró el extenso vacío más allá del desfiladero, justo antes del alba. El mago de papel, al menos esa versión de él, se había esfumado.

Casi no tuvo tiempo para darse cuenta de la ausencia de Emery antes de que el suelo empezara a moverse. Ceony buscó algo a lo que sujetarse pero, evidentemente, no encontró nada en mitad de ese árido entorno.

La tierra se sacudía en patrones cada vez más amplios, corcoveando hacia adelante y hacia atrás como un toro de rodeo. Ceony se alejó un par de metros del abismo antes de caer de

rodillas y arañarse la palma con el suelo, que había comenzado a desvanecerse.

La visión se derrumbó lentamente. El cielo se resquebrajó como si se tratara de fragmentos de cristales. El *pum pum pum* del corazón era tan estridente que Ceony lo sentía en los pulmones. Se le aceleró el pulso y lo que quedaba de la visión desapareció.

Las paredes del corazón de Emery palpitaban y formaban ondas. El latido se volvió irregular y la respiración de Ceony se aceleró. No sonaba bien; no le daba buena espina. Si el corazón de Emery se autodestruía intentando liberarla...

Las manos se le volvieron frías. Un mundo sin Emery Thane. Todo su mundo había existido sin él hasta hacía un mes, pero regresar a él ahora... El pensamiento le provocaba náuseas. La destrozaba.

Los ríos de sangre que bordeaban el perímetro de la cámara se dilataron y se elevaron. El ambiente se volvió más denso y cálido, como si estuviera colgado sobre una olla de agua hirviendo, lista para cocinar. El corazón dio un vuelco hacia un lado, luego hacia el otro y Ceony perdió el equilibrio.

Aterrizó sobre su costado izquierdo, chocando contra una roca mojada y rugosa con la mejilla. Un aire húmedo y frío la rodeaba y le adhería la ropa a la piel. Saboreó la sal. Oyó sonidos silbantes y de salpicaduras muy cerca: eran las olas rompiendo contra las rocas.

Una pálida luz solar se filtraba por la boca de la cueva. El agudo graznido de una gaviota la sobresaltó y la mantuvo alerta.

Era libre.

—Lo ha conseguido —susurró Ceony, y se ayudó con los brazos a incorporarse, para luego girarse de cara al saliente rocoso que aún contenía el corazón palpitante de Emery en un charco de sangre. Seguía latiendo, pero mucho más débil que antes. Si se daba prisa todavía podía salvarlo.

O eso esperaba.

Sus ojos volvieron a fijarse en la boca de la cueva. Era por la mañana. Primera hora de la mañana. ¿Pero había transcurrido una noche o dos? El agotamiento agarrotaba los músculos de Ceony y

los bordes de su cerebro, pero eso no le revelaba cuántas horas de cansancio habían acumulado.

Ceony tragó, reparando por primera vez en lo sedienta que estaba.

Se aproximó al corazón como una sacerdotisa al altar. ¿Necesitaría que el charco de sangre bordeado de dorado aguantara el viaje de regreso a Londres? Había latido en la mano de Lira después de haberlo extraído del pecho de Emery sin ningún hechizo, o al menos Ceony no lo había visto. Claro que no sabía casi nada sobre el funcionamiento de los corazones de los magos, y menos aún de la extirpación.

Necesitaba algo seguro en lo que transportar el corazón, pero mientras consideraba las diversas opciones el aire salino empezó a quemarle la nariz, y el vello de sus brazos se puso de punta. Ceony se lamió los labios y se dio la vuelta para encarar a Lira, cuya melena negra le caía en ondas perfectas y abundantes sobre sus estrechos hombros. Los oscuros ojos de la extirpadora se estrecharon hasta parecer almendras sin brillo y sus labios rojos formaban una mueca de desprecio.

Ceony se apartó del corazón apretando la mandíbula. No permitiría que un hechizo de Lira la alcanzara. Mantendría el corazón de Emery seguro, especialmente de la mujer que lo había tratado con tanta dureza.

Si la extirpadora se había sorprendido al ver a Ceony, no lo demostró. Su piel pálida se ruborizó por la ira, o quizás por el odio. Ceony no podía estar segura, ya que nunca había sentido tanto odio dirigido a ella. No con esa intensidad.

Ceony decidió articular las primeras palabras.

—Déjalo ya, Lira —pronunció al tiempo que se enderezaba todo lo que le permitía su metro sesenta—. ¿Quieres huir? Entonces márchate mientras puedas.

Lira sonrió y su aspecto se transformó en el de un gato salvaje.

—No cuando tengo dos corazones que llevarme. Para Grath será un premio valioso, aunque solo le permitiré quedarse con el tuyo.

Ceony alzó una mano ensangrentada; ignoraba si se trataba de su sangre o de la de otra persona, y con ella se levantaron del suelo tres pares de manos amputadas que no había visto, ya que la roca irregular de la cueva las había ocultado.

La tráquea de Ceony se cerró, recordándole los moratones que tenía en el cuello, obra de otras manos parecidas a aquellas. Por un segundo se sintió paralizada, pero el silencioso latido del corazón de Emery volvió a ponerle los pies en la tierra. La instó a moverse.

Metió las manos en el interior del bolso al tiempo que Lira se abalanzaba sobre ella, salpicando gotitas de sangre fría a través de la cueva. Las manos vivientes, de dedos rechonchos e hinchados, se alzaron en el aire como pájaros y cargaron contra ella como si tuviesen alas invisibles.

Alas.

Pájaros.

Ceony atrapó los pájaros de papel entre los dedos y tiró de sus cuerpos plegados para extraerlos del bolso.

—¡Respirad! —jadeó al tiempo que las manos se abalanzaban sobre ella—. ¡Atacadlas!

Dos pájaros cayeron arrugados al suelo de la cueva, aplastados. Se puso rígida, pero siete grullas de cuerpo cuadriculado acataron su orden y cobraron vida: una naranja, otra amarilla, otra granate, tres blancas y una gris. Su veloz batir de alas zumbó en toda la cueva. Sus largos cuellos se estiraron hacia adelante mientras volaban en dirección al ejército sin cuerpo de Lira; Ceony casi pudo oírlas emitir un benévolo graznido de batalla justo antes de alcanzar sus objetivos.

Cada pájaro colisionó contra una de las manos, salvo por dos que golpearon una mano medio podrida al mismo tiempo, uno por el pulgar y el otro por el anular. Las manos se cerraron en torno a los pájaros a menos de cuatro pasos de Ceony y, como en la prisión, se precipitaron al suelo.

A Ceony le daba vueltas la cabeza. La adrenalina le subía por el cuello y le bajaba por las piernas. Tenía que salir de la cueva, el

corazón de Emery se encontraba demasiado cerca de la batalla. Lira bloqueaba la salida mientras invocaba su siguiente hechizo.

Ceony ya tenía el suyo listo.

«Concéntrate en tu objetivo» decía la voz de Emery en su memoria tal y como le había explicado en la rápida lección sobre el nuevo hechizo. «Siéntelo en la cabeza como las ilusiones de una historia. Si lo haces, las estrellas alcanzarán su meta».

Ceony metió la mano en el bolso y cogió cinco estrellas estrechamente plegadas de cuatro puntas, como las que Emery había portado al entrar en aquel almacén de los horrores. Ella y Emery las habían plegado de forma tan estrecha que no se habían visto afectadas por el aplastamiento del bolso. Clavó los ojos en sus labios, que no cesaban de murmurar cosas, y en sus manos ensangrentadas; arrojó las estrellas y echó a correr hacia la boca de la cueva.

Las estrellas giraron en el aire como molinetes atrapados en una tormenta de verano. Ceony no se quedó a mirar si alcanzaban su objetivo. El grito de frustración de Lira le bastó para saberlo.

El sol matutino le quemaba los ojos reseco y chisporroteaba contra el océano, que se removía por la costa de roca negra. Tan profundo y hambriento.

El agua salpicó gotitas heladas sobre Ceony mientras se dirigía hacia la orilla irregular. Una tira de alga de color ámbar se le enrolló en el pie y luego se desprendió, quizás al percibir la urgencia de Ceony decidió no interferir.

No llegó lejos antes de que un lazo de sangre que no cesaba de restallar la rodeara. La cadena escudo que envolvía su torso se tensó. La sangre burbujeante se apartó bruscamente de su cuerpo y colisionó contra las rocas mojadas, que quedaron manchadas con algo parecido a patrones de telarañas de sangre. El residuo del hechizo dejó un sabor metálico en la garganta de Ceony.

Lira frunció el ceño y extrajo un pequeño vial de sangre de la cintura ceñida de sus pantalones. Parecía que se le estaban agotando las provisiones.

—Ha sido un truco de salón —dijo con una mueca—. ¿De verdad crees que con unas banditas de papel puedes detenerme?

Avanzó un paso descorchando el vial con la uña del pulgar para, inmediatamente, vertérselo en las manos. La sangre se le derramó en la palma y algunas gotas cayeron sobre los pequeños arroyos de agua salada que había entre las rocas dentadas bajo sus pies.

—Ya van tres veces —señaló Ceony, que retrocedía un paso cada vez que Lira avanzaba otro—. Así que mi respuesta es sí.

Lira sonrió con dulzura y, por un instante, Ceony vio por qué Emery se había sentido atraído por ella hacía tantos años. Pero la expresión se le fue agriando cuando las cejas se juntaron, la frente se le arrugó y las fosas nasales se le dilataron. Pronunció algo en una lengua extraña y agitó la mano llena de sangre como si estuviera lanzando una pelota de cricket.

La mano de Ceony se abalanzó al interior del bolso y se preparó para el ataque de Lira.

La golpeó por detrás.

Las olas con venas rojas colisionaron contra ella como el viento de una tempestad, frío y cegador, arrojándola contra el suelo. Una sacudida de alarma, como si se hubiese quemado, se le extendió desde el ombligo a la coronilla. Huyó de las olas para que no la arrastrasen al océano, pero el daño ya estaba hecho, pues se encontraba empapada hasta los huesos.

Sintió que el poder de la cadena escudo se desvanecía. Dos eslabones en la zona del omóplato se desprendieron y la cadena se desplomó hasta sus tobillos, siendo poco más que masa empapada.

Ceony sintió como si le hubieran drenado la sangre con la ola. Rebuscó en el bolso con dedos temblorosos y extrajo un encantamiento tras otro: su pez de papel y la elaborada esfera de la confusión que Emery había plegado mientras ella había confeccionado las estrellas. Se suponía que iba a servir de distracción para...

Su mano palpó los rombos simétricos junto a Hinojo. Secos, protegidos por los encantamientos que habían quedado destrozados, igual que Hinojo y su cadena trampa. Todo ello

hormigueaba con suavidad cuando lo tocaba. El fino montón de papeles sin utilizar los habían protegido, gracias a Dios.

Lira salvó la distancia entre las dos, como un gato que persigue a un saltamontes, mientras Ceony tiraba al suelo los encantamientos mojados. Retrocedió trastabillando en un intento de mantener a raya a la extirpadora y a sus manos ensangrentadas. El corazón le martilleaba furiosamente en el pecho. La piel le picaba. Tragó con la garganta seca.

Habría preferido enfrentarse otra vez al Emery oscuro a estar allí, tan indefensa. Pero no podía huir, no de aquello. No podía regresar con Emery, helado y sin corazón.

—Eres débil, igual que él —se burló Lira con desprecio—. Inútil. Como todos los plegadores. Emery jamás tuvo poder de verdad, y tú tampoco.

Ceony dejó de retroceder. No sería el ratón ni el saltamontes. Hundió los talones en la roca negra. No tenía su esfera de la confusión, pero contaba con otros recursos para distraer a Lira.

—Firmó los papeles del divorcio la noche en que te ocultó —soltó, dejando que la cara se le relajara hasta mostrar esa petulancia que no soportaba en otras personas. La misma petulancia que Lira habría mostrado si su ira no hirviera tan cerca de la superficie de su piel—. No controlabas tanto la situación como creías.

La expresión de Lira no se alteró, salvo por un minúsculo alzamiento de su ceja izquierda que Ceony no advirtió. Lira continuó su avance. Ceony se mantuvo inmóvil, intentando ignorar el sudor frío que le descendía por la columna vertebral.

—Tampoco estabas en su corazón —agregó—. Ni lo estás ahora. Al menos, no fuera de una celda en la cárcel. ¿O no te has dado cuenta?

Lira se detuvo a ocho o nueve metros de Ceony con los ojos entrecerrados formando dos líneas. Tenía aspecto de serpiente, de víbora enrollada a punto de atacar. Ceony había insultado la vanidad de la maga de la sangre... o puede que, muy en el fondo, en las

oscuras cámaras huecas de su corazón, a Lira aún le importara Emery.

No. Importarle no. Una no arranca el corazón de un hombre porque le importe. No; para Lira, el corazón de Emery era un *souvenir*, un trofeo. Algo que poseer. Una especie de venganza enfermiza por intentar cazarla a ella y a los de su clase. Puede que Emery hubiera sido su amante durante un tiempo, pero él se había convertido en su perdición. Su enemigo. Su desgracia.

Y ella lo odiaba.

Rápida como un halcón, Lira extrajo su larga daga del cinturón, con tanto entusiasmo que dobló la vaina de un golpe. Mantuvo el cuchillo con la mano extendida a un lado, como un ala rota, y se apresuró hacia Ceony; era una distracción, pues Lira no atacó con la daga, sino con la mano manchada de carmesí.

«Debes entender, Patrice, que los extirpadores son un asunto delicado», había dicho el mago Hughes. «Son extremadamente peligrosos, y si te tocan, pueden invocar la magia a través de tu cuerpo. Es una magia asesina».

Ceony se apartó hacia un lado. Su pie derecho quedó atrapado entre dos rocas y cayó al suelo. La mano extendida de Lira barrió el aire donde había estado la cabeza de Ceony segundos antes. Con esfuerzo se liberó el pie de un tirón dejando el zapato entre las piedras. La roca dentada se le clavó en la planta del pie a través de la media empapada y embarrada, pero la extirpadora no le dio tiempo a pensar.

Lira se dio la vuelta, la daga giró como un molinillo en el aire. Ceony saltó hacia atrás, evitando por muy poco la punta de la daga, que le pasó zumbando delante del pecho. Ceony se movió rápidamente hasta una zona con unos pocos centímetros de agua entre piedras dentadas y sacó un planeador de papel de su bolso.

Los pliegues se deshicieron entre sus manos. Demasiados daños causados por el agua.

Lira cargó contra ella. Ceony emitió un chillido y se esforzó por llegar hasta un punto más alto, con lo que esquivó la mano que

intentaba rozarle la piel. Ceony rebuscó en el bolso hasta dar con un encantamiento del que pudiera hacer uso.

—¡Respira! —ordenó al murciélago de papel, que alzó el vuelo con unas alas cuya envergadura era de dos hojas.

No necesitó más instrucciones, tal vez había notado lo que sucedía de la misma manera que lo hacía Hinojo. El murciélago voló directamente hacia la nariz de Lira.

Los dedos de Ceony aferraron la cadena trampa, una cadena entretejida estrechamente con filas dobles de eslabones en forma de «V». El segundo encantamiento que Emery Thane le había enseñado en la cámara de las dudas.

Ceony se giró y el cabello le cayó en abanico alrededor del cuello.

Lira atrapó al murciélago en el aire y le arrugó el ala derecha.

—¡Atrapa! —ordenó Ceony a la cadena.

Como un tiburón en aguas profundas, la cadena cargó desde su mano hacia Lira a toda velocidad... quien la cortó en dos fragmentos desiguales con un movimiento de la daga. Los trozos de la cadena se desplomaron sobre las rocas como peces fuera del agua.

—Como he dicho —afirmó Lira, aunque algo jadeante—, no tienes ningún poder.

Mientras avanzaba tomó el último vial de sangre que le quedaba y lo arrojó a sus pies. Un ciclón de humo escarlata la envolvió: era el mismo hechizo que había utilizado para escapar del comedor tras robar el corazón de Emery.

Solo que, en lugar de desaparecer, Lira reapareció a un paso de Ceony.

El aliento que exhalaba se le clavaba a Ceony como garras en la piel de su garganta. Metió la mano en el interior de su bolso para coger el rombo, su último encantamiento...

Lira la agarró por el codo, piel contra piel, y sostuvo el filo de la daga justo debajo del mentón de Ceony.

Lira sonrió ampliamente.

Ceony ignoró la hoja de la daga y empujó a Lira con toda la fuerza de la que disponían sus cansados brazos y extrajo el sencillo papel plegado en forma de diamante del bolso.

—¿Sabes lo que sucede cuando el papel vibra muy, muy rápido?

Lira rugió y embistió a Ceony, empujándola contra un saliente rocoso erosionado frente al océano. Su mano se cerró en torno a su cuello y el filo de la daga le presionó las costillas. Lira olía a sangre y a monedas oxidadas.

Entonces empezó a recitar algo en tono monótono y Ceony sintió calor. Un calor inquietante. Un calor demasiado intenso. El arcaico hechizo de Lira parecía llamar al mismo espíritu de Ceony desde los huesos.

No podía apartarse. Aferró el encantamiento de Emery en la mano, pero no podía apartarse.

Tenía que utilizarlo. Allí. En ese instante.

—¡Estalla! —susurró Ceony, soltando el papel.

El rombo comenzó a agitarse, cada vez más rápido, zumbando como un avispon mientras, con mucha lentitud, iba cayendo al suelo. El zumbido fue aumentando el volumen, más alto, más fuerte, más alto, más fuerte...

El papel plegado en forma de diamante explotó con un estallido pirotécnico y llameante, y salió disparado hacia adelante como una pistola con el cañón bloqueado.

La explosión lanzó por los aires a Ceony, que chocó contra el acantilado. Las rocas serradas le atravesaron la blusa hasta cortarle la piel. Cayó sobre el codo y la cadera; el sabor de las cenizas le llenaba la boca.

Durante varios segundos todo fue blanco y brillante, como el mismo sol matutino. Mientras volvía a enfocar los colores, las formas y las sombras, golpeó sus oídos una nota aguda de diapason que no se acababa.

Se incorporó de un empujón con el brazo dolorido y la cadera agarrotada. La playa rocosa silbaba de un lado a otro. Las sienas le palpitaban con el pulso: *pum pum pum*.

Emery.

Más allá de las rocas, casi donde el océano lamía la orilla, Lira escupió e intentó levantarse sobre las manos y las rodillas, aunque estaba muy débil. Su pelo oscuro le colgaba como cortinas de ébano junto a las mejillas.

Ceony se obligó a ponerse en pie, aferrándose al saliente de la roca. Sentía que todo giraba y se ladeaba. Esa nota constante, tal vez un si bemol, continuaba resonándole en el interior de la cabeza.

Debía actuar. Lira la había tocado: si se recuperaba rápido volvería a invocar el indudablemente atroz hechizo que el estallido había interrumpido.

Trocitos de papel medio empapados yacían desperdigados por el suelo. La daga de Lira estaba a medio camino entre las dos; su empuñadura descansaba sobre una zona de líquen. Varias gaviotas graznaban mientras sobrevolaban el océano, alejándose del lugar de la explosión.

Aunque el océano no parara de moverse en su visión, Ceony se lanzó hacia la daga. Lira, mirando a través de su cabello, trastabilló hasta ponerse en pie y también se abalanzó sobre ella.

Las dos manos se cernieron raudas sobre el cuchillo.

Los dedos de Ceony lo atraparon primero.

Ceony levantó la sorprendentemente pesada hoja, lanzó un grito ininteligible y arqueó la hoja hacia arriba en un patrón imperfecto de luna creciente. Sintió que algo obstaculizaba su movimiento, pero no lo bastante como para detenerlo. La afilada hoja arremetió limpiamente.

Lira chilló.

La sangre salpicó la orilla. Lira retrocedió y se llevó las manos a la cara rápidamente para frenar el flujo constante de líquido rojo que salía de una mejilla cortada y de un ojo arrancado.

Ceony soltó la daga con la sensación de que su estómago daba una voltereta. Lira volvió a chillar y se abalanzó sobre la joven, a quien acabó dando un bofetón en la mandíbula.

Ceony cayó y se sostuvo con las palmas heridas. Lira se desplomó sobre sus rodillas, resollando y soltando maldiciones mientras la sangre se le filtraba entre los dedos. Intentó recitar su

hechizo de curación, pero se atragantaba cada dos palabras. La sangre se había derramado por todas partes: había teñido los charcos y los arroyos que había dejado la marea alta, había manchado el líquen y había tintado zonas entre las rocas y el papel.

Papel. Papel arrugado, mojado y rasgado, empapado con sangre.

Entumecida, Ceony cogió un trozo más seco que los demás, chamuscado por el borde. La sangre de Lira lo humedecía lentamente a través de las fibras.

Se sintió con la cabeza desconectada, los pensamientos eran vagos mientras tocaba la sangre, la tinta corporal, con el dedo índice. Su mente en realidad no procesó la idea: sencillamente se materializó detrás de sus ojos como un hilo de nostalgia, como si siempre hubiera estado ahí. Eso y nada más.

Escribió trece letras y, con voz temblorosa pero firme, las leyó en voz alta.

—Lira se congeló.

Y así fue.

Ceony contempló la imagen de Lira encorvada, sujetándose el rostro destrozado; rizos de hielo le trepaban por las piernas y por la espalda inclinada. Sus gruñidos y jadeos se apagaron, sus labios estaban abiertos. Mechones de su cabello salvaje pendían en el aire, libre de la atracción de la gravedad, como si lo hubieran moldeado y pegado con cola.

Ceony la miraba boquiabierto. Había leído el papel como una ilusión. Como *La valiente huida de Pip*. Pero aquello no era un cuento. Era *su* historia. No se trataba de una ilusión.

—... y nunca más volvió a moverse.

La estatua de Lira permaneció inmutable.

Ceony se levantó y dejó caer el papel sangriento sobre las rocas. Un pequeño remolino de agua salada atrapó las palabras y el océano se las tragó. Retrocedió siete metros de donde se encontraba Lira antes de que un punto marrón en el océano captara su atención; estaba lo bastante cercano como para no tener que entrecerrar los ojos en un intento de desentrañar su forma.

Una barca. Llevaba dos hombres, pero estaban demasiado lejos para poder identificarlos. Uno remaba. Los remos batían en sincronía a ambos lados de la barca. El otro estaba arrodillado en el timón, con la mirada fija en la costa.

Ceony pensó en la macabra gaviota que había visto a su llegada y se puso tensa. Alguien había enviado la criatura, ¿por qué no ellos dos? Solo la cercanía del bote obligó a sus piernas a moverse.

Se dio la vuelta para dirigirse a la cueva. Deseaba correr con toda su alma, pero su cuerpo se negó. No estaba roto, pero era así como lo sentía. Exhausto. Distante.

Fue tropezando hasta entrar en la cueva y siguió la pared con una mano hasta dar con el saliente en forma de cuenco que contenía el corazón de Emery, que todavía latía con fuerza.

Comprobó el interior de su bolso, vacío salvo por Hinojo. Le habló al perro silenciosamente para darle las gracias y prometerle que lo repararía en cuanto tuviera ocasión. Separó algunos pedazos de él, con cuidado de no dañar la mayor parte de su cuerpo y, despacio, plegó los eslabones de una cadena de vitalidad lo bastante grande para rodear el corazón de un hombre adulto.

Ceony salió de la cueva y subió por las rocas antes de que la barca alcanzara la orilla. No miró atrás.

Encontró el enorme planeador donde lo había dejado y voló hasta Londres con el corazón de Emery junto al suyo.

Capítulo 16

A medida que el viento le azotaba el dolorido cuerpo y las manos se le agarrotaban, los pensamientos de Ceony vagaron hasta la casa de Emery. Su casa. ¿Y si había muerto mientras se encontraba lejos? ¿Se habría tomado demasiado tiempo? ¿Podría un corazón vivo revivir un cuerpo?

Su corazón palpitaba débilmente contra el de Ceony. Había perdido mucha fuerza cuando se lo había llevado del charco encantado.

Pero todavía estaba a tiempo. Seguro que todavía estaba a tiempo. Historias como aquella no se habían concebido para acabar mal.

Los magos Aviosky, Hughes y Katter ya se habrían dado cuenta de su ausencia, pero no le importaban las consecuencias que aquello tuviera. No se arrepentía de su decisión, ni siquiera en caso de que su chapucero corazón de papel no hubiera logrado que Emery aguantase. Rezaba porque su plegado siguiera aguantando.

Por lo menos los magos habían dejado abierta la gigantesca puerta en el techo de la casa de Emery. El planeador bajó en picado y aterrizó suavemente, incluso sin que ella lo dirigiera. Conocía la casa de su dueño.

Ceony separó los dedos agarrotados de las asas y se los masajeó contra la cadera para conseguir que los nudillos volvieran a moverse. Sentía la cabeza llena de nubes, pero no en un sentido como de sueño, sino de vacío.

Las tablas del suelo crujieron bajo sus pies. El bolso le colgaba a un lado como el péndulo roto de un decrepito reloj y se sintió como si ella misma estuviera hecha de papel. Se apoyó contra la pared de las escaleras para descender hasta el segundo piso, sosteniendo el corazón de Emery contra el pecho; su pequeña cadena de vitalidad estaba teñida de rojo. Se había dejado el zapato atrapado entre las rocas del acantilado, no había querido permanecer ahí más tiempo del estrictamente necesario. Su pie dolorido, envuelto en la media, provocaba un sonido amortiguado al andar.

Pasó junto a la habitación de Emery, la puerta estaba entreabierta y la cama se encontraba vacía. Parecía que no lo habían movido. Se encontraba en la planta de abajo, todavía vivo. Esperándola. No lo habrían enterrado sin ella. No había estado fuera tanto tiempo.

¿O sí?

Dejó atrás la biblioteca, el cuarto de baño y su dormitorio. Se sujetó a la pared mientras bajaba los escalones hasta el primer piso.

La maga Aviosky abrió la puerta cuando solo le faltaban ocho escalones por bajar.

—¡Ceony Twill! —exclamó con toda la ansiedad de una madre preocupada, la severidad de una directora escolar y el alivio de una granjera al sentir las primeras gotas de lluvia primaverales en la piel. Sus ojos redondos se abrieron como platos. La imagen de Ceony debía de ser impactante.

El rostro de la maga Aviosky palideció y se dispuso a subir las escaleras, pero las palabras de Ceony la detuvieron:

—No estoy herida —aseguró.

Y no lo estaba en realidad. La sangre que empapaba la blusa no era suya.

Con delicadeza, extrajo el corazón de Emery de debajo de su blusa. La maga Aviosky se llevó la mano a la boca.

—Eso no es... —musitó a través de los dedos.

Ceony bajó los últimos ocho escalones y apartó a la maga Aviosky para poder pasar. Ceony no disponía de la energía para

empezar una discusión. No en ese momento. No vio rastro de los magos Hughes y Katter.

Su propio corazón se aceleró ante la imagen del mago Thane, del auténtico Emery, echado sobre una cama improvisada en el suelo del comedor, tal y como lo había dejado ella. Su piel estaba pálida como la muerte, sus labios violetas, sus ojos casi hundidos.

Casi, pero todavía no. El corazón de papel aún latía en su pecho.

La maga Aviosky cerró la puerta de las escaleras y formuló la pregunta que flotaba en la mente de Ceony:

—¿Funcionará?

—No lo sé —musitó.

Le aterraba que una maga tan experta como Aviosky realizara tal pregunta. ¿Y si no salía bien?

Caminó rodeando a Emery hasta llegar a su lado izquierdo y se arrodilló junto a él. Sostenía el corazón en una mano y le abrió la camisa con la otra. Su piel estaba fría, pero no helada.

—Aún conserva la magia de Lira —comentó Ceony.

Lo sabía porque ningún corazón podía latir por su cuenta, sin un cuerpo; no sin un hechizo, y la magia de Lira había sido poderosa. Con suerte, con eso bastaría.

La joven colocó el corazón sobre su pecho. La piel de él brillaba con los restos dorados del encantamiento de Lira y la cavidad se abrió. La visión de un pecho abierto habría horrorizado a Ceony de no haber estado dentro de uno, más o menos.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? —preguntó, mientras el corazón de papel la saludaba con un débil y lento pulso.

—Una noche —respondió la maga Aviosky en un susurro.

Ceony asintió. Introdujo la mano en el pecho todavía cálido de Emery, extrajo el corazón de papel y volvió a depositar el auténtico en su sitio.

La espalda de Emery se arqueó al respirar deprisa. La cavidad se selló tan repentinamente que Ceony casi no tuvo tiempo de sacar los dedos. El resplandor dorado desapareció.

Ceony contuvo la respiración mientras Emery permanecía quieto, dormido.

Presionó la oreja contra su pecho para intentar escuchar el latido del corazón. Oyó un lento pero estable *pum pum pum*.

Sonrió. No le quedaban fuerzas para nada más.

—Se pondrá bien, pero avise a un médico —indicó con voz baja y suave.

Pensó que sonaba como la de una niña. Le apartó el pelo de la frente a Emery con una caricia y, aunque la maga Aviosky la observaba al pie de la cama, se inclinó para besarlo en la mejilla.

—Señorita Twill... —empezó Aviosky al tiempo que Ceony se ponía en pie, pero la mujer no concluyó la frase, fuera la que fuera.

Tal vez calló por el aspecto espantoso de Ceony. O porque la maga Aviosky lo había visto como una buena acción. Quizá era por el modo en que las piernas de Ceony temblaban como si hubiera envejecido cien años en una sola noche.

La mirada de la maga Aviosky no se despegó de la espalda de Ceony mientras se alejaba del mago Emery Thane, se arrastraba escaleras arriba y se desplomaba sobre su propia cama.

Cuando Ceony despertó sintió como si sus huesos fueran de plomo y un ligero dolor de cabeza en el centro de la frente. Tenía los músculos plagados de agujetas, sobre todo en las piernas y en los antebrazos, indicio de que se avecinaban más agujetas al día siguiente. El pulso hacía que le cosquillearan los moratones de la espalda donde se había arañado con el saliente de roca de la costa. Su estómago, aunque lo sentía diminuto, protestaba pidiendo comida, pero apenas tenía saliva en la boca para poder tragar.

Alguien le ofreció un vaso de agua.

No reconoció al hombre arrodillado junto a la cabecera, pero la maga Aviosky estaba de pie tras él y ayudó a Ceony a incorporarse

y sentarse en la almohada. Bebió cuatro vasos y aún continuaba sedienta.

Reparó en el estetoscopio cónico que rodeaba el cuello del extraño, que aparentaba unos cincuenta años, tenía una evidente pérdida de cabello y gafas redondas, y supuso que se trataba del médico que había llamado la maga Aviosky. No lo había solicitado para ella misma.

La luz de la mañana que se colaba por la ventana le indicó que había estado durmiendo bastante tiempo.

—Deshidratación —declaró el médico, mientras apretaba un dedo contra la muñeca de Ceony y miraba cuánto tiempo tardaba su piel blanca en recuperar el color—. Está llena de arañazos. Y necesita un baño. Pero, indudablemente, sobrevivirá, señorita Twill.

Ceony carraspeó.

—Emer... Thane... el mago Thane —tartamudeó, sintiendo que las mejillas se le calentaban bajo la atenta mirada de la maga Aviosky—. ¿Él está bien?

La maga Aviosky respondió:

—Como usted misma predijo, señorita Twill, volverá a estar bien tras unos días de descanso. El doctor Newbold lo ha confirmado.

Después de soltar un suspiro de alivio, Ceony volvió a hundirse en la almohada. El doctor Newbold se inclinó hacia ella y le colocó el estetoscopio en el pecho sin formalidades, aunque los médicos tendían a comportarse con bastante familiaridad. Asintió una vez con la cabeza e indicó:

—Líquidos y comidas blandas durante veinticuatro horas. Si ha de masticarlo, no lo coma, a menos que quiera sufrir dolores.

Rebuscó en la bolsa de asa corta del suelo, que había sido remendada varias veces, pues Ceony advirtió que las puntadas de las costuras eran de tres tonos diferentes de negro. El doctor Newbold sacó de la bolsa un tarro poco profundo de un gel verde. Se parecía a la crema de aloe vera que la enfermera de Tagis Praff guardaba en el tercer estante del armario de las medicinas entre las camas uno y dos.

—Esto ayudará a que sus heridas se curen más deprisa —explicó—. Dos veces al día, o cuando le escuezan.

—¿Y Em... el mago Thane? —preguntó.

—No tiene abrasiones —replicó el doctor Newbold—. Las heridas mágicas son extrañas. Complicadas. Si se comporta de forma rara cuando despierte, vuélvanme a avisar. —Alzó un dedo como advertencia—. Y dejen que se despierte solo. A menudo el cuerpo sabe lo que necesita sin nuestra intervención.

—¿Pero cómo sabré si se comporta de forma rara? —preguntó Ceony—. Ya es raro de por sí.

La maga Aviosky chasqueó la lengua y Ceony sonrió. Cuando la maga Aviosky volvió a producir el sonido, Ceony eliminó la sonrisa de su rostro y dejó su felicidad escondida en el pecho, donde la maga no podría verlo.

La maga Aviosky le dijo al médico:

—¿Regresará esta noche para comprobar su progreso?

El doctor Newbold sacudió la cabeza negativamente.

—No, no. No creo que sea necesario. A mí me parece estable, sobre todo ahora que está en su propia cama. No me gusta que los pacientes estén en el suelo, a no ser que sea absolutamente imprescindible.

—Yo puedo atenderlo —aseguró Ceony mientras se incorporaba hasta sentarse. La espalda le dolió al hacerlo—. No me supone un inconveniente; solo he de observarlo y asegurarme de que no hay nada extraño, ¿verdad? —preguntó, mirando al médico y a la maga Aviosky—. Soy su aprendiz y estoy bien. Y sé que usted está ocupada, maga Aviosky.

La maga Aviosky contrajo los labios en una fina línea, pero Ceony no estaba segura de si era por su declaración o no. La maga Aviosky siempre parecía arrugar el rostro.

—Las cosas han pasado de ser muy frenéticas a muy tranquilas demasiado rápido —comentó la maga—. Me desconcierta. Pero si cree que está bien, doctor Newbold, supongo que tendré que estar de acuerdo con usted.

—Está bien —repuso el doctor, que cerró su bolsa y se levantó con un gruñido. Su rodilla derecha crujió mientras lo hacía—. Pero envíeme un telegrama si ocurre algo.

—A mí también —pidió la maga Aviosky a Ceony con las manos detrás de la espalda.

Aún vestía las mismas prendas que había llevado al responder al mensaje de Ceony, y ella se descubrió agradecida no solo por la rápida respuesta de la mujer, sino también por permanecer junto a Emery cuando los demás lo habían abandonado en el lecho de muerte.

Ceony sonrió.

—Claro. La informaré del más mínimo cambio, maga Aviosky. Se lo prometo.

La maga Aviosky sonrió todo cuanto su serio semblante le permitía.

—Me alegra oírlo. Siento que este incidente haya interrumpido su aprendizaje. —Miró a Ceony con ojo crítico—. Admito que no soy muy partidaria de mezclar ambos sexos durante la formación, y aunque nuestros otros plegadores son también hombres, estoy dispuesta a considerar una reasignación.

Ceony se mordió la lengua para evitar soltar un firme «¡No!» ante la mera idea. En vez de eso, con mucha calma y educación, replicó:

—El mago Thane ha sido un buen profesor hasta ahora y muy paciente conmigo. Me gustaría continuar mi formación con él tanto tiempo como la situación lo permita.

La maga Aviosky asintió; una fracción de escepticismo arruinaba su sereno semblante, pero no añadió nada más.

—Doctor Newbold —llamó, dirigiéndose al hombre que estaba justo delante de ella—. Gracias por su tiempo. Le enviaré el pago a través del Gabinete. ¿Podría disculparnos?

Ceony se mordió el labio mientras el médico asentía y se marchaba. Había asumido que la maga Aviosky se iría con él. ¿Qué más quedaba por decir?

En cuanto el doctor Newbold abandonó la casa, la maga Aviosky se sentó con la espalda recta en el borde de la estrecha cama de

Ceony habló:

—Dígame qué ha sucedido exactamente.

Ceony se hizo una bola.

—Tengo mucha hambre, maga...

—¿Es una historia muy larga? —interrumpió la maga Aviosky—. ¡Abandonó el lugar desobedeciendo mis instrucciones para ir tras una extirpadora! —La maga jadeó ante el mero pensamiento—. Y, no obstante, no solo ha sobrevivido, sino que ha recuperado el corazón del que quizás sea el plegador con más talento de Inglaterra. Merezco conocer los detalles, señorita Twill.

—No me dio «instrucciones» de quedarme —argumentó Ceony—. Solo me pidió que me marchara del comedor. Cosa que hice.

La maga Aviosky se frotó el puente de la nariz bajo las gafas.

—Para mí sigue mereciendo un castigo, Ceony.

—Es que es... privado, supongo —repuso.

—¿Privado? —repitió la maga, evidentemente sorprendida ante la elección del adjetivo—. ¿Y eso? ¿Tan privado que no puede contármelo? —Palideció—. No habrá usted negociado...

—No, no —replicó Ceony, mirándose las manos con sangre bajo las uñas. En su mente veía el cuerpo congelado de Lira, con las manos aferrándose el ojo arrancado. «Magia de sangre», pensó Ceony. «¿Me convierte eso en una extirpadora?».

Era un pensamiento que Ceony no se había atrevido a considerar hasta ese momento. ¿Qué harían la maga Aviosky y el Gabinete de Magos si supieran cómo había derrotado a Lira?

Alejando la mirada de los ojos de la maga Aviosky, Ceony explicó:

—Tomé el planeador del mago Thane, el que está en el ático, y utilicé un pájaro explorador, quiero decir un pájaro de papel, para que siguiera a Lira. Debió de ver el planeador, se asustó y huyó. La rastree hasta la costa, donde acampaba, y luego hasta el agua. Creo que escapó. Vi... vi una barca en el agua. Puede que fuera para ella.

La maga Aviosky alzó una ceja.

—¿Y dejó el corazón atrás?

Ceony asintió.

—Es absurdo que se haya molestado en venir hasta aquí para luego abandonar el motivo de su ataque en un campamento — señaló la maga Aviosky—. Seguiré sus coordenadas y enviaré a unos investigadores.

A Ceony se le cortó la respiración. Confiaba en que la maga Aviosky no se fijase en cómo tambaleaba su historia.

—Creo que me gustaría descansar ahora —anunció Ceony. No estaba segura de lo que encontrarían en aquella playa. ¿Se habrían llevado a Lira los hombres o la habrían dejado?—. Y comer. Puedo buscar en un mapa por dónde estaba el campamento y enviar un telegrama con la ubicación esta noche, tal vez.

Con eso ganaba algo de tiempo.

La maga Aviosky parecía albergar sospechas, pero lo dejó estar. Ceony era, al fin y al cabo, una de sus mejores estudiantes, con castigo o sin él. La maga Aviosky volvió a fruncir los labios antes de ponerse en pie y declarar:

—La quiero esta noche, a no ser que desee que el Gabinete se le eche encima. El mago Hughes es un hombre muy impaciente y entusiasta de los detalles. —Se ajustó las gafas—. Dejaré un coche preparado, por si acaso —añadió, y se puso en marcha.

Apoyada contra el cristal de la ventana, Ceony esperó a que la maga Aviosky desfilara junto a los encantamientos de papel que ocultaban la apariencia de la casa antes de levantarse de la cama y andar lentamente hasta el dormitorio de Emery.

La puerta chirrió al abrirla. Emery yacía inmóvil sobre la cama, dos mantas lo cubrían. Las cortinas estaban corridas.

Ella las abrió hasta la mitad para procurarle algo de luz solar. Su aspecto parecía más saludable, con más color.

—No sé muy bien qué hacer —admitió, contemplando cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración estable—. Tengo que indicarle el lugar donde encontré su corazón a la maga Aviosky. No quiero hablar con el Gabinete. Pero... la dejé allí, en las rocas. No sabía si escribirlo funcionaría, pero la sangre provocó algún tipo de

conexión y pasó —explicó, mientras se frotaba el brazo izquierdo distraídamente—. Pero no soy como ella. Por favor, no pienses que soy como ella.

Se desplazó hasta la cabecera y apretó la cálida mano de él un instante antes de dirigirse al cuarto de baño para asearse. No quería volver a ver la sangre de nadie nunca más si podía evitarlo.

Antes de acostarse, extrajo un atlas antiguo de uno de los muchos estantes del mago Thane y envió un telegrama con unas coordenadas aproximadas para la maga Aviosky.

Le costó mucho dormir después de eso.

Capítulo 17

Al día siguiente Ceony se levantó temprano, encendió un fuego en la chimenea de la habitación principal y dejó el rizador de pelo junto a las brasas.

Al parecer, la maga Aviosky había recogido los platos rotos y le había dado la vuelta a la mesa del comedor, pero Ceony rebuscó entre los armarios para localizar los productos de limpieza, barrió y fregó el suelo y limpió la encimera con un trapo. Lavó los platos, los secó, y los guardó cuidadosamente en sus respectivos estantes. Exploró la fresquera en busca de ideas para la comida y la cena. Su desayuno consistió en un tazón de leche y albaricoque.

En el lavabo situado en el piso de arriba, que tenía el mejor espejo de la casa, Ceony se rizó los mechones cuidadosamente y se colocó una cinta para la cabeza. Tras verse reflejada, se quitó la cinta y se echó el cabello hacia atrás y por los lados se enganchó una sencilla horquilla color oliva para sujetarlo. Su madre siempre había dicho que el oliva era el color que mejor combinaba con el cabello rojo, aunque la melena de Ceony era bastante más naranja que roja.

Tomó un lápiz de ojos de su neceser de maquillaje y se delineó los ojos cuidadosamente, luego se manchó los dedos con el lápiz y se pellizcó las pestañas rubias para oscurecérselas. También se aplicó con el pulgar un poco de colorete en las mejillas; luego fue a cambiarse para vestirse con su segundo mejor conjunto: una falda azul marino que se ceñía justo por encima de sus caderas y una

blusa color melocotón con cuello de volantes que metió por dentro de la falda. Consideró brevemente vestirse con su mejor prenda, un vestido verde salvia entallado de manga corta, pero tal vez fuese excesivo.

Satisfecha con su aspecto, que además le infundía confianza, entró en la habitación de Emery para comprobar su estado. No se había movido, pero pensó que su respiración sonaba menos pesada.

Se sentó en la cama a su lado y pasó las yemas de los dedos por su cabello oscuro y trazó una de sus cejas con el dedo meñique. Comprobó su temperatura. Normal. Le llevó algo de caldo y con dulzura fue vertiéndolo poco a poco en su boca. No había mucho más que pudiera hacer aparte de eso.

Ya en el piso de abajo, preparó sándwiches de pepino y ensalada de patata, a pesar de las órdenes del médico. Era suficiente para dos, pero como Emery continuaba sin cambios comió sola y guardó el resto en la fresquera para más tarde. Tras sufrir algunos dolores de estómago, para cenar hizo una salsa de salchichas con panecillos y espárragos. Una vez más, preparó comida para dos y esperó hasta las ocho en punto. Sin embargo, Emery no se despertó, así que dejó que la comida se enfriara mientras ella le volvía a dar caldo y le limpiaba la cara y el cuello con una toalla mojada. Comió deprisa, de pie delante de la mesa en lugar de sentada, y después cogió *La valiente huida de Pip* de su dormitorio. Colocó la silla de la biblioteca en la habitación de Emery, tomó asiento y leyó el libro con todo el sentimiento del que disponía. Las imágenes del pequeño ratón gris y su aventura a través de un vertedero repleto de gatos para lograr hacerse con su adorado juguete se reprodujeron en apariciones fantasmales por encima del torso de Emery. Con todo, siguió sin despertarse.

Ceony se lavó la cara, colgó la ropa y se fue a acostar tarde.

Se levantó al amanecer del día siguiente, se bañó y colocó su rizador de pelo junto al fuego mientras barría el recibidor y limpiaba el polvo de la antesala, incluso utilizó el cuerpo desplomado de Jonto para alcanzar el alféizar de la ventana. De vuelta en el cuarto

de baño se rizó el cabello con bucles algo más grandes que el día anterior y se lo ató con una cinta detrás de la oreja izquierda, de modo que los bucles le colgaran limpiamente sobre el hombro. Tras aplicarse un poco de kohl y colorete, volvió a vestirse con su blusa color melocotón y la falda azul marino. Se saltó el desayuno y se afanó en lavar las pocas prendas sucias que tenía.

Su blusa blanca, la que había llevado cuando fue a rescatar el corazón de Emery, estaba destrozada, pero su falda solo necesitaba algunos remiendos para poder volver a utilizarse. La frotó y la tendió en el exterior para que se secara bajo el cielo soleado y se dispuso a hacer la comida. Una vez más, preparó sándwiches de pepino, pero los comió sola. Para la cena pensó en cocinar pollo al romero.

Sacó el pollo de la fresquera, una cebolla reseca de un armario bajo el fregadero y un poco de romero seco que colgaba de una cuerda al otro lado de la puerta del comedor. Mientras cortaba las pechugas del pollo, sus manos se detuvieron cuando la carne expulsó sangre aguada.

Lira se congeló... y nunca más volvió a moverse.

Soltó el cuchillo y se examinó las manos, que vio manchadas de sangre a pesar de que sabía que en realidad no estaba ahí. «Papel», se recordó a sí misma. «Era un hechizo de *papel*, nada más».

Pero las ilusiones de papel no tenían ningún efecto en personas reales, ¿no?

Se mordió el labio. Aún no había recibido noticias de la maga Aviosky. ¿Su antigua profesora sospecharía de ella? ¿Habría recibido el telegrama?

Recorrió el comedor con la mirada y luego se fijó en las escaleras que conducían a la segunda planta, donde Emery dormía. ¿Qué iba a contarle al mago?

—Esto es absurdo —dijo en voz alta.

Cogió el cuchillo y cortó el pollo transversalmente. Lo condimentó, lo empanó y lo metió en el horno. Tanto el aroma de la cocina casera, como lavar y guardar el cuchillo, la ayudaron a calmarse.

Ceony fue a comprobar el estado de Emery y aunque daba la impresión de ser alguien echándose una siesta, no se despertó.

Después de la cena, Ceony cogió su bolso para cargar con Hinojo hasta la biblioteca, donde se sentó en el escritorio y probó con múltiples plegados de papel para ver si era capaz de arreglarlo por sí misma. Pero todavía era demasiado novata; las conexiones de su cuerpo y las nítidas dobleces de cada plegado único la confundían. Incluso aunque había visto a Emery confeccionar al cachorrillo, no creía ser capaz de copiarlo. Los hechizos eran demasiado avanzados.

Cuando Ceony se dio por vencida, tratando de no sentirse abatida, decidió explorar los libros de la biblioteca hasta dar con una novela corta titulada *La araña del granero*, que contenía bocetos cada pocas páginas como referencia. Se la leyó a Emery, pero al no conocer la historia, no logró hacer aparecer ni una sola imagen. Era algo que tendría que practicar.

Esa noche, cuando devolvió *La araña del granero* a su estante, el telégrafo empezó a repiquetear. Ceony se retorció los dedos hasta que terminó y luego leyó las palabras de la maga Aviosky mientras se mordisqueaba los nudillos.

Coordenadas comprobadas *stop* sin señal de lira *stop* el gabinete
investigando *stop* espero que todo vaya bien *stop*

Por algún motivo, la información de que no hubieran encontrado a Lira no contribuyó a apaciguar los nervios de Ceony. En todo caso, la asustó todavía más.

Tardó unas cuantas horas en dormirse, sus pensamientos flotaban en algún punto de la costa de Foulness, reproduciendo su enfrentamiento con Lira una y otra vez. Presionó dos dedos contra su cuello y sintió su propio pulso, el tercer *pum* de su *pum pum pum* era demasiado débil como para notarlo.

A la mañana siguiente se levantó, pero llevó a cabo su rutina mañanera: rizarse el cabello, aplicarse el maquillaje, vestirse y hacer las tareas.

Para el desayuno, o más bien almuerzo, cocinó beicon, huevos y tostadas. Para dos. Tras comer sola, sumó las provisiones que aún le quedaban a Emery y llegó a la conclusión de que debería ir a comprar pronto. Prefería no tener que ir sola.

Salió al exterior; el cálido sol del verano iluminaba la casita entre las nubes. Bajo el alero del patio descansaba un auténtico jardín, con plantas de verdad en lugar de simples imitaciones de papel. Parecía bien cuidado, aunque algunos hierbajos habían crecido entre la menta, el perejil y lo que parecían rábanos. Ceony los arrancó de raíz uno a uno y los dejó apilados a un lado para usar como mantillo. Introdujo el dedo índice en la tierra. Necesitaba que la regaran.

Pero al regresar a la cocina para buscar una jarra oyó un sonido débil muy familiar en el comedor: una especie de palmada áspera que se suponía que era un ladrido.

Sintió que su interior se desmoronaba como piezas de un puzle para, lentamente, volver a recomponerse, pero el corazón se le quedó en la base de la garganta.

Hinojo corrió al interior de la cocina aullando de manera salvaje, sus patas de papel resbalaban en el liso suelo de tablas de madera. Se cayó una vez, se levantó y corrió hasta los pies de Ceony. La joven formó una gran «o» con la boca y se agachó para cogerlo. Hinojo le lamió las mangas con su lengua de papel. Batía la cola con tanto vigor que temió que saliera despedida de sus cuartos traseros y acabara en la fresquera.

—¡Aquí estás! —exclamó, rascando a Hinojo detrás de las orejas y debajo de la barbilla—. No ha pasado tanto tiempo, ¿verdad?

Pero sabía que Hinojo no se había reanimado por sí solo. El pulso le golpeaba lo bastante alto en los oídos como para que pudiera distinguir su tercer latido silencioso.

Dos segundos más tarde, la puerta que daba a las escaleras se abrió de golpe y Emery la cruzó vistiendo su abrigo azul oscuro con una camisa y unos pantalones limpios: los pantalones grises que Ceony había lavado justo el día anterior.

Ella se levantó despacio, sintiendo que se ruborizaba. Andaba algo encorvado, lo que dejaba ver una cierta incomodidad, pero aparte de eso parecía perfectamente sano.

Sus ojos encontraron los de ella, sus preciosos ojos verdes le sonrieron.

—Tengo la extraña sensación de que me he perdido algo espectacular —declaró. Su voz era un tanto ronca y carraspeó antes de añadir—: Eso, y además tengo un hambre increíble.

—¡Ah! —exclamó Ceony, dejando a Hinojo atrás para dirigirse a la panera—. Puedo prepararle algo. Tome asiento. ¿Le gustan los pepinos? Pero claro que le gustan... son sus pepinos.

Él alzó una ceja, pero sus ojos seguían sonriendo y el sentimiento incluso se reflejó en la inclinación de sus labios.

—Creo que estoy lo bastante recuperado como para poder hacerme mi propio sándwich, Ceony.

Pero ella sacudió la cabeza y sacó la tabla para cortar y el último pepino de la fresquera. Emery se detuvo un momento entre el comedor y la cocina antes de darse por vencido y sentarse en una silla.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Ceony, el pulso aún le repiqueteaba en las orejas.

Hacía que le temblaran las manos mientras pelaba y cortaba el pepino. Se obligó a calmarse para evitar cortarse un dedo.

—Como si alguien hubiera estado paseándose por mi pecho, mirando cosas que no debería haber visto.

El cuchillo se congeló en mitad de un corte. Buscó sus ojos y vio que lo sabía todo, aunque la diversión de su mirada lo tapaba.

El cuello y las orejas le quemaron.

—Sa-sabe lo que ocurrió, ¿verdad?

Él se retorció un mechón de pelo alrededor de un dedo.

—Es mi corazón, Ceony. Por supuesto que sé lo que hay en él. Casi todo, al menos.

«¿Casi todo?», pensó, abriendo la puerta de un armario para esconder de la vista de Emery su cara ruborizada. Intentó

concentrarse en cortar el pepino. «¿Cuánto es “casi todo”?».

Pensó en la breve conversación que habían mantenido en la cuarta cámara y le preocupó que su ropa se prendiese, pues sentía la piel ardiendo.

La puerta del armario se cerró y Ceony dio un respingo al ver a Emery detrás de ella, quien le quitó el cuchillo de la mano para depositarlo en la encimera.

—Pero no sé lo que sucedió antes o después —aclaró.

Sus ojos descendieron hasta el cuello de ella; extendió un brazo y le levantó la barbilla con el nudillo. Ceony comprendió que estaba examinando los moratones descoloridos de su cuello, provocados por los dedos de una de las manos vivientes de Lira.

Ella se retiró y se colocó el pelo sobre los hombros para ocultarlos.

—Le robé el planeador —admitió.

—Ah, ¿sí?

Ella asintió.

—Envié pájaros de papel para localizarla y seguirlos. Creo que ella, Lira, tenía planeado escapar en un barco...

—Pero no lo hizo. —No era una pregunta. Sus ojos parecían decididos, preguntándose los detalles.

Las palabras se derramaron de su boca:

—Di con ella en la costa, en una cueva. Había lanzado alguna clase de hechizo sobre usted, sobre su corazón, y así es como acabé encerrada ahí dentro. No pretendía «pasearme» por él. No tuve elección.

Se descubrió hablando más y más rápido a cada frase, sin ser capaz de apartar la mirada de aquellos ojos penetrantes.

—Y pensé que si era capaz de llegar al final podría salir. Ella también estaba allí, de algún modo, pero no todo el tiempo. Intenté avanzar rápidamente. No quería que usted muriera.

»Y después logré salir —prosiguió ella y el mago asintió. Así que sí se acordaba de aquella parte. Los pies de Ceony se quedaron fríos por toda la sangre que fue a parar a su cara—. Y ella estaba allí

y todos los encantamientos se mojaron y me agarró para decirme que me arrancarían el corazón también, y...

Ceony retrocedió otro paso, la parte baja de su espalda se topó con el borde del fregadero.

—No soy como ella. No pretendía... pero sucedió.

Él arrugó la frente.

—¿No pretendías qué, Ceony? ¿Qué sucedió?

—Las dos fuimos a por la daga al mismo tiempo —explicó, como si Emery fuera a entender la historia a pesar de la falta de contexto—. La agarré primero. Y la herí. —Se tocó la cara donde la hoja de metal había cortado la piel de Lira—. Sangraba muchísimo. El papel... había papel en todas las rocas por el encantamiento que me dio; el encantamiento explosivo. Y escribí en él que ella se quedara congelada para siempre...

A Ceony se le formó un nudo en la garganta, por lo que su voz sonó muy baja. Intentó eliminarlo al tragar, pero eso le hacía daño.

—Y funcionó —musitó—. Aún seguiría allí si no hubieran ido a buscarla. Lo escribí con sangre y funcionó...

Las lágrimas se le acumularon en los ojos y pestañeó rápidamente para despejarlas.

—No soy como ella —insistió—. No soy extirpadora...

La mano de Emery en su hombro logró que su mirada buscara la de él. Qué tonta debía de parecer y de sonar.

—No, no lo eres —declaró, sonando mucho más seguro de lo que ella se sentía—. Te has unido al papel; no puedes serlo. Es imposible.

Ella lo observó atentamente, su mirada iba de un ojo verde al otro.

—Pero Lira...

—Lira no era maga cuando la conocí —replicó, apartando la mano—. Era auxiliar de enfermería, lo que explica por qué todo lo relacionado con la sangre no le molestaba. No le molesta.

Ceony asintió despacio, sintiéndose entumecida.

—¿Entonces no soy... no invoqué la magia prohibida?

—No sé lo que hiciste —repuso Emery, recorriéndose el cabello con una mano. Sus ojos se dirigieron hacia la ventana tras ella un momento—. Pero nada ilegal; nada que se pudiera utilizar en un juicio, si es lo que te preocupa. Me has salvado la vida, Ceony, a menos que esté muerto y que haya juzgado muy erróneamente cómo sería el más allá.

Ceony se miró los pies, ocultando su alivio y su sonrisa.

—Estaría muy disgustada si esto fuera el más allá y estuviera muerto, mm... mago Thane —admitió—. Porque eso querría decir que me he desplazado por aire hasta el océano y he vuelto para nada.

Hinojo ladró y olisqueó algo junto a los zapatos de Ceony. Emery sonrió.

—Bueno —dijo después de un instante lo bastante prolongado como para resultar incómodo. Cogió las rodajas de pepino y las colocó sobre el pan; acto seguido, sacó un plato del armario. Regresó a la mesa y comentó—: Ahora ya podemos dar buena cuenta de este plato, ¿no?

—¿Este plato? —preguntó Ceony, mirando su aburrido sándwich. Él le dio un mordisco sin siquiera molestarse en untarle mayonesa—. Cualquier plato de verdad que pudiera preparar estaría muy por encima de un sándwich de pepino. Podría haber sido chef, por si no lo recuerda.

—Ah, ¿sí? —preguntó, dando otro mordisco.

Ceony empezó a cortar dos rebanadas de pan para ella, pero se detuvo a medio camino de la primera.

—¿Me seguiría la corriente un rato?

—Creo que te he estado siguiendo la corriente desde que entraste por la puerta de mi casa —replicó.

Ella sonrió.

—Solo un ratito.

Ceony soltó el pan y el pepino y se apresuró al estudio, donde seleccionó una hoja de papel cuadrada de color azul cielo de la repisa detrás del escritorio. La dispuso sobre el escritorio y, con esmero, realizó un pliegue de media punta y uno de punta entera,

rebuscando en la memoria la confección de la caja de la fortuna que había pronosticado su «aventura» antes de que siquiera hubiese conocido el nombre de Lira. Con un bolígrafo garabateó los símbolos de la fortuna y se detuvo tras dibujar cinco.

Llevó la caja al comedor y se la mostró a Emery.

—¿Cuáles van aquí?

La diversión se reflejó en sus ojos, parecía ser la emoción más habitual en ellos, y cogió el bolígrafo y el papel para completar los tres últimos símbolos mientras masticaba. Ceony los memorizó antes de colocarse la caja en los dedos y enseñársela a Emery.

—¿Cuál es el apellido de soltera de su madre? —preguntó ella.

El apoyó la barbilla en la palma de la mano con el codo descansando en la mesa.

—¿No te acuerdas?

—Sí —replicó—, pero no quiero gafarlo. Venga, conteste.

—Vladara. Con una erre. —Los ojos le brillaban.

Ella abrió y cerró la caja siete veces y preguntó:

—¿Cuál es su fecha de nacimiento?

—14 de julio de 1871.

Ella movió la caja de un lado a otro.

—Escoja un número.

Emery permaneció en silencio un momento, estudiando las facciones de Ceony. Sus pensamientos no se le reflejaron en los ojos. Por suerte, antes de que volviera a ruborizarse él contestó:

—Uno.

Ella abrió la solapa garabateada con un cuadrado dividido en tres, uno de los símbolos que Emery había dibujado. Al abrirla se encontró con un papel en blanco, medio segundo antes de que una imagen inundara su mente con mucha más fuerza que la primera vez que había leído su suerte.

La visión le era familiar: un sol poniente, un ciruelo, una colina cubierta de flores silvestres y césped salvaje. Una suave brisa portaba el olor de la tierra, de los tréboles y de la miel.

Emery se encontraba sentado sobre una colcha de parches bajo el árbol, tenía el cabello más corto que en ese momento y el abrigo azul oscuro estaba doblado con esmero a su lado. Contemplaba la puesta de sol en silencio y en sus brillantes ojos Ceony vio alegría.

Junto a él había una mujer tumbada de lado, trazando las venas de la mano de Emery con un dedo marcado por tres pecas. Su cabello naranja le caía en una pulcra trenza sobre un hombro. Al otro lado del árbol, dos niños pequeños de cabello negro azabache jugaban en un columpio empujándose el uno al otro, aferrándose a las cuerdas y riendo.

Ceony cerró la solapa y despejó los colores de la puesta de sol pestañeando varias veces. El nudo de su garganta se había esfumado y su corazón latía de manera estable justo donde tenía que estar.

—¿Y bien? —preguntó Emery.

—Da mala suerte saber el futuro —replicó.

—Creo que solo da mala suerte *leerlo* —repuso.

—Mejor no arriesgarse —declaró mientras trataba de contener una sonrisa, pero fracasó estrepitosamente. Echó una silla hacia atrás, se sentó junto a la mesa y añadió—: He pensado en el asunto de Prit. Usted odiaba el Plegado, así que, ¿por qué eligió unirse al papel?

—Por el mismo motivo que tú —respondió, inclinándose hacia atrás en la silla—. No lo hice. Y al final acabó bien. ¿Sabes, Ceony? Nos parecemos más de lo que crees.

—Sí —replicó. La sonrisa se le extendió en todo su esplendor—. Sí, ya lo creo.

Agradecimientos

Hay muchas personas a las que debo agradecer lo bien que ha terminado este libro. En primer lugar a mi marido, Jordan, que leyó el primer borrador y que tiene demasiados moratones literarios de todas las ideas que le he arrojado. Otro agradecimiento enorme a mis lectores alfa y beta: Jessica, Laura, Hayley, Lindsey, Whit, Andrew y, especialmente, a Juliana, cuya fe en mí y en mis historias se transformó en energía para ponerme a escribir. Muchas gracias también a mi familia, especialmente a mi hermana pequeña, Alex, que me pone por las nubes delante de sus amigos. Gracias a Lauren por leer incontables borradores y ayudarme a resolver problemas con el argumento. Gracias a Brandon Sanderson, el mejor profesor de escritura que podría tener una aspirante a escritora, y a mi antiguo grupo de escritura por moldearme hasta convertirme en alguien capaz de escribir una frase decente. Sabéis quiénes sois. Y, por supuesto, gracias a vosotros, Marlene y David, por brindarme una oportunidad. Y al equipo de 47North por hacer que este libro y este sueño sean posibles. Por último, quisiera dar las gracias al Gran Hombre de arriba, porque cualquier indicio de talento que se pueda encontrar en estas páginas indudablemente proviene de Él.

Sobre la autora



Charlie N. Holmberg nació en Salt Lake City y creció siendo una *Trekkie* (gran aficionada de Star Trek) con sus tres hermanas, que

también tienen nombres de chico. Además de escribir novelas de fantasía, es editora. Se licenció en la Universidad de Brigham Young, toca el ukelele, tiene demasiadas gafas y espera tener un perro en un futuro cercano. *El mago de papel* es su primera novela y también la primera de una trilogía fantástica que explora el mundo de los magos que dan vida a materiales. Actualmente vive en Utah con su familia.